

Ediciones
DEFERAN

Javier Más

PROYECTO THULE

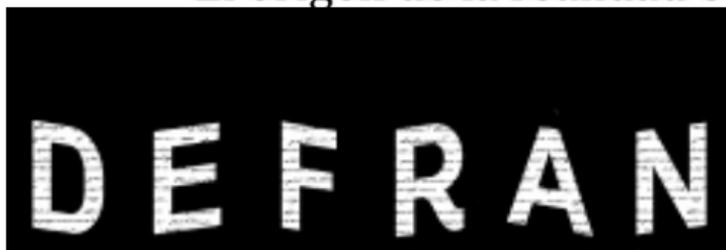
El origen de la realidad oculta



Javier Más

PROYECTO THULE

El origen de la realidad oculta



@ Copyright

Del Texto:

Solvenpas S.L

Diseño de portada:

David Sánchez

Diseño de Edición:

Eva Valero

De la presente edición:

Jose Antonio Zamora de Francisco *De la fotografía de la portada:* Imagen femenina: Juan

Rodrigo: <http://juanrodrigo.com/#portfolio-moda> Imagen masculina: Diego de Rando:

<http://www.diegoderando.com/>

Edita:

Ediciones Defran

www.editorialdefran.com www.proyectoathule.com

ISBN: 978-84-944864-1-8 Depósito Legal: CS504-2015

Models:

Francesca Vegas

<https://www.facebook.com/francescavegas.officialpage/?fref=ts>

<https://twitter.com/FrancescaVegas>

https://www.instagram.com/angelinajolie_francescavegas/

Diego de Rando

<https://www.facebook.com/diegoderando/?fref=ts>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Descubrir la fuerza del primer círculo no es un proceso corto. Pero una vez conquistado, nada lo puede derribar. Amis hijos

ÍNDICE

PRIMERAPARTE	
EL VUELO.....	25
SEGUNDAPARTE	
NARANJAS	109
TERCERAPARTE	
ACECHO.....	137
CUARTAPARTE	
OVIDES	201
QUINTAPARTE	
EMIGRACIÓN.....	263
SEXTAPARTE	
RETIRO	367

1945

30 de abril

Era el final del que tanto habían intentado escapar. La ciencia les había ofrecido una oportunidad para seguir con vida y la ciencia estaba a punto de quitársela. Ahora, todo a su alrededor se desmoronaba sin que ya nada pudieran hacer.

El viento provocado por los rotores auxiliares, situados en la explanada, había tumbado la torre de suministro e iniciado una reacción en cadena. Árboles y postes de la luz caían al suelo mientras pequeñas explosiones eléctricas se sucedían una tras otra dentro del área de seguridad. Cuando el fuego comenzó a devorar la improvisada construcción de madera situada en el extremo derecho de la zona de despegue, una sonora detonación sumió a todo el pasaje en el miedo y la confusión. Había estallado el generador modular que abastecía los hangares y pequeños trozos metálicos de la turbina principal alcanzaron la proa de cubierta.

El capitán mandó llamar en ese momento a las asustadas azafatas. Sin perder un segundo, les ordenó suministrar a los pasajeros, uno a uno, los tapones de cera orgánica preparados el día anterior en la sala modular Ade investigación anatómica. Se los colocaron en los oídos con rapidez, con miedo, con la extraña sensación de realizar un acto inútil ante lo que acontecía en el exterior. Después, apoyaron la cabeza en el hueco moldeado de la parte alta del respaldo, agarraron con firmeza los reposabrazos de sus asientos y esperaron angustiados. Les habían rescatado de un Berlín en llamas, del hundimiento definitivo del Régimen Nazi, de las bombas, los tanques y las balas rusas, para trasladarlos hasta la fría y nevada Noruega con promesas de salvación. Ahora creían que iban a quedar para siempre sepultados en el interior de aquel inmenso artefacto

aeronáutico. Iba a ser su ataúd de acero. El destino de todo el conocimiento nazi, quedaría enterrado bajo las montañas de un irrelevante y diminuto pueblo llamado Heimdal.

Tras las detonaciones, comenzó el ensordecedor zumbido. Los tapones de cera amortiguaban el ruido pero no eran capaces de evitar la intensa micro vibración corporal. Primero fue la piel más exterior la que percibió la anomalía. Después, los músculos y órganos vitales los que empezaron a sentir aquel extraño e invisible ataque. Por último, fueron sus huesos los que parecían desencajarse del resto. Era una horrible sensación física que se transformó en pánico colectivo. A medida que la intensidad iba en aumento, comenzaron también los movimientos espasmódicos de brazos y piernas. Algunos rezaban en voz alta, en alemán, en un claro desprecio hacia los mensajes anticlericales con los que el Partido había bombardeado durante años a la población. La muerte estaba tan cerca, que la política no tenía ya ningún sentido para ellos.

El fuerte y contundente golpe en la parte izquierda del fuselaje de la cabina confirmó los peores temores. La metralla de un vehículo que no fue retirado de la zona de despegue había alcanzado el acristalamiento exterior junto al asiento del principal pasajero. La mayoría giró la cabeza hacia el lugar del impacto asustados por las consecuencias, pero él cerró los ojos. De nuevo, creía sentir tan de cerca la muerte que decidió vivirla ajeno a lo que iba a ocurrir.

Había llegado a Heimal hacía sólo unas horas en su inconfundible Mercedes 770 K negro, escoltado por otros cuatro vehículos y precedido por motoristas del ejército Norteamericano. Junto a él iba sentada su mujer. Magnífica, con la dignidad de una gran dama berlinesa, silenciosa, siempre fiel a su verdadero y único amor. Al llegar al final del trayecto, él alzó la mirada, cabizbaja durante toda la jornada, para descubrir el lugar al que le habían

llevado los americanos. Apenas podía distinguir lo que tenía ante sí, deslumbrado por el reflejo intenso del sol nórdico que golpeaba sobre el fuselaje de la aeronave circular. Era enorme. Se diría que a duras penas cabía en el ancho del estadio olímpico de Berlín. Tenía forma de plato invertido del que sobresalía en el centro una voluminosa y acristalada media esfera. En el lateral, una estructura metálica de escaleras conducía hasta la puerta de reducidas dimensiones por la que se entraba a la nave.

Cuando el conductor abrió la puerta, él salió del vehículo. Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo. Observaba lo que se abría esplendoroso ante sus ojos. Tenía el rostro blanquecino, ojeroso, envejecido. Aunque lo intentaba, no pudo disimular el característico temblor de su mano derecha que el implacable proceso de Parkinson había generado el último verano. Estaba sorprendido. Por primera vez desde hacía meses, algo que era ajeno a la guerra, lograba captar su atención. Esa curiosidad inicial, sin que supiera por qué, fue transformándose poco a poco en temor contenido. De forma instintiva, movió su cabeza buscando a Eva, que salía en ese momento del Mercedes. Quería asegurarse de que estaba bien, que nada le había ocurrido. El conductor la acompañó con educación y solemnidad hasta donde él se encontraba. Ella lo cogió del brazo, con fuerza, sin quitar la mirada del artefacto, y susurró algunas palabras a su amado.

— Es tu destino y el mío. Debemos asumirlo con la mayor de las dignidades, tanto si es para bien como si es para mal. No importa si nos han engañado, ya formamos parte de la Historia.

Hacia cuatro años que Himmler, el fiel y extremista Lugarteniente del Führer, había presentado el Proyecto Thule. Nadie creía en él, pero le dejaron jugar para debilitar su poder dentro del Partido y del Gobierno alemán. Himmler les devolvió su confianza como sólo él sabía hacer: con grandes dosis de mitología germánica. Eligió el pequeño pueblecito noruego de Heimdal, cuyo

nombre evocaba al guardián de Asgard, morada de los dioses germanos. Estableció la teoría de que la Atlántida estaba escondida en esa región nórdica y se dispuso a desarrollar una tecnología capaz de salvar al pueblo ario y a su líder ante una eventual y catastrófica derrota, superando a la legendaria civilización. Thule, la isla de la mitología griega situada en las fronteras del mundo conocido, iba a dar nombre a su proyecto más grande y audaz.

De repente, el intenso y vibrante ruido se detuvo. Abrió los ojos al notar una extraña sensación de mareo. Cogió con fuerza la medalla con la rosa de ocho pétalos que llevaba en el bolsillo de su americana y comenzó a tocarla con los dedos. Había sido un regalo de su Ama de Llaves y jamás se desprendía de ella. Le tranquilizaba, le daba seguridad, le infundía esperanza. Estaba aferrado a ella como una tabla de salvación. Pero esta vez pensó que ni siquiera esa Rosa de Olaf iba a poder evitar el fatal desenlace. Un sentimiento cercano al del resto de compatriotas alemanes de la nave. Sin embargo, el Alto Mando Aliado había exhibido con cautela una sorprendente tranquilidad desde que habían embarcado.

Entonces, pasajeros y tripulación notaron la extraña fuerza que los atrapaba en sus asientos, poco a poco, con lentitud pero con firmeza. Al mirar de reojo por las ventanillas, observaron que la nave se elevaba mientras los chispazos y explosiones continuaban en el exterior. Primero fueron 10 metros sobre el suelo; luego 30, 50, 100. Cuando alcanzaron 150 metros de altura, el aparato se detuvo. Eva agarró con más fuerza que nunca la mano de él, la mano del Führer, la mano de Hitler. Mostraba tanta intensidad que parecía querer fundirse con el único hombre al que admiraba por encima de ella. Estaba segura de que había llegado el momento. Cerró los ojos, humedecidos por la emoción, creyéndose sabedora de lo que iba a ocurrir. Entonces, la inercia encajó con ímpetu a todos los pasajeros en su asiento y la aeronave circular salió despedida a más de 400 kilómetros por hora en

dirección Oeste.

1988

27 de junio

Las calles de Lubango, en la Angola comunista, estaban llenas de mujeres y niños tendidos en el suelo, enfermos, desnutridos, hambrientos, heridos, sin fuerzas para luchar contra la adversidad. La situación social, política y bélica se había hecho insostenible para todos, incluso para los gobiernos extranjeros, que ordenaron la evacuación del personal destinado en el país, tras doce años de enfrentamientos.

Aquel cuadro diario se rompió a media mañana con el silbido de las balas. La muchedumbre se agitó con rapidez a medida que veía acercarse el peligro. Las calles quedaban vacías. Greg corría sin cesar a través de ellas. Oía los gritos desesperados de la gente mientras procuraba zigzaguear de lado a lado de la calzada. Debía alcanzar el helipuerto, donde le esperaba un transporte para sacarlo con urgencia del país. Pero ya no estaba seguro de poder llegar a él. Al rebasar la esquina con la Avenida de la Independencia, agarró su mano derecha a la señal de peatones y cambió su trayectoria noventa grados sin apenas disminuir la intensidad de la huida. Debía subir como fuera al Jeep que, hacía sólo una hora, había solicitado al sector del ejército sublevado que todavía combatía en la capital.

Aquella guerra ya no interesaba a Washington. Los rebeldes de Unita eran incapaces, a pesar del apoyo americano, de enderezar la situación y la CIA tampoco había obtenido la información necesaria para acabar con el Gobierno de Liberación de Angola. EEUU, desde 1975, se había visto envuelto, casi sin plantearse, en un conflicto local provocado por el proceso de descolonización. Al principio, su intervención se limitó al envío de asesores para instruir a las milicias en conflicto. Sin embargo, todo cambió cuando Cuba decidió enviar tropas y armamento al país. La guerra se

descontroló y la barbarie campó a sus anchas por todo el territorio. Con la elección de Reagan como presidente de EEUU, se dio un mayor impulso diplomático y económico a la intervención norteamericana, en detrimento del enfrentamiento armado. Pero Nueva York, antes del acuerdo definitivo, ordenó la evacuación completa del personal agregado en Angola.

Los soldados partidarios del gobierno no dejaban de disparar. Cuando llegaron a la avenida, dos de ellos se detuvieron, apoyaron la rodilla en el suelo, apuntaron al objetivo en movimiento e intentaron abatirlo. Greg se lanzó al suelo haciendo rodar su cuerpo hasta uno de los árboles que adornaba la zona de tránsito peatonal. Al oír estrellarse el último de los disparos contra la corteza de aquél enorme tronco, se incorporó de nuevo y comenzó a correr. En ese momento, tres vehículos militares se unieron a la persecución para tratar de detener a Greg y acabar con su vida. Era un agente de la CIA y debía morir. Ni uno sólo de los secretos del nuevo Estado podía salir del país.

Con la respiración al límite, el americano logró subirse al Jeep que le esperaba junto a la Delegación de Comercio portuguesa. Se sentó jadeando en la parte de atrás mientras el coche arrancaba a gran velocidad. El oficial al mando le informó de la situación. Tenían que llegar al helicóptero en diez minutos, antes de que los aviones MIG-23ML lograran alcanzar su objetivo en Calueque. Cuando esto se produjera, las unidades militares del Gobierno, tomarían definitivamente las calles y no dejarían salir a ningún extranjero del país. La ciudad se convertiría en una ratonera de la que escapar sería imposible. Coger aquel transporte aéreo era su única salida.

El Jeep derrapaba de un lado a otro de la calle mientras sus perseguidores le seguían a gran velocidad. Atropellaban todo cuanto se interponía en su camino y poco a poco recortaban distancias. Aquel rebelde decidió entonces entregarle una pistola Star de 9 mm, de las que circulaban entre la población

nativa de forma clandestina. El joven Greg la cogió con su mano derecha y la introdujo bajo su pantalón, sostenida por la correa. No solía llevar arma reglamentaria para evitar sospechas entre la población. Su adiestramiento la hacía, en la mayor parte de ocasiones, innecesaria. Pero aquel escenario era diferente. Su vida no estaba garantizada y Greg entendió el mensaje del soldado. El arma no era para defenderse. Era una señal de que se aproximaba el final y era mejor que el americano no cayera en manos de sus captores.

Hacia un año que había aterrizado en Angola con el ímpetu de un joven recién licenciado en la Central de Inteligencia. Estaba dispuesto a comerse el mundo y creía con firmeza que primero debía forjarse en los escenarios más difíciles. Así que eligió como destino la ex colonia portuguesa. Debía encontrar un fallo en el sistema de espionaje del Gobierno comunista. Pero EEUU no se tomó tan en serio como él esa guerra, cuyo escenario se antojaba demasiado lejano. Las tropas dirigidas por el general cubano Ochoa, respaldadas por cientos de T-34, habían logrado, meses atrás, capturar Cazombo y, con ella, gran parte de las posibilidades de victoria de los rebeldes. Por mucha energía de que dispusiera aquel joven americano, Angola no iba a dar una alegría a los estadounidenses, al menos en el terreno militar.

El Jeep no lograba despistar a los vehículos del ejército gubernamental a pesar de las diferentes maniobras. El conductor rebelde se desvió por una calle estrecha y obligó a sus perseguidores a circular uno tras otro. Cuando detectó que todos ellos estaban dentro del callejón, disparó su arma por la ventanilla, al aire. Dos puertas laterales de los edificios enfrentados del callejón se abrieron y sendos camiones de gran tonelaje salieron de su interior para bloquear en paralelo la calzada. Al fin, el todoterreno de Greg parecía que iba a ganar un tiempo precioso con el que dirigirse hacia las afueras de la ciudad. En su huida, aún les dio tiempo a oír el impacto de uno

de los vehículos comunistas contra los camiones.

Poco a poco, conforme se alejaban, el ruido de los disparos y los gritos de la gente se fueron apagando. Greg apoyó la espalda y relajó con discreción los brazos. Entonces, su mirada quedó clavada en un grupo de mujeres que se encontraba en el arcén de la carretera. Gemían junto a un cuerpo inerte que estaba tendido en el suelo. No había sangre, ni heridas de bala, ni violencia. Pero yacía sin vida sobre la hierba. Ya había visto esa imagen con anterioridad. Hacía años, voluntarios llegados desde la frontera del Congo se unieron a las fuerzas gubernamentales y cometieron todo tipo de atrocidades, entre ellas la violación masiva de mujeres, contagiándoles con algún tipo de virus mortal. Él vio y vivió cómo esas víctimas se debilitaban poco a poco. Perdían sus fuerzas primero. Después la tez palidecía mientras su cuerpo se dejaba por el camino kilos y kilos de peso. Con esa delgadez extrema, sólo los huesos parecían querer mantenerse firmes entre aquellos restos moribundos. Cientos de llagas cubrían su piel. Los labios resecos escondían una menguada dentadura y sus ojos se hundían con los días tornándose ojerosos, grises, mientras pedían alivio constante con aquellas inolvidables y tristes miradas. Al final, morían sin remedio, sin medicamentos, sin tratamiento, sin ayuda. Los nativos de Lubango llamaban a estas personas Espíritus del Congo, en clara referencia al origen geográfico de la enfermedad.

Greg no podía borrar esas imágenes de su retina. Volvían una y otra vez sobre su cabeza. Tenían tanta fuerza que le hacían olvidar todo lo que le rodeaba. Tuvo que ser el soldado quien lo sacase de aquel bucle infinito. Le llamó, le empujó y, al final, reaccionó, pero sólo cuando el joven militar acertó a estirarle de la medalla con forma de rosa que llevaba colgada al cuello. La mano de Greg fue de forma instintiva a proteger el pequeño colgante, regalo de su padre, del que no se separaba nunca. Entonces se percató de la situación.

En el aeródromo provisional se oían disparos provenientes de varios vehículos militares que se acercaban a gran velocidad. Las fuerzas gubernamentales habían localizado el punto de huida antes de lo esperado. De nuevo su vida pendía de un hilo. Greg llevó la mano izquierda a la pistola que aún tenía en la cintura. Se aseguró de que seguía en su sitio. Oyó una voz que le empujaba con fuerza a correr hacia el helicóptero y decidió obedecer sin cuestionarse nada. Evitó hacerlo en línea recta, además de encoger el cuerpo. Volvió la cabeza y vio como el soldado disparaba sin cesar hacia los comunistas del Frente de Liberación. Tenía apenas unos segundos para llegar al transporte aéreo pero no estaba convencido de lograrlo.

El rotor comenzó a acelerar cuando el americano se encontraba a menos de diez metros. El aparato se elevó unos centímetros y permaneció inestable a la espera de ser alcanzado por el americano. Greg cogió con fuerza el agarre de la puerta lateral. Subió de un salto al helicóptero y volvió el rostro justo en el momento en que una bala atravesaba la cabeza del joven que le había acompañado en el Jeep.

Greg se dejó caer, consternado, sobre el suelo del transporte del ejército americano, mientras éste emprendía el vuelo con destino al portaaviones ligero que esperaba en aguas internacionales. Nunca volvería a África y nunca olvidaría su estancia en Angola, ni sus mujeres contagiadas por aquel virus que atacaba las defensas corporales hasta la muerte, ni de sus rostros en busca de auxilio, ni del terrible llanto de los niños abandonados.

2001

18 de octubre

Dos hombres con uniforme militar sujetaban por los brazos a aquel científico. No querían que su cuerpo se desmoronase sobre el suelo. Vestía de civil, con las manos esposadas a la espalda. Los moratones inundaban su cara mientras un pequeño reguero de sangre se prolongaba desde la ceja derecha hasta la mejilla. Había soportado casi dos horas de golpes y su cuerpo se encontraba al límite. Pero no buscaban obtener más información de la que ya sabían. Había sido un simple castigo. Un ejemplo que exhibir ante todo aquel que osara fracasar.

Hacia dos años que el prisionero había tomado el mando del proyecto aeronáutico secreto del general Boxiong, uno de los militares más destacados del ala conservadora del Partido Comunista chino. Era un hombre de escasa conversación, cuya mirada bastaba para ser entendido por el resto. De compleción fuerte, alto, mirada profunda y corte de pelo al estilo occidental, su ambición no conocía límites. El general, pasados ya los cincuenta, se había labrado una imagen de dureza y falta de humanidad famosa en todo el Régimen. Sin embargo, no había conseguido influir lo suficiente en el Partido como para convertirse en referente para la población. Para revertir la situación, confiaba en los resultados de la investigación que financiaba en secreto y que, si todo evolucionaba como estaba previsto, no sólo iba a proporcionarle poder, sino también mucho dinero.

Boxiong apoyó sus brazos sobre la mesa, haciendo retroceder la silla en la que estaba sentado. Sin dejar de mirar a aquel maltrecho ingeniero, rodeó su escritorio por la derecha y se acercó hasta él. Lo miró con atención, haciendo que uno de los soldados que lo sujetaban le levantase la cabeza para que pudiera cruzar su vista con la penetrante, inquisidora y definitiva

mirada del general.

— Inútil. Vas a morir con la misma falta de dignidad con la que tú me has tratado.

El general se separó de su víctima y le dio la espalda durante algunos segundos. Esperaba que el miedo recorriese todas las venas del dolorido y castigado cuerpo. Era un movimiento estudiado, ejecutado mil veces, puesto en escena para tensionar a sus prisioneros. Deseaba matarlo con sus propias manos, pero antes quería que el sufrimiento que iba a soportar aquel infeliz llegase a oídos de todos sus enemigos. Cuando concluyó el tiempo previsto, Boxiong se volvió hacia el científico, al que levantaron de nuevo la cabeza sus celadores.

— Estoy defraudado. No creas que siento ni lástima

ni compasión por ti. Te pedí hace seis meses un objetivo que no has sido capaz de cumplir. ¿Recuerdas cómo te pregunté entonces si podrías tener éxito en tus investigaciones? ¿Lo recuerdas? Yo te haré un poco de memoria. Tú respondiste con contundencia que sí. Para estar seguro de que me habías entendido, te hice la misma pregunta una segunda vez. Y por segunda vez obtuve la misma respuesta. Pues bien, ahora ya no hay lugar para la compasión. Yo no tolero en mi equipo ni a traidores ni a incompetentes. -El general se detuvo, retrocedió un paso y giró sobre sí mismo. Volvió a hablar, esta vez de espaldas, más tranquilo, más pausado, con la voz más grave-. Te di una oportunidad y la has desperdiciado. Ahora, asume las consecuencias. Muchos otros antes que tú han sabido aceptar con dignidad su destino de perdedores. Si fallas, mueres.

— ¡General! No ha sido culpa mía. Yo podría... -La tos interrumpió las palabras del prisionero. De su boca habían salido pequeñas gotas de sangre que fueron a parar, en parte, al uniforme de Boxiong. Éste dio otro

paso atrás, cogió un pañuelo que llevaba en el bolsillo y se limpió como pudo.

— No me das lástima. Me has mentido. Me aseguraste que el proyecto vería la luz hace más de un mes. Y sigo sin mi arma. ¡No eres más que escoria!

-El general, de repente, se acercó a unos centímetros de la cara del prisionero. La ardiente furia de su mirada se clavaba en los ojos asustados del científico. Boxiong agarró con la mano derecha la camisa de su víctima, a la altura del cuello, y todavía se lo acercó más-. Tú y sólo tú eres responsable de este retraso. Tú has hecho que mis enemigos refuercen sus posiciones. Tú has hecho que el Partido aún no considere mi candidatura. Tú has hecho que haya perdido dos años y que todos mis planes se tengan que posponer. Eres culpable. Tú y tu ineptitud.

El general soltó al científico, lo empujó hacia atrás e hizo que cayera apoyado sobre manos y rodillas. Un reguero de sangre se precipitó desde la boca hasta el suelo mientras los ojos luchaban por permanecer cerrados para huir de los golpes que acabarían destrozando su cuerpo. En ese instante comprendió que su vida ya no valía nada para nadie. No volvería a ver la luz del sol ni podría hacer comprender a aquel militar las imperfecciones predictivas de la ciencia. Pero, como si recibiera una luz dentro de su cabeza, recuperó el orgullo propio y la dignidad. Abrió los ojos, hizo caso omiso al dolor que sentía por todo su cuerpo y se puso en pie.

— Usted sabía, como yo, que sin esos supuestos planos originales, si es que alguna vez existieron, no podríamos asegurar el éxito al cien por cien. El fracaso no ha sido mío, sino de alguien que aspira a controlar el mundo con sueños e ideas imposibles, leyendas y habladurías. Usted no entiende nada.

-Un fuerte golpe sacudió la cara del prisionero haciéndole escupir los incisivos de su dentadura. La ira de Boxiong se había traducido en una descarga brutal de su mano sobre el rostro del moribundo prisionero.

— Tu repentino orgullo es patético y solo demuestra lo cerca que sientes la muerte. Los mediocres siempre hacéis lo mismo cuando comprendéis que vuestros errores no van a ser perdonados. Decenas de perdedores como tú ya han pasado ante mí con la misma última valentía. No entendieron que esa rabia deberían haberla sacado antes para conseguir los objetivos que tanto aseguraban poder lograr. Sois patéticos hasta en vuestros últimos suspiros.

— Sabe que no puede matarme. Nadie conoce mejor que yo el proyecto y nadie lo puede concluir en menos tiempo sin mi ayuda. Deme una segunda oportunidad. Puedo lograrlo, lo sé. -Aquel científico seguía con miedo. La sola presencia del general le turbaba de arriba a abajo. Pero lo que acababa de decir le había convencido a él mismo de que su vida, por el momento, no correría peligro-.

Boxiong se dio la vuelta y comenzó a andar de nuevo hacia su escritorio. Había ganado fuerza a medida que aumentaba la descarga de su ira contra el prisionero. Quería matarlo ya. Sentía que era la única forma de aplacar su estado de rabia. Pero las últimas palabras del científico le habían generado un pequeño atisbo de duda. Mientras caminaba, comenzó de nuevo a hablar en voz alta, de forma pausada pero penetrante.

— En los últimos meses, mis enemigos han diversificado sus estrategias. Las investigaciones emprendidas desde dentro del Partido se han ampliado también contra mi mujer. Si no logro neutralizar el ataque político que ya se ha iniciado, no sólo mi carrera, también mi vida y la de mis más allegados corre serio peligro. El régimen comunista siempre actúa así, sin piedad, implacable. Pero si consigo este proyecto, no sólo contrarrestaré a mis adversarios, sino que podría barrerlos para siempre de las áreas de poder del Comité Central y aspirar a algo más que la jefatura del Ejército. Y parece que tu torpeza está dispuesta a hacer que eso no ocurra. ¿Crees que lo voy a permitir?

— No, señor.

— ¡Cállate! Cuando tengo un objetivo, lo persigo hasta conseguirlo. No paro ante nada, ni ante nadie. Ni siquiera el tiempo es mi enemigo. Si fracaso una vez, lo vuelvo a intentar. Y si sucede una segunda, tercera o cuarta, las supero con nuevas ansias. No me importan los cadáveres que queden por el camino, ni los sufrimientos. Nada. Ahora está en juego también mi vida y la de mi familia. -En este punto, el general se detuvo. Respiró profundamente, levantó su cabeza y fijó su mirada al frente. Estaba reflexionando-. Quizás tengas razón. Quizás serías más útil vivo que muerto.

Le había contestado sin mirarlo, sin cambiar la trayectoria de su cuerpo, dirigiéndose hacia el infinito. Nunca tenía dudas ni vacilaba. Por esta razón, sus palabras tampoco tranquilizaron al prisionero. El general nunca daba un paso atrás.

PRIMERA PARTE EL VUELO En la actualidad

29 de marzo

Hacia dos días de aquella comunicación breve, concisa, directa. Él tenía claro lo que quería y, con cierta mentalidad germana, no se anduvo ni con muchos formalismos ni con preguntas intrascendentes.

— Buenos días, señorita Minerva. Mi nombre es Máximo Hans. Soy empresario y vivo en Valencia. Me ha sido recomendada por el Señor Virosque, que como bien sabe es el dueño de la compañía donde Usted trabaja. Debo hablarle por un asunto importante que no permite demora.

— Buenos días, Señor Hans. Encantada de conocerle. Dígame

— Me gustaría que nos reuniéramos aquí en Valencia por un tema de extrema urgencia. El señor Virosque me ha comentado que, aunque esté Usted en Munich por temas de trabajo, no tendría inconveniente en darle algunos días libres para que pudiera venir y así charlar más tranquilos. ¿Le parece bien que quedemos el miércoles?

La joven no tuvo muchas opciones. La cita había sido aprobada por su propio jefe, con lo que se convertía en una obligación laboral, como cualquiera a las que debía hacer frente. Dispuso el vuelo Munich-Madrid para el martes, tras ajustar al máximo la agenda.

Minerva se encontraba ahora en la estación del AVE, pocas horas después de que el vuelo procedente de Munich aterrizara en Madrid a las tres de la mañana. Estaba cansada. Había tenido el tiempo justo para volver a su apartamento, descargar la maleta, vaciarla y dormir algunos minutos, apenas nada. Se duchó, se arregló cuanto pudo y, acelerada, tomó un taxi hasta Atocha. El viaje en avión le había agotado tanto que no tuvo fuerzas ni para

hablar con el conductor. Al menos, eso le permitió también cerrar los ojos y relajarse.

Una vez subió al tren, buscó su asiento en el vagón número 8, junto a la ventana, y se dispuso a ocuparlo. Percibió las miradas penetrantes de los demás pasajeros, pero no notó nada extraño en cada uno de ellos. Estaba acostumbrada a captar la atención de los demás de forma inconsciente. Pelo largo, morena, en ocasiones con una coleta poco elaborada, alta, delgada, fibrosa y de cuerpo atlético. Casi siempre vestía traje de ejecutiva, lo que atraía más las miradas de deseo de unos y de aversión de otras. La sensación de seguridad que desprendían sus gestos, sus ojos y su forma de hablar, la hacían todavía más impenetrable.

Había elegido la alta velocidad en su desplazamiento a Valencia y esperaba poder aprovechar la hora y media de viaje para descansar. Pero no lograba tranquilizarse. Aquella conversación telefónica en Munich le había generado inquietud por la reunión que iba a tener lugar en pocas horas. Cuando iniciaba un encargo, sabía de antemano el objetivo, conocía a los protagonistas y podía intuir sus respuestas. En esta ocasión, la falta de información le mantenía a la expectativa.

Su empresa desarrollaba proyectos de energía eólica en diversos países de Europa. Hacía tres años que Minerva había firmado un contrato por el que se responsabilizaba de la captación de suelo y de los informes arqueológicos en las zonas donde preveían un nuevo campo de aerogeneradores. Sin embargo, el cargo escondía otra ocupación.

La Corporación había contratado sus servicios después de que ella obtuviera el número uno en las oposiciones al Centro Nacional de Inteligencia. Fue una elección de juventud, aleatoria, pero tan trascendente que cambió su vida. Nunca llegó a tomar posesión del acta de funcionario.

Antes de llegar a vestir el uniforme, la Corporación se encargó de su entrenamiento personal y su preparación de alto rendimiento. Todo ello, unido a la formación académica y a la capacidad congénita, la convirtió en una excelente protectora de los intereses de la compañía en la zona de Europa del Este, donde las mafias amenazaban siempre con imponer sus propias leyes y sus propias negociaciones.

Mientras notaba el traqueteo del tren, pensó en el tema de la reunión. Daba por descontado que se trataba de un encargo profesional relacionado con la expansión de la empresa en la zona mediterránea, objetivo que perseguían sus superiores desde hacía un par de años. La compañía había apostado su crecimiento a la posibilidad de los vientos permanentes que ofrecía el Cabo de la Nao, en Jávea. Pero la posibilidad de que capital extranjero se hiciese con la operación, estaba a punto de tirar por la borda todo el dinero invertido hasta el momento en suelo, material y sobornos. Por esta razón, no le resultó extraña la llamada, así que decidió dejar de darle vueltas al tema profesional. Un asunto de comisiones no merecía su tiempo de descanso.

Cogió un libro y, con la esperanza de despejar la cabeza, se puso a leer. Esa devoción por la lectura provenía de su madre. Salvo los libros y su abuela, nadie más había acompañado sus vidas.

Al llegar al destino, respiró el recuerdo de aquellas narraciones familiares escuchadas sobre la ciudad del Turia. Había mujeres y hombres que se movían por todos lados, gente joven, universitarios, chinos, rusos, ingleses... Era una ciudad viva. Ese ambiente le encantaba. La madre, desde pequeña, le insistía en que su abuela vivió allí al menos un año y que de ella había heredado el gusto por el sol templado del Mediterráneo. Hubiese deseado disfrutar de él, pero quería regresar en esa misma jornada a Madrid. Así que se dirigió hacia el Ensanche, una zona lujosa en el centro de la ciudad, para

visitar al Señor Hans.

— Buenos días, Señorita Minerva. -Aquel hombre de aspecto serio causó una extraña sensación en la joven.

— Buenos días, Señor Hans -contestó ella intentando mantener las distancias y la formalidad de la cita. No tenía claro lo que iba a ocurrir en la reunión, pero había decidido mantenerse firme en el acuerdo alcanzado por su empresa para el tema del Cabo de la Nao.

— Gracias por su puntualidad. Pasemos a mi despacho y le comento.

Máximo era una persona madura, de unos 60 años. Alto, ojos azules, con rasgos suaves, de piel clara y una voz templada. Sus gestos denotaban que la familia había atesorado dinero, pero tampoco hacía alarde del mismo. Educado, caballeroso y de trato agradable. Tal y como ella imaginaba desde hacía días, había algo de alemán en él. El anfitrión comenzó presentándose de manera formal, tras lo cual le enseñó algunas fotos de sus hijos y nietos. Mientras le mostraba las instantáneas, los ojos de Minerva volaban por las estancias y habitaciones. No estaba asustada, ni le impresionaba toda aquella decoración, pero no dejó de observar con detenimiento cuanto le rodeaba. Había en aquel lugar un poso misterioso de décadas, generaciones enteras, que se exhibían en cada rincón. Minerva entendió que la lectura de todo aquello le aportaría casi tantas respuestas sobre su dueño como la conversación que esperaba tener. Así que preparó su cabeza para almacenar e interpretar hasta el mínimo detalle. Cuanta más información tuviera, como siempre ocurría, más podría dominar la negociación.

Lo primero que le llamó la atención fueron las paredes de aquella enorme casa, pintadas de un tono marrón claro, lisas, inmaculadas. Ello hacía que los muebles sobresaliesen con intensidad, como si quisieran lanzarse encima de los visitantes. Eran muebles robustos, oscuros, torneados. De entre todos

ellos destacaba un buró de roble, salpicado de incrustaciones de marfil y con una hilera de cajones de cerradura antigua. No creía que aquel mueble ocultase nada especial, pero denotaba el gusto de su propietario por los secretos bien guardados. Un gusto rancio, tradicional y lujoso. Esa última circunstancia, sin duda, le hacía vulnerable. Justo enfrente, la pared se levantaba llena de libros sobre estanterías de madera. Minerva comprendió entonces que no sólo estaba ante un hombre de dinero, sino también ante un hombre culto, lo que le convertía en alguien más peligroso.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no se sentía cómoda. La atmósfera de la vivienda, la decoración, la seguridad con la que hablaba el Señor Hans. Había algo en todo aquel escenario que le desconcertaba.

Tras permanecer algunos minutos en esa sala, Hans condujo a su invitada hasta el despacho privado y le invitó de forma amable a tomar asiento. Mantenía el mismo estilo barroco que el resto de la casa. La joven echó un vistazo rápido y disimulado a su alrededor para encontrar algo de aire y lo halló en la ventana situada a la izquierda del escritorio de madera. Aire psicológico con el que refrescar aquella atmósfera de olores y colores intensos.

Mientras inhalaba esa mezcla del dulzón y profundo aroma de la madera con el polvo de la celulosa y la rancia naftalina, observó, de soslayo, una de las fotografías que reposaban en el aparador del fondo, en segunda fila. Era Máximo Hans junto a dos personas, una de ellas vestida de militar, de rasgos orientales y, a decir por el uniforme, chino. La instantánea parecía reciente, de apenas unos años. Pensó entonces que quizás Hans estuviera haciendo de intermediario para una tercera compañía oriental en el tema del Cabo de la Nao y quería llegar a un acuerdo con la empresa a la que ella representaba. Pero lo que más perturbó sus pensamientos fue el recorte de papel adherido al portarretratos. Parecía una Rosa de Olaf. No debía ser

más que una casualidad, pero aquella rosa de ocho puntas significaba para ella mucho más que un simple dibujo.

— Creo que debemos tratar temas más serios a partir de este momento. -
Interrumpió de forma brusca los pensamientos de Minerva.

Hans se sentó frente a su escritorio, en la silla de roble torneado y respaldo de piel marrón. Ella percibía que le observaba, pero trató de no mostrar sorpresa alguna por todo cuanto le rodeaba. Se había hecho ya una idea del carácter y el perfil de aquel hombre. Le inquietaba la seguridad con la que se movía el Señor Hans, pero había aprendido a negociar. Creía haber descubierto por sí misma el motivo de la llamada y no iba a participar en ningún tipo de soborno para repartirse el proyecto de aerogeneradores. El empresario, por su parte, endureció todavía más su rostro, para dejar claro a la joven que, a partir de ese momento, cualquier palabra que pronunciase iba a ser determinante.

2001

18 de octubre

Cuando el general llegó a la mesa del escritorio, cogió su gorra de plato y las dos medallas de metal en forma de rosa de ocho pétalos. Se volvió de nuevo hacia el prisionero y caminó veloz hasta tenerlo a menos de veinte centímetros de su cara. Lo miró directamente a los ojos y pudo leer en ellos el terror, el miedo que sentía aquel científico ante las palabras que pudieran salir de su boca.

Boxiong se había hecho a sí mismo. La dureza con la que creció en sus primeros años de vida, en la China profunda, entre arrozales y barro, entre hambrunas y enfermedades, forjó a un hombre amargado y materialista. Buscaba poder y buscaba dinero. Y la combinación de ambas dio como resultado uno de los perfiles más inquietantes de la China comunista de finales del siglo XX.

El Jefe provincial del Partido rescató al joven Boxiong de entre los arrozales cuando su adolescente aspecto, duro y viril, comenzaba a llamar la atención. Ello le permitió acceder a una educación y a un nivel social muy superior al que estaba previsto. A cambio, entró a formar parte del conjunto de empleados que el patrimonio personal del alto mando político de la zona le permitía tener. Fueron años duros en los que acabó por forjarse una personalidad llena de odio, de rencor, de rabia contenida ante la impotencia de ser usado para cualquier deseo que el dueño del Partido local se propusiera. Todo ello duró hasta que su cuerpo se hizo lo suficientemente adulto como para dejar de interesarle al amo. Entonces, ingresó en el ejército, donde comenzó una carrera meteórica apoyada en su despiadada ambición. Cualquier medio justificaba el fin. Así fue escalando hasta la privilegiada situación en la que se encontraba ahora.

— Matadlo.

Boxiong, tranquilo y sereno, se dirigió entonces hacia la puerta de la derecha mientras oía los gritos y forcejeos del prisionero. Era un sonido habitual para él, un sonido al cual ya no prestaba ninguna atención. Esperó a que científico y soldados salieran de su despacho y abrió la puerta con la clave personal. Aquella habitación la había diseñado en persona, dentro de su bunker, para almacenar todos los documentos relacionados con el proyecto aeronáutico. Se dirigió a su escritorio y se sentó. Estaba solo, como de costumbre. Solía permanecer allí una hora todos los días desde hacía casi dos años. Creía que estaba cerca de obtener resultados, pero no terminaba de encajar alguna de las piezas del puzle y eso le llenaba de ansiedad.

Con los ojos, exploró papeles, documentos y objetos que estaban esparcidos por la mesa. Cogió uno de ellos, lo leyó por encima y lo lanzó con rabia contra la mesa. Estaba cansado de rebuscar entre aquellas cuatro paredes y no poder encontrar lo que tanto deseaba. Los experimentos que había iniciado con científicos chinos no acababan de funcionar y el tiempo se le echaba encima. La oposición interna presionaba en todos los frentes y el dinero comenzaba a agotarse. Apoyó la cabeza sobre el respaldo y fijó la mirada en las estanterías de la pared junto a la entrada del habitáculo. Alguien debía recordar el lugar exacto donde se llevaron a cabo las pruebas y desde dónde se produjo el vuelo definitivo. Alguien debía conocerlo.

Después de unos minutos, cayó en la cuenta. Nunca hasta ese momento había contemplado la posibilidad de que aún viviera algún testigo de los hechos, alguno de aquellos soldados. Estaba convencido que ese dato podría desbloquear el proyecto. Se incorporó de nuevo sobre el escritorio y comenzó a revolver todo con cierta premura. En la esquina derecha, junto a unos dibujos de ingeniería, encontró el sobre amarillento que buscaba.

Estaba abierto y contenía en su interior un folio bastante deteriorado. Ese documento lo había obtenido al principio de todo, entre la mayor parte de papeles que recogió junto al lecho de aquel viejo alemán. Pero nunca le había prestado mayor atención. Era de lo poco que no había repasado una y otra vez en las últimas semanas.

Cuando lo tuvo entre sus manos, comenzó a leerlo con rapidez. Sus nervios se tensaban con la misma velocidad con la que los ojos avanzaban a través de las letras manuscritas de la carta. Casi al final, aparecía un nombre. Patrick Ashby. No estaba seguro de que siguiera con vida, pero era la pista más fiable de los últimos meses para abrir otra línea de investigación. Cogió su libreta. Apuntó el nombre. Descolgó el teléfono y llamó a su lugarteniente.

— Quiero que investiguen todo lo que sepan de Patrick Ashby. Y si sigue con vida, interróguenlo, aprieten lo que sea necesario. Quiero respuestas y si no las tengo le hago a Usted máximo responsable. No escatime medios ni esfuerzos. Y la vida de ese anciano, si aún está en este mundo, no vale absolutamente nada, ni antes ni después de contarnos lo que queremos.

En la actualidad

29 de marzo

Hans no tenía intención de relajar ni un segundo las facciones de su rostro durante la visita de Minerva. Quería asegurarse de que entendía bien todo lo que le iba a contar y el motivo real de la entrevista. Él manejaba el momento y el tiempo. Era más que su forma de trabajar, era su forma de ser.

Los Hans habían aumentado su fortuna a medida que avanzaba el siglo XX. La naranja los catapultó y los diversos crecimientos urbanísticos los consolidó como una de las familias más poderosas del arco mediterráneo. En este ambiente, la solidez académica del joven Máximo y su pericia innata con los negocios convirtieron al nieto de emigrantes alemanes en una persona segura de sí misma, convencida de su superioridad intelectual y con la suficiente educación para administrar la justicia conforme a sus propios valores morales. Su presencia imponía respeto, temor, pero nunca terror.

En esta ocasión, como siempre, había trazado un plan y ella, más que nadie, debía comprenderlo. Por su propia seguridad.

— Mi familia emigró a España durante el reinado de Alfonso XIII, a principios del siglo XX. No tenían dinero y comenzaron una vida nueva al calor de lo que ofrecía Valencia. Poco a poco, pudo montar un pequeño taller de cepillos, cuya fabricación ha continuado hasta hoy. Después, se introdujeron en el negocio de la exportación de naranja, sobre todo a Alemania.

— Perdone que le interrumpa, Señor Hans. Tengo que regresar hoy a Madrid y me gustaría poder tratar con Usted el tema de los aerogeneradores— interrumpió la joven.

— La paciencia es una virtud que se aprende con el tiempo, señorita. ¿No le

parece curiosa esta paradoja? Nosotros supimos tenerla cuando la empresa se frenó en seco en 1936, con la Guerra Civil. De repente, se complicaron las transacciones comerciales con Alemania. El negocio se hundió y ya no se recuperó hasta los años 50. Sin embargo, mi abuelo y mi padre lograron mantener parte de tránsito citrícola gracias a la familia y los amigos de que disponíamos en Munich. Ello requirió un gran esfuerzo, sobre todo porque había que ir a menudo a Alemania para cerrar las operaciones. En esa época, mi familia conoció de cerca a destacadas personas del Régimen Nazi.

— Ignoro la relación que pueda tener su familia y el entorno de Hitler con mi actividad empresarial. No obstante, he de decirle que me llama la atención la complacencia con la que habla de ello. -Minerva se sintió intrigada por las conexiones políticas del empresario. Estaba segura de que Máximo intermediaba en favor de alguna compañía china del sector, pero aquella confesión sobre el pasado germanófilo de la familia había abierto en su cabeza la posibilidad de que la tecnología alemana y la liquidez oriental hubiesen hecho un frente común en la energía eólica. Y quería indagar en el asunto.

— Usted no sabe muchas cosas que es mejor que ignore. Prosigo. Cuando mi padre viajaba a Alemania solía hospedarse en casa de Anni Winter, cuya ayuda fue providencial. La Señora Winter era una persona cercana a mi familia y nos abrió su casa y su corazón. Ella no tenía hijos y había perdido a sus progenitores en la I Guerra Mundial. El hambre y las enfermedades de la Alemania de los años veinte habían dejado solos a ella y a su marido. Quizás por ello vio en mi padre la figura de un hermano pequeño, una persona en quien volcar su necesidad de afecto en los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial. Supongo que las guerras sacan lo peor, pero también lo mejor de las personas. Mi padre era entonces un joven de 28 años al que no le vino nada mal dejarse querer. Aquella señora, que debería tener en torno a la cincuentena de años, residía con su marido en Munich. Era Ama de

Llaves. Cuando las necesidades de su trabajo le obligaban a ausentarse también por la noche, mi padre se apoyaba en su esposo para descargar la tensión de toda la jornada. Poco a poco, descubrió algunos comportamientos extraños en la pareja, incluidas las largas temporadas estivales que pasaban en la Alta Baviera, en Bertsgaden, justo cuando no habían relaciones comerciales citrícolas. Hacia 1943, la situación bélica y económica cambió de forma irreversible. Estaba claro que los alemanes no iban a vencer y el clima de escasez general acabó imponiéndose. Pero la abundancia seguía presente en la casa de la Señora Winter. Así que, ante la extraña situación y lleno de la confianza que les unía, mi padre se armó de valor y le preguntó el origen de su situación holgada. -Máximo se detuvo, esperó algunos segundos, y aumentó el tono de su voz para remarcar lo que iba a decir. Aquella mujer le confesó ser el Ama de Llaves de Adolf Hitler. Del Führer, ni más ni menos. Del gobernante de Alemania que había conquistado media Europa. Como comprenderá, señorita, su sorpresa fue mayúscula.

— ¿De Hitler? ¿seguro? -interrumpió sorprendida y algo incrédula.

— Sí, así es. Creo que ya supone Usted que le preguntó mil cosas y le respondió las que quiso. Pero alguna de ellas fue mucho más sombría de lo que pueda sospechar. Cuando yo tuve quince años, mi padre comenzó a contarme algunos secretos a los que accedió la Señora Winter. Secretos que poco a poco despertaron en mí la curiosidad sin límites de un investigador. Con los años, entendí que era mejor mantenerlos escondidos, no sólo ante la sociedad, sino sobre todo ante algunos gobiernos.

-Hans hizo un nuevo descanso para tratar de enderezar la conversación y zanjar el camino que había iniciado-. Ahhh, la vieja Señora Winter. Sabía cómo nadie la relación íntima de Hitler con Eva Braun, de la que todos hablaban pero nadie se atrevía a asegurar nada. O de las noches de insomnio a que sometía al servicio debido a las pocas horas que el Führer dedicaba al descanso. Según Winter, era una persona convencida en lo más

profundo de sí misma del servicio que realizaba a su país. Y en eso, como en otras muchas cosas, ambos se complementaron. Su íntima confianza había nacido en los duros años que sucedieron a la Primera Guerra Mundial. A pesar del hambre que campaba a sus anchas por toda Alemania, Anni y su marido recogieron por unos días al joven Adolf, que vagaba moribundo con sus dibujos al óleo debajo del brazo. Sintieron lástima por él, igual que podrían haberlo sentido por cualquier otro. Esas pinturas eran lo único que tenía. Ni ropa, ni comida, ni dinero. Nada. Hitler enfermó mientras permanecía en casa de Anni y ésta, lejos de enviarlo a un hospital, le cuidó y ayudó hasta que pudo valerse por sí mismo. Aquellos días, aquellas semanas, no se borraron de la cabeza del futuro Führer, quien siempre vio en ella a la providencia familiar que no había tenido en esos años.

— Veo que conoce a fondo la historia de la Señora Winter -Interrumpió con admiración irónica Minerva.

— Así es, señorita, así es. Anni lo sabía todo. Incluso de los colaboradores más íntimos del Canciller. Quizás por esta razón, el dirigente nazi confiaba tanto en ella, porque sabía que nada importante saldría de su boca. Mi padre me contó que se sentía orgullosa de servir al Führer, a Adolf, como le gustaba llamarle. Y le dio a entender que el cariño fraternal era mutuo.

En ese momento, sonó el teléfono de Minerva. Lo sacó del bolso de forma inmediata y se dispuso a contestar. No entendía el camino que había tomado la conversación y por qué aplazaba Hans la negociación empresarial. Pero a medida que ahondaba en el relato de Hitler, tenía la sensación de que le ocultaba más cosas. La llamada era de la empresa, nada trascendental. Pero ella supo dar la entonación justa para que pareciera lo contrario.

— Perdone, Señor Hans. Era del trabajo. Era importante. Y, ¿por qué motivo me ha llamado Usted?

— Ya veo que no ha hecho demasiado caso al consejo que le he dado antes sobre la paciencia. La situación en la que nos encontramos es compleja y requiere de sus cinco sentidos. Póngalos a trabajar desde ahora mismo. - Minerva quedó sorprendida. No pareció gustarle el comentario del empresario, pero intentó mantener una expresión sosegada-. Bueno, mi padre ya no volvió a verla hasta finales de 1944, en un viaje muy corto que hizo a Munich con otros hombres de negocios y con la cobertura de una naviera inglesa. El ánimo de ella había cambiado al mismo ritmo que el de Alemania. No obstante, le trató con igual cariño, sino más. Quizás por esa razón, mi padre recordaba con especial sensibilidad aquella última despedida. Los abrazos y los besos de la Señora Winter le marcaron para siempre. Antes de que él cruzase la puerta de su casa, el Ama de Llaves puso en su mano una pequeña caja del tamaño de un libro, envuelta en papel áspero. Le pidió que no la enseñara a nadie y que solo la abriera si a ella o a Hitler les ocurría algo. Y que aun así, no hiciera saber a nadie su contenido. Era su secreto y también su herencia. Un recuerdo mucho más importante que la literatura que de él pudiera extraerse. Poco después capitularía Alemania y terminaría la guerra. Pero aquel Diario, el mismo que voy a entregarle a Usted hoy, esconde a todo el mundo respuestas por las que muchos gobiernos matarían. Mi padre fue el encargado de custodiarlo. Pero su existencia ha salido a la luz y ha llegado el momento de hacerlo desaparecer. Antes de que sus páginas dejen de existir, creo necesario que Usted sea la última persona que lo lea. Ello hará que entienda la importancia de que nadie pueda acceder nunca más a su contenido.

En este punto, el empresario se detuvo. Sus ojos enrojecieron, aumentó la dilatación de sus pupilas y tragó saliva con lentitud. Estaba emocionado. Asu cabeza vinieron mil recuerdos de familia en los que parecía haber recuperado la presencia de su padre. Por él, sentía más que una evidente devoción de hijo.

1941

29 de diciembre

La cámara refrigeradora funcionaba a más baja temperatura de lo habitual. Aquel equipo médico había puesto en marcha el protocolo de emergencia. Por debajo del umbral de los cero grados era complicado el contagio directo de infecciones virales. Sabían que sólo era eficaz en esas circunstancias específicas y aunque ahora no se tratara de una enfermedad contagiosa, convenía mantener el mismo procedimiento para evitar posibles contingencias no previstas.

Cuando entró en la sala Martin Bormann, todo el equipo le esperaba alrededor del cuerpo inerte de aquella joven. El primero en atender al dirigente nazi fue el Doctor Stumpfegger. Llevaba bata blanca, limpia, en contraste con las manchas de sangre que exhibían sus colegas junto a la fallecida.

— Buenos días, Martin.

— Buenos días, Doctor. ¿Qué ha ocurrido con la prueba A-23?

— No lo sabemos Martin. Esta investigación no es agresiva con el cuerpo humano. Ni mis colegas ni yo sometemos a ninguna persona a las barbaridades que aprueba Himmler. Se trataba de fecundar a la joven con óvulos y espermatozoides tratados con una pequeña modificación genética que ya habíamos probado en ratones y monos. Pero la paciente, que en un primer momento no dio síntomas de rechazo, ha entrado en parada cardíaca y ha fallecido. Ahora le estábamos realizando la autopsia. Queríamos que estuvieras informado de lo acontecido lo antes posible.

— Me da la sensación, Doctor, que el proyecto está aún demasiado verde.

Necesito que avance con más celeridad.

— No te preocupes, Martín. Sólo ha sido un pequeño contratiempo.

Bormann se dirigió entonces hacia la camilla donde yacía la joven alemana de 23 años. Los doctores habían seccionado el abdomen en diversos puntos para intentar obtener respuestas al rechazo del tratamiento que había experimentado. El dirigente nazi se limitó a observar el cuerpo frío, ensangrentado y mutilado de aquella berlinesa. No se le veía afectado, ni sus ojos rechazaban la carnicería a la que se sometía el bello cuerpo de la prueba A-23. Cuando acabó de dar la vuelta a la camilla, se dirigió de nuevo al Doctor Stumpfegger, lo cogió por el antebrazo, lo apartó del grupo y le miró a los ojos.

— Ludwig. No podemos volver a fallar. Nosotros no somos la Ahnenerbe ni estamos en un campo de concentración. Quiero ciencia. Ciencia a mi servicio, pero ciencia. No puede volver a morir una ciudadana alemana en esta sala. Si los experimentos, o la muerte de compatriotas, llega a oídos del Canciller o de alguno de sus colaboradores más íntimos, tú y yo no volveremos a ver la luz del día. Asegúrate bien antes de que vuelvas a matar a alguien. Necesitamos concluir este proyecto en el más alto secreto, por ti y por mí.

En la actualidad

29 de marzo

Hans levantó la cabeza y enjugó sus ojos en un pañuelo doblado con exquisita perfección. Miró a la joven y esbozó una sonrisa de complicidad en sus labios. Sus pupilas seguían dilatadas. Daban la sensación a Minerva que, aunque su cuerpo estaba delante, su mente le había abandonado por momentos. Ella esperó con intranquilidad a que Hans se recuperara. Respetaba el silencio que inundó toda la sala. Había entendido que el objeto de la reunión no era empresarial. Ni aerogeneradores ni dinero chino ni tecnología alemana. El Señor Hans quería entregarle a ella aquel Diario al que tanta importancia daba. Pero, ¿Por qué a ella? ¿Qué quería que hiciera con él? Además, si su jefe le había facilitado la cita con el empresario valenciano, eso significaba que también estaba al corriente de todo. ¿Qué importancia tenía aquel texto para que su compañía le liberase del trabajo habitual y le permitiera complacer a Hans? La cabeza de la joven había comenzado a poner los cinco sentidos sobre la mesa y a preocuparse por el encargo.

A los pocos segundos, el empresario pareció volver en sí. Carraspeó con ligereza y, como si nada hubiese sucedido, retomó el hilo de la historia.

— Mi padre, que respetaba con firmeza a aquella mujer, decidió cumplir su promesa. Escondió el paquete nada más llegar a España e intentó olvidarse de él. Al poco tiempo, en febrero de 1945, recibió un correo a través del Consulado de Alemania en Valencia. Era de ella. Le pedía que la carta que iba dentro del sobre la ubicase junto al paquete que le había dado con anterioridad y que lo convirtiera en parte del mismo secreto, si no más. Le hizo caso. Fue la última vez que supo de Anni.

— Perdona que le interrumpa, pero quisiera saber por qué me ha llamado a mí y qué contiene ese Diario. Yo he venido aquí por un tema empresarial y parece ser que nada de eso tiene que ver con Usted.

— Mantenga su templanza como hasta ahora, señorita Minerva. Nadie le había dicho que este era un tema empresarial. Desde el momento en que le he contado toda esta historia, Usted ya forma parte de ella, para lo bueno y para lo malo. Ya me entiende. Además, considere esto como un encargo personal del dueño de la compañía en la que trabaja. Si fracasa en ese cometido, supongo que entenderemos que también puede ocurrirle en su labor habitual. Y, ante esa situación, es mejor contar con mejores profesionales. -Ella pareció entender a la primera las amenazas de Hans y decidió permanecer a la espera para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos-. Si le parece, continuaré con mi relato. Este edificio siempre ha sido de mi familia. Primero mi abuelo, luego mi padre y ahora yo. Diez años antes de que lo heredara, mi padre decidió llevar a cabo una reforma parcial en las habitaciones interiores. Entre ellas, el que hoy es mi despacho. Recuerdo a la perfección aquel día, aquel 16 de julio de 1975. Me pidió que subiera al trastero parte del material que ya no usaba y se amontonaba en los armarios. Con los años entendí que él determinó aquel día y aquella hora exacta para hacerme partícipe, por fin, de un trozo de su vida, secreto, oculto, misterioso. Cuando tuve todo preparado, se acercó y, con sus manos apoyadas en mis hombros, me dijo que no bajase hasta hallar aquello de lo que tantas veces le había oído hablar pero que nunca había visto. Con la lógica excitación que sus palabras me produjeron, decidí ascender a lo más alto del edificio en busca de mi pasado. Al abrir la puerta del trastero, percibí una sensación extraña que lo inundaba todo. Sin ningún criterio, observaba aquí y allá, tocaba unas cosas y otras, cambiaba de objetivo sin parar. No había nada que me impresionara, pero por alguna razón sentía la necesidad de seguir mi búsqueda. Ojeé el uniforme militar que mi bisabuelo lució en los

desfiles de principios de siglo, con el Káiser Guillermo. Pude palpar de nuevo la textura de las cartas que mis padres se escribieron en su juventud. Estuve perdido tres horas entre fotografías y juguetes, periódicos y libros, cuadros y armas. Casi al final de la tarde, cuando el sudor ya formaba parte de mí, me fijé en el baúl de madera con detalles de metal dorado que estaba situado al fondo, casi oculto entre cajas de cartón con cientos de libros. Lo miré. Me dirigí hacia él sin ninguna intención. Lo abrí con cuidado por temor a lo que pudiera contener. Y empecé a removerlo todo, a hacer que mis manos bucearan entre los muchos vestidos blancos de mujer que de forma ordenada fueron amontonados en su interior. De repente, mis dedos notaron algo duro, áspero. Una textura de papel envejecido bajo el cual podía percibirse madera. Lo saqué con más rapidez de la que podía suponerse. Estaba ansioso, intrigado, nervioso. Y no supe el por qué hasta que mis ojos lo vieron. Me quedé parado durante varios minutos, inmóvil, con aquella caja entre mis manos, frente a mi cara. Notaba cómo las pulsaciones de mi corazón habían subido hasta límites insospechados. Comencé a sudar, a recordar de forma compulsiva. Intuía lo que podía ser. Un trozo de la vida de mi familia y un secreto perseguido por muchos. Toda la intriga que mi padre le había dado a la historia de la Señora Winter volvió de golpe, como un relámpago cuyo ruido lo ensordece todo, absolutamente todo. Dudé durante un buen rato. El trastero parecía haber desaparecido y, su lugar, ocupado por la oscuridad. No veía nada, a excepción de mis manos y aquel paquete. Lo miré una vez más y, sin pensarlo, rompí el papel que lo envolvía. Al ver la caja, me detuve un segundo. Pero ya no había marcha atrás. Quería conocer su interior, así que levanté la tapa y vi el Diario junto a tres medallitas de metal. Era un libro modesto, de tapas duras, atado con una pequeña cuerda. En la parte inferior izquierda estaban dibujadas dos iniciales: una A y una W. Era el Diario. El secreto más importante de mi padre, de Anni, de Hitler. Y allí mismo, sin pensar en el tiempo que había estado escondido en aquel trastero, comencé a leerlo. Quería entender cuál era el misterio que

escondía. Me llevó varios días. Lo devoraba, con interés, casi con verdadera pasión. Cuando acabé la primera lectura, no acerté a descubrir la inmensidad del hallazgo. Volví a comenzar. Y lo repetí varias veces. Y cada vez que lo leía, la intensidad de lo que descubría era mayor. Desde entonces, lo he analizado cien veces, transportándome, con cada una de sus páginas, a aquella convulsa época. Lo que esconde no debe ser descubierto por nadie, señorita. Hasta ahora, quizás porque creía que perdería parte de la historia de mi familia y pondría en riesgo a muchas personas, no me había deshecho de él ni había comentado a nadie su secreto. Pero ha llegado el momento en que tiene que desaparecer. Este Diario es algo demasiado peligroso para que caiga en manos inadecuadas.

— Si es tan peligroso, ¿qué tengo que ver yo con todo eso? -Minerva reaccionó con rabia. Había esperado durante toda la conversación el momento en el que su interlocutor le plantease una operación empresarial relacionada con la energía eólica y ahora se encontraba inmersa en un problema del que no podía escapar y que tampoco había buscado.

— Usted tiene los conocimientos y la destreza adecuada para llevar a cabo este cometido. Le he hecho llamar porque me gustaría que viajase a Munich para encontrar el lugar donde está enterrada la Señora Winter y deposite junto a ella ese trocito de su alma. Quiero que lo haga desaparecer ante el mundo. Ese es su objetivo. Debe ser discreta para poder finalizar con éxito este trabajo. Y no tiene que preocuparse por ningún gasto. Yo dispondré todo el dinero que necesite.

— Sabe que no estoy en condiciones de elegir. Lo ha dejado Usted muy claro hace un momento. Las consecuencias de negarme serían peores para mí que llevar a cabo el encargo.

El empresario se quedó en silencio, dio por zanjada la conversación y abrió

el cajón de su escritorio con tranquilidad. De él sacó una especie de libro antiguo del que sobresalía un pequeño broche con cerradura. Se puso en pie, rodó la mesa e invitó a levantarse a la joven. Mientras se despedía de forma cortés, le entregó el Diario. Lo agarraba con firmeza. Parecía no querer desprenderse de él. Tardó algunos segundos hasta que, al final, Minerva lo cogió. En silencio, caminaron por el pasillo hasta la puerta de entrada a la vivienda. Una vez allí, antes de que ella cruzara el umbral de la casa, Hans se dirigió a la joven.

— En esta tarjeta está el número de teléfono donde puede localizarme si tuviera cualquier imprevisto. No dude en hacerlo, confíe en mí. Recibirá noticias mías cuando sea necesario. -En el momento en que Minerva cogía la tarjeta, él sostuvo su mano y, mirándole a los ojos, añadió algo más-. Tenga cuidado. Muchas personas desean este Diario y están dispuestas a cualquier cosa con tal de obtenerlo. Debe terminar con éxito el encargo.

1942

30 de abril

La Berghof le permitía a Hitler desconectar de todo cuanto le rodeaba. El pequeño retiro en los Alpes Bávaros devolvía a su cabeza algo de la tranquilidad con la que soñaba pero a la que había renunciado hacía tiempo. Llevaba meses que se sentía cada día más débil. Creía que su falta de fuerza podría desaparecer si se instalaba entre aquellas montañas de aire puro y grandes cantidades de oxígeno. Confiaba tanto en que ese entorno bávaro revitalizase su cuerpo y aclarase su mente, que poner los pies en la casa de recreo logró recuperar casi al instante todo lo que la guerra le estaba robando. Solía salir al amplio balcón de la zona sur, vestido de civil, con traje y corbata, y dejaba pasar los minutos con la mirada perdida en el horizonte frondoso de aquellos bosques. Su mente se distraía con la distribución de barrios y edificios de su nueva Berlín, de la capital del III Imperio, de su deseada Germania. Después, en pocas horas, la debilidad de su estado físico le devolvía a la realidad.

Junto a él siempre estaba presente el Dr. Morell, la antítesis del hombre ario. Bajito, gordo, sudoroso a todas horas, con las manos y dedos avutardados. Nadie se explicaba cómo aquel hombre podía ser médico. Su falta de higiene había escandalizado a todo el servicio de la Berghof, menos al Führer. Sólo por él estaba allí, a cargo de la salud de la máxima autoridad alemana. Y el Canciller no parecía dispuesto a cambiar la situación.

Al atardecer, sobre las cinco y media, se encontraron en la sala de reuniones el propio Hitler; el todopoderoso presidente de la Cancillería, Martin Bormann; y el Comandante en Jefe de las SS, Heinrich Himmler. Los dos últimos residían también en los alrededores de la Berghof. Con ello lograba que los despachos de Estado pudieran ser continuos y a cualquier hora del

día. En aquella ocasión, Himmler trató de dar cierta relevancia a la cita y la envolvió en todo tipo de misterios y ocultaciones.

— Estamos en disposición de iniciar la segunda fase del Proyecto Thule. Desde la Anhenerbe hemos podido descubrir el lugar exacto en el que podría haber estado la Atlántida y allí hemos instalado todo el dispositivo del Proyecto para iniciar los trabajos. Si das el visto bueno, Adolf, claro está.

— No tiene por qué contestar ahora. Deberíamos poder tener un tiempo de reflexión. -Indicó Bormann en un intento por controlar la situación-. Nadie ha informado hasta el momento de las posibilidades de éxito del proyecto y su puesta en marcha podría interpretarse como una vacilación en la victoria final.

— Nada tiene que ver con el conflicto. Avanzamos en África y en breve tomaremos Moscú. ¿alguien puede pensar ahora en una derrota? Vamos, Martin, ¿tienes algún motivo especial para no iniciar la fase dos? -contestó Himmler elevando el tono.

— Escúchate cuando hablas. Te hemos dejado crear tu juguete, la Anhenerbe, para todos esos temas que sólo a ti interesan. Pero no nos hagas perder más tiempo. Despierta por una vez y date cuenta de la situación en la que estamos. Tenemos una guerra por delante y debemos ganarla, porque una derrota acabará también con todos nosotros. ¡Quítate esas gafitas de la cara y mira la realidad!!

-Bormann solía estar callado en la mayoría de ocasiones. Prefería convencer a Hitler poco a poco, cara a cara, sin intermediarios. Pero explotó contra Himmler. A decir verdad, nunca se habían llevado bien.

En ese momento, entró en la sala el Dr. Morell. Traía la medicina del Führer pero en realidad buscaba estar al tanto de todo cuanto se decía en la reunión. Quería mantener la idea de que su presencia era casual e

intrascendente. Hitler le creyó, no así sus dos invitados, quienes empezaban a desconfiar del médico personal del Canciller. Al Dr. Morell no le importaba lo más mínimo la salud del Führer en aquella reunión. No obstante, administró sus tres dosis diarias de vitaminas, atropina y estricnina, que no eran otra cosa que sustancias tóxicas. Después, para sorpresa de los otros dos invitados, tomó asiento.

En diciembre de 1936, Morell pasaba consulta en un lujoso piso de la no menos lujosa avenida berlinesa de Kurfürsterdamm. Entre su clientela figuraban grandes personalidades de la Alemania del momento. Sin embargo, la reputación que se había granjeado entre la alta sociedad de Berlín no era compartida por sus colegas, que le tenían por negligente y poco amante de la limpieza. No era de extrañar, pues, que Eva se hubiese referido a él en alguna ocasión como asqueroso. Incluso llegó a matizar, ante un número respetable de personas, que su consulta parecía una pocilga.

Hitler conoció al Doctor en la propia Berghof, durante una fiesta que realizaban en honor de la segunda victoria electoral. Delante de todos los invitados, Morell afirmó que podía curar las enfermedades del Führer en un solo año. Y Hitler decidió darle una oportunidad. El líder nazi era hipocondriaco, estaba en permanente estado de alerta, algo que venía motivado por dolencias diversas, como los problemas estomacales y un principio de párkinson.

Comenzó a tratar al paciente con diversas fórmulas comerciales que incluían una combinación de vitaminas y bacterias E. coli, llamadas Multiflor, que él mismo patentó y comercializó. Hitler pareció recuperarse y Morell comenzó a entrar entonces en el círculo íntimo del mandatario alemán, a pesar del disgusto de la esposa del Doctor. Entre las prebendas del título no oficial de médico del Führer estaban las continuas recomendaciones a otros miembros del Alto Mando Nazi. Sin embargo, la mayoría de ellos, incluido Hermann

Goering y Heinrich Himmler, desconfiaron de él desde el primer momento y lo rechazaron de forma discreta por su apariencia y, sobre todo, por su poca higiene personal.

— Prosigan Ustedes. Creo que habíamos dejado el debate en torno a la posibilidad de activar la segunda fase del Proyecto Thule -indicó Hitler.

— Sí. Creo que, más allá de los cuentos y sueños absurdos de Himmler, debemos valorar la posibilidad de que su puesta en marcha pueda provocar el efecto contrario al que se espera. Pero en cualquier caso, debe ser el Canciller quien decida- indicó Bormann.

— No debemos perder más tiempo, mi Führer.

-Himmler alternaba de forma consciente el trato con el que se dirigía a Hitler en cada una de sus conversaciones. Su amistad, desde los inicios del Partido, le permitía llamarle directamente por su nombre, Adolf. Sin embargo, en un gesto de sumisión premeditada, y cuando pretendía hacer valer sus planteamientos, le llamaba mi Führer-. Mis hombres se encargarán de mantener en secreto el proyecto. Puedo asegurar aquí y ahora que la turbina de la campana de Braum, que activa el Proyecto Thule, permanecerá en el más completo de los silencios.

Durante unos instantes no se oyó nada en la sala. Morell seguía atento la conversación. Esperaba el signo de los acontecimientos. Se divertía mientras miraba a los dos jefes nazis competir frente a Hitler. Esta vez, todo el espectáculo estaba en la cara de Bormann. Tensa, con la mandíbula hacia afuera, los labios apretados y el entrecejo arqueado hacia abajo. El Doctor se alegraba en estas ocasiones de su cercanía a Hitler. La posibilidad de observar todo aquello desde dentro no tenía precio. Además, estaba seguro de poder influir, cuando estuviera a solas con el Führer, en la decisión final.

— Adolf, no perdemos nada al intentarlo y podemos ganarlo absolutamente

todo si el programa es un éxito. -El Jefe de las SS trató de presionar a Hitler para obtener su aprobación.

Himmler había sido un niño acomplejado, débil, del que los demás muchachos sacaban prolongadas risas con sus comentarios y juegos. Miope desde muy temprano y de aspecto enfermizo, fue rechazado para entrar en el ejército. Esta situación no hizo sino acrecentar el rencor hacia el resto de la sociedad, algo que, más pronto que tarde, se pondría en evidencia. Poco a poco, esa necesidad de hacer ver a todo el mundo que él era mucho más de lo que su aspecto físico dejaba entrever se canalizó a través de su progresión en la política. Se introdujo en el pequeño Partido Nazi y creció con él hasta obtener cuotas significativas de poder. Ahora, la autoridad lograda dentro del NSDAP le había dado la oportunidad que había esperado durante toda su vida para tomarse la revancha. Esto convirtió a Himmler en un dirigente extremadamente violento en sus acciones, aunque eficaz en la organización interna. El perfil de gestor lo combinaba con su devoción por las leyendas germanas, heredado de su padre desde pequeño. Llegado el momento, con todo el poder del que disponía en sus manos, pretendió hacer realidad sus sueños. Logró hacerse con la Lanza de Longinos, que trajo hasta Berlín, y ansiaba el Santo Grial, para lo que se había desplazado hasta las ruinas del castillo Cátaro de Montsegur o a la catedral de Valencia.

Himmler no trabajaba en solitario. Para todo ello había creado la Anhenerbe. Se trataba de una Sociedad para el Estudio de la Historia Ancestral Alemana, que al final acabó por convertirse en una sociedad relacionada con cualquier tema de ocultismo que interesara a su creador. Realizó viajes por diversas partes del planeta, desde África hasta Sudamérica, aunque el único viaje oficial reconocido fue la expedición al Tíbet. En su obsesión por buscar y descubrir los misterios de la Historia, Himmler llegó a creer en la Atlántida como un continente con altas cotas de avance técnico e intelectual, origen de

la raza aria y ubicada en el norte de Europa, cerca del Polo. De este modo, había logrado que la antigua leyenda griega encajara en la ancestral historia nórdica.

Hitler conocía esta debilidad de Himmler, pero su compañía afable, sobre todo en la Berghof, le permitió que tuviera permiso para seguir adelante con esas fantasías que no hacían mal a nadie, como solía asegurar el Canciller. Sus éxitos en la gestión y organización de las SS le eran premiados con la Anhenerbe. Y en eso estaba concentrado ahora Himmler. Su cabeza trataba de mezclar, una vez más, el poder tecnológico alemán con las leyendas más inverosímiles.

Las aficiones de Himmler no eran del agrado de todos los que compartían estancia en la Berghof. Además de la enemistad manifiesta de Bormann, contaba con la aversión del Doctor Morell, con quien estaba enfrentado de forma ostensible. Todo este juego de la Anhenerbe le sacaba de sus casillas al Doctor, que no era capaz de comprender el racionalismo que predicaba en sus discursos ante las SS y las creencias más asombrosas de las que hacía gala en privado. En más de una ocasión había comentado, en voz alta, cerca del Führer, que era ridículo ver a un hombrecillo enjuto y con gafas vestir uniforme negro, con el brazalete rojo y la cruz gamada. Para rematar sus comentarios, ridiculizaba al Jefe de las SS y aseguraba que cuando lo veía hablar de dioses y magia creía estar ante una de las muchas operetas que se representaban en cualquier barrio obrero de Berlín.

— Adelante. Tómense las medidas oportunas para que nadie conozca el Proyecto Thule. La próxima reunión al respecto será pasado el verano. Si para entonces no hay avances sustanciales, cancelaremos el programa. Por cierto, Doctor, mis dolores continúan igual que hace unos días. ¿cree poder solucionarlo? -indicó Hitler.

En la actualidad

30 de marzo

No llegó a introducir la llave en la cerradura de su piso. La puerta estaba abierta. Dentro se oían ruidos, fuertes golpes, seseos. Por momentos dudó si entrar en la casa o huir. Metió la mano en el maletín y sacó el móvil. Se retiró hacia el ascensor, al final del rellano, y con voz baja, dio aviso a la policía. Una vez pasados cinco minutos, se recogió el pelo con las dos manos, de prisa, retirándolo y fijándolo detrás con una coleta. Entonces, se dirigió hacia la entrada de su apartamento. Empujó la puerta, despacio, sin llamar la atención. Se acercó hacia el lugar de donde venían los ruidos y sorprendió en la habitación de trabajo a dos hombres, uno de complexión grande y robusta. Las miradas de los tres se cruzaron, con más sorpresa en ellos que en ella. Tras unos segundos de tensión, el que parecía más fuerte se dirigió hacia la joven todo lo rápido que pudo con la intención de terminar su movimiento en la cara de ella. El femenino pero fibroso cuerpo de la mujer se deslizó entonces hacia la derecha, sin esfuerzo alguno, lo que hizo que el puño de él acabase en la pared. Quedó paralizado, con notable sorpresa. Creía que debía haber sido una suerte de movimiento por parte de la chica. Se giró lleno de rabia, dispuesto a golpearla con el triple de intensidad cuando, de repente, una mano sacudió su garganta de lado a lado. El golpe fue letal. Dejó tumbado en el suelo a aquel desconocido mientras ella dirigía su mirada hacia el otro intruso. Éste, conmocionado por una escena que no esperaba haber visto, aún tardó un par de segundos en reaccionar. Después, consciente de la situación, huyó a toda velocidad, esquivando los ya poco contundentes movimientos de la chica.

Cuando llegó la Policía ya era tarde. Minerva había vaciado los bolsillos del intruso, se guardó parte de la documentación y escondió algunos papeles con anotaciones que él portaba encima. Además, intentó averiguar si se

habían llevado alguna cosa que ella pudiera echar más tarde en falta. Esperaba que quizás eso le mostrase la razón por la que habían irrumpido así en el apartamento. En aquella rápida inspección, al menos el Diario seguía en su sitio, en el armario de su dormitorio. Después, casi instintivamente, acudió a su mesita de noche. Temía haber perdido lo que ella consideraba importante. De allí sacó un viejo sobre, amarillento, y lo introdujo en el bolsillo derecho de su pantalón vaquero. Sus latidos se calmaron tras volver a tener a buen recaudo aquel singular recuerdo de familia. La escena, aun siendo habitual en su trabajo para la Corporación, le había alterado. Esta vez había sido ella el objetivo.

Apartir de ese instante, la labor de los agentes se desarrolló como en ellos era habitual: lento y burocrático. Los dos empleados de la Policía Nacional se tomaron su tiempo. Llamaron al servicio de urgencias para que atendiera al individuo que había quedado tumbado en el suelo y después pudieran detenerlo. Una vez despejado el apartamento, se dedicaron a hacer numerosas preguntas a Minerva, tomaron nota de la situación en la que había quedado la casa, estudiaron todo cuanto había a su alrededor, llamaron en varias ocasiones a la Central y sacaron fotografías de las habitaciones. Después de unas horas que a ella se le hicieron interminables, la Policía dio por concluida la investigación presencial. Como eran las doce de la noche, la joven creyó conveniente que lo mejor era abandonar el apartamento, cerrar la puerta e irse a un hotel a dormir. Pensaba que así estaría más segura.

A la mañana siguiente, Minerva volvió a su piso para recoger algunas cosas. La Corporación solía entregarle siempre un dossier con toda la información de la operación a la que se enfrentaba. Estudiaba cada caso hasta el mínimo detalle, no dejando que nada pudiera sorprenderla. Pero esta vez no había ningún informe ni ningún objetivo. La Corporación no estaba por medio. Ella debía averiguar sola el significado de los hechos. De repente, cobraban

sentido las palabras de Hans sobre el peligro que acarrearía el Diario. Eso era lo que habían estado buscando. Ahora, más que nunca, deseaba conocer el contenido de aquel texto cuya posesión todos ansiaban. En su cabeza rebotaba una y otra vez la misma pregunta: ¿por qué tenía que ser ella la última persona en leer el Diario?

Después de cerrar la puerta de su apartamento, casi de forma inconsciente, se dirigió a la Universidad. Allí tenía algún amigo y muchos enemigos. La Universidad era para ella una institución consultiva, más que un centro de conocimiento. Se sentía por encima de todos, en una actitud que tampoco disimulaba. Por si esto no fuera suficiente, el intenso atractivo de su cuerpo le hizo granjearse todo el odio femenino que allí se podía concentrar. No era una persona que pasara desapercibida.

Mientras caminaba por los pasillos de aquel centro, su mente, abstraída de miradas, no paraba de darle vueltas al asalto de la noche anterior. No sabía quiénes eran esas dos personas. Daba la sensación de que a los ladrones no les había dado tiempo a encontrar lo que buscaban. Pero estaba convencida de que perseguían el Diario de la Señora Winter. Aquello encajaba con las advertencias del Señor Hans. Así que se dispuso a conocer con exactitud la importancia del texto para saber a qué se enfrentaba.

En la Universidad trabajaba Dieter Schell, experto en Historia Europea del siglo XX. Su alto nivel de alemán y su gran amistad bastaron para que ella le confiara la traducción exacta del texto. Sólo él podía descifrar el lenguaje coloquial e íntimo de Anni.

Minerva conoció a su amigo en la Facultad de Historia. El gusto por esta materia había nacido de la mano de su madre. Aquella solitaria mujer dedicaba horas y horas a la lectura de libros acerca de los años treinta y cuarenta. Parecía que esos relatos rellenaban el vacío que en su vida había

producido la prematura muerte del marido. Con el tiempo, amplió las épocas y los protagonistas, desde la Antigua Grecia hasta los Dioses Nórdicos. Su cabeza se llenó de historias hasta que en ella surgió la necesidad de sacarlas al exterior, de contarlas, de vivirlas con cada palabra que pronunciaba. Así que comenzó a narrar todas las noches a su hija esos hechos que se habían convertido casi en vivencias. La niña disfrutó poco a poco de las frases que su madre le susurraba mientras estaba acostada sobre la cama. Siempre había heroínas, diosas, reinas, princesas, campesinas, trabajadoras, mujeres. Y siempre eran capaces de imponerse a todos y a todo, sin ayuda de nadie, por sí mismas. Tras cada historia, un descanso profundo sumía a las dos en sus propios sueños. Esa rutina nocturna se prolongó desde su infancia hasta la adolescencia.

Cuando Minerva tuvo que incorporarse a la Universidad, decidió estudiar Historia del Arte. Era su pasión. Disfrutaba con cada documento que leía y con cada monumento que veía. Invirtió en ello todas las horas de que disponía. Pero la realidad de su entorno le llevó a ser pragmática. De ahí que simultaneara su pasión con la carrera de Derecho.

La trayectoria vital de las dos no había sido fácil. Tuvieron que vivir solas desde que el padre falleciera en un accidente de tráfico, a los tres años del nacimiento de la pequeña. Esta circunstancia hizo que la viuda se encerrase en sí misma. Parecía como si el destino les privara de la presencia del género masculino y atase generación tras generación la singladura de sus mujeres. Minerva desconocía quién era su abuelo. Ni siquiera su madre lo sabía. Había sido un tema tabú. Y de su padre, apenas un recuerdo confuso a través de una pequeña fotografía en la que aparecía en sus brazos. Eso era todo lo que tenía. Y la suma de todos estos sucesos logró convertir a la joven en una mujer independiente, ilustrada, autosuficiente, segura de sí misma y que no tenía necesidad de recurrir a la presencia masculina para salir adelante ante la adversidad.

Su madre la quería, sin duda, pero gota a gota perdió la fuerza y la vitalidad necesaria para ayudarla, hasta que murió. El lugar de la progenitora lo ocupó durante algún tiempo la abuela, volcada con la nieta como si de su propia vida se tratara. Esta circunstancia forjó unos lazos fuertes y eternos entre las dos. Cuando la abuela falleció, Minerva tenía sólo dieciséis años, lo que le empujó a buscar su propio camino sin que nadie estuviera al lado para facilitarle las cosas. Y parecía que lo había logrado.

Dieter llegó a Madrid a través de una beca Erasmus que prolongó hasta finalizar sus estudios en España. Durante esa etapa estudiantil, él le facilitaba los apuntes mientras ella asistía a las clases de Derecho. Poco a poco, entre los dos compañeros de clase surgió la amistad. Y ahí se frenó el avance de la relación, más por ella que por él. Se veían de vez en cuando, compartían experiencias e intercambiaban afectuosos saludos. Dieter se hizo a la idea de que sus expectativas no se verían nunca cumplidas. En ese momento, la amistad se afianzó entre los dos.

Cuando iniciaron sus respectivas carreras profesionales, en la mayor parte de las ocasiones, era ella la que acudía a él para que le ayudase con alguna duda que le surgía en el desarrollo de su trabajo. Y él, con gusto, le facilitaba todo tipo de explicaciones y documentación. Estas colaboraciones se habían hecho tan asiduas que la Universidad donde trabajaba ahora Dieter no escondía ningún secreto para la joven. Ella conocía de sobra el camino que conducía hasta su despacho. Le eran indiferentes los administrativos y funcionarios, a los cuales obviaba pedir permiso para circular a su antojo por el centro docente. Tampoco éstos hacían demasiado caso. Todos la observaban, pero se habían acostumbrado a su presencia.

Cuando ella estuvo frente al despacho, abrió la puerta sin preguntar y dirigió su mirada hacia él.

— ¡Me tienes que ayudar!

— Ah, ¡claro! Buenos días, Minerva. ¿Quieres pasar?

—indicó Dieter con sorna.

— Escucha y mírame a la cara, no a otras partes de mi cuerpo. Esto es importante. -Cortó ella en seco la ironía de Dieter-. Ayer forzaron la entrada de mi apartamento y lo pusieron patas arriba. No se llevaron nada. Bueno, algo sí, al menos uno de ellos. Aún me duele el codo por su culpa. Lo único que pudieran haber querido buscar es este Diario de la asistente de Hitler que me han entregado. Es mucho más de lo que a simple vista se observa. Quisiera que lo tradujeras, echaras un vistazo y me dieras tu opinión. Al fin y al cabo, es tu especialidad.

— Bueno, todo lo que me pidas te lo doy. Pero ya sabes,..., a cambio comes conmigo. -Cerró la conversación con una sonrisa.

— Si, bueno, vale. -Minerva esperó unos segundos antes de continuar-. Esto es serio, Dieter. Quizás mi vida esté en juego y ya no puedo escapar de este embrollo. Así que lo mejor es que averigüe qué esconde ese texto y concluya el trabajo para el que me han contratado. -Durante unos segundos, ambos estuvieron callados-. Dentro de diez días en Cibeles. Invitas tú. Trae la traducción del Diario completa para que lo pueda estudiar.

1970

21 de mayo

Berlín despertaba a la luz y al color a principios de mayo. A pesar del reconfortante calor que proporcionaba el sol primaveral, la manga larga era habitual en muchas mujeres y hombres de todo el Estado de Wisconsin. Por esas fechas, a diferencia de la capital alemana, la pequeña ciudad estadounidense era un ir y venir de libertad y un hervidero de jóvenes floreados al mejor estilo hippy. Allí no había muros, ni militares, ni disidentes, ni guerra fría. El problema racial hacía años que no ocupaba las portadas de los periódicos locales y sólo el tema Kennedy presidía las tertulias hogareñas. El día a día era igual de rutinario que siempre en la pequeña población norteña.

Los Roberts continuaban su trabajo como caseros a pesar del fallecimiento de sus dueños. La organización que los había contratado decidió mantener al día aquella mansión de montaña al objeto de preservarla de asaltantes y robos. Sus antiguos moradores permanecieron siempre ajenos a la ciudad, lo que acostumbró a los lugareños a vivir también de espaldas a ellos. Aquel sábado por la mañana, el pequeño Greg se había vestido con su traje de fútbol americano dispuesto a realizar una dura e inmisericorde sesión de lanzamientos con su padre. Llevaba la camiseta de los Wisconsin Badgers, el equipo de la Universidad local en la que él pensaba estudiar. Los Tejones de Wisconsin eran para hijo y padre más que una pasión. Ese día, el pequeño sabía que iba a revolcarse por la abundante hierba verde del exterior de la vivienda y que el padre le placaría justo cuando su madre viniera a llamarles a la hora de la comida. Iba a ser un sábado maravilloso, los tres solos, disfrutando del cálido día primaveral.

Alas doce de la mañana, un vehículo gris oscuro, de la inconfundible

Chrysler con la que solía moverse la CIA en los estados del norte, apareció en el jardín anterior de la mansión. De su interior bajaron tres hombres vestidos con traje gris profundo, uno de ellos con gafas oscuras de pasta negra. De cuando en cuando, algún vehículo con leche, o pan, o cualquier tipo de alimentación se dejaba ver por aquel jardín. Pero eran tan familiares que no llamaban la atención. Sin embargo, hasta la forma brusca de aparcar, arrastrando el eje trasero del coche para frenar en seco, alertó a la matriarca de la familia. Aella se acercaron los tres agentes, que tuvieron que desplazarse hasta el porche de entrada de la casa para poder hablar con ella. El más adelantado sacó de su chaqueta una cartera con la documentación de la Agencia de Inteligencia y, tras una breve conversación, Marge les acompañó a la parte trasera del jardín, donde se encontraba su marido con el niño. El matrimonio se mantuvo con el rostro serio, pero en ningún momento pareció sorprendido por la visita. Ambos sabían que en algún momento se produciría, pero nunca acabaron de estar preparados para ello.

Greg observó de lejos cómo su padre dialogaba con los tres agentes. El que llevaba el peso de la conversación señaló en numerosas ocasiones hacia la casa, sacó de su chaqueta varios folios grapados, los entregó al mayor de los Roberts y esperó. Su padre parecía leerlo con preocupación hasta que, después de algunos minutos, levantó la cabeza, miró a los agentes y ofreció su mano derecha a uno de ellos para estrecharla.

El pequeño Greg quedó impresionado con la presencia de los agentes. Le causaron una profunda sensación de dominio, de poder, de control de la situación. Los observó en silencio mientras se alejaban, mientras veía cómo subían al coche oscuro con el que habían llegado y arrancaban sin estridencias pero con una firmeza poco habitual. Aquella visita quedaría marcada en su subconsciente.

Tras la marcha de aquella fugaz visita, los padres conversaron durante más de una hora. Después, se acercaron al pequeño y le comunicaron que en breve tendrían que abandonar esa casa y trasladarse a un nuevo hogar. El Gobierno había adquirido la propiedad de la vivienda de la que eran caseros y le habían ofrecido un sueldo permanente para que la familia viviera sin ningún tipo de restricción el resto de su vida. No tendrían que cambiar de ciudad, ni de colegio, ni de amistades. Tan solo debían abandonar aquella mansión con sus estrictas pertenencias. Estrictas, a excepción de lo que el dueño fallecido le había entregado a su padre de forma confidencial y de lo que había prometido no desprenderse nunca, salvo cuando él estuviera convencido de que sería usado de forma conveniente. Sólo en ese caso, entregaría las medallas con la Rosa de Olaf.

En la actualidad

10 de abril

Dieter se licenció también en Filología Germánica, lo que le había abierto numerosas puertas tanto en el sector público como privado. A él acudían académicos y empresarios de todo tipo cuando necesitaban traducciones de alta calidad. Y Minerva ocupaba un lugar preferente en su lista de clientes y amigos. Siempre que ésta se zambullía en documentos alemanes por alguna investigación para la Corporación, allí estaba él.

Su trabajo en la Universidad le gustaba, pero le apasionaba más la investigación, en particular sobre la Alemania de la II Guerra Mundial. Había publicado diversos ensayos académicos, pero su falta de ambición no le permitía prosperar. Quizás por esto se había volcado en los últimos años en las aventuras privadas de su amiga. Esperaba tener un hueco en la empresa si abandonaba su labor docente.

Después de la última conversación con Minerva, le faltó tiempo para trabajar sobre el texto que le había confiado. Era la primera vez que tenía entre sus manos un documento original e inédito de la Segunda Guerra Mundial. Se encerró en el despacho y comenzó a ojear la copia del manuscrito lleno de curiosidad. Ya no se detuvo hasta concluir el trabajo. Diez días era un tiempo extremadamente corto, pero creía poder lograrlo. Sólo se movió de su casa a la Universidad y viceversa. Durante ese tiempo, cortó cualquier tipo de relación social.

Dos días antes de la cita, había terminado la traducción. Estaba sorprendido y, sobre todo, preocupado. En el mismo momento en que concluyó el último repaso al texto, cerró el documento de su ordenador, hizo una copia en un dispositivo portátil y borró cualquier rastro del archivo. Se sentía nervioso,

intranquilo, inseguro en cualquier lugar. Se llevó el USB con el texto al despacho de la Facultad. Intentó asegurarse de que nadie le seguía, de que nadie le observaba, y pasó a papel en su propia impresora la traducción completa. Una sola copia. La metió en un sobre, junto al USB, lacró la solapa y cogió el teléfono para llamar a su amiga. Confirmó la cita y le pidió que tomase precauciones en sus salidas. Además, quería que reservase una mesa en un lugar lo más concurrido posible. Creía que así, entre la multitud, estarían a salvo.

Alas dos del día señalado por Minerva, el restaurante situado enfrente de El Prado estaba a rebosar. Había que guardar cola para que una chica joven te asignase mesa. Dieter estaba acostumbrado a esperar al menos quince minutos hasta que aparecía Minerva. Tratando de llamar lo menos posible la atención, se situó al fondo y comenzó a ojear la prensa de espaldas a la gente. Sabía que ella entraría por la puerta. Provocarí un primer cambio de dirección en la mirada del chico de la caja. Después, mientras andaría con paso firme pero sin prisa, sumaría, de forma progresiva, las miradas de otros clientes y trabajadores, mujeres y hombres. Hasta que llegase a su altura. Dieter, que solía reírse de esa situación, se mostró nervioso. Quería pasar desapercibido. En el último momento, antes de que ella entrara por la puerta, decidió cambiar de opinión y ocupar sitio en la terraza. Antes, observó todos los movimientos a su alrededor y, cuando tuvo la seguridad de que nadie lo miraba, salió del local.

Minerva, al verlo, se dirigió directa a la mesa y, casi sin tiempo para saludarle, se vio interrumpido por él.

— Aquí tienes este sobre con la traducción, el Diario original y un USB con el único archivo que existe del mismo. Llevo varios días pensando con intranquilidad sobre este tema. El texto que me diste encierra cosas de calado muy profundo. No estoy tranquilo con él en la mano, Minerva. Y creo

que tú tampoco deberías estarlo. Hay un evidente valor histórico en el texto. Interesantísimo. Muy importante. Pero entre líneas creo haber descubierto cosas por las que alguien, o más de una persona, sería capaz de matar.

— Me confirmas, entonces, que el extraño asalto a mi apartamento tenía relación con este Diario, ¿no? Dime qué es lo que esconden estos folios. Si tengo que arriesgar mi integridad por él, quiero conocer sus secretos. En cuanto a ti, nada puede ser tan importante como para temer que puedan robarte o agredirte- contesto con seriedad Minerva.

— Mira, creo que hay cosas muy importantes en ese texto, pero son interpretaciones mías. Lo mejor es que estudies tú la traducción, con el original al lado. Igual es bueno que leas el texto en alemán y le des otro significado. Por si acaso, y puesto que no te cuesta nada, intenta salir lo menos posible de tu casa mientras realizas este trabajo. Luego llámame y nos reunimos de nuevo para poner en común tus conclusiones y las mías.

— Creo que te pones algo dramático con este tema. Si es tan peligroso como dices, lo mejor es que te alejes de él. Yo ya no puedo. Estoy inmersa en este tema y si concluyo aquí el encargo, perderé mi empleo. Aunque quizás sea mejor no saber lo que oculta. Cuanto menos conozca sobre el tema, más segura me sentiré. -Minerva cambió de forma radical el tono de la conversación. Había empezado a preocuparse y no quería contagiar a su asustado amigo.

— Pues creo que no sería una buena elección. Esto es muy importante, Minerva. Debes leer el Diario y sacar tus propias conclusiones. Igual yo estoy equivocado y no es más que una historia que he generado en mi cabeza. Al menos, léelo.

— Quizás te tranquilizarías más si denunciásemos la situación a las autoridades.

— Antes de dar parte a la Policía, o al Gobierno, o a quien sea, creo que deberías leerlo. Hazlo por mí. Además, me parece que en el texto hay algo que podría interesarte a ti de forma particular.

— ¿Aqué te refieres, Dieter?

— Prefiero que lo interpretes tú. Léelo con detenimiento, igual no es lo que yo creo.

— Dímelo Dieter, no tengo tiempo para adivinanzas.

En ese momento, él miró hacia la hilera de coches que estaban aparcados frente al Prado. Sus pupilas se contrajeron y el pulso de su corazón se aceleró. Cogió la servilleta de papel que había junto al refresco y se la pasó por la frente. Intentaba secar el repentino sudor frío que surcaba su cara. Introdujo con rapidez el resto de folios, el teléfono y el estuche en la cartera. Sacó dinero de su bolsillo. Lo dejó sobre la mesa y se dispuso a despedirse con celeridad de ella.

— Lo siento, Minerva. Estoy algo paranoico desde

que he leído el Diario. Sé que te vas a reír de mí, pero creo que me siguen. Me marchó ya. Por favor, lee la traducción lo antes posible y llámame. Y sobre todo, ten mucho cuidado. Seguro que no será nada, ya me conoces. Pero ten precaución.

La joven no acababa de creer lo que ocurría. Sabía que su amigo era algo histérico y sugestionable, pero aquello había ido demasiado lejos. A la vez que veía cómo se marchaba y lo perdía de vista, decidió que iba a leer el Diario cuanto antes. Creía que lo mejor era dejar que Dieter volviera a la normalidad de su trabajo, sin implicarle en nada más. Terminó deprisa el refresco y se dispuso a volver a su apartamento. Recogió la traducción, con el archivo USB en el interior del sobre, pagó la cuenta al camarero y se marchó.

Al llegar a casa, Dieter sacó las llaves del bolsillo del pantalón con cierta dificultad. Dejó la cartera en el suelo y, alterado, trató de encontrar el juego que correspondía a la puerta de su vivienda. Se extrañó al ver que el sistema blindado habitual no estaba cerrado con dos vueltas, pero recordó que había salido corriendo a la cita con Minerva. Al entrar, se dirigió al comedor para dejar sobre la mesa la cartera y las llaves. Cuando cruzó por delante de la puerta de su habitación de trabajo, observó gran cantidad de papeles por el suelo. Era imposible que él hubiera hecho eso. Su corazón comenzó a bombear con una rapidez poco común. Soltó la cartera y entró dentro para ver qué había pasado. En ese momento, su mirada se cruzó con la de aquel hombre alto y delgado, con rasgos arios, que le miraba mientras su mano derecha apuntaba con una pistola hacia su cuerpo.

— ¿Quién es Usted? ¿qué hace en mi casa? -apenas

podía articular palabra alguna y fue lo único que salió de su boca.

— ¿Dónde está el Diario? -contestó el intruso. — No sé de qué me habla.

— Usted no tiene por qué salir mal parado de todo esto. Sea inteligente y entrégueme el texto y su traducción, y podrá seguir con su vida.

— Insisto en que no sé de qué me habla. -Dieter no podía poner en riesgo la vida de Minerva. Si hubiera delatado a quién había entregado el Diario, su conciencia no podría perdonarle nunca. Decidió mantener oculto el destino del texto ante aquel extraño. Tampoco creía que la situación fuese a peor.

El intruso se acercó con tan solo tres zancadas hasta Dieter y, por sorpresa, le asestó un golpe fulminante en la cabeza que le dejó sin conocimiento. Lo siguiente que pudo ver al abrir los ojos fue la cara del agresor frente a él, sentado. Intentó mover las manos pero no pudo. Se dio cuenta que las tenía atadas a su propia silla de escritorio. Casi como un acto reflejo, probó a mover el resto del cuerpo: piernas, torso, brazos. Pero la respuesta fue la

misma que con las manos. Volvió a mirar al frente y se encontró de nuevo con la cara sonriente del intruso.

— Bien, amigo. Puedes elegir entre una tarde larga y dolorosa o que acabemos ahora mismo y me marche con tranquilidad por la puerta. Depende de si me dices quién o dónde se encuentra el Diario y la traducción.

Dieter notó un súbito aumento del ritmo cardíaco. Comenzó a respirar con dificultad y a ser consciente, a la vez, de la precaria situación en la que se encontraba. Sin apenas tiempo para pensar, se vio sorprendido por un fuerte golpe en el lado izquierdo de la cara. Nunca antes había sentido un dolor de esas características. Cuando se repuso, de forma instintiva, pasó la lengua por sus labios y notó el sabor oxidado de la sangre. Un pequeño hilillo se deslizaba por el pómulo hasta el labio y se juntaba con otro corte profundo en la zona superior.

— Esto es solo el aperitivo. No creo que tu cuerpo de profesor pueda aguantar mucho más. Si prefieres seguir en silencio tendremos tiempo de observar cuál es tu límite.

En ese momento, otro golpe movió la silla de ruedas donde estaba atado un par de metros hacia atrás. Esta vez, la contusión había venido por el lado derecho. El golpe dejó aturdido a Dieter, lo que aprovechó el intruso para volver a hablar.

— Sé que me escuchas a la perfección. Es increíble cómo el cuerpo humano puede funcionar a pesar de los cuantiosos daños que reciba. -La ironía presidía todas las palabras de aquel joven extranjero. Creo que te voy a dar cinco minutos para que pienses si quieres o no colaborar.

El asaltante se dio cuenta entonces que la cabeza de Dieter enfocaba, con

los ojos abiertos, hacia el suelo, justo hacia donde yacía abierta su cartera. En el último golpe, con la fuerza de todo el cuerpo, había saltado la documentación del bolsillo interior de su chaqueta. Al caer al suelo, ésta se abrió por la mitad y dejó visible el Documento de Identificación del agresor. Rápidamente, con ira en los ojos, se agachó, la cerró, la introdujo en su bolsillo del pantalón y agarró por el pelo la cabeza de Dieter.

— Te va a servir de muy poco saber quién soy. Ahora descansarás sólo tres minutos. Después, espero que me digas dónde está el Diario.

Antes de soltar al profesor, le asestó un nuevo golpe en la cara. Esta vez, la brecha que abrió en su labio fue más profunda, lo que hizo brotar abundante sangre tanto dentro como fuera de la boca. Con la camisa manchada de rojo, sin apenas poder mover los labios y con un gran dolor en las sienes, Dieter se quedó solo en la habitación. Oía a su agresor caminar hasta la cocina y abrirse una lata de cerveza, de esas que casi nunca bebía pero que guardaba frescas para las visitas. El profesor comenzó a pensar. Dudaba si contarle al intruso dónde se encontraba el Diario. Quería hacerlo y acabar con aquello cuanto antes, pero Minerva estaba por medio. No iba a hacer nada para ponerla en peligro. Reflexionó sobre lo que podía pasar. A golpes estaba seguro que le ganaba aquel individuo, pero a inteligencia no, así que puso a trabajar el cerebro para descartar posibilidades y evaluar la situación. Y ésta era bastante oscura. Podía identificar al agresor y éste ya había cometido un delito grave al asaltar, amordazar, secuestrar, golpear y robarle. Era un delincuente. Además, parecía confirmarse que el Diario escondía algo grave, tanto o más que lo que él había podido descubrir. Eso suponía que nada detendría a quien lo quisiera en su poder. Actuaban al margen de la ley y, por tanto, la vida de las personas carecía de valor. Lo más probable era que aquella persona hubiese sido contratada a sueldo, con lo que, tanto si le revelaba como si no el nombre del portador del Diario, su vida ya estaba amortizada. Ese pensamiento lo sumió por unos instantes en la

oscuridad. Antes de venirse abajo, recordó el rostro de Minerva. Lo único que podía hacer era engañar a su agresor para evitar que llegase hasta ella. Iba a aguantar un poco más todo aquel calvario y, después, como si se derrumbara, le confesaría que el Diario estaba en el cajón del despacho de la Universidad. Con un poco de suerte, se daría por satisfecho y se marcharía de su piso.

— Bien, profesor. ¿Ya ha recordado dónde se encuentra el Diario?

— Le prometo que no sé de qué me habla. Por favor, suélteme. Comete Usted un error. -Dieter sabía que no le iba a creer y que enfurecería al individuo que tenía delante, pero borró cualquier temor y ocupó su cabeza con el recuerdo de su amiga.

— Bueno, pues comencemos a trabajar hasta que salga lo que quiero.

El alemán lanzó contra la pared, con fuerza, la lata de cerveza que había cogido de la nevera. Se acercó a Dieter y comenzó a golpearle por todo el cuerpo. Cuando acabó, antes de realizarle ninguna pregunta, le cogió el dedo índice derecho y lo estiró hacia atrás hasta que un desagradable chasquido resonó por toda la habitación, provocando alaridos de dolor en su víctima.

La sesión aún se prolongó durante una larguísima media hora. Dieter estaba en una situación física deplorable, con toda la ropa ensangrentada, la cara hinchada por los golpes y la cabeza desplomada hacia delante. El agresor se retiró hacia detrás, se separó aproximadamente un metro, sacó su arma y, sin mediar palabra, disparó directo al pie del profesor. Cuando dejó de quejarse, se acercó a su oído y volvió a preguntarle por el Diario.

— Se encuentra en el segundo cajón de la mesa de mi escritorio, en el despacho privado de la Universidad, envuelto en una bolsa de plástico y

escondido debajo de un montón de exámenes. -Dieter creyó que había pasado el tiempo suficiente para que su respuesta fuera creíble. Ahora, confiaba en que aquel monstruo tuviese en su cabeza algo de piedad. En cualquier caso, esperaba que el suplicio concluyera.

— Ves, no era tan complicado, profesor. Si me hubieras respondido al principio, te hubieras ahorrado este montón de sangre. Gracias por tu amabilidad.

-El individuo cogió un trapo que había por la habitación y se limpió las manos ensangrentadas. Después, tomó el arma con la mano y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella, se giró hacia Dieter y se quedó mirándole a los ojos-. Es una pena que hayas tenido que ver mi cartera.

Un disparo sordo, seco y rápido, fue directo a alojarse en la cabeza rendida del amigo de Minerva. Todo se hizo oscuro en ella, menos la imagen sonriente de su eterna compañera.

Ala mañana siguiente, Lorena, una amiga común, llamó a primera hora a Minerva. Apenas pudo pronunciar una frase.

- Minerva... lo siento. Han asesinado a Dieter.

En la actualidad

1 de mayo

En Langley, Virginia, llovía a cántaros. Era una lluvia primaveral cuyas gotas, casi torrenciales, bajaban de golpe la temperatura. Stanley Clark vivía desde hacía años en la ciudad dormitorio de Washington y sabía que las sorpresas climatológicas de este tipo eran bastante habituales. Así que aquella tormenta no le iba a impedir llegar temprano a su cita diaria, traspasar el gran arco acristalado que servía de entrada a la Agencia Central de Inteligencia y sentarse en su despacho, en su sillón rojo.

En los años que llevaba de servicio, se le habían encomendado diversas operaciones de segundo rango, sobre todo en Centroamérica y en Europa, pero hacía ya tiempo que realizaba trabajos burocráticos sin salir del país. Dominaba a la perfección cinco idiomas, entre ellos el español y el alemán, y su porte alto, fibroso y de mediana edad, además de su permanente traje con corbata, le confería un aire ejecutivo que imponía respeto con su sola presencia. Todo ello lo remataba con un atractivo especial a ojos femeninos. Más de una de las informaciones que habían sido decisivas en sus misiones las había obtenido en la cama. Diríase que sabía tanto embaucar a una mujer como engañar a un hombre. Quizás eso había provocado suficientes envidias dentro de La Casa como para frenar su carrera profesional en una especie de limbo que lo alejaba de la primera línea.

— Buenos días, Stanley. — Buenos días, Greg.

— Su próximo destino será Europa. Mañana sale un vuelo a Madrid, a las siete de la mañana. Debe subir a él y cerrar este tema de una vez por todas. Llevamos cuarenta años investigando ese texto y la situación parece haberse complicado. Debe traernos el original, con el folio que nos faltan,

antes de que un tercero acceda a esta fuente de información. En el sobre tiene toda lo que necesita. Además, también encontrará los documentos internacionales que creemos imprescindibles para la operación y diversas tarjetas de crédito, como es habitual. Antes de abandonar esta planta, deposite el sobre en el buzón verde. Le recuerdo, aunque sea casi una redundancia, que esos papeles no pueden salir del edificio.

El Jefe Greg, como era conocido en la planta de la División de Operativas Especiales, se levantó sin más, colocó de nuevo la silla en su sitio y se dispuso a marcharse de la sala. Antes de cruzar la puerta, apoyó su mano sobre el pomo y giró la cabeza:

— Ya sabe lo que está en juego en esta operación. No se trata de Usted, de la CIAo de Estados Unidos. Esta vez es algo más que la seguridad de nuestro país. Por eso, es hora de demostrar que puedes volver a estar en primera línea, Stanley. -Al llegar a este punto, Greg cambió el tono con el que hasta ese momento se había dirigido a su interlocutor para sacar a relucir su amistad-. No me falles.

Las últimas palabras del Jefe Greg pesaban como una losa sobre Stanley. Sabía la responsabilidad que le acababa de trasladar, pero a la vez, suponía la oportunidad que cualquier agente esperaba para entrar de nuevo en la élite. Estaba decidido a no fallar, aún sin conocer a la perfección su misión. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que ello fuese posible. Estaba mentalizado para obtener el éxito.

Cogió el sobre y lo abrió. Vacío el contenido de golpe sobre la mesa. Separó las tarjetas y los identificadores, los billetes de avión, las reservas de hotel y todo lo que no eran folios. Cuando los tuvo delante, se dispuso a leer el contenido. Ninguna expresión en el rostro. Había sido bien entrenado en la Academia. Pero algo turbó su mente. Los últimos párrafos eran claros. Él

estaba acostumbrado a todo tipo de misiones, pero aquello era algo diferente. Debía recuperar un libro de la Segunda Guerra Mundial del que, según La Agencia, dependía la estabilidad geopolítica internacional. El tipo de clasificación de la misión era Doble A, lo que todavía hacía más incomprensible un trabajo que, de entrada, parecía sencillo. Todo el mundo en La Casa sabía que aquella Doble A aparejaba un alto riesgo de perecer en la operación. Tan sólo una vez en su carrera profesional se había visto envuelto en un trabajo de este calibre. Fue en Honduras, en una operación conjunta con el servicio de inteligencia de la Armada. En esa ocasión, salvó su vida gracias a la milagrosa intervención de un Comando Operativo de Rescate enviado por el ejército hondureño. Entonces, se prometió a sí mismo que en lo sucesivo evitaría ese tipo de situaciones. Ahora ya no tenía elección. De nuevo estaba su vida en juego. Pensó en sus padres. Recogió lo que había sobre la mesa. Abrió la puerta y se dirigió a toda prisa hacia la salida. Sin mirar, depositó en el buzón verde los documentos de la misión y se metió en el ascensor. El viaje a Madrid sería largo, pero al menos le daría tiempo para prepararlo todo en su cabeza. Dos días después, antes de despegar del Aeropuerto Internacional Ronald Reagan de Washington, Stanley recibió, como era habitual desde el atentado de las Torres Gemelas, un aviso de la Central ante posibles alertas terroristas. Tomó nota y lo archivó en su memoria. Una vez estuvo en su asiento, abrió el portátil y tecleó en Google la palabra Hitler seguida de Berghoff. Esperó unos segundos. La conexión privada de la CIA era rápida, pero ahora estaba a miles de kilómetros sobre el suelo. 203.548 resultados. Eligió el tercero, según criterio de La Casa, y comenzó a leer, a estudiar más bien. Tenía por delante casi diez horas de viaje. Analizó a conciencia el perfil del dictador, el de sus personas más próximas, el de los generales más importantes. Se instruyó acerca de las organizaciones más relevantes de la Alemania Nazi, de sus objetivos, de sus triunfos, de sus derrotas. Todo lo referente al final de la II Guerra Mundial era objeto de aprendizaje para él.

Cuando llevaba dos horas de trabajo, sintió la necesidad de estirar las piernas. No esperaba tener contacto con sus compañeros hasta llegar a Madrid, así que se dispuso a relajarse. Sin mover el cuello, observó todo cuanto había a su alrededor. A la chica del asiento de la derecha con sus cascos y el iPod; a la pareja de ancianos de al lado, dormidos, descansando; al individuo orondo que ocupaba casi dos plazas tras los ancianos; a las azafatas que se divisaban a lo lejos, hablando entre ellas con sonrisas inconsistentes. El avión era escaneado con los ojos de Stanley y nadie lo percibía. Ese era un ejercicio del que disfrutaba cuando no formaba parte de su trabajo. Las azafatas eran un objetivo fácil. Sus caras y sus cuerpos parecían un libro abierto. La rubia de la izquierda, la que parecía reír todo el tiempo, llevaba la falda algo arrugada, como si alguna persona hubiera presionado la tela hacia poco; su pelo tenía algunos mechones descuidados en la parte de atrás; se acababa de pintar los labios, a decir por la intensidad de brillo que desprendían; en sus manos no había anillo alguno y con ellas no paraba de gesticular. Las movía con tendencia a bascular hacia el lado donde se encontraba la cabina de mando; en su media izquierda había un leve agarrón, casi imperceptible, a la altura del tobillo y su pose era erguida, altiva, por encima de su compañera, a pesar de medir casi lo mismo. Estaba orgullosa y no lo ocultaba. Stanley sonrió y pensó que era demasiado clara la razón por la que brillaba de esa forma. En ese momento, el americano notó que se aburría. Aquel ejercicio era tan sencillo que no le causaba ningún provecho, así que concluyó y prosiguió con su observación del pasaje.

No le gustó la imagen de los dos hombres que ocupaban los asientos 7D y 7C, en el ala izquierda. Eran de tez oscura, altos, de constitución fuerte. Vestían con ropa casual y no se habían desprendido en todo el trayecto de sendas mochilas de tela. Trató de estudiar con detenimiento todos los pliegues de la ropa y descartó que portasen armas de ningún tipo. No

obstante, decidió tomar precauciones ante un eventual asalto.

Se dirigió al baño de la parte trasera. Allí sacó de diversas partes de su cuerpo pequeñas piezas metálicas. Comenzó a unir las una por una hasta que, tras casi seis minutos, había conseguido que su arma estuviese preparada para actuar. Era una Glock 9mm parabellum, limpia, engrasada y cargada. No era habitual que Stanley la utilizara. Se sentía más seguro con la defensa cuerpo a cuerpo y con su capacidad para adelantarse a las situaciones, lo que le permitía evitarlas. Pero en esta ocasión, el Jefe de Operaciones había considerado que no estaba de más llevarla de forma auxiliar. Y así lo hizo. Para superar los controles, desmontó la pistola y envolvió las distintas partes en un material que neutralizaba los escáneres. Como plan auxiliar, el funcionario del aeropuerto fue sustituido por uno de los agentes de movilidad de La Casa. Nada quedaba nunca al azar.

Antes de regresar a su asiento, inspeccionó la disposición de las puertas y ventanas de emergencia, el cierre de la cabina de mando, el espacio disponible en la zona anterior, donde estaban las azafatas, y la apertura de los arcones superiores, donde se depositan las maletas de mano. Ahora lo tenía todo controlado ante un improbable asalto de aquellos dos hombres, así que se sentó en su asiento, abrió el portátil y prosiguió su estudio. Antes de continuar, le llamó la atención la entrada de un mensaje en la bandeja interna de La Casa. No era habitual que se pusieran en contacto con un agente tan rápido. Preocupado, abrió el mensaje.

— Agente: hemos interceptado mensajes del Ejército chino en relación al objeto que Usted debe encontrar y traer a EEUU, al tiempo que nuestros contactos en Madrid informan del asesinato de un ciudadano alemán que pudiera estar relacionado también con ello. Active el Código Amarillo a la operación.

El semblante de Stanley se contrajo. Lo que parecía una Operación más o menos sencilla había alcanzado el nivel 2. Debía aumentar su capacidad de concentración y retroceder en su mente unos pasos para observar cualquier situación con suficiente perspectiva. Esto le daba, en la mayor parte de ocasiones, una ventaja considerable sobre el adversario. Esa debía ser su mejor arma a partir del momento en el que aterrizase en Barajas.

En la actualidad

2 de mayo

Todo Madrid descansaba. Las celebraciones del Dos de Mayo sacaban a la mitad de los ciudadanos fuera de sus casas. Unos llenaban el Retiro. Otros aprovechaban para visitar museos y palacios. Los más atrevidos se aventuraban a desplazarse hasta la playa o el pueblo para huir del trasiego diario de la capital. Después de casi un mes de andar de un lugar a otro, Minerva había decidido aquella mañana dar un vuelco a la situación. La muerte de Dieter le había afectado con una profundidad tan hiriente como no podía recordar. No sólo era su amigo, un gran amigo, sino que se sentía culpable de lo que le había pasado. Si ella no le hubiera entregado el Diario para que lo tradujera, nada de todo aquello habría ocurrido.

Nadie sabía a ciencia cierta el motivo del bárbaro asalto a la casa de Dieter. Pero ella sí. Y ese pensamiento le había tenido errante durante las semanas siguientes. Primero quiso deshacerse del Diario, sin contemplaciones. Después, se olvidó de él y se dedicó a recordar el pasado. Eso le sumió días enteros entre la cama y el sofá, sin hablar con nadie, sin coger el teléfono, desconectada del mundo. Después de dos semanas de hibernación en su apartamento, mientras contemplaba fotografías de los años de Universidad, un pensamiento le vino a la cabeza. Nadie le había acosado a ella desde la muerte de su amigo. Nadie. Pensó que si quienes acabaron con la vida de él estaban interesados en el Diario, si quien asaltó, torturó y mató a Dieter no encontró lo que buscaba, resultaba extraño que ahora no le siguieran a ella. Entonces comprendió que él había aguantado todo aquello sin llegar a pronunciar su nombre. Le había protegido. Le había intentado salvar la vida. En ese momento, Minerva interpretó que estaba en deuda con él. Le debía mucho más que estar viva.

El último deseo de su amigo había sido que leyese, que descifrara, que estudiara el Diario de la Señora Winter. Él creía que el texto escondía secretos por los que estaban dispuestos a matar. Y así había sido. Entonces dedujo que aquel manuscrito era también la clave para encontrar a quien había acabado con la vida de Dieter. Así que decidió dedicar el resto de sus fuerzas a encontrar pistas que permitieran llevar ante la justicia al asesino. El primer paso era trabajar sobre el Diario.

Antes que nada, se puso en contacto con Hans, a quien había rechazado las llamadas en repetidas ocasiones durante las últimas semanas.

— Lo siento, Minerva. Siento lo de tu amigo.

Eso fue lo primero que escuchó ella tras descolgar el teléfono. Antes que un saludo, antes que una frase de cortesía, antes que nada. Toda la ira que ella llevaba preparada para descargar sobre el empresario se volatilizó por la sorpresa de sus palabras. Él no había preguntado nada, no necesitaba información, parecía conocer y entender lo sucedido. Así que desmontó, de un plumazo, el discurso de la joven.

— Siento mucho lo de tu amigo, insisto. Esta situación se ha complicado en exceso. Lo más importante ahora es tu seguridad y la del Diario. Si el texto cayera en otras manos, sería lo peor que pudiera ocurrirte a ti y al manuscrito. Por eso, quiero que sepas que voy a disponer todos los recursos que sean necesarios para protegerte. Es el momento de ser fuerte, de luchar por la memoria de tu amigo, de luchar también por tu vida.

— ¿Por qué lo han matado? ¿Qué tiene Usted que ver con ellos? ¿Qué buscan exactamente en el Diario?

— De todas esas preguntas ya sabes las respuestas. Tu rabia impide que razones con claridad, pero estás en una encrucijada en la que no puedes

hacer marcha atrás. Sin embargo, tienes todo mi apoyo para encontrar a los culpables y concluir tu misión.

Minerva colgó el teléfono. No necesitaba nada más para asumir lo que había sucedido. Sentía cómo se recuperaban sus fuerzas. Por fin estaba lista para encarar el Diario y ejecutar su desaparición. Hans se había mostrado tan seguro, sin esquivar la situación, que en lugar de retraerle le dio ímpetu a su deseo de venganza.

A los pocos días, cuando creía haber entendido al completo todo el mensaje del empresario, le llamó de nuevo y, en una conversación breve, le comunicó su partida hacia Munich, tal y como estaba previsto. Después de aquel breve diálogo, se aferró al puente del Dos de Mayo con energía renovada.

Esa mañana festiva fue el momento elegido por la joven para iniciar el estudio del contexto histórico del Diario y comenzar a leer sus primeros capítulos. A primera hora, cogió sus cosas más imprescindibles y se dirigió al entorno ajardinado del Museo del Prado. En el bolso llevaba escondido el manuscrito.

Una vez encontró el rincón de césped más adecuado y soleado, se sentó sobre sus rodillas, ladeó con ligereza el cuerpo, sacó las hojas impresas del bolso, encendió un cigarro y comenzó a leer.

18 de septiembre de 1943

Ayer fue un día lleno de emociones y sentimientos. Nunca había visto al Führer en ese estado melancólico tan profundo, tan verdadero, tan cercano. No sé si hemos hecho bien en pisar aquella casa, pero en algunos instantes he podido volver a ver aquel brillo intenso en sus ojos, aquel resplandor lejano de los hipnotizadores mítines y discursos de Munich. Ahora escribo menos de lo que quisiera, en parte por el aumento del trabajo diario y en

parte porque siento que todo es tristeza a mi alrededor. Pero ayer fue especial.

Todo comenzó a tener un aspecto diferente cuando Hitler entro en aquella habitación maldita a la que no había faltado un solo año desde 1931. Estaba en penumbra, sin apenas luz. Adolf conocía a la perfección cada uno de sus rincones. Conocía las paredes que continuaban empapeladas con la misma decoración aterciopelada de siempre. Conocía los tonos marrones que lo dominaban todo, incluida la ropa de cama, inalterable al paso del tiempo. Conocía el olor a naftalina que impregnaba cada rincón, cada espacio, cada partícula de aire. A él nada de eso le distraía. Caminó diversos metros hasta que encontró el sillón de piel marrón, el mismo que había ordenado instalar en la habitación hacía casi diez años. Se dejó caer sobre él con todo el peso de su cuerpo y, después, echó la cabeza hacia atrás, descansándola sobre el respaldo. Respiró profundamente. Cerró sus ojos y comenzó a disfrutar cada segundo como si nada de lo que pasaba a su alrededor fuera verdad. Necesitaba ese silencio, ese sosiego, esa desconexión del mundo real. Todo se lo proporcionaba aquel lugar. En realidad, no creía que fuera sólo las cuatro paredes que lo rodeaban. Estaba seguro que su añorada Geli, desde alguna parte de la habitación, le transmitía la confortable tranquilidad de espíritu que ahora él necesitaba.

La tensión de la guerra deja exhausto a Hitler desde hace tiempo. El frente ruso continúa en constante retroceso; los aliados avanzan en Italia mientras ningún apoyo se puede esperar ya de Mussolini; África constituye un débil recuerdo de las hazañas de Rommel; y los bombardeos forman parte del día a día de nuestras ciudades, de Alemania. El golpe definitivo a su moral lo ha dado la derrota de Stalingrado, el 2 de febrero, hace apenas siete meses. En su mente, lo sé porque estoy cerca de él, ya no hay ofensiva, sólo movimientos de contención para taponar las grietas que aparecen por todo el Reich. Lo mismo ocurre con su cuerpo, que también ha dejado de luchar y

se encuentra atrincherado para soportar de la mejor manera posible las numerosas enfermedades que le acosan. El movimiento espasmódico de la mano es visible a ojos de todos y la forma de andar del Führer causa también abatimiento a cuantos lo contemplamos. Pero en esa habitación, nada parece perturbar su conciencia.

Ayer, al entrar en ella, por primera vez en muchos meses, los músculos faciales de Hitler estaban relajados. Los ojos permanecieron cerrados mientras su cuerpo parecía haberse fundido con el sillón en el que reposaba.

Yo soy la única que pudo acompañarle al interior de la estancia. Sólo yo puedo traspasar el umbral de aquella puerta. Nadie en toda Alemania tiene permiso para poner sus pies en la habitación de Geli Raubal, excepto yo. Soy feliz porque sé que con el paso de los años, mi relación con Adolf se ha transformado en cariño maternal. Creo ser una de las escasas personas en las que aún confía. Quizás sea porque nadie como yo ha sabido entenderle, apoyarle, ayudarle en los momentos malos y buenos. He logrado penetrar en su interior hasta conocer al verdadero Adolf, ¡tan diferente del Canciller que todos conocen! Nadie ha querido acercarse tanto a él como yo. En mí siempre va a encontrar a una persona fiel, prudente, clara. Hace tiempo que he dejado de temer a Hitler. Por eso ve en mí su apoyo, su confidente, su consejera última, su ventana hacia la realidad. Nadie ha logrado nunca ver más allá del hombre frío, enérgico, cercano a la imperturbabilidad de un dios. Nadie, salvo Geli y yo misma, me atrevería a decir. Nosotras hemos sabido llenar el vacío de un padre y una madre, de un hermano, de una hermana, de una esposa, de una hija. La mitad de su corazón, Geli, lo perdió hace doce años. La otra mitad la ocupamos a partes iguales Eva y yo. Pero el mío es un sentimiento puro, maternal, desligado de la atracción femenina que sí le genera Eva.

Dentro de la habitación pude notar un vago recuerdo del calor humano con el que le había obsequiado su sobrina. Cogí una silla que permanecía junto a la cama, la deposité en el lado derecho de Adolf y me senté sin apoyar la espalda, con el torso vencido hacia delante. Él seguía con los ojos cerrados y el cuerpo relajado, imperturbable ante mi presencia. Después de observarlo durante algunos segundos, cogí la mano de Adolf despacio y la coloqué sobre su palma izquierda mientras la cubría a la vez con la derecha. Él estaba inmóvil, sin abrir los párpados, aunque atento a lo que pudiera decirle. Así que decidí dirigirme a él para sosegar su alma.

- Adolf. Ella es un sueño del pasado. Nada puede devolvértela ya. Ahora, tu familia es Alemania. Todos los ciudadanos a los que guías tienen sus corazones pendientes de lo que tú haces, decides o callas. Ellos necesitan el amor que aún das a Geli y que ella ya no puede recoger. Está donde esté, seguro que quiere que atiendas a los que te necesitan ahora. Tu pueblo requiere que estés con la misma decisión y entereza que hace doce años. Necesitan que les devuelvas el orgullo de las victorias que tú lograste. Y necesitan que impidas su derrota, su desaparición, su humillación. Por tu sobrina no podrás hacer ya nada. Por ellos aún puedes.

Adolf abrió entonces los ojos. Los tenía enrojecidos, cansados, llenos de dolor por el recuerdo de su añorada Geli. Respiró profundamente, con la boca abierta, sin mover ni un milímetro su cabeza. Antes de responderme, me recordó la última discusión que había tenido con su sobrina. Fue acalorada, como todas las que solían tener, como la que los padres tienen en ocasiones con sus hijas. Él sólo quería lo mejor para ella. Quería protegerla, quería que estuviera cerca, quería evitar que se perdiera en un mundo que le inspiraba poca confianza. Él quería ser el padre que Geli había perdido con tan sólo dos años. Y ella le correspondió comportándose como si fuera su hija, rebelándose contra él como si fuera su padre, exigiéndole la libertad de una niña consentida. Me recordó como si fuera

ayer el momento en el que desde la ventana le gritó: "Entonces, ¿no me dejas ir a Viena?". Yo sé que esa frase le golpea una y otra vez en la cabeza. No supo ver en ningún instante su debilidad mental, su situación desesperante, su firme decisión por quitarse la vida. Seguía sin entender que una joven de su edad, risueña, bella, feliz, fuera capaz de dejarlo todo por un caprichoso intento de huida, de vuelta a su añorada Austria. Alguien se encargó de darle la noticia mientras su coche le trasladaba a Hamburgo desde Múnich. Cuando cruzaba las calles de Nuremberg, una motocicleta los detuvo y le entregó aquella fatídica nota. Geli se había suicidado de un disparo con la pistola Walther que guardaba en el cajón de su cómoda. Aquellas frases cortas entraron como un puñal en su corazón, abriéndolo en dos. Pero lo peor no fue eso. La muerte de Geli penetró en su cabeza hasta transformarla casi por completo. Nada pudo llenar su hueco, ni su corazón, ni su razón. Hitler sabía que aquello lo había cambiado para siempre. Yo también lo supe.

- Ella era preciosa, pero me robó su vida. Y al hacerlo, también se llevó la mía. Era mi hija. Como si lo fuera. Era más que eso. Era mi familia. Mi sangre.- En este punto, las palabras de Hitler se detuvieron. Cerró los ojos, respiró con intensidad y continuó. -Aun la puedo oír. Resuelta, divertida. Era capaz de inundar todo el espacio donde se encontrara. Aún la puedo ver. Bella, atractiva, con su robusto cuerpo y su ondulado pelo.

- Ella era todo eso y más, Adolf. Pero se fue. Su recuerdo no debes olvidarlo, pero ya no está ni estará más para acompañarte. Debes tratar de recordar las cosas que te hacían feliz, recuperar las personas que te devolvieron la sonrisa cuando ella se fue. ¡Mi pobre Adolf! Ella te quería feliz, jovial, alegre. ¿Le vas a privar de todo eso también ahora?

- Ahora ya no tengo nada, excepto el agotamiento infinito por una guerra infinita. – en ese punto, se volvió a hacer el silencio, sin moverse, mientras la Señora Winter permanecía a su lado. Sí, Anni, sí. La guerra no la podemos

ganar ya. Quizás podamos no perderla, pero la situación de derrumbe en la que se encuentran nuestras posiciones no me hace ser muy optimista. No somos capaces de reponer nuestras líneas, ni con munición, ni con alimentos ni con hombres. Además, por si eso no fuera suficiente, nuestros generales comienzan a dejarse vencer por las circunstancias y están cada vez más abiertos a conspirar contra mí. No sé si seremos capaces de resistir por mucho más tiempo.

- No puedes dejar que Alemania sea troceada, invadida, saqueada, humillada. Debes lograr que nuestros hijos tengan un país del que sentirse orgulloso, al que servir, por el que luchar. – En este punto, Anni se detuvo al notar cómo la mano de Hitler oprimía con fuerza su antebrazo. Le pedía que dejara de hablar, que dejara de animarle con las mismas frases de siempre. Y el Ama de Llaves se detuvo, silenció sus palabras y se dispuso a escucharle.

- Anni. Sé que anotas a diario las impresiones que te suceden cada jornada. Y me gustaría pedirte un favor. Me gustaría que mostrases entre esas palabras todo cuanto nos rodea a ti y a mí. Necesito que seas el reflejo fiel de lo que a partir de este momento ocurra en Alemania, en la Cancillería, en mi persona. No te fíes de nadie. Sólo tú y yo sabremos de la existencia de ese Diario. Llegará un momento en que nos será útil frente a todos los que nos rodean. Apunta y oculta cuanto oigas decir a Bormann y a Himmler. Algo traman.

Cuando oí aquellas palabras, mi pulso se aceleró como nunca. El calor llegó a mis mejillas hasta alcanzar un rojo embravecido, igual que mis ojos. Sentía la necesidad de romper a llorar, pero no me permití a mi misma desfallecer delante del Führer. Tenía la obligación de animarle, aunque percibí en la sinceridad de sus palabras que el futuro ya estaba decidido. En este punto, me vino a la memoria uno de los momentos más entrañables que había

vivido junto a él. No supe por qué, pero mi cabeza había girado hacia ellos. No quería oír hablar de desdichas, ni de futuros sombríos. Quería compartir con Adolf aquellos instantes lejanos en los que las noticias positivas lo inundaban todo, en los que una pequeña cría le había devuelto la sonrisa familiar que la muerte de Geli le había robado.

- ¿Recuerdas a la pequeña Berneli? Hace apenas seis años, tú y yo cuidábamos y jugábamos con ella. Era una niña adorable. Entonces tenía trece años. Era castaña, simpática, familiar, feliz. Le gustaba correr por las terrazas de la Berghof, por sus jardines. Arrastraba toda la frescura de las cancioncillas que salían de sus labios. Lo anegaba todo con aquella alegría tan infantil que para nadie pasaba inadvertida. Hasta el día en que apareció Himmler con sus paranoias racistas. Anadie nos importaba si descendía o no de judíos. Pero él tuvo que obligar a la madre a marcharse de Bertsgaden y a no volver nunca más.- Anni interrumpió en este punto su relato. No estaba apenada, ni sollozaba. Parecía reflexionar sobre mucho más que aquel incidente que le había comenzado a relatar. Al momento, sus ojos volvieron a mirar a Hitler con un extraño brillo de satisfacción vengativa.- Pero yo no dejé que nada le ocurriera a la pequeña. Usted me pidió que la cuidase, que la ayudase, que facilitara en todo lo que fuera posible su vida. Y así lo he hecho. No ha importado que las SS me hayan seguido, ni que Himmler haya intentado amedrentarme, ni que diversos agentes de la Gestapo asustaran a mi marido. Esa niña ha estado siempre protegida, porque tú la querías, y la quieres, y te hace feliz. Y yo procuraré que lo seas.

- Gracias, Anni. Yo sé que desde algún lugar de esta habitación Geli nos observa. Y estoy seguro de que ahora mismo sonríe mientras nos ve hablar de niños. Esa pequeña, Berneli, es especial, sí. ¿Está bien, dices? Cuánto me alegro por ella. Ha sobrevivido a su propia desgracia. Quizás deba seguir su ejemplo. Haz todo lo que esté en tus manos para que esa niña

guarde en su interior la esencia misma de Alemania. Escóndela, protégela y, cuando llegue el momento, haremos que Alemania, tú y yo podamos sonreír con ella.

Hitler, de la nada, pareció recuperar el brillo de sus ojos. Se incorporó sobre el sillón, a la vez que elevaba el tono de la voz y la fuerza de sus palabras hasta parecer la misma persona que hacía tan sólo un año congregaba muchedumbres en los campos de deporte de Nüremberg. Durante algunos minutos, volvió a ser el Führer de todos los alemanes, el Conductor a quien los ciudadanos habían seguido.

- Anni. Tu Diario y Bernelli son ahora nuestra única esperanza. Cualquier esfuerzo que hagamos debe ir más allá de esta interminable guerra. No hablaremos más de ello hasta que sea el momento oportuno.

- Tienes mi palabra, Adolf. Cumpliré todo lo que me has pedido con la misma discreción y dedicación de siempre,- he contestado yo.

Minerva dejó sobre el césped el folio a sabiendas de que era el último. Buscó dentro de su bolso, alrededor de donde estaba sentada, al inicio de las hojas ya finalizadas. Se había quedado con ganas de seguir la lectura, de conocer al Ama de Llaves, de continuar el rastro de su vida, el rastro de su relación con Hitler. Pero, sobre todo, se había quedado con el nombre de la pequeña Bernelli. Anni confesaba escribir aquel texto por indicación de Hitler, sí. Pero focalizaba sentimentalmente el interés de los dos en aquella enigmática niña. Pensó que quizás ahí estuviera una de las claves del misterioso Diario. Era pronto para hacer una valoración, pero tenía un presentimiento. Cuando encontró el resto de la traducción, se acomodó de nuevo y se dispuso a continuar. No le quedaba mucho tiempo antes de marcharse, pero había recuperado un ímpetu que no quería perder.

2004

23 de octubre

Saltó desde la ventana de aquella pequeña casa. Tras caer al suelo, con destreza, corrió por las estrechas y angostas calles del suburbio sur de Shanghái. No se oían disparos, pero los gritos de los vecinos adelantaban la presencia de, al menos, cuatro hombres vestidos con uniforme. Cada uno de ellos se dividió y tomó diferentes caminos, todos a la carrera, todos persiguiendo a aquella mujer joven. Xiaomei corría. Se introdujo en una de las viviendas de barro y madera a través de la cortina que hacía las veces de puerta. Sus piernas la llevaron escalera arriba hasta que encontró, al fondo, una apertura. Salto sobre el tejado vecino. A su derecha y a su espalda tenía a los soldados de Boxiong. Sabía que eran de él porque a él espiaba. Además, aquel uniforme era inconfundible. Tras mirar a todos lados, decidió volver a correr calle abajo, pero esta vez por la que se dirigía directa al río. Allí tendría alguna oportunidad si lograba subirse a una de las embarcaciones de aquella pobre gente que tenía en el agua su medio de subsistencia. Corría cuanto podía. Notaba cómo los músculos de sus piernas estaban a punto de agarrotarse, pero seguía corriendo. Cuando divisó a lo lejos las primeras embarcaciones, giró su cabeza. Vio a dos de los soldados a unos cien metros más atrás. Observó fugazmente a un tercero por una calle paralela a través de las ventanas desnudas y cubiertas sólo por cortinas. Pero aún le faltaba uno por localizar y no era capaz de encontrarlo. Trató de acelerar el paso. Giró con brusquedad por un callejón y se introdujo de nuevo por una puerta cualquiera. No importaba cual. Tenía que tratar de ganar algo de tiempo para embarcar. Esta vez saltó desde la terraza a la misma calle por la que había corrido antes, mientras oía los gritos de sus perseguidores. Su corazón estaba más acelerado de lo que ella podría haber imaginado nunca. Si la atrapaban, su muerte estaba asegurada. Pero

eso era lo de menos. Sabía que antes de morir intentarían sacarle todo lo que llevaba en su cabeza.

Mientras seguía calle abajo, observó las embarcaciones a unas decenas de metros. Sus tres perseguidores no habían logrado ganarle terreno. Tenía una oportunidad de salvar la vida. Sólo debía saltar a aquella pequeña barca que flotaba al final del embarcadero de madera. Empezó a notar pinchazos en los músculos del muslo derecho, pero forzó todavía más la carrera. Además, parecía que aquellos humildes pescadores de la rudimentaria balsa que había elegido la preparaban para que ella huyera. En aquel suburbio, todos conocían a los hombres de Boxiong, a quien odiaban tanto como podían. Hacía seis años, el propio general había dirigido en persona una redada de castigo que acabó con la vida de, al menos, 190 personas. Nadie lo había olvidado.

La respiración de Xiaomei era tan fuerte que no le permitía escuchar nada a su alrededor. Los latidos hiperacelerados de su corazón era lo único que sus oídos percibían y ni siquiera era un sonido que proviniera del exterior. Estaba a punto de entrar en aquel muelle rudimentario que daba paso a su propia supervivencia. Apenas tres zancadas. Iba a salvar su vida.

Xiaomei era una joven de 25 años cuyos padres habían muerto a manos de la represión militar en el interior del país. Tras quedar huérfana, ingresó en el grupo de resistencia local que cada día trataba de reclutar adeptos entre los más castigados por el ejército. Destacó. Ella era atlética, inteligente, con grandes dotes para pasar desapercibida y con un dominio nada despreciable de diversos idiomas. No le costó mucho ascender dentro del grupo. Su belleza hizo lo demás. A los tres años, fue reclutada por dos hombres vestidos con traje y trasladada a Beijín. Ahora, no estaba segura de haber hecho una buena elección.

Un hombre se lanzó sobre ella. Salió por la izquierda, como de la nada. Era el cuarto de los soldados que la perseguían. No fue capaz de localizarlo con su mirada y eso le había costado su captura. En tan sólo unos segundos, los otros tres se abalanzaron sobre su cuerpo. Le golpearon, le ataron las manos y taparon su boca con un trapo empapado. Al momento, perdió el conocimiento.

Dolor. Eso fue lo primero que sintió. Era un dolor ligero, pero no desconocido. Su cuerpo estaba lleno de moratones y la tensión de la carrera había pasado factura en los abductores, el punto más débil de su fibrado cuerpo. Intentó automasajearse el muslo pero descubrió que sus brazos y sus piernas estaban atados. Pensó lo peor. Era lo que ella esperaba. Tenía miedo. No quería abrir los ojos hasta que, en un arranque de valor, dejó entrar la luz en sus pupilas. Estaba tumbada, sobre una camilla. Había gente a su alrededor pero parecían ocupados en diversas labores. Nadie se percató de su despertar. Ese instante lo aprovechó Xiaomei para rezar. Ella había abrazado la fe cristiana tras la represión de Boxiong, como muchos compañeros de grupo. De todos modos, era consciente de que nada iba a poder librarle de horas de interrogatorio y dolor antes de viajar hacia el cielo. Iba a morir, aunque le costaba asimilarlo. Rezó profundamente, con los ojos cerrados, hasta que su mente le llevó a recordar a sus padres. Ellos eran campesinos, humildes, con tan mala suerte, pensaron, que el único embarazo que se les permitía había traído a la casa una niña. La querían. La quisieron cada minuto que pasaron juntos, y ella les devolvió aquella pasión ayudando a su padre en el campo. Esa circunstancia la había endurecido y dotado de una fortaleza física notable. Asu cabeza vinieron los momentos en los que los tres convertían las comidas miserables de los años de mala cosecha en juegos y risas alrededor de un plato de arroz y un trozo de pan casero, elaborado con restos de cereales del año anterior. Una lágrima corrió por el lateral de la cara hasta alcanzar la camilla. En ese preciso

instante, Boxiong entró por la puerta.

— Bien. Puedes hacer este tránsito lo largo que tú quieras. Todo depende de ti. -La voz dura, cortante, helada del general llevó el miedo hasta el interior de la cabeza de la joven-. Lo único que deseo saber es quién te ha ordenado sabotear el proyecto y el nombre del miembro de Partido que dirige toda esta traición.

Xiaomei permaneció callada. Su cabeza dudaba. No sabía si confesar todo con rapidez y evitar horas de padecimiento o ser fiel a una lucha en la que, al fin y al cabo, ella no era nadie ni se disputaba nada. Ya no creía en lo que hacía, pero apreciaba su vida lo suficiente como para no dejar la lucha. Se había instalado en Shanghái por orden de sus superiores, que decidieron hacer de esta ciudad su centro operativo permanente. Shanghái representaba la apertura, el reformismo, aire fresco para China. Era la mayor ciudad del país y también un municipio bajo jurisdicción central de China, lo que permitía que pudiera haber un control político directo de una parte del Partido. Al ser una importante base industrial y marítima, desempeñaba un papel nada desdeñable en la economía nacional. El comercio, las finanzas y el transporte ultramarino le habían convertido también en un centro financiero y comercial de la economía mundial. Una moderna ciudad internacional desde la que hacer política y dinero. Y para poder crecer en ambas cosas era necesaria la desaparición de Boxiong y el ala más dura del actual Gobierno.

Cuando iba a responder, Boxiong se dio la vuelta y tomó de nuevo la palabra. Nadie se atrevió a sugerir que el gesto de la joven indicaba su predisposición a hablar. Él ya lo había advertido en la torsión de los músculos faciales de Xiaomei. Pero cada arresto, cada interrogatorio, cada grito, le servía para aumentar el terror sobre sus propios hombres. Y terror era dominio, control, sometimiento, disciplina, poder.

—Llévenla a la nevera y prepárenla para el interrogatorio. Yo volveré en diez minutos. Y no quiero retrasos.

Todos comenzaron a moverse de forma frenética, con gran rapidez, como médicos antes de una operación contrarreloj. En esa sala, sólo se podía vestir bata blanca por orden del general. Sabía que las salpicaduras de sangre imprimían más miedo a los detenidos y el general era especialista en causar pánico en las mentes ajenas. Desataron a Xiaomei. La pusieron en pie. Dos soldados desgarraron su ropa y la desnudaron por completo. Ataron sus manos por las muñecas y, a empujones, la llevaron hasta la sala contigua. El habitáculo estaba forrado por entero de aluminio de color blanco intenso. Una fuerte luz, casi cegadora, iluminaba la estancia desde el techo. Y el frío. Un frío intenso que se percibía nada más entrar en su interior. Un frío que se veía, se olía, se escuchaba, se sentía por debajo de la piel. En el centro, una cuerda con una anilla colgaba desde el techo. Hasta ella llevaron a la joven, siempre a empujones. Le ataron las muñecas en alto, se retiraron y comenzaron a mirarla. El general iba a tardar diez minutos exactos, pero no iba a adelantar su llegada. Era una maniobra perfectamente estudiada. Quería que sus soldados estuvieran a solas durante algunos minutos para hacer lo que quisieran. Era el aperitivo que ofrecía a todas sus víctimas. Era un paso más en su macabra planificación. Los soldados disfrutaban, pero también eran conscientes de lo que les podía ocurrir si le traicionaban. Y nadie parecía dispuesto a ello. Al menos, de momento.

El primero fue el más desagradable. Se acercó hasta la joven y manoseó todo su cuerpo, con especial atención a todo aquello que le podía excitar. Casi sin tiempo, los otros cuatro le siguieron. La humillaron, le escupieron, introdujeron todo lo que les dio tiempo en el cuerpo de Xiaomei, la golpearon una y otra vez, la fotografiaron de mil formas y, cuando presintieron la llegada del general, se retiraron fuera de la sala. Ella sabía

que sólo era el principio. Por muy humillada y dolorida que estuviera, sólo acababa de comenzar. Rezó. Rezó más concentrada que nunca. Intentaba que su mente le llevara de viaje con sus padres. Los oía, casi los podía tocar. Estaba contenta de volver a verlos, de compartir con ellos su risa.

— Veo que mis hombres ya han comenzado a disfrutar de ti. Así, desnuda, no pareces tan fiero como creía. -Boxiong había entrado con su abrigo militar a la nevera. No es que tuviera mucho frío, pero estaba seguro de que al verle, ella intensificaría el suyo-. Yo sólo digo las cosas una vez. No doy segundas oportunidades. Antes estuviste callada. Esperemos que tres horas aquí dentro te hagan cambiar. ¿tienes frío, Xiaomei? -la pregunta resultaba retórica, pero el tono de su voz sorprendió a la joven hasta hacerle creer en su sinceridad.

— Sí -fue la escueta respuesta de ella.

— Bien, le diré a mis hombres que te calienten antes de dejarte sola. Unos buenos golpes harán que soportes mejor el intenso frío.

Cuando salía, antes de cerrar la puerta, ordenó en voz alta bajar la temperatura a -3 C y entrar a sus hombres a golpear a la joven. Después, desapareció a la vista de todos.

Alas tres horas y media, el general entró de nuevo en la Sala de Interrogatorios. Todos se pusieron en pie, en posición de firmes, mientras él avanzaba por la estancia en dirección a la nevera. Cuando estuvo ante la puerta, se detuvo y miró por el cristal. Dentro permanecía la joven, desnuda, con restos de sangre en su cuerpo, en sus muslos, en su cara. Sus manos estaban amoratadas por el peso que ella misma ejercía al estar elevada unos centímetros sobre el suelo, de forma que no podía llegar a descansar en él. Sus piernas habían sido separadas por una barra de metal a cuyos extremos se encontraban atados sus tobillos. El tono general de su cuerpo

era blanquecino, provocado por su exposición durante más de tres horas a aquel intenso frío. De repente, Boxiong abrió la puerta y entro solo a la Nevera. Se acercó a tan sólo unos centímetros de Xiaomei y se dispuso a hablarle.

— El frío tiene la gran capacidad de dormirnos. Pero antes de llegar a ese placentero estado, se debe padecer durante muchos minutos. ¿has padecido tú? Imagino que aunque tienes los ojos cerrados, puedes oírme a la perfección, así que proseguiré. Mis hombres, ¿te han calentado suficiente?, ¿se han calentado ellos bastante? -Una sonora carcajada rebotó en las cuatro paredes de la nevera con un helor más intenso de lo que hasta ese momento había percibido la detenida-. Te vuelvo a hacer la pregunta que te hice hace unas horas: ¿Cuáles son los nombres que encabezan tu grupo de resistencia y cuál es el nombre del miembro del Partido para el que trabajan?

Xiaomei llevaba varios minutos pensando, desde que oyó cómo se abría la puerta. Ahora estaba segura de que iba a responder a todo cuanto le preguntaran. Prolongar aquel sufrimiento no servía para nada. Sabía que nunca le podría ocurrir cosa alguna a quien dirigía aquel movimiento de oposición al Régimen y que su vida tampoco iba a importar a nadie. Lo mejor era confesar rápido y rezar para morir lo antes posible. Aunque a decir verdad, no sentía ya su cuerpo. Lo creía congelado. Ahora deseaba de forma intensa poder reunirse con sus padres, verlos de nuevo, abrazarlos. Casi en el instante en que dejó de hablar el general, la joven, sin abrir los ojos, con la boca dormida por el frío y los golpes, comenzó a pronunciar cada uno de los nombres que conocía. No le remordía la conciencia. No se sentía culpable. Solo quería terminar aquello.

Boxiong tenía lo que quería. Ya conocía al líder del movimiento que le hostigaba desde hacía meses. Y a sus mandos intermedios. Ahora, sólo tenía

que descabezar la organización y volver a tomar el mando dentro del Comité. Si lo lograba, su proyecto de tecnología militar podría avanzar más rápido y su carrera política no tendría límites. Estaba contento, sin duda. No apreciaba en nada a la prisionera que tenía delante. Nunca había sentido cosa alguna por sus víctimas. Esa era una sensación que hacía lustros que había desterrado de su cabeza. Ahora que ya tenía de aquella joven todo lo que quería, lo importante era continuar el cultivo de su terrorífica fama entre los subordinados que, a buen seguro, se encargarían de extenderlo por todo el país. El general cogió por la mandíbula a Xiaomei. Levantó su cara. Se acercó a su oído izquierdo y le habló susurrándole:

— Ya puedes descansar. Te lo mereces.

Vestido de militar, ya sin abrigo, Boxiong se giró, caminó algunos pasos y, antes de salir de la sala, se detuvo junto a la puerta abierta. Sacó la pistola y volvió su mirada hacia la prisionera. Cuando percibió que sus hombres le observaban, disparó a la joven. En la rodilla derecha. A continuación en la izquierda. En el codo derecho. En el izquierdo. En este punto, bajó el arma y esperó unos minutos mientras oía los quejidos de Xiomei. Después, apuntó al corazón y terminó con su vida en el preciso instante en el que ella abrazaba a sus padres entre lágrimas.

1980

10 de mayo de 1980

El silencio molestaba con dureza a esa hora de la tarde en la habitación. A pesar de la época del año, a pesar de que la llegada del buen tiempo a Wisconsin había vuelto a llenar de colores, olores y sonidos cualquier rincón del Estado, en casa de los Roberts todo era nerviosa e impaciente quietud. John Roberts yacía casi inconsciente en la cama de su dormitorio. Esperaba que aquel trance le transportara con paz al otro mundo. Su mujer estaba junto a él, sentada en un lateral de la cama, con los ojos enrojecidos mientras sus manos se unían a las de su marido. El cáncer adelantó la despedida, aunque sus setenta y tres años habían sido suficientes para vivir dos grandes guerras y criar una familia. Estaba tranquilo, sereno, en paz consigo mismo, orgulloso de su hijo y de la compañía que le había dado su mujer. Pero ahora, también percibía angustiado los segundos, siquiera minutos, que le quedaban por delante antes de abandonar este mundo.

La respiración se hacía cada vez más costosa y John decidió permanecer con los ojos cerrados. Justo cuando el reloj de la mesita tintineó las seis de la tarde, giró la cabeza hacia la compungida esposa y, en un último esfuerzo, le rogó que llamase a su hijo a su presencia. Greg tenía sólo veinte años y se encontraba realizando sus estudios de Derecho en la Universidad de Milwaukee. Hacía una semana que, ante el agravamiento de la enfermedad de su padre, lo dejó todo y decidió acudir al domicilio familiar por temor al peor de los desenlaces. Ahora estaba allí, al lado de su progenitor. Observaba aquel cuerpo yacente y sin fuerzas al que tanto había querido y del que se sentía tan orgulloso. No acababa de creerse que aquello fuera el final, pero un extraño dolor, intenso, punzante, permanente, le tenía oprimido el pecho desde hacía algunos días. Se temía lo peor y veía que era irremediable. Allí, sentado, rogaba en su interior que no lo abandonase sin

estar presente su madre.

John cogió con fuerza la mano de su hijo, giró su cabeza y abrió, por fin, los ojos. Pronunció algunas palabras incomprensibles, por lo que Greg decidió acercarse cuanto pudo a su padre. Entonces, con la respiración entrecortada, volvió a intentar comunicarse. Antes, acercó su mano izquierda hasta la del hijo. La abrió y, sin dejar que mirase lo que había en su interior, la juntó con la de Greg.

— Hijo mío. Cuida de estas medallas como si fuera tu vida. No tienen ningún valor económico, pero quizás algún día puedas ayudar a millones de personas con ellas. No las entregues a nadie, no las enseñes a nadie y no lo digas a nadie. También por ellas pueden llegar a matar. Pero tranquilo, ninguna persona con vida en este mundo sabe que las tengo yo ni que las tendrás tú.

Las palabras de John dejaron helado a su hijo. No sabía a qué se refería ni tenía conocimiento de que su padre estuviese mezclado en nada excepcional. Aquella revelación había sido tan sorprendente que no alcanzaba aún a comprender su significado. Lo importante era su padre, su cercana muerte, el vacío que ello le iba a producir.

En 1956, los Roberts, que aún no habían tenido descendencia, trabajaban desde hacía seis años en Berlín, una pequeña población al oeste de Milwaukee. Ejercían de caseros en una casa apartada de la ciudad, no excesivamente grande pero sí lo suficiente para necesitar la ayuda de servicio doméstico. Durante ese tiempo, John se dedicó a realizar todo tipo de arreglos y tareas domésticas. Dejaba a su mujer las labores de servicio y atención personal de la señora de la casa. Su estancia en aquella vivienda había sido agradable, tranquila, la mayor parte del tiempo alejada del contacto con el resto de habitantes de la ciudad. Los señores de la casa

eran dos personas de edad avanzada, con un aspecto físico bastante deteriorado, sobre todo el de él. Ambos, aunque hablaban poco, tenían un acento exageradamente alemán y solían salir en pocas ocasiones. La relación, aunque fría al inicio, se transformó poco a poco en algo parecido a una amistad. Ella se había convertido en confidente de la Señora, mientras él había trabado un estrecho afecto fraternal con el marido.

Pocos días antes de morir, aquel hombre se sentó en el porche junto a John. Lo solían hacer a menudo en los meses de menos frío. En aquella ocasión, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña bolsita de tela y se la entregó al americano. Le confesó que no confiaba en nadie y que, durante todo el tiempo que había estado en EEUU, ninguna de las personas que se habían acercado hasta él había sido digna de que le entregase aquello. John, que no acababa de entender la situación, aceptó la entrega de la bolsa y su contenido. Entendía que era algo importante y que la amistad ligada durante los últimos años le obligaba a atender aquella especie de herencia del alemán. Éste puso en alerta a John para que mantuviera las dos medallas en total secreto y que sólo las entregase a alguien cuya voluntad fuera solucionar un problema de escala mundial, no crearlo. Además, le advirtió de que aquellas dos medallas, sin sus otras seis hermanas, no tenían ningún significado. El americano no comprendió nada de lo que decía, pero cada una de las palabras de esa tarde se quedaron grabadas en su cabeza.

Ahora quería transferir aquel secreto a su hijo. No deseaba crearle dificultades, pero si de verdad esos objetos podían solucionar problemas, alguien debía custodiarlos. No era una herencia, pero sabía que parte de él permanecería con aquellos extraños objetos. Cuando John notó que la mano de su hijo recogía las medallas con forma de rosa de ocho pétalos, su cuerpo se relajó y volvió a extenderse sobre la cama.

— Hijo mío. Cuida mucho de tu madre. La quiero tanto como te quiero a ti y sé

que no lo va a pasar bien cuando yo no esté. Cuidala. -En ese momento, John se detuvo para respirar con dificultad. Apenas podía ya hablar, pero hizo un último esfuerzo-. Las medallas encierran mucho más de lo que tú crees, pero nunca he sabido descubrir su significado. En mi despacho encontrarás todo cuanto he podido averiguar. Concluye la investigación, pero no arriesgues tu vida por ello.

Greg miró a su padre. Siempre le había respetado en todo y esos últimos deseos no iban a ser menos. Su corazón latía con más intensidad que nunca. Los ojos los tenía llenos de lágrimas, pero ni un solo sonido salió de su boca. Después de abrazarle, llamó a su madre y abandonó de nuevo de la habitación, con las medallas en el bolsillo de su chaqueta y mil extrañas preguntas por resolver.

SEGUNDA PARTE NARANJAS 1944

1 de Octubre

Un golpe fuerte, sonoro y rápido inundó la habitación. El Doctor Brandt tenía la vista fijada en los ojos del Doctor Morell. Su mano derecha estaba en la garganta del grueso y sudoroso médico mientras la otra se apoyaba en la pared. Morell apenas tocaba de puntillas el suelo. Los ojos de ira de Brandt se cruzaban con los de pavor del intrigante médico. Lo soltó de golpe. Dejó que sus rechonchos pies aterrizaran por fin en el suelo. Morell cogió aire con ciertos problemas. Se incorporó y se dirigió derecho hacia Brandt, que caminaba ya de espaldas a él y no se percató de la situación. Lo embistió con todo su peso y cayeron los dos al suelo. Se revolcaron intentando pelear, pero de aquel amasijo de carne no salió nada. Quienes estaban presentes seguían asombrados por aquel amago de pelea, con un rictus sonriente y vergonzante. Al momento, el Doctor Giesing acudió a separarlos. Hubo de emplearse a fondo, más para serenar la situación que para evitar los golpes, ausentes en casi todo momento. Al final consiguió que cada uno se colocase a un metro de distancia del otro.

— Si,..., si nos volvemossss a cruzar,... no saldrás vi...vivo del encuen ... del... del encuentro. - Morell hablaba entrecortado, con dificultad debido al esfuerzo que le había supuesto el amago de pelea.

— Si salimos vivos de esta, serás el primero en caer en manos de Himmler. Yo mismo me encargaré de narrarle con pelos y señales lo que haces con la salud del Führer -le retó Brandt.

Al fondo, sobre la cama, se encontraba Hitler. Después de la medicina del Doctor Morell, había cerrado los ojos. Su cara empezó entonces a pasar del rojo intenso, subido de temperatura, al pálido más lúgubre. Tenía un hilillo de

pulso, agitado pero muy poco intenso. Y su fuerza había desaparecido. Era incapaz de alzar el brazo. Brandt, agitado, había hecho diversas preguntas al enfermo sin obtener respuesta alguna. No era la primera vez que Hitler tenía un principio de infarto y eso hizo pensar en lo peor al antaño su médico personal. Si Hitler moría en ante él, tenía claro que su propia vida correría peligro. Himmler era un loco capaz de tomar el control y culpar de traidores a los que le trataban, lo que equivalía a una sentencia de muerte instantánea. El resto de facultativos presentes creían que si había un responsable claro era Morell y sus estúpidas recetas, como solía denominarlas el Doctor Giesing. Había atiborrado a Hitler con cocaína y lo había dejado casi muerto. Así que el silencio del enfermo fue el detonante para que Brandt cogiera a Morell por el cuello y estuviera a punto de liquidarlo aquella misma tarde.

Tras el incidente, volvieron su mirada sobre Hitler. La rojez no había vuelto a su rostro, pero ya no parecía un cadáver. También había pasado ya la rigidez de las piernas. En ese momento, Linge, que estaba en la habitación, indicó a sus colegas que se trataba de convulsiones intestinales y que le dejaran descansar. Más por su propio interés que por creer en lo que acababan de oír, recogieron todos el instrumental médico y salieron de la habitación.

Una vez abandonada la Berghof, Brandt se dirigió hacia su residencia. Nervioso, sin parar de sudar y con el pulso agitado, entro en el comedor donde estaba su mujer y trató de relajarse hablándole sin descanso.

— Hitler no durará mucho más tiempo. Su salud empeora día a día. Y ese inútil y charlatán de Morell no hace sino acelerar su muerte. Parece que lo envenena poco a poco y el Führer, lejos de darse cuenta, cada vez le apoya más. No sé hasta cuándo va a prolongarse esta situación, pero creo que es hora de que empecemos a pensar en el día después, tras la muerte de Adolf y la derrota de Alemania. Debemos pensar en nosotros, en nuestra familia. Lo tenemos que disponer todo para huir hacia el Oeste.

Brandt estaba al corriente de la delicada situación del ejército alemán e intuía lo peor. Tras el desembarco de Normandía, las fuerzas nazis habían quedado bastante mermadas. Las Divisiones huían desde Francia hacia la frontera y las noticias, una tras otra, sumían al Gobierno en una tensión nerviosa constante. Las informaciones en el Este no eran, ni mucho menos, mejores. Se había contenido el avance del Ejército Rojo tras abandonar Ucrania. Pero la inestabilidad era constante y ni la comida ni la munición llegaban a su destino, lo cual desintegraba las Divisiones alemanas.

A quien no parecían causar temor las noticias era a Morell. El Doctor se había acomodado en la habitación contigua a la de Hitler. Se sentía tranquilo a pesar de la humillación recibida a manos de Brandt. No temía por su vida y tampoco se mostraba inquieto por lo que ocurría con el Führer. Creía tenerlo todo controlado. Él era consciente de lo que le ocurría al Canciller alemán porque él lo había provocado. Hacía casi un año que le impuso una dieta estrictamente vegetariana, en la línea de lo que Hitler deseaba. Pero Morell introdujo, poco a poco, más medicamentos y variantes alimenticias. Según él, unos diluían a otros, de forma que no era nocivo para el enfermo. En realidad, éste perdió de forma paulatina su vigor.

Morell se arregló como pudo. Tampoco creía necesario asearse más. No llegaba a percibir lo que los demás pensaban de su higiene diaria. Se metió la camisa por debajo del pantalón; se colocó los tirantes sobre los hombros; se pasó las manos por el grasiento pelo; cogió el sombrero y se precipitó hacia el recibidor de la casa. Lo dispuso todo para salir, pero esta vez no llamó al conductor ni tampoco usó el coche oficial. Salió a pie, sin prisas, algo más acelerado de lo habitual. Cuando descendió dos calles paralelas a la Berghof, se paró en una esquina, abrió un pequeño Volkswagen, un escarabajo negro, se introdujo en él y arrancó en dirección sur. Su vehículo, el más popular de Alemania en esos momentos, no llamó la atención a nadie. Ningún vecino podía pensar que en él se encontraba el médico del Führer.

Después de haber rodado unos veinte kilómetros cuesta abajo entre las arboladas montañas bávaras, su Volkswagen se detuvo unos instantes. Se podía permitir reflexionar antes de dar el paso. Al fin y al cabo, aquel camino no era un trayecto vigilado.

Giró a la derecha, se introdujo por un camino forestal pequeño, polvoriento y lleno de tierra y piedras. Conforme avanzaba hacia el interior del bosque, el pulso iba en aumento. Poco a poco, unas finas gotas surgieron de su frente, de su entrecejo, de sus mofletes y, al final, de toda la cara. Cogió el pañuelo que siempre llevaba a mano, se secó el sudor y continuó su ruta. Fue una acción inútil. La cara comenzó de nuevo a emanar aquella molesta transpiración mientras su camisa dejaba entrever unas manchas de humedad que ya llegaban a los tirantes. Hasta el poco pelo que le quedaba comenzó también a abrillantarse. No era la primera vez que realizaba aquel trayecto, pero siempre ocurría lo mismo.

Morell tenía numerosos puntos débiles, pero el más peligroso de todos era el dinero. Buscaba con denodado ímpetu engordar su patrimonio personal. Pensaba que la guerra no duraría toda la vida y, junto a su mujer, deseaba emular la vida de ostentación que veía representada en las películas de Hollywood. Disfrutaba con las aventuras de Errol Flynn y envidiaba, en el fondo, el modo de vida americano, algo que no escondía demasiado. Todo ello permitió a aquel americano acercarse poco a poco hasta él y, sin mucho esfuerzo, convencerle para que colaborase. El dinero y la promesa de dos pasaportes a EEUU hicieron todo lo demás.

Al final del camino había una casa, de madera, humilde, rodeada de la inmensidad del bosque. Aun lado de la entrada, aparcada, se encontraba una motocicleta BMW R-75, negra, con el sillín ancho. Justo cuando apagó el motor de su Volkswagen, vio una sombra bajo el marco. Era la inconfundible silueta del contacto habitual. Alto, delgado, vigoroso y con su característico

cigarro en la boca.

— Buenas tardes, Doctor Morell. Le esperaba. -Su acento americano ya no despertaba sorpresa alguna, pero la sonrisa dibujada en la cara de aquel personaje le resultaba bastante incómoda-. Hoy ha sido más rápido de lo habitual. ¿Está Usted nervioso por algo?

2006

23 de noviembre

La oposición había logrado una orden del Comité Central para que el general Boxiong se presentara ante el máximo órgano disciplinario y diera explicaciones sobre el nuevo affaire económico de su familia. Ahora, aunque su comparecencia no era determinante, confiaban en asestar un fuerte golpe en el ánimo del sanguinario militar.

Los servicios internos de información estaban ya al corriente del proyecto en el que se encontraba inmerso y que centraba toda su atención. Sabían de su importancia y temían que lograra culminarlo con éxito. Por esta razón, poner en duda su honradez dentro del Partido y desequilibrarle podría provocar un error del general, por pequeño que fuera. Y si éste se materializaba, todos estaban de acuerdo en que sería el momento idóneo para el que habían estado preparándose.

Cuando Boxiong leyó la notificación interna del Partido, la ira le quemó por dentro. Contuvo su rabia durante algunos minutos y, consciente de la situación, comenzó a moverse con rapidez. Tenía poco tiempo, pero pensó que su mejor carta de defensa sería la consecución práctica de su proyecto. Quería eclipsar a los miembros del órgano disciplinario y a la vez infundirles el miedo suficiente para hacerles retroceder. El temor había sido siempre su arma infalible, la que le había permitido llegar hasta donde estaba ahora mismo. Y eso sería lo que acabaría por tumbar también las voluntades de aquellos políticos y burócratas del Partido.

No era la primera vez que el máximo responsable del ejército chino pasaba por una situación similar. Tres años antes, la Comisión de Disciplina del Partido comenzó a investigar la denuncia de un empresario occidental. Los

comisionados elaboraban en secreto un memorándum contra Boxiong por abuso de poder, soborno y traición, dentro del plan del nuevo Gobierno chino para acabar con la corrupción. El cuñado del General se había visto mezclado en asuntos turbios, violando leyes, aceptando dinero en efectivo y acumulando regalos, lo que acabó por salpicarle. Pero en aquella ocasión, uno de los miembros del Comité informó a tiempo al General sobre la investigación abierta y éste reaccionó con el asesinato del presidente de la Comisión. Su cuerpo apareció decapitado y torturado en la habitación de su casa, en una clara señal para el resto de miembros que debía estudiar su posible imputación. Ala mañana siguiente, el caso fue sobreseído y archivado, lo que reforzó el poder interno de Boxiong. Pero sólo fue cuestión de tiempo que volvieran a intentarlo.

Durante los meses siguientes, los enemigos más activos del general lograron hacerse fuertes dentro del ala aperturista del Partido. La formación de un bloque político homogéneo contra el jefe militar de China y posible futuro presidente se fraguó en los despachos de Beijing, puerta a puerta, escaño a escaño, familia a familia. La tarea política no era del todo complicada, pero el verdadero problema vino dado a la hora de construir y coordinar un equipo de acción que fuera capaz de canalizar la guerra sucia y las labores de intimidación frente a la estructura militar y paramilitar de Boxiong. Los disidentes comenzaron a rastrear el territorio en busca de pequeños grupos terroristas opositores al Régimen con el objetivo de reconducirlos hacia sus propios intereses. China estaba repleta de minúsculos conjuntos desordenados de comandos rebeldes que actuaban en el interior. No existía coordinación entre ellos, ni comunicación, ni planificación de acciones. Trabajaban solos, sin una previsión de triunfo global y siempre sometidos a la clandestinidad y a la presión del ejército. Éste, de forma periódica, realizaba operaciones de castigo a las poblaciones menos afectas al Régimen que, en lugar de obtener los resultados intimidatorios previstos,

generaban individuos deseosos de venganza y dispuestos a enrolarse en esos grupos terroristas independientes. Las acciones de la etnia Uigur, al noroeste del país, del grupo espiritual Falun Gong, de la minoría musulmana y de grupos del interior sin identificación política o religiosa, constituyeron la columna vertebral del ejército paramilitar de la oposición.

Esta vez, la guerra se había convertido en un conflicto total por el control del Gobierno. Se establecieron distintas sedes para el desarrollo de operaciones especiales de espionaje, sabotaje, eliminación de personas y creación de disturbios. Las filas de este ejército paralelo comenzaron a incrementarse de forma notable a medida que la financiación llegaba con más fluidez. Bajo el paraguas protector del nuevo sector aperturista, el reclutamiento de jóvenes de ambos sexos creció imparable. En un tiempo extraordinariamente breve, la fuerza de acción de los enemigos de Boxiong había alcanzado un grado de madurez notable. Incluso había logrado coordinar un efectivo servicio de inteligencia y espionaje que causaba verdaderos quebraderos de cabeza al general.

Ante la aceleración de los acontecimientos, Boxiong preparó una reunión con sus enlaces en Europa para forzar resultados y lograr poner en funcionamiento su Proyecto aeroespacial. Esperaba que las acciones de espionaje le colocaran sobre la mesa la solución que había buscado con científicos chinos y que no lograba encontrar. Con ella iba a asaltar el liderato de China. Su cabeza trabajaba de nuevo como una máquina de guerra. Ya no había normas. Ya no había límites.

En la actualidad

7 de mayo

El sonido agudo del timbre precipitó a Minerva a concluir su relajante ducha. Se secó a toda velocidad y salió hasta el recibidor para ver quién llamaba a su casa a esas horas de la tarde-noche. Había olvidado el pedido de comida a domicilio realizado hacía tan sólo media hora. Llevaba varios días con el estudio del contexto de la II Guerra Mundial, la Alemania nazi y el Diario, lo que le había recluido en su apartamento más de lo estrictamente necesario. Cuando vio por el monitor del interfono al chico de la pizzería, corrió a vestirse mientras él subía por el ascensor. Se arregló cuanto pudo, cerró la puerta del baño y, justo en ese instante, el timbre de la puerta sonó.

Minerva despachó con rapidez al chico. Le dio su propina, tomó las pizzas y se dirigió al salón. Una vez allí, cogió los folios con la traducción del Diario, se tumbó de costado sobre el sofá y comenzó a leer. Tenía ganas de saber más cosas de Winter, de Hitler. Había comenzado la lectura como una investigadora y su intuición le llevaba más allá. Además, quería encontrar pistas que condujesen al autor del asesinato de su amigo Dieter. Y luego estaba la enigmática Bernelli. Había algo en ella que le llamaba la atención, pero no sabía por qué.

2 de octubre de 1944

Acorralado. Creo que Hitler tiene ahora mismo esa sensación. Su estado físico es cada día más lamentable y las noticias que llegan del frente no hacen sino empeorar la situación. Desde hace un año, el Führer sufre temblores en las piernas y en los brazos, unido a un ligero arrastramiento del pie izquierdo. Pero siempre aparece, oportuno, el Doctor Morell con sus inyecciones, con sus curas rápida y milagrosas que le anulan todas las

dolencias. Cada vez que esto ocurre, es como si inyectasen una dosis de confianza al grueso médico, para desesperación de los otros facultativos, Brandt y Von Hasselbach. Pero no hay milagro que valga. Ahora ya lo sé. El truco de Morell es un cóctel de drogas que incrementa poco a poco para asegurar su efectividad y que acabarán por convertir a Hitler en un adicto.

He hablado con unos y con otros, porque me preocupa el estado en el que se encuentra Adolf. Es verdad que las pautas de alimentación y horarios no son los más saludables. Dieta vegetariana que va siempre a contracorriente del común de personas que le rodean. Se le suele servir pocas comidas, la más fuerte de las cuales es al atardecer y consta de sopa de verduras, maíz con cáscara, tortillas con gelatina y algún dulce que le prepara la cocinera Manziaty. Antes y después del almuerzo toma las píldoras multicolores del Doctor, lo que le crea una sensación de mejoría que él achaca a las propiedades de la verdura.

Sus costumbres alimenticias, para sorpresa de todos nosotros, variaron de forma ostensible a partir de julio de 1943. Tras el desembarco de los Aliados en Sicilia, que puso contra las cuerdas a la Italia de Mussolini, el Doctor Morell decidió liquidar las naranjas y otros alimentos con vitamina D de la dieta del Canciller. El sudoroso médico de Adolf dijo que había basado esta medida en la necesidad de evitar la excitación del Führer ante los reveses de la Guerra. Nadie cuestionó la decisión, por incomprensible que pudiera parecer. Pero a mí me resultó muy extraño.

Durante esos meses, he prestado atención a las variaciones leves en la salud de Hitler, pero apenas han sido significativas. Le atendí a diario tanto en Munich como en la Berghof y no observé ningún empeoramiento grave de las afecciones que le son comunes. Sin embargo, tras las vacaciones de verano y una vez de vuelta a casa, me senté con mi marido a mirar fotos de años anteriores. Disfrutamos hasta altas horas de la madrugada, junto a la

chimenea que había en el pequeño salón de casa. Cuando fuimos a dormir, ya tumbada sobre la cama, me vino a la cabeza como un golpe seco las fotos que acababa de ver con mi esposo. Sobre todo la de Hitler vestido de civil, junto a dos niñas. Esa foto era de hacía menos de un año y el rostro de Adolf, ¡¡¡era tan diferente al de ahora!! En otra, de este año, también al lado de dos niñas austriacas, Hitler tenía la tez pálida, los dientes más amarillentos, sus ojos habían perdido el brillo que cautivaba a millones de alemanes y su cuerpo estaba algo encorvado y falto de energía. Hay algo extraño en él. No es el cansancio. Ha perdido toda su energía sin que nos hayamos dado cuenta nadie.

Yo estoy siempre a su lado, le sirvo, le cuido, le presto mis oídos cuando necesita hablar, le atiendo en sus recaídas de salud, en sus bajadas de moral ahora que la guerra se ha tornado negativa. Sé que soy su sostén, su otra madre en vida. Y por esta misma razón, sé que no está bien. Y lo que más me llama la atención es que no me había dado cuenta hasta ahora. No he sido capaz de ver como a Adolf se le escapaba la vida en tan poco tiempo. ¿Cómo es posible que no lo haya percibido? Algo debe ocurrirle. Los médicos deberían haber notado ese cambio y, sin embargo, nada han dicho. Dudo que el desagradable Morell pueda llegar a solucionarlo de verdad. Ni mi marido ni yo entendemos la fascinación que Hitler siente por este Doctor. Nadie de su entorno lo soporta, pero cuando inyecta sus medicinas a Adolf, la euforia que le producen es un punto más a su favor. Él no va a ser quién me proporcione respuestas a la alarmante pérdida de salud de Adolf. Su única solución sería una ración más de cocaína. Pero de quién me fio.

4 de octubre

Hoy por la tarde, armada de valor, me he entrevistado con el Doctor Brandt. Sé que es enemigo acérrimo del Doctor Morell, quizás por eso he pensado

que él podría atenderme y entenderme mejor. Le he hablado de forma sincera pero cauta. Le he dicho que tanto mi marido como yo hemos observado que de un año a esta parte, casi sin darnos cuenta, el estado físico del Führer ha menguado de forma notable. Y al final le he preguntado que si él había observado también alguna cosa.

El Doctor Brandt, con un tono de alivio, como sintiendo que no estaba solo, me contesto que venía observado esta decrepitud en la salud de Hitler desde hace unos diez meses. Me ha dicho que “no sólo es el desarrollo de la guerra, que está claro ha empeorado su estado moral, sino que hay signos evidentes de deterioro físico. He realizado análisis durante los últimos noventa días, de forma regular, y he comprobado un descenso alarmante de Vitamina D, además de un balance negativo de los electrolitos en las células. Hay carencias muy significativas de Potasio, Betacaroteno, Vitamina B6 y Magnesio, lo que explicaría los amagos de infarto que ha tenido hasta el momento, la alocada presión sanguínea y el cansancio físico en general. Además, he podido constatar también deficiencias notables de Ácido Fólico, lo que ha podido afectar de forma directa a su cerebro”.

He apuntado la respuesta técnica del Doctor porque quiero investigar también por mi cuenta si todo lo que me ha dicho es cierto. No obstante, al ver que yo no había entendido bien lo que me decía, el Doctor Brandt me indicó que “de una manera clara, alguien, ya me entiende Usted, está provocando esta situación en la salud del Führer. Al retirar de su dieta alimentos como las naranjas se puede llegar a provocar parte de los daños que le he comentado. Además, creo que se le administra algún tipo de sustancia que incrementa estas deficiencias. Si miramos hacia atrás, el empeoramiento ha sido progresivo desde que dejaron de servirse cítricos en las comidas de Hitler. Eso fue hace un año”.

Cuando he oído eso, me he quedado blanca. En ese momento, no veía a

nadie ni escuchaba nada. En mi cabeza sólo estaba mi querido Adolf, cuya vida se apaga por momentos debido a causas no naturales. Pero después de algunos segundos, recuperaré mi consciencia. Y allí mismo he decidido hacer todo lo que pueda para evitar que su salud empeore. Después, he seguido hablando durante más de media hora con el Doctor. Cada palabra que he pronunciado, cada frase que he encadenado, tenía por objeto animar a Brandt a exponerle al Führer la gravedad de la situación, en un claro intento de que despierte de su ceguera médica y cambie el tratamiento que recibe. Espero que no sea demasiado tarde.

Minerva había leído durante dos horas. Cuando se dio cuenta de que pasaba de la media noche, recogió todos los papeles y se dispuso a marcharse a su dormitorio, donde esperaba recuperar parte de las fuerzas que había perdido el día anterior al recorrer las bibliotecas de Madrid para documentarse sobre la Alemania de los años 30. Estaba obsesionada con aquel Diario y con la posibilidad de encontrar en él alguna respuesta a la muerte de su amigo. Acababa de descubrir la posibilidad de que hubieran envenenado a Hitler, pero eso no era motivo suficiente para asesinar a Dieter. Creía con firmeza que entre aquellas páginas había pistas de su asesino, al que esperaba poder desenmascarar y llevar ante la justicia.

En la actualidad

8 de mayo

Stanley debía trabajar aislado y utilizar los diferentes documentos de identidad de que disponía. Trataba de evitar ser identificado por su verdadero nombre. El protocolo de actuación de la Agencia determinaba su desconexión virtual 48 horas después del aterrizaje en el aeropuerto de Barajas.

Su hotel, de 3 estrellas, estaba situado en la calle Donoso Cortés. Se registró como Peter Bradley. Solicitó información turística de la ciudad, con un perfecto acento americano que en realidad no tenía al hablar español, y se retiró a descansar a su habitación. Eran las cinco de la tarde. Programó hora y media de sueño y, después, fue a dar una vuelta por Madrid para localizar los puntos más conflictivos y sus posibles vías de escape. El modo de proceder de un agente de la CIA no dejaba nada al azar.

Por la noche, ya en su habitación, Stanley estudió el caso. El americano intentó tomar perspectiva sobre el asunto, como solía hacer siempre, para establecer el vértice de la investigación. Consideraba que una operación de este tipo no podía haber sido ideada por grupos exaltados ni políticos. Tenía claro que en el asunto había, al menos, dos bandos. Uno mantenía en su poder el Diario y el otro trataba de hacerse con él. Era este último el que más le preocupaba, puesto que su forma de proceder se asemejaba más a la de células independientes que a una organización estructurada y jerarquizada.

Miró fijo la pantalla del ordenador y comenzó a pensar en la forma de llegar hasta el Diario. Entonces, abrió el archivo con las búsquedas de google en Madrid durante los últimos tres meses, convencido de que encontraría respuestas donde nadie las buscaba. Había solicitado ese expediente al

Servicio de Información de la Agencia antes de abandonar Washington. Durante casi una hora, Stanley trabajó para hallar el ordenador desde el cual habían realizado exploraciones sobre la muerte de Hitler, la vida de algunos de sus ayudantes y el destino de otros mandatarios nazis. Una vez obtenida la dirección, no fue complicado asignarle un usuario y ubicar con exactitud dónde se encontraba el terminal. La persona que había realizado todas aquellas consultas era del Doctor Dieter Schell. Aunque permaneció durante algunos segundos inmóvil, no estaba sorprendido por la conexión de esta persona con la operación. La CIA ya había introducido este nombre cuando le avisó de su asesinato en pleno vuelo a Madrid.

Después de algunas averiguaciones, el americano confirmó que Dieter había sido asesinado en la creencia de que tenía el Diario o sabía quién lo poseía. Eso significaba que el entorno del Doctor Schell sería capaz de arrojar alguna pista sobre el paradero del manuscrito, por lo que decidió iniciar la investigación en este punto. Averiguó los detalles sobre el suceso, recogidos en la ficha policial que el Servicio de Inteligencia español había volcado a la Interpol, y preparó con detalle la jornada del día siguiente. Una vez puso en marcha todo el dispositivo, decidió retirarse a descansar.

Por la mañana, se presentó en la Facultad de Historia de la Universidad Complutense. Al llegar al edificio, se detuvo. Entrar de forma acelerada podía llamar demasiado la atención. Aprovechó la maniobra para disfrutar de lo que tenía ante sus ojos. Stanley era un idealista de Europa, de su cultura, de su historia, de sus formas. Mientras observaba la vulgar edificación académica, pudo percatarse cómo un vehículo blanco aparcaba a escasos cien metros de su posición. Tomó nota. Era el mismo coche que había visto cerca del hotel cuando salió por la mañana. Creía que le seguían, pero aún no lo podía confirmar, así que decidió volver a centrarse en el trabajo que le había llevado hasta allí. Fue directo a la secretaría del Departamento de Contemporánea, donde se presentó como profesor de la Universidad de

Wisconsin, en período de Estancia. Los datos habían sido tratados un mes antes por la CIA en EEUU, por lo que la comprobación de las credenciales que exhibía no fue complicada. Una vez verificada su identidad, solicitó hablar con el Doctor Dieter J. Schell.

La secretaria del Decanato le informó de que el profesor había fallecido hacía poco tiempo. Durante algunos minutos, el americano estuvo interrogándola, sin que ella se diese cuenta, sobre la vida y las personas cercanas a Dieter. Pero no obtuvo ningún dato significativo. Al parecer, el joven profesor vivía encerrado en sus estudios y labor docente, lo que le impedía una vida social amplia. De entre las escasas pistas que salieron de su boca, Stanley decidió quedarse con la de una mujer enérgica y exuberante. Una mujer siempre acabaría conociendo más profundamente a un hombre. Antes de irse, preguntó el nombre o la forma de localizar a la compañera del Doctor Schell, pero ésta lo desconocía. Después, no dejó pasar la ocasión para despedirse de forma afectuosa de aquella joven. El americano era consciente de que causaba buena impresión a las mujeres. Sabía que aquella leve expresión de su cara, casi imperceptible, le había guardado la posibilidad de obtener más información.

Al salir por la puerta del edificio, se fijó de nuevo en el coche que estaba aparcado unos metros más abajo. Sin detenerse, con rapidez de reflejos, apuntó en su cabeza el modelo del vehículo, un Seat Ibiza TDI, y la matrícula, 7694 HFG. En su interior pudo ver a dos ocupantes, uno rubio y otro moreno, de pelo corto, parecían altos y vestían traje negro y corbata. Para asegurarse de que le seguían, cambió de acera, evitó la parada de taxis de la esquina, y siguió por la transversal, dirección a Isaac Peral. No aceleró el paso para poder revisar en cada uno de los cristales y retrovisores si el Seat Ibiza le acosaba. Al principio, todo pareció que volvía a la normalidad y que no había sido más que una casualidad. Pero pasados apenas cinco minutos, el coche giró la esquina, se detuvo y uno de sus ocupantes, el de tez más morena, se

incorporó a la acera. Ahora sí podía asegurar que no sólo le seguían, sino que él mismo se había convertido en un objetivo. La misión adquiriría para Stanley el rango de alto riesgo. No sentía ningún temor por el giro de los acontecimientos, aunque era consciente de que a partir de ese momento debía agudizar todos sus sentidos.

Ante la nueva situación, el americano pensó con celeridad y decidió aprovechar la coyuntura para tratar de obtener más información. Al pasar por delante de un supermercado, giró repentinamente y se introdujo en él. Buscaba un espacio público lleno de huecos invisibles. El factor sorpresa era imprescindible. Una vez dentro, se situó en un ángulo muerto y esperó. No tardó en aparecer por la puerta el hombre alto y moreno vestido con traje. Vio cómo miraba a un lado y a otro, con cierta inquietud, hasta que al final se puso en marcha con un andar nervioso, como si hubiese perdido a su presa. Stanley le siguió. Se detuvo a la vez que lo hacía el hombre del traje. Comprobó que esa zona estaba cegada a la vigilancia de las cajeras y que la disposición de los productos en las estanterías permitía derribarlos con facilidad, ante la eventualidad de que algo no saliera como preveía. Después, observó con detenimiento al individuo que tenía delante. No se le ahuecaba la chaqueta en la parte del costado, entre la manga y el cuerpo, por lo que dedujo que en ese momento carecía de arma. Además, percibió cierta cojera en la pierna izquierda y movilidad reducida en los antebrazos. Stanley concluyó que se trataba de un problema de artritis, lo que le permitía atacar sus centros nerviosos para poder reducirlo sin necesidad de pelear. Se acercó por detrás, con sigilo. Aprovechó el factor sorpresa y se abalanzó sobre él. Puso su mano derecha en el costado, como si fuera un arma, mientras con la otra sostenía la izquierda del desconocido y apretaba con fuerza en el pulgar, justo en la base de la muñeca, donde le produciría un dolor intenso que paralizaría su articulación. Entonces, se aproximó a su oreja y le susurró en alemán.

— La próxima vez que estés tan cerca de mí, será lo último que veas.

El hombre intentó revolverse con rapidez pero, tras un forcejeo breve, cayó con estruendo al suelo. La presión de sus dedos sobre las arterias del cuello era un viejo truco que Stanley aplicaba a la perfección en los casos en los que advertía que su oponente podía tener problemas circulatorios. Si se ejecutaba con precisión, lograba noquear a cualquier persona, independiente de su tamaño. El hombre quedó tendido e inconsciente mientras el americano, con andar reposado, se dirigió hacia la salida. El amago de pelea resultó todo lo provechoso que había previsto. Mientras salía del supermercado, metió la mano al bolsillo derecho de su pantalón para comprobar que tenía a buen recaudo la cartera sustraída al alemán. Esbozó una leve sonrisa en su rostro y se marchó de forma más acelerada hacia el hotel.

Una vez estuvo en su habitación, se sentó sobre el escritorio y comenzó a trabajar. Un documento de identidad alemán; una fotocopia del pasaporte; dinero en metálico, no mucho, apenas 50 euros en varios billetes; tarjetas de crédito, de bancos españoles y alemanes; varios papeles; y una especie de postalita religiosa. Todo y nada. No parecía que pudiera obtener gran cosa de la documentación robada a aquel individuo. No obstante, se entretuvo en mirar con más detenimiento los papeles encontrados. Una dirección, dos teléfonos y alguna anotación con su nombre. Cuando lo leyó, su nivel de alerta volvió a aumentar. Algo más contrariado de lo que esperaba cogió su portátil, lo enchufó y se dispuso a averiguar cuanto pudiera de aquella identidad.

Stanley tecleó su código de usuario, seguido por tres números y la primera letra de su apellido. En ese instante, se abrió el portal de información interna de la CIA. Activó durante unos instantes diferentes ventanas hasta que dio con lo que buscaba. Anotó el número del documento de identidad del

individuo que había derribado en el supermercado y esperó.

— Carl Bauer, 37 años, nacionalidad alemana, soltero, estudios de derecho y con licencia para la abogacía. Fichado por la Interpol por alborotos en la calle en manifestaciones de marcado signo izquierdista. Última localidad de seguimiento: Estocolmo, octubre de 2012. Perfil normalizado de agitador. Peligrosidad Leve.

Aquella información no aportó gran cosa a la investigación, así que prosiguió con diversas palabras, fechas y lugares que había encontrado en la cartera. Tampoco logró hallar nada en ello. Continuó así durante al menos cuarenta minutos. Antes de cerrar su ordenador, casi por rutina profesional, fotografió cada una de las cosas que había sacado de la cartera y las envió a la Nube interna conectada a su código de usuario. Cargó la última imagen y esperó respuesta de la Central para archivarlo todo. La Agencia verificaba los documentos y les asignaba una carpeta genérica. Todo estaba dentro de los parámetros establecidos, salvo por una circunstancia curiosa. En Langley se había derivado el documento que parecía una estampita religiosa a la carpeta de Sociedades Secretas y Sectas. Atraído por el posible error, fue directo hacia el archivo, lo abrió, identificó la estampita y situó el cursor sobre ella.

— Sociedad Thule. Asociación secreta de origen alemán. Refundación como sociedad internacional. Nacimiento: 1940. Vigente en la actualidad. Entre las actividades que desarrolla, se encuentra una Unidad Operativa en temas mitológicos e históricos. Grado de peligrosidad: Alto. Consultar archivo para más información: Sin clasificación para continuar.

Stanley quedó sorprendido y desconcertado. Una organización alemana secreta había intentado agredirle a él tan sólo un día después de su llegada a Madrid. Conocían su identidad y todos sus pasos. También lo que buscaba.

Quizás querían acabar con su vida, pero no sabía por qué. Con cierta inquietud, pensando en las filtraciones que se podrían haber producido desde la Agencia, se asomó a la ventana, la abrió y se dispuso a observar el perfil ribeteado de la ciudad a la espera de poder hilvanar toda la información. Antes, miró hacia abajo, hacia el tráfico no muy intenso de aquella hora. En ese punto, sus ojos se quedaron clavados a la derecha, justo en el coche aparcado en la zona de taxis. Era el mismo modelo y la misma matrícula que le había perseguido hacía unas horas. Con rapidez, alertado, movió la vista alrededor y buscó índices de peligrosidad. No encontró nada extraordinario a la izquierda, ni en la zona trasera ni delantera del vehículo. En la parte derecha, junto a la acera, justo en el portal de uno de los edificios, había un hombre que le apuntaba con un arma. De forma instintiva se movió para echarse al suelo mientras oía el detonador del arma seguido de un zumbido rapidísimo. Desde el suelo observó un agujero en el techo. Se diría que era de una bala de pistola no reglamentaria. Giró todo el cuerpo. Miró a su alrededor. Intentó incorporarse cuando, casi sin respirar, oyó un segundo disparo justo en el momento en que se lanzaba hacia la cama. Llegó a oír un tercero y, después, silencio.

Tras unos quince segundos de inactividad, logró asomarse a la ventana, detrás de la cortina, y miró hacia la calle. El coche había desaparecido, al igual que el individuo que estaba en el zaguán del edificio. Con cautela, giró sobre sí mismo y apoyó la espalda contra la pared. Repasó la habitación con la mirada. Investigó cada uno de los rincones. Algo mareado, movió sus ojos hacia la cama, detuvo su mirada, dilató las pupilas y arqueó las cejas con preocupación. Un gran charco de sangre cubría la zona izquierda de las sábanas.

5 de octubre

El Doctor Brandt, en un impulso de valentía como no había tenido en meses, salió de la sala de espera y se dirigió hacia la estancia en donde se

encontraba Hitler. Hacía varios meses que intentaba hablar con el Canciller sobre su estado de salud, pero no se atrevía a dar el paso. Él sabía que las posibilidades de que le estuvieran envenenando eran altas, pero la falta de valor le detenía una y otra vez. La oportunidad se había presentado ahora, ese mismo 5 de octubre, después de que Anni le diera la fuerza que no había tenido hasta el momento.

Adolf se encontraba en el sofá del salón, apoyado sobre el respaldo, mientras trataba de digerir las malas noticias del día anterior: se había rendido la guarnición alemana de Calais, sus tropas se retiraban de Atenas y los Aliados habían lanzado una nueva ofensiva en la Línea Gótica. En ese preciso instante, el Doctor Brandt entró en la sala y fue directo hacia él. Se situó delante, saludó formalmente al Führer, y esperó una respuesta:

— Siéntese, siéntese, Doctor Brandt, y dígame qué desea.

— Mi Führer. Estamos muy preocupados por su salud. Su deterioro es ya evidente y su situación, lejos de mejorar, empeora. Hemos analizado su sangre y, en base a los resultados, creemos que alguien le envenena poco a poco. -Hitler pareció despertar. Se incorporó, sus ojos se abrieron de forma ostensible, y su cuerpo se tensionó. Sin dejarse afectar por la reacción que había causado, el Doctor prosiguió su intervención.- Pensamos que la retirada de las naranjas de su dieta, unido a la administración de sustancias que potencian los efectos negativos de esa medida, le provocan una muerte lenta. Y la única persona que le administra medicamentos e interviene en su dieta es el Doctor Morell.

— ¡Cállese! -La ira ante la posibilidad de un envenenamiento y el ataque contra el Doctor Morell se unieron para hacer recuperar a Hitler la fuerza que le había caracterizado en los años 30-. El Doctor Morell es el único capaz de hacer que mi salud mejore en poco tiempo. Ninguno de Ustedes ha

logrado curarme de mis dolencias. ¿Y le acusan a él de envenenarme???????

— El Doctor Morell no le cura, mi Führer, le droga y con ello duerme de forma momentánea sus dolencias, que vuelven a aparecer cuando se pasa el efecto de los estupefacientes.

— ¿Está Usted diciéndome que soy un drogadicto, como esos burgueses que hemos conseguido doblegar en Alemania por su conducta blanda y decadente? ¿quiere Usted decir eso?

— No, señor. Yo me refiero a que ...

— ¡Cállese! -cortó en seco Hitler-. Salga de aquí y no vuelva más. Recoja todas sus cosas y abandone el Cuartel General y la Berghof. Esta misma tarde firmaré su destitución dentro del equipo médico del Führer y espero no tener que acusarle de Alta Traición.

4 de agosto

Greg llevaba varios años en la sede central de la CIA. Desarrollaba labores de investigación asistida. Su trabajo profesional no le impedía, sin embargo, dedicar parte del tiempo libre a la única obsesión que le consumía las horas. Desde que acabara la Universidad, las palabras de su padre, sus papeles, sus estudios, sus rudimentarias investigaciones, habían calado en su mente. De entre todo aquello, eran las medallas que heredó del cabeza de familia las que más llamaban su atención. Sabía que le ocultaban algo que parecía tocar con los dedos pero no encontraba la forma de alcanzarlo.

El joven agente de la CIA se sentó aquella mañana en su despacho de Langley. Sacó del bolsillo las medallas. Siempre las llevaba consigo. Las puso sobre la mesa y se quedó mirándolas. Eran dos Rosas de Olaf, pequeñas, de metal dorado. Cuatro pétalos dobles en cuyo centro había un

círculo con un número. En una de ellas marcaba el 2 y en la otra el 5. En la medalla con el número dos, en el pétalo de arriba, a la derecha, había una letra, la N. En la medalla marcada con el número 5, en el pétalo de debajo, contrario a la del 2, había tres letras, dos R y una O. Aquel extraño diseño lo conocía de memoria. Lo tenía grabado en su cabeza. Lo había mirado mil veces y no lograba entender su significado. No obstante, desde que trabajaba para la Central de Inteligencia Americana había avanzado notablemente. Greg sabía que existían otras seis medallas más que escondían letras y números, al igual que las que él poseía. Desconocía aún el tipo de mensaje que ocultaba, pero estaba unido a los últimos meses de la Alemania Nazi.

Hacia sólo unas semanas, varios funcionarios de la Casa le habían advertido que no tenía permiso para acceder a la documentación que trataba de consultar acerca de los movimientos de EEUU en Alemania durante 1945. Sin embargo, él conocía que las medallas estaban relacionadas con los jerarcas nazis y su intento de salir del país antes de la capitulación germana. Al menos, eso era lo que se desprendía de la escasa documentación que recuperó del despacho del padre tras su muerte.

Mientras estaba sentado, frente a las pequeñas rosas de Olaf, llegó un mensajero de la planta primera. El agente tapó de forma precipitada los objetos con unos papeles que estaban encima de la mesa. Sin identificarse, el empleado, cabizbajo, dejó sobre la mesa una carta y se retiró con rapidez. Greg, algo nervioso, miró el sobre, en el que estaba escrito con claridad su nombre, y lo abrió.

Si desea continuar su investigación sobre 1945, incorpórese a la Sección Tercera, en Fort Detrick. Si decide dar el paso, dejará de tener familia y amigos. Su situación será extra legal y servirá exclusivamente al Gobierno de EEUU. Si no desea ese destino, abandone sus indagaciones, bajo

amenaza de muerte.

TERCERA PARTE ACECHO En la actualidad

9 de mayo

El sol de mayo acosaba ya las calles. Lo hacía poco a poco, sin que apenas nadie se diera cuenta, aprovechando cada minuto que el cielo permanecía despejado. No obstante, la temperatura aún remoloneaba lo suficiente como para evitar el vertiginoso ascenso de los termómetros. Una pelea permanente capaz de llenar o vaciar las terrazas de la capital de un día para otro.

Minerva llevaba un tiempo sin participar de ese festival primaveral, en parte por la responsabilidad que aún sentía sobre la muerte de su amigo y en parte, por el trabajo contrarreloj en el que se había zambullido de lleno: el estudio del Diario.

El día anterior telefoneó a una amiga para intentar recabar información al respecto del asesinato de su amigo. Había quedado con María Hernando en el Hard Rock del Paseo de la Castellana, cerca de las oficinas de la calle Génova. Ambas se conocían desde la Universidad, desde aquellos años en los que compartieron amigas, amigos, noches en vela y mil confidencias. No había tenido que acudir nunca a ella para solicitarle un favor, pero en esta ocasión estaba dispuesta a llegar hasta donde fuera necesario.

Dieter, al igual que Minerva, formaba parte del círculo íntimo de María. Ella conocía a su amiga y sabía que de una forma o de otra recabaría datos reservados sobre el asesinato. Así que prefirió ayudarle, sabedora de lo injusto de aquella muerte. Era consciente que sacar cualquier tipo de material fuera del Ministerio era ilegal y acarrearía castigo disciplinar. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo.

María trabajaba en la Dirección General de Policía. Formaba parte del personal destinado a la Secretaría Adjunta Operativa, con responsabilidad de coordinación en la Comisaría de Información. Esto le daba capacidad suficiente para acceder a todas las investigaciones desarrolladas por la Policía Nacional.

— Buenos días, Minerva. ¿Cómo estás?

— Buenos días, María. La verdad es que empiezo a sentirme mejor. Creo que la necesidad de encontrar a los culpables me ayuda a superarlo. O al menos, eso parece -indicó con una inhabitual seriedad.

Durante los primeros minutos de la conversación, María se dedicó a intentar dar ánimos a su amiga. Sabía que no era una persona que necesitara el apoyo de otros, pero en esta ocasión todos la habían visto más abatida de lo normal. Dedicar unos minutos a hablar de ellas y de sus recuerdos ayudó a dar algo de calor a la reunión. Después de un cuarto de hora, la impaciencia de Minerva reorientó con brusquedad la conversación.

— ¿Has podido averiguar alguna cosa sobre el asesinato?

— Mucho menos de lo que creía. Es la primera vez que no puedo acceder a parte de la información por tener un filtro especial. Se trata de Acceso de Nivel 2, es decir, solo disponible para el Ministro y su Gabinete. Eso significa que nos encontramos ante un caso con ramificaciones internacionales o de interés exclusivo del Gobierno. ¿Sabes tú si Dieter estaba implicado en algo importante?

-preguntó María con cierta incredulidad.

— No. Para nada. Aunque no me extraña lo que me cuentas. No puedo decirte más hasta que no haya confirmado mis sospechas. En cuanto a la información accesible, ¿algo reseñable?

— No te preguntaré por tus sospechas, pero sólo de momento. Sobre lo que he podido encontrar, ha sido más bien poco. El asaltante era de nacionalidad alemana. Estaba limpio y sólo constaba sobre él alguna detención por desórdenes públicos. Se les vincula a una organización supranacional de ámbito empresarial y cultural, aunque parece ser que actuaba como agente doble al servicio de un tercero. No he podido averiguar quién, pero todo indica que podría tratarse del Gobierno chino. Tenía acceso restringido. En el informe se asegura que aún no se han establecido vínculos entre el asesino y su víctima, por lo que todavía permanece abierta la investigación. No parece que estuvieran relacionados con temas de estupefacientes ni actividades ilegales. Eso hace todavía más incomprensible el asesinato. Y poco más, Minerva.

— Muchas gracias, María. Es suficiente para poder empezar.

La reunión aún continuó durante casi veinte minutos. Cuando el tiempo de descanso laboral de María pareció prolongarse demasiado, se despidieron con un entrañable abrazo y volvió a la oficina.

El café había sido productivo. Minerva lograba tener una primera perspectiva sobre los hechos. Confirmaba las sospechas de Dieter y las de ella misma sobre la peligrosidad que escondía el texto de la Señora Winter. Conectó con rapidez el asalto a su casa con el asesinato. Pero lo que más llamó su atención fue el carácter de agente doble del asesino. Eso suponía que al menos dos grupos organizados buscaban lo mismo. Y uno de ellos era un Estado. Por esta razón, creyó que, cuanto menos contacto tuviera con cualquiera en relación al Diario, más protegida estaría. Y eso incluía también, de momento, al Señor Hans. No tenía claro si confiar en él o mantener cierta distancia de seguridad, así que optó por continuar con sus investigaciones y dejarle al margen. Primero debía continuar con el estudio del manuscrito a la vez que preparaba con sigilo el viaje a Munich. Estaba convencida de que

allí encontraría algo más de luz a todo el asunto.

Tras la marcha de su amiga, Minerva decidió quedarse sentada en la terraza. El ambiente era primaveral, el sol empezaba a calentar su mesa y no había quedado con nadie el resto de la mañana. Era el lugar perfecto para leer la traducción que tenía en la carpeta. De vez en cuando, se amontonaban multitud de chinos que cruzaban hacia los Jardines del Descubrimiento, pero la algarabía pasaba pronto.

Estuvo metida de lleno en la lectura durante, al menos, media hora. Una vez transcurrido ese tiempo, cansada, decidió saltarse gran parte del texto y acudir a las últimas páginas. Quería irse a su casa, pero le intrigaba el final de la señora Winter. Avanzó hasta la página del penúltimo día, bebió un trago del zumo de naranja natural que había pedido hacía diez minutos y siguió con su lectura.

15 de octubre de 1944

Todos hacemos ya las maletas y recogemos para trasladarnos fuera de la Berghof. Adolf ha decidido volver a Berlín, aunque antes tiene pensado pasar unas semanas en la Guarida del Lobo, cerca de la aldea de Gierloz. Después de superar el atentado que sufrió allí, parece creer que su vuelta le traerá suerte. Confiamos en que así sea, aunque las cosas cada vez están más difíciles.

El aire que se respira aquí es lúgubre y no ayuda al ya triste Adolf. Yo continuo cuidándolo de igual manera que el primer día, pero nada tiene que ver con la persona que conocí hace años. Poco queda del Gran Canciller, del vigoroso líder que congregaba a miles de personas en todas las ciudades de Alemania.

Ayer por la tarde se reunieron con él Himmler, Bormann (que cada vez le

influye más) y el Doctor Morell (no me explico cómo sigue aún a su lado. No hay nada en él para fiarme). Desde hace un tiempo, y por orden de Adolf, puedo entrar y salir cuando están reunidos. Sin duda ha sido un gran acto de confianza en mí y estoy agradecida. Gracias a esa libertad de movimiento, también he podido estar al tanto de los últimos acontecimientos. A veces no estoy segura de querer saber ciertas cosas, pero él me pide consejo sobre muchas de ellas. En la reunión, en la que debatieron más de cuatro horas, no me pareció que Hitler prestara excesivo caso a los otros tres. Cuando hablaba, lo hacía con voz ronca y vibrante. Les pude oír comentar sobre el Proyecto Thule y del inicio de la Operación Asgard. Yo también creo que Adolf debería aceptarla. El Canciller del pueblo alemán debe vivir, debe seguir luchando para poder lograr que nuestro pueblo recupere el sitio que le corresponde. Si puedo, antes de que dejemos esta residencia de descanso, hablaré con él e intentaré que acepte la solución que propone Himmler a instancias de Martin. Por una vez, creo que tiene razón. Aunque con sinceridad opino que lo que pretenden es salvarse también ellos.

Sigo con mis sospechas sobre el Doctor Morell. Nadie sabe qué hacía en la reunión de esta tarde. Además, cuando concluyó, lo vi salir de forma precipitada hacia abajo, como en otras ocasiones. El bueno de mi marido le ha seguido un par de veces y le ha visto subir a un automóvil humilde, que nadie diría que es suyo y con el que nunca le hemos visto circular. Después, salió hacia el valle. Estuve atenta y lo vi volver dos horas más tarde, justo para la visita médica de Adolf. Estoy preocupada e indignada de que se pasee a sus anchas por la Berghof.

Ahora estoy en la cama, con mi marido. Quizás sea la última vez que estemos aquí. Me preocupa todo. Mi vida, la de Erik, la de Adolf. La guerra va a acabar con todos nosotros y si no lo hace la guerra, quien sabe cómo, dónde y hasta cuándo viviremos. Desearía volver atrás. Incluso no me

importaría que mi Führer nos pidiera que le acompañáramos.

16 de octubre de 1944

Ya no hay más que escribir. El futuro es sombrío y no tengo fuerzas para continuar con este diario. Es de noche y nos encontramos camino de Munich. Ya nadie sabe cómo serán los días venideros, ni para mí, ni para mi marido, ni para Adolf ni para Alemania. Todos piensan que es una cuestión de tiempo. El único que parece estar tranquilo es el Doctor Morell. ¡Lástima que no lo mataran el famoso 20 de julio!

Hoy por la mañana, antes de partir Himmler y Bormann, han estado reunidos de nuevo con Adolf. Creen que le han convencido para aceptar la Operación Asgard, pero no saben que he sido yo, a primera hora, cuando nos despedíamos, quien le ha empujado al final a que acepte. Al parecer, Hitler no irá a Berlín y se prepara para dirigir la Guerra desde otro punto. Me parece bien, debe vivir, debe recuperarse y recuperar a Alemania. Él ha dicho que mandará a buscarnos dentro de unos días, cuando nos hallemos en Munich. Ya mí no me importa que no lo haga. Estoy contenta de que él pueda escapar.

No pude permanecer en toda la reunión, como es lógico. Pero una de las veces que entré a llevarle a mi Führer su almuerzo, escuché los siguientes números y letras, que intuyo que son algún tipo de clave. Quiero dejarlos aquí escritos por si algún día sirven para que mi marido y yo podamos salvarnos. No sé ni de qué son ni lo que significan, pero por la actitud de Himmler intuyo que deben ser muy importantes. No creo que las llegue a usar, pero nunca se sabe.

63 21 00N 10 21 30E 20489 7100HM

Lo único que pude oír al respecto de estos números y letras fue que se

trataba de la segunda opción. Que no había que dejar nada al azar y que esta segunda opción nunca sería encontrada por nadie que no supiera las anteriores claves. Quizás sólo sean desvaríos de Himmler, que siempre ha tenido la cabeza llena de pájaros, pero si hubiera alguna opción,...

Ya no tengo nada más que decir y creo que tampoco tengo nada más que aportar a este diario. Espero que algún día pueda releerlo en paz, sentada en una silla, junto a mi marido y con una Alemania libre.

Ahora ya sólo deseo, ansiosa también, la llegada a nuestro hogar para poder reunirnos con Máximo por última vez. Ese joven siempre nos trae a mi marido y a mí la alegría que hace un tiempo perdimos por culpa de esta guerra. Es una de las pocas personas en la que confío, más que en un hijo. Anoche decidimos que a él le entregaremos este diario, para que lo mantenga oculto lejos de Alemania, hasta que la tormenta en la que vivimos se haya calmado por completo. El será el guardián y depositario de este pequeño trozo de mi vida.

Ahora, son momentos malos.

El fuerte pitido de un taxi le despertó de su ensimismamiento. Sin querer, había pasado otra hora larga en la terraza de la cafetería. El Diario dejaba claro el papel de la familia Hans en toda esta historia. El padre del empresario que le había encargado deshacerse del manuscrito era la persona que conoció a la Señora Winter y de la que heredó el texto años después. Pero lo más importante para Minerva fue descubrir algo que jamás nadie había contado: la posibilidad de que Hitler hubiera podido huir y las claves para saber cómo lo habría hecho. No creía que ese descubrimiento fuera suficiente para que diferentes organizaciones mataran por él. Sin embargo, pensó que quizás lo importante no era lo que mostraba el Diario, sino lo que escondía. No era el hecho de que Hitler hubiera sobrevivido,

sino quién le había cobijado o ayudado. Eso también explicaría la importancia que el empresario le daba a aquel texto y al hecho de querer enterrarlo, hacerlo desaparecer para siempre. Pero no dio por finalizada la investigación. Aquello no era suficiente para que Hans le hubiera dicho que era muy importante que lo leyese y para que el gobierno chino estuviera involucrado en el asunto. Descubrir lo que ella acababa de leer no aportaba ni quitaba nada a Pekín. Estaba casi segura que debía haber algo más.

Cuando concluyó todas las reflexiones, su cabeza volvió sobre los papeles que tenía entre las manos. Aún había una hoja en la derecha. Un folio que no había leído. Miró el encabezamiento y entendió de lo que se trataba. La hoja suelta que había encontrado era una carta de la Señora Winter. En ese momento recordó que el empresario también le había comentado algo al respecto. Había insistido en que tanto el manuscrito como la misiva debían volver a Munich. La cogió con rapidez y se dispuso a leer la traducción con el mismo interés que el resto del libro.

25 de abril de 1945 Mi querida sobrina Gretel:

Espero que esto no sea una carta de despedida. Pero si así fuera, quiero que sepas que siempre te hemos querido mucho mi esposo y yo. Eres el único recuerdo que me queda de mi hermana y te quiero tanto como le quería a ella. Por esta razón, te hemos enviado todo el dinero que habíamos ahorrado y que creemos que no necesitaremos, así como algunas joyas y objetos de valor. Se acercan tiempos difíciles y no sabemos si podremos sobrevivir a ellos.

Las bombas y los incendios asolan ya Munich y aquí todos temen por su vida. Espero que podamos superar esto y conocer a tus hijos.

Te envío también, entre todos los objetos de valor, un sobre lacrado dirigido a la joven Bernelli. Como vives en Berlín, podrás encontrarla con facilidad y

entregársela. Es muy importante que la carta llegue a la joven lo antes posible. Sus señas las tienes en el sobre. Por favor, no lo destruyas ni lo hagas desaparecer, pero que nunca nadie sepa que lo tienes. Yo misma le haría entrega del sobre a esta entrañable joven, pero intuyo que el final de Alemania traerá también consigo nuestro final.

Hoy ha venido a visitarnos por última vez Hitler. Nadie sabía de su viaje. Vestía de civil y tenía un estado físico deplorable. Nos ha ofrecido marcharnos con él, pero con amabilidad le he dicho que no. Quiero vivir con mi esposo en mi país, donde están mis antepasados. No importa lo que me ocurra, pero quiero compartir con mis paisanos la suerte de nuestro futuro. Le he pedido que nos ayude, esté donde esté, a que Alemania pueda volver a ser lo que ha sido. Adolf, con voz ronca y pocas palabras, pareció entender lo que le decía. Con lágrimas en los ojos, me abrazó, dio la mano a mi esposo, y se marchó.

Ese mismo día, los diarios decían que el Führer continuaba en la Cancillería, en Berlín y resistía al fuego de los rusos. No te fies nunca de nadie.

Se feliz y recuérdanos siempre.

Te quiere

Anni Winter

Minerva concluyó la lectura y miró el escaso zumo de naranja que quedaba en su vaso. Hizo amago de beberlo, pero se quedó con la mirada fija en el puesto de venta de souvenirs del paseo central de la Castellana. Su cabeza se evadió por segundos. Una de las últimas frases de la carta le había recordado a su abuela: *No te fies nunca de nadie*. Se llevó la mano derecha al interior del bolso, donde había dejado el sobre amarillento que rescató de la mesita de su casa.

Su abuela lo había sido todo para ella, llegando en algún momento a

suplantar el vacío que las depresiones de la madre generaban. Le habló muy poco de su abuelo, aunque le confesó historias que a nadie más contaba. Por esta razón, la herencia que Minerva más apreciaba fue aquella carta entregada casi a escondidas y la medallita de metal que llevaba colgada al cuello. Ambos objetos se los había dado pocos días antes de fallecer, cuando estaba en la cama. Con los ojos vidriosos, le había pedido que los guardara como el mayor de sus tesoros y que, algún día, le ayudarían a encontrar sus raíces y a sí misma. Su abuela le había alertado también con aquellas mismas palabras que acababa de leer: *Nunca te fíes de nadie.*

La joven echó mano con premura a su bolso, donde había metido el Diario, y se dispuso a marcharse cuanto antes de aquella terraza. No sentía miedo, pero tenía la sensación de que, a medida que profundizaba en el tema, la situación se complicaba. Era pronto para sacar conclusiones, pero de alguna forma enlazaba el asesinato de Dieter, el Diario y su propia vida. Sin ni siquiera meditarlo, se dispuso a buscar una agencia de viajes para reservar el primer vuelo con destino a Munich y abandonar Madrid.

2008

30 de noviembre

Para el General no existía calendario. Hacía mucho tiempo que los asuntos familiares no regían ya los horarios ni marcaban su agenda. Cuando Boxiong necesitaba descansar, se aislaba del mundo y se refugiaba al pie del lago Five Flower, en la región de Jiushaigou, solo, sin que nada ni nadie supiera dónde se encontraba. El retiro apenas duraba tres días, pero su cambio era asombroso. Todos cuantos lo observaban durante las primeras jornadas, no dejaban de mostrarse sorprendidos por la recuperación vigorosa de fuerza, espíritu y aspecto físico de la que hacía gala.

Aquel cuerpo maduro, sin escrúpulos, sin conciencia, llegaba ese año cansado. El retraso del proyecto para desarrollar naves de aerotransporte sin combustible orgánico llevó su tensión hasta el límite. Era su gran esperanza para derrotar a la oposición y, sin embargo, no había sido capaz de hacerla realidad tan rápido como hubiese querido. Y mientras no se concretaba, los enemigos crecían, aumentaban, se hacían más fuertes. Estaba seguro de que tenía que lograr acabar con ellos, por uno u otro camino. Pero ahora necesitaba algo de tiempo para recomponerse, rearmar su mente, su moral, su estrategia.

Aquel día, la jornada había empezado más tarde de lo habitual, aunque no por ello renunció a su paseo diario. Boxiong amaba la soledad de aquellas montañas. Podía estar horas sin hablar con nadie, perdido entre la espesura del bosque que moría junto a la orilla del lago. Andaba decenas de kilómetros para, una vez cansado, sentarse, sin más, bajo un árbol. No pensaba en nada, no se arrepentía por nada, no tenía remordimientos. Sólo observaba callado las tonalidades cambiantes del agua de aquel lago, en cuya superficie se reflejaban todas las variedades de árboles que cubrían el

entorno.

Cuando el sol comenzó a ascender, decidió tensar los músculos de sus brazos y remar por los alrededores. Subió a la barca que estaba atada en la estructura de madera de la zona sur y se dejó llevar. Gobernaba el pequeño bote sin rumbo fijo, lo que le permitió descubrir rincones que, incluso él, desconocía.

Cuando el General se encontró a menos de veinte metros de la orilla, un sonido extraño le detuvo. Conocía casi a la perfección todos los animales que merodeaban por aquellos parajes, sus costumbres, sus horarios, sus refugios. Pero esa especie de chasquidos de ramas secas no encajaba en el entorno al que estaba acostumbrado. Buscó con sus ojos movimientos extraños, pero no encontró nada. Sentía una obsesión enfermiza por su seguridad, temeroso siempre de los fantasmas que él mismo había creado. En aquel bote se hallaba a merced de cualquier ataque, indefenso ante un posible atentado, así que se tumbó y escondió su cuerpo cuanto pudo para evitar ser un blanco fácil.

Bocarrriba, tendido sobre la húmeda madera, con los ojos abiertos, veía sobrevolar a las aves en busca de pescado. Así pasó algunos minutos sin volver a oír nada extraño. Pero decidió permanecer en esa posición algún tiempo más, inmóvil, con la mirada en un cielo salpicado de esporádicas nubes, mientras oía el silencio del bosque mezclado con el golpeo leve del agua en la parte exterior del bote. No estaba nervioso, ni mucho menos temeroso. Solo esperaba. Entonces, comenzó a pensar en su carrera profesional. Sobre todo en cómo había llegado a ella, en cómo un pequeño comentario se había convertido en una obsesión.

Poco a poco, sus ojos perdieron la capacidad de ver el cielo del lago Florwer. No observaban nada, no escuchaba ni un ruido. Su mente había

entrado en una especie de sueño, mecido por el agua del lago. Fue entonces cuando comenzó a recordar a aquel anciano moribundo que había encontrado en una incursión de limpieza, como solía llamarle el Gobierno chino, en la región fronteriza de Mongolia Interior. Desde 1991, los mandatarios de Rusia y China habían abierto un período de cooperación para intentar terminar con las actividades criminales transfronterizas, según los textos oficiales. Pero a Boxiong se le había ordenado también que llevase a cabo un enjuague de grupos rebeldes campesinos que habían logrado armarse gracias al contrabando con la mafia rusa y que ponían en peligro las transacciones comerciales de algunos dirigentes del Partido en Beijing. El objetivo principal era liberar de la presión de estos grupos a las actividades económicas de la ciudad de Manzhouli. Este núcleo urbano se había convertido en una puerta de ida y vuelta hacia Rusia, pero también hacia los intercambios de mercadería con el resto de Europa.

Cuando más golpeaba el calor en Mongolia Interior, el ejército de Boxiong recibió la orden para adentrarse en los puntos conflictivos de la frontera. Fueron días intensos en los que las refriegas entre soldados y miembros del grupo rebelde se cobraron numerosas bajas. No existían opciones para los capturados, lo que motivó que la lucha fuera cruenta, cuerpo a cuerpo, casa a casa, árbol a árbol. Era el pequeño Vietnam chino, donde los hombres del general no estaban seguros de su victoria. Una de las jornadas más duras se llevó a cabo en torno a la población de Zhalainuo, rodeada de bosque y montañas en las que era fácil esconderse. Los hombres del general habían logrado, a última hora de la tarde, reducir la resistencia de una avanzadilla de los rebeldes, que estaban apoyados por pequeñas aldeas de las montañas. En una de ellas, se instaló Boxiong para pasar la noche. Antes de retirarse a descansar, decidió supervisar personalmente el estado en el que se encontraba la aldea y los trabajos de tortura a los que se sometía a algunos lugareños.

Disfrutaba con la sangre, con la derrota del enemigo, con su sometimiento. Ahora tenía allí a cuatro pobres campesinos, atados, castigados, con los cuerpos llenos de sangre y con la resistencia física a punto de llegar a su fin. Él sabía que iban a morir y que poca información podría sacar de sus cabezas, pero quería que los otros aldeanos, a los que se les había obligado a estar presentes durante todo ese tiempo, sintieran miedo en sus entrañas y que ese mismo miedo lo traspasaran a todos aquellos con los que hablasen. Esa era la táctica del General, el terror, el miedo transportado de boca en boca.

Después de seis minutos de observación visual, y antes de que aquella pobre gente emitiese sus últimos alaridos de dolor, Boxiong decidió retirarse. Se marchó a pie, entre las cabañas de madera medio destrozadas por la acción de sus soldados mientras todavía oía los gritos de dolor de los campesinos y el movimiento de las armas con las que les iban a rematar. Después de escuchar el primer disparo, giró a la izquierda y perdió todo contacto visual con aquel escenario.

Tras haber caminado treinta metros, oyó los quejidos sordos de un anciano que hablaba en lo que parecía alemán. Extrañado, se detuvo, permaneció en silencio e intentó averiguar de dónde procedían. Cuando logró intuir la cabaña de la que se trataba, se dirigió hacia ella, con paso firme, hasta que descubrió al herido.

Era un anciano europeo, de tez pálida, pelo entre canoso y rubio, de marcados rasgos arios. Con su mano derecha se taponaba lo que parecía una brecha de la que manaba abundante sangre. Tenía los ojos cerrados y balbuceaba en alemán, ahora con claridad. Boxiong estaba sorprendido, más de lo que él mismo solía aparentar. En medio de aquella aldea infame, llena de pobreza, rodeada de bosque y montañas casi inaccesibles, junto a la frontera rusa, había un alemán de casi 90 años, según lo que él deducía.

No tenía mucho sentido. No vestía ropa nueva, ni occidental, ni parecía vivir en mejores condiciones que el resto de campesinos de la aldea. No parecía, en definitiva, un espía de ningún tipo. Atraído por una curiosidad creciente, el General decidió acercarse para intentar algún tipo de comunicación con aquel anciano. Cogió la banqueta de madera que había en el suelo, se colocó junto a la cabecera de la cama, se sentó y se dispuso a intentar escucharle. Con Lentitud, se acercó al oído del alemán y le susurró si conocía su idioma. Sin esperarlo, en un instante, la mano ensangrentada del moribundo agarró con fuerza su brazo izquierdo y la apretó, con una tensión que no concordaba con la avanzada edad de aquella persona ni con su llamativa herida. Entonces, sin abrir los ojos, giró su cabeza y le pidió en chino que se acercase.

— General, los americanos no han destruido la segunda aeronave. General, ... sigue intacta. ¿qué hacemos con ella? Esperamos instrucciones pero,... - El anciano tosió y hubo de detenerse durante algunos segundos. Después, continuó donde se había quedado-. Pero no podemos aguantar mucho más. Los rusos han detectado nuestra posición y avanzan hacia aquí. No queremos caer en sus manos. Si no nos da ninguna orden concreta, abandonaremos la posición en veinticuatro horas.

— ¿Qué dice? ¿de qué habla? ¿los rusos piensan atacar algún enclave? - Boxiong sabía que aquel hombre deliraba, pero quería asegurarse, de todos modos, de que no se refería a la actualidad.

— General, he destruido todos los planos que realizamos para la construcción de la aeronave así como cualquier tipo de documentación que aún estaba en el hangar. -Cada vez le costaba más hablar. Emitía palabras balbuceantes que debían interpretarse más que entenderse-. ¿Me oye, General? Si no llega el segundo convoy antes de las doce, la nave quedará sepultada.

— ¿A qué nave te refieres? ¿cómo la vamos a hacer funcionar? ¿dónde se encuentra escondida?

-susurró con suavidad Boxiong.

— Ya sabe dónde se encuentra, General. No se preocupe por el combustible, recuerde que no necesita más que un poco de Xerum para volar con autonomía.

— ¿dónde se encuentra? -insistió el máximo responsable de la represión china-. Necesito que recuerde el lugar exacto en el que se halla estacionada la aeronave.

— Eso es un secreto de Estado. No puedo transferir información sobre alta tecnología a nadie ajeno a este proyecto. ¡Aléjese de aquí o llamaré a los soldados! -El anciano ya no distinguía entre realidad y recuerdos. Saltaba de una situación a otra de forma casi constante-. El Führer no permitirá jamás que sus inventos caigan en manos enemigas. Dejaremos todo escondido. Huiremos lejos para que nadie nos encuentre. Lejos. ¡No quiero rusos! Más lejos aún. Aléjese de mí. ¿es Usted Ruso? No le entregaré mis medallas. Son mías, son de Bormann. No se las entregaré nunca. -El moribundo soltó sin más el brazo de Boxiong e intentó alejarse de él. La otra mano permanecía cerrada con fuerza, con una tensión extrema. En ese instante, por fin, abrió los ojos y miró fijamente al General. Ambos adivinaron lo que iban a realizar cada uno de ellos y se prepararon para adelantarse el uno al otro-. Nunca te quedarás con mis medallas. Son mías. Me las entregó un compañero que estuvo junto a Bormann hasta el final. Me dijo que las protegiera con mi vida. Son mías. No me las podrá arrancar de mi mano. -Boxiong no comprendió aquella declaración del anciano moribundo, pero ya no había marcha atrás. Si todo aquello tenía algo de valor, iba a ser para él-. Socorr ... -Ni siquiera llegó a acabar de pronunciar toda la palabra.

Boxiong ahogó la voz del anciano con la almohada. Quería evitar que alguien acudiera hasta la cabaña y encontrase aún vivo al alemán. No deseaba que nadie escuchara nada, así que apretó fuerte aquel montón de algodón con forma de almohada contra la cara del moribundo. Éste, casi sin fuerzas, aún tuvo tiempo de intentar defenderse, aunque sin éxito. Cuando sus manos cayeron sin vida sobre la cama, el General dejó de presionar y se puso en pie. Esperó unos segundos. Quería ordenar todas las preguntas que circulaban en su cabeza. Fue entonces cuando vio, en la palma derecha del muerto, dos medallas de metal con forma de rosa de ocho pétalos. El general se quedó mirándolas primero hasta que, con lentitud, se acercó, las recogió y se las introdujo en el bolsillo interior de su guerrera. Le intrigaba la forma en la que aquel alemán había defendido esas dos medallas que en apariencia no significaban nada, así que decidió guardarlas e investigarlas.

Después, a toda prisa, comenzó a registrar cada rincón de la cabaña. Recogía cualquier anotación, libro, carta, plano y demás enseres personales que tenía el alemán guardado. Introdujo todo en una especie de bolsa y salió por la puerta. Cuando había andado unos metros, se paró, retrocedió sobre sus pasos, sacó de su bolsillo un mechero y prendió fuego a la cortina que colgaba de la entrada principal. No quería dejar rastro. Aquello debía desaparecer. Dio unos pasos hacia atrás y se quedó parado hasta que comprobó que el fuego comenzaba a consumir la humilde vivienda. Después, se alejó hacia su tienda de campaña.

Aquella experiencia no la olvidaba. Se pasó días enteros intentando desentrañar lo que había recogido en los papeles del anciano alemán. Los miraba una y otra vez. Siempre que los estudiaba, en su mano izquierda depositaba aquellas dos medallas. Tenían forma de flor, de rosa quizás, con cuatro pétalos divididos cada uno de ellos en otros dos. Y con una letra y número distinto para cada una de ellas, una N con un 3 y una V con un 4. Por detrás, una frase en latín, de extraño significado: *futurum est in eo*. No

entendía lo que aquel anciano trataba de ocultar con ellas, pero estaba claro que le había dado una importancia considerable. En consecuencia, debía averiguar de qué se trataba, como fuera. Lo sentía como un reto personal, como una necesidad vital.

Poco a poco, casi sin notarlo, se obsesionó. Primero fue un divertimento con el que olvidarse de todo lo que le acontecía a diario. Después, comenzó a creer que lo que había dicho el delirante y extraño alemán podría ser real. Cuando los papeles y escritos que se llevó de la cabaña comenzaron a hablar, a entenderse, supo que debía convertir en real aquel proyecto. Si alguna vez habían existido esas aeronaves, estaba seguro de que EEUU dispondría de la tecnología y ya la desarrollaba. No debía perder tiempo. Tenía que hacer realidad cuanto había descubierto y lograr situar al ejército chino al mismo nivel, sino más, que el estadounidense. Y si eso era así, su carrera profesional despegaría de forma definitiva. Primero lo intentó ocultar. Pero después, la magnitud del proyecto lo convirtió también en un secreto del Gobierno chino. Todos querían resultados positivos, al margen de la guerra interna que se entablaba en contra y a favor de Boxiong.

Un pequeño pájaro se situó sobre su barca. El general decidió entonces tomar el control de la situación. Ladeó una y otra vez la embarcación hasta ponerla en movimiento, dirección a la orilla en donde había oído aquellos ruidos extraños. Al tocar tierra, una voz salió de entre los matorrales y preguntó al General si se encontraba en perfectas condiciones. Era el guardaespaldas encargado de la custodia y seguridad del máximo responsable del Ejército chino.

El soldado había sido entrenado para defender con su vida a aquel hombre. Era su primer día de servicio, con una misión rutinaria y sencilla. Pero el resultado no había satisfecho al general. Había cometido un error y Boxiong no permitía fallos en su guardia pretoriana. Ese día, un miembro de su

cuerpo de seguridad moriría.

En la actualidad

9 de mayo

Minerva estaba decidida a ir cuanto a antes a Munich. Se levantó, se puso una rebeca, cogió sus papeles y su bolso, y se dirigió al camarero para pagar. Quizás el mejor sitio para encontrar un vuelo rápido hubiera sido Internet, pero no quería volver a su apartamento y tener que esperar tanto tiempo. Sin pensarlo demasiado, caminó hacia la Puerta del Sol. Una vez allí, se detuvo junto a la boca del metro, pensó durante algunos segundos, cruzó en dirección a la calle Preciados y comenzó a andar de nuevo. Buscaba tropezarse con una agencia de viajes. Si no encontraba ninguna, entraría en aquellos grandes almacenes. Estaba excitada con el descubrimiento que había realizado, pero no se sentía para nada nerviosa. Sabía de la importancia de lo que llevaba entre manos, sobre todo por lo que suponía de ayuda para obtener pistas del asesinato de su amigo, que era lo que ahora más le preocupaba. Hizo un último intento y buscó a ambos lados de la concurrida calle hasta que se cansó. Dio media vuelta y se metió en el centro comercial. Estaba convencida de que era lo más rápido para contratar un viaje.

Mientras subía al primer piso por las escaleras mecánicas, trató de procesar toda la información que estaba sin respuesta. Ya no era sólo el Diario, también el asesinato de su amigo Dieter, las referencias internacionales del caso, el papel que jugaba Máximo Hans y, sobre todo, la Rosa de Olaf que volvía una y otra vez sobre el recuerdo de su familia. Para liberar su cabeza, aprovechó los espejos situados en las paredes y se miró en ellos para comprobar que iba todo lo bien arreglada que requería la ocasión. Pero mientras veía su propio reflejo, observó también, de reojo, que dos personas subían en ese momento a la escalera mecánica. El rostro de uno de ellos le resultaba conocido, pero no sabía bien de qué. Cuando llegó a la quinta

planta, en un acto casi instintivo, volvió a mirar hacia atrás para comprobar si estaban aún los dos hombres que había visto antes. Al girarse, confirmó sus propios temores. Le habían seguido todo el tiempo. Pensó que había llegado el momento de comenzar a pensar en su propia seguridad.

De repente, recordó por qué le resultaba familiar aquella cara de facciones nórdicas. Era el menos fuerte de los dos que forzaron su casa, el que logró escapar. Si de alguna forma el asesino de Dieter y los asaltantes de su apartamento formaban parte del mismo grupo, su vida corría también serio peligro. Sin ponerse nerviosa, se dispuso a atravesar la planta en dirección a la Sección de Viajes. La mayor parte de ella estaba dedicada a artículos de deporte, con grandes aparatos de gimnasia, bicicletas, maniquís con pelotas de fútbol, piraguas, esquís y todo tipo de utensilios auxiliares que emborronaban la visibilidad de conjunto. Creía que sería suficiente para poder despistar a sus perseguidores, así que trató de hacer un recorrido laberíntico. Después de algunos minutos yendo de un lado a otro, entró en el espacio acristalado del fondo y se sentó. Esperaba que los dos hombres decidieran, entonces, abandonar el Centro Comercial. No es que sintiera ningún tipo de temor, pero tampoco tenía mucho interés en protagonizar una persecución entre todas aquellas personas que pasaban el rato entre compra y compra.

Ella había acudido al centro comercial para tratar de cerrar el viaje a Munich, así que consideró oportuno terminar su tarea antes de comprobar si debía o no enfrentarse a sus perseguidores. Tras un rato de gestiones con la persona que le atendía, recogió con tranquilidad los billetes de avión y la reserva de hotel, en el centro de la ciudad alemana. Con unas palabras amables decidió poner fin a la compra, se levantó despacio, se dirigió hacia la salida y se detuvo unos instantes. Los dos hombres seguían allí. No le sorprendía, pero hubiera deseado que no estuvieran. Entendió que debía afrontar la situación, como ya había ocurrido en su apartamento. No disponía

de mucho tiempo, pero intentó alargarlo todo lo que pudo. Solicitó información complementaria de Alemania. Aprovechó esos minutos para estudiar posibles salidas. El ascensor, las escaleras de servicio, las escaleras mecánicas. Localizó también la presencia de dos guardias de seguridad situados uno en los ascensores y otro en el pasillo que conducía a los aseos. Lo más rápido y seguro parecía ser las escaleras mecánicas, aunque esa elección provocaría una gran algarabía. Su mente se detuvo. Era eso, justo eso, lo que necesitaba: llamar la atención de todo el mundo. Y cuanto más, mejor. Cuanto más pública fuese su huida, más cohibidos estarían sus perseguidores y menos atentos a los rápidos movimientos que ella tenía pensado realizar. Antes de iniciar la maniobra, llamó a su amiga María para que viniera a recogerla y le pidió que esperara con la moto en marcha en la salida sur del edificio. Calculó el tiempo que le costaría llegar hasta la entrada principal y se dispuso a esperar a fin de sincronizarse con ella. Aprovechó el momento para repasar toda la operación desarrollada en su cabeza. En ningún momento debía dejar caer de sus manos el Diario. Estaba claro que lo buscaban y ella no iba a dárselo de ninguna de las maneras.

Transcurridos seis minutos, se despidió de nuevo con cordialidad de la chica de la agencia. Le pidió que le acompañara hasta la puerta y, una vez allí, volvieron a decirse adiós entre sonrisas de amabilidad forzada. Antes de que la joven estrechase la mano de Minerva, ésta echó a correr en dirección a las escaleras mecánicas. Tras la sorpresa inicial, los dos hombres salieron detrás de ella. Tardaron algunos segundos, un tiempo proverbial si se sabía gestionar. Y Minerva estaba dispuesta a realizarlo mejor que nadie.

Cruzó el bolso sobre su pecho, por delante, de forma que nunca dejaba de perderlo de vista. Al llegar al final de la sección, comenzó a bajar los escalones de dos en dos, saltando sobre ellos sin apenas llegar a rozarlos. No miraba hacia atrás. En el cuarto piso, giró a la carrera 180 grados, se agarró de uno de los tubos de aluminio que sostenía al maniquí ataviado con

ropa de mujer joven. Corrió de nuevo entre los expositores y estanterías bajas que inundaban el paso. Los saltaba, los esquivaba. Las dependientas se retiraban dos pasos hacia atrás al verla venir. Dejaban por el suelo la ropa que, tras el paso de Minerva, caía planeando. Cuando alguna de ellas se dispuso a poner orden de nuevo ante el caos generado por la desconocida corredora, dos hombres volvieron a desordenarlo todo, incluso con mucha mayor virulencia de lo que se esperaba. Los dos guardias de seguridad de la planta cuarta se añadieron a la persecución. Corpulentos, uniformados, con un terminal de comunicación en el hombro a través del cual avisaban a la Central para que enviara refuerzos a la Primera Planta. Con movimientos robotizados por la torpeza de sus hiperdesarrollados músculos, lograron colocarse por detrás de los dos hombres que acechaban a la joven. De nuevo, Minerva entró en las escaleras mecánicas. La rapidez del giro con el que se había incorporado le obligó a agarrarse fuerte del pasamanos y a apoyar la pierna derecha en la pared acristalada, provocando que su cuerpo quedara casi en horizontal. Recobró la verticalidad y, ayudada por la palanca que realizaba en los dos asideros de la escalera, logró bajarla en sólo tres saltos. Les ganaba distancia a los otros corredores. Ella lo sabía, lo comprobaba a cada instante con miradas fugaces. Las mujeres y hombres con los que se cruzaba se apartaban a su paso y abrían un pasillo que todavía magnificaba más la huida. Tras ella, entraron en esa bajada con peldaños automáticos los dos hombres de rasgos arios. Corrían, pero con menos habilidad que su huidiza presa. Pretendían tapar esta carencia con altas dosis de violencia. Empujaban sin miramiento alguno a los clientes que se encontraban. Todo aquello provocaba gritos y alboroto por los pasillos de cada planta. Tras ellos, los dos guardias de seguridad, torpes, con la misma agresividad, carentes de la perspicacia y sin la sagacidad de la joven.

Al llegar a la Planta Tercera, Minerva varió su plan inicial. Les había sacado algo de distancia, lo suficiente como para poder buscar otra salida. Mientras

corría, pensaba. Mientras pensaba, analizaba la situación, cambiante por momentos. Sólo tenía unos metros para tomar la decisión. Dudó por un instante pero, al final, giró a la derecha y se adentró en la zona de ascensores, por donde se accedía a las escaleras generales del edificio. Se agarró, tal y como venía, a la barandilla y cambió su rumbo noventa grados. Comenzó a descender por los escalones hasta que oyó a sus perseguidores llegar a la zona del rellano. Ella estaba ya en el segundo nivel. Le habían localizado. Tenía que ganar más distancia para poder llegar con algo de holgura a la Planta Baja. Entonces oyó varias detonaciones y el silbido de las balas al pasar cerca de su cuerpo. Sin pensarlo, se agarró de nuevo al antepecho de la escalera y saltó. Saltó desde una altura de cinco metros. Su cuerpo cayó sobre las cajas de cartón apiladas en la Planta Baja. Tenía práctica en este tipo de caídas, aunque nunca se sabía cómo podían acabar. Se rehízo con rapidez. No tenía ningún dolor de consideración y dedujo que sus huesos seguían intactos. Miró hacia arriba. Les llevaba dos pisos de ventaja, con lo que era posible garantizar la huida. Echó a correr de nuevo y se introdujo en la zona comercial. Estaba llena de clientes y allí podría evitar que volviesen a dispararle.

Había salido por la sección de perfumería y cosmética, cuyos pasillos estaban abarrotados de clientes. Corrió. Quebraba los obstáculos que se sucedían y todo tipo de azafatas. Al dirigirse hacia la salida, observó que otros dos guardias de seguridad pretendían interceptarla y detenerla antes de que abandonase aquellos Grandes Almacenes. Esa imagen la turbó durante un instante, el suficiente para que no se percatara de la presencia de una mujer mayor cuyos torpes movimientos le habían impedido salirse del trayecto que marcaba Minerva desde que irrumpiera en esa sección. Su pierna rozó el tacón de la mujer hasta hacerle perder el equilibrio. El siguiente instante lo sintió la joven en el suelo, frío, duro, de mármol claro y acristalado.

Sin percatarse del dolor físico de la caída, apoyó sus brazos en el suelo y se rehízo. Se levantó. Miró atrás. Vio incorporarse a la planta a sus perseguidores arios y a los vigilantes. Giró su cabeza al lado opuesto y comprobó cómo se acercaban a toda prisa los otros dos guardias. Respiró. Observó la salida bloqueada a la derecha. Lo mismo que ocurría a la izquierda. Ventanales de Cristal acorazado detrás. Sólo le quedaba la salida norte. Echó a correr. Llevó su mano al estómago para asegurar el codiciado manuscrito y dio las cuatro primeras zancadas. Se quedó helada. Frenó en seco. Giró su cabeza y vio en el suelo el Diario. Ala derecha, a menos de quince metros, los dos individuos y los vigilantes. Ala izquierda, a unos veinte, los otros guardias. No había opción. Corrió hacia el Diario. Se lanzó a tierra con los pies por delante, a sabiendas que la inercia de su velocidad y el peso de su cuerpo la empujarían hasta que se tropezara con aquel texto por el que todos pugnaban en ese momento. Acertó a recogerlo con el brazo derecho mientras resbalaba. Pensó que su única opción pasaba por sorprender a todos. Se puso en pie. Agarró el Diario y se dispuso a correr en la misma dirección por donde había venido. Iba de cara a sus perseguidores, pero buscaba llegar a la puerta sur.

Los dos individuos, a menos de tres metros de la posición de Minerva, intentaron frenar en seco sin que pudieran evitar desplomarse sobre un expositor de perfume. Todo cayó por el suelo, lo que aumentó el caos entre clientes y dependientas. En ese preciso instante, llegaron los guardias de seguridad, que trataron de reducir a los asaltantes por la fuerza. Uno de los perseguidores logró zafarse gracias a un golpe seco sobre la mandíbula del vigilante. Tras el forcejeo, inició de nuevo la carrera hacia Minerva. Había perdido unos metros que con dificultad iba a poder recuperar, pero debía intentarlo. La rabia hacía que golpease y derribase todo a su paso, lo que creaba todavía más confusión. Su compañero ya había sido detenido, pero él debía alcanzar la salida por donde había huido la joven.

Minerva dejó de correr cuando cruzó la puerta del Centro Comercial para salir a la calle. Se quitó la rebeca que llevaba puesta y la tiró a la papelera que había junto a la entrada. Después, cogió uno de los sombreros de paja que estaban expuestos en el suelo, en el top manta habitual, y se lo colocó en la cabeza. Se mezcló entre la muchedumbre que en esos momentos paseaba por la calle e intentó andar con normalidad. Cogió del brazo a un chico joven que caminaba sólo y adoptó una postura cariñosa.

Había podido camuflarse entre el abundante gentío para despistar a su perseguidor. Ahora, con tranquilidad, debía llegar a la esquina y girar a la derecha, en donde esperaba encontrar a María con su moto, tal y como le había pedido por teléfono.

Cuando el alemán que la seguía logró llegar al exterior, se detuvo un instante. Miró a la derecha. Luego a la izquierda. No la veía. Volvió su cara de nuevo a la derecha y, esta vez, oyó las explosiones sordas y continuadas de una moto de gran cilindrada que debía estar aparcada a una distancia prudencial. La cabeza de Minerva se desprendió de su gorro y se enfundó un casco negro. Ahora tenía todavía más claro a lo que se enfrentaba, aunque le daba la sensación que no había hecho más que empezar.

En la actualidad

17 de mayo

El humo de un cigarro inundó sus pulmones durante algunos segundos. A pesar de la extraordinaria campaña antitabaco que tenía lugar desde hacía años en EEUU, Stanley fumaba. Su predilección por el buen cigarro alcanzaba cotas extraordinarias. Después de haberse relajado unos instantes con aquel festival de aromas, comenzó a andar calle arriba. Había llegado a Valencia desde Madrid con un objetivo claro y su mente debía centrarse en él. Nunca dejaba de estar concentrado.

El día anterior preparó a conciencia el viaje. Trató de evitar cualquier tipo de rastro. Eligió para el desplazamiento lo más económico, el autobús. Era un viaje sólo de ida. Ello le permitía cambiar también el medio de transporte y no dejar cerrada la fecha ni la hora de regreso.

Caminó durante un buen rato, hasta alcanzar el número 25 de la calle Benlliure en el centro de la ciudad. Cuando cruzaba de acera, su brazo se resintió de forma ostensible. La herida había mejorado, aunque todavía no lo suficiente. Tras el incidente del hotel, decidió presentarse en el Centro de Salud que encontró en las inmediaciones. El disparo no pareció ser profundo, tan sólo un arañazo superficial, así que los facultativos que le atendieron no hicieron demasiadas preguntas.

Al llegar al portal, llamó al timbre y contestó una voz femenina. Cuando pronunció su nombre, se hizo un leve silencio y, sin mediar palabra, le dejaron pasar. El portal era algo antiguo, aunque con una decoración bastante distinguida. Al fondo, el ascensor, de rejas. Tenía un aire al viejo y elegante estilo de la Europa de principios del siglo XX. Entró en él y apretó el botón negro sobre metal dorado que le llevaba al cuarto piso. Mientras

subía, su cabeza asintió inconsciente, como si confirmase que la persona con la que había quedado encajaba de sobra en ese entorno burgués.

Después de recibir los disparos, Stanley había incrementado su esfuerzo para averiguar quiénes eran y de dónde procedían. Decidió comenzar por lo que menos encajaba en la investigación, la Sociedad Thule. Las dificultades para obtener los datos de la CIA habían aumentado sin comprensión, pero pudo arañar algunos apuntes que le permitieron iniciar las primeras pesquisas. La Sociedad seguía en funcionamiento. Sus actividades se habían diversificado y su poder global era considerable. Los EEUU estaban al corriente de la situación y tenían fichados tanto a la cúpula dirigente como a los activistas más destacados. Sin embargo, no pudo tener acceso a los informes que contenían los nombres clave de todo el entramado.

En cuanto al origen de la agrupación, un escueto párrafo era todo lo que pudo encontrar. Se trataba de una breve introducción que daba paso a la carpeta con restricción de nivel para el código de agente asignado.

Su objetivo inicial fue dar cobertura a los alemanes y miembros del partido nazi que quisieron huir de Alemania después de la derrota de 1945. El dinero acumulado durante los años previos, unido a una gestión brillante de esos recursos, ha permitido crear una red de empresas capaz de dotar a la Sociedad de ingresos suficientes para su supervivencia durante décadas.

A esta Sociedad, convertida con las décadas en una verdadera Corporación, pertenecía el asesino del Doctor Shell, cuyas conexiones con las personas que le perseguían eran para él evidentes. Eso significaba que Thule buscaba también el Diario. Si el profesor, antes de morir, había confesado alguna información al respecto del manuscrito, la operación podría correr serio peligro. Stanley comenzó a preocuparse y a buscar la manera de recuperar cuanto antes la iniciativa. El dato más importante que pudo

rescatar de la escueta información de la CIA fue un nombre: Máximo Hans, empresario de ascendencia alemana y residente en Valencia. Era uno de los miembros vivos más veteranos y su relación con Alemania seguía siendo intensa. De inmediato, preparó el viaje a la capital del Turia.

Cuando salió del ascensor, le esperaba en la puerta de la vivienda una mujer de mediana edad. Le invitó a pasar y le acompañó hasta el despacho del Señor Hans. Stanley esperó sentado. Aquella decoración le parecía rancia, de otra época, como ya había sucedido con algunos detalles del ascensor. Pero su mentalidad americana no se dejó impresionar por toda aquella puesta en escena. Más bien al contrario. Sus ojos comenzaron a indagar por la habitación en busca de pequeñas pinceladas que le dieran una pista sobre la personalidad de Hans. Antes de que apareciera el empresario, pudo observar la fotografía de un portarretratos algo escondido. Era una foto en blanco y negro. Aparecía una persona de mediana edad vestida con ropa de los años cincuenta junto a un matrimonio mayor. Reconoció el paisaje que rodeaba a los tres personajes. Era Wisconsin. Había pasado numerosos veranos en esa zona. Antes de que le diera tiempo a reflexionar sobre la foto, apareció por la puerta el Señor Hans. Su rostro parecía generar confianza, aunque Stanley tenía como deformación profesional no dar crédito a nada ni a nadie.

El empresario se sentó tras su mesa de despacho, antigua, de nogal oscurecido. Enfrente estaba él, serio, intrigado, con las facciones de la cara tensa. Intentaba administrar cierto temor a su anfitrión.

— Buenos días, Señor Stanley.

— Buenos días, Señor Hans.

— Ya me ha comentado mi secretaria que está interesado en entrevistarme para un medio de comunicación.

— Le voy a ser sincero, Señor Hans. No dispongo de mucho tiempo y tampoco se lo quiero hacer perder a Usted. Sé que pertenece a la Sociedad Thule. Dos de sus miembros han intentado asesinarme hace sólo unos días y han matado a otra persona. He venido aquí a que me explique qué ocurre para que se preocupen tanto por mí o se dediquen a quitarle la vida a ciudadanos honrados y profesores de universidad- indicó con seriedad.

La cara del anfitrión se contrajo. Para marcar más la tensión, Stanley acentuó el silencio mirando a los ojos a Máximo Hans. El americano observó la piel de su rostro. No tenía demasiadas arrugas, ni en los ojos ni alrededor de la boca. El movimiento de los músculos oculares era simétrico y la frente no mostraba signos de tensión. No parecía, pues, que fuese un hombre de decisiones enérgicas con las que enmascarar errores previos. La dilatación de su pupila invitaba a creer en sus palabras. Debía tenerlo todo calculado, aunque no pudo ocultar cierto grado de sorpresa por la frialdad de las frases del americano. Stanley pensó que podía estar tranquilo. Asu alrededor tampoco observó peligro alguno, así que decidió seguir con su estrategia de firmeza sostenida. Después de unos eternos cinco segundos, el empresario articuló sus primeras palabras.

— Creo que deberíamos pasar a mi otro despacho.

Mientras se acomodaban, el americano mostró interés por las fotos enmarcadas de la pared, retratos anónimos de hombres y mujeres. Las había en blanco y negro y en color. No reconoció en ellas a nadie. En alguna posaban personas con el uniforme militar alemán de la Segunda Guerra Mundial, pero poco más había de destacado. Le llamó también la atención el notable equipamiento informático y tecnológico de aquella habitación, en contraste con la decoración de la vivienda.

Cuando estuvo sentado, antes de articular palabra, comenzó a contemplar

las posibilidades que ofrecía aquella vivienda barroca y cargante para una acción de fuga improvisada. Tipos de madera, decoración, papel, telas, materiales inflamables, huecos de ventilación, ventanas, puertas, todo era procesado por su cabeza. El entrenamiento de la Agencia exigía siempre el mismo protocolo.

— Bien, señor Stanley. Como agente de la CIA supongo que está al corriente de quiénes somos. No hace falta que le dé detalles.- El americano seguía inexpresivo, aunque en su interior estaba impresionado de que Hans le hubiera reconocido. A España había llegado de incognito y ninguno de sus documentos respondía a su auténtica identidad. Se dio cuenta de que todas las partes involucradas en la operación parecían manejar información relevante-. Llevamos más de 50 años de convivencia y ayuda mutua. No creo que sea éste el momento de enfrentarnos. Nosotros queremos deshacernos de documentos y creíamos que Ustedes lo habían aprobado. No vamos a dejar que nadie saque a la luz lo que ocurrió ni que nadie posea las pruebas que sólo nos corresponde a nosotros custodiar.

— ¿Por qué han intentado matarme y por qué han matado ya a Dieter Schell? -preguntó con seriedad desafiante Stanley.

— Nosotros no hemos intentado matar a nadie ni hemos asesinado a esa persona. No le voy a consentir que venga a mi casa a llamarme asesino. Si quiere iniciar una guerra, creo que equivoca el objetivo. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

El empresario se levantó con lentitud y se dirigió hacia la puerta del despacho. En realidad, invitaba con su actitud a que Stanley hiciera lo mismo. El americano, contrariado por lo que acababa de oír, se levantó también y siguió al Señor Hans. Antes de abandonar la vivienda, lo detuvo de nuevo.

— Usted no ha entendido aún la gravedad de la situación. La Sociedad

Thule no se dedica a actividades delictivas y mucho menos a asesinar a personas. Alguien trata de confundirles. En cuanto a lo que busca, a nuestro manuscrito, si esas pruebas caen en manos indebidas y logran descifrar su contenido, ya no hablaremos de honor, ni de moral, ni de propaganda, ni de disturbios. Hablaremos de tecnología en manos inadecuadas. Y tenga por seguro que hay varios países en el mundo que estarían contentísimos de adquirirla. -El Señor Hans se detuvo unos segundos, miró a los ojos de su invitado y adoptó con su cuerpo una postura provocadora-. Creo que no lo sabe, pero cuando alguien se sienta a la mesa a comer, cuando alguien está delante de un ordenador, cuando alguien viaja, cuando alguien hace noche en un hotel, cuando alguien escribe con un simple lápiz, en cualquier parte del mundo, una de nuestras empresas está también presente. ¿Cree entonces que podemos tenerle miedo?

— Yo le advierto. Si alguien más intenta acabar con mi vida y Ustedes tienen algo que ver, vendré directo a este despacho para acabar con la suya. La documentación que encontré en uno de mis asaltantes era de la Sociedad Thule, sin ningún género de dudas. O Usted ha ordenado mi asesinato o alguien le traiciona.

— Ni yo ni ninguno de nosotros, le repito, ha ordenado acción alguna contra Usted.

— Pues ya tiene la respuesta a lo que ocurre. - Stanley logró ver el movimiento facial en los músculos orbiculares de los párpados del empresario. Hans los tensó como hasta ese momento no lo había hecho. Descubrió ciertos síntomas de sorpresa, lo que quería decir que era posible que la traición dentro de la Sociedad fuera real.

— Ese hecho no es relevante. Lo primordial aquí es el Diario, del cual Usted lo desconoce todo. Evite que caiga en manos de quien no debe estar y

entenderá su significado.

— ¿Quién es esa pareja de ancianos que posan junto a un joven en Wisconsin? -Stanley quería desorientar a su anfitrión cambiando, en apariencia, de tema.

— Tenga siempre presente que de este despacho ha salido con vida. Piense quien es dueño del destino de quien y si en verdad hemos sido nosotros los que hemos atentado contra Usted.

Aquella última frase del empresario le había dejado desconcertado. Ninguna de las señales gestuales de su cara indicaba que hubiera mentido. Y si eso era cierto, si la Sociedad no había intentado matarle ni había asesinado a Dieter, la pregunta era quién estaba detrás de aquellos dos mercenarios alemanes.

Hacia casi tres horas desde que se despidiera de Hans en su despacho y ahora, con la tranquilidad que le ofrecía el asiento del vagón del tren, toda la conversación volvía a borbotones a su mente. El retorno del viaje iba a ser largo, así que decidió aprovechar al máximo para reflexionar en profundidad sobre este tema. La cabeza del americano no paró ni un instante de pensar. Después de lo que había podido observar desde su llegada a Madrid, estaba claro que controlaban sus movimientos, incluso podían anticipársele y, lo que era más desconcertante, le consideraban un obstáculo para sus planes, fueran los que fueran. Él tenía como objetivo recuperar el Diario de la Señora Winter, que aún no sabía en poder de quién se encontraba. En este punto, Stanley se detuvo unos segundos e hizo tres pequeños círculos en su cuaderno. Unió dos de ellos y dejó suelto el tercero. El lápiz anotó una letra sobre cada uno. Parecía tener serias dudas sobre el modo de proceder, aunque siguió rayando el papel. Al momento, paró y apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento. Cerró los ojos. Estaba

claro que alguien más quería a toda costa obtener el Diario, pero ni él ni ellos sabían dónde se encontraba. Antes de abrir los ojos pensó con cierto estupor en la persona que lo tuviera en su poder. Su vida corría peligro por minutos.

La misión se había transformado. El peligro real le obligaba a readaptar toda su programación. Cualquier precaución a partir de ahora era una necesidad. Debía encontrar el Diario y llevarlo a Virginia. Pero antes tenía que hallar el motivo por el que todo el mundo lo deseaba en su poder.

En la actualidad

19 de mayo

Minerva seguía intranquila. No olvidaba lo ocurrido en los grandes almacenes. Aquellos hechos habían aumentado su conciencia sobre el riesgo que encerraban las ordenadas palabras y relatos de la Señora Winter. En esa tesitura, decidió acelerar cuanto pudo el estudio del texto y de las circunstancias que lo rodeaban antes de que su avión despegara con destino Munich.

En los últimos días, había visitado bibliotecas y archivos de todo Madrid. En cada uno de esos lugares encontró algún detalle o alguna pista con la que completar el rompecabezas dejado por Anni al Señor Hans. Recompuso la historia de los últimos años de la Alemania Nazi y era capaz de reconocer en ellos a cada uno de sus protagonistas. Pero aún le quedaba un archivo por visitar: el de la Embajada de Alemania en Madrid. En él esperaba encontrar documentación que corroborara las hipótesis más atrevidas del Diario.

El edificio no tenía nada de especial, ni su decoración, ni sus funcionarios, ni sus jardines. Nada. Era un espacio frío, oficial, volcado con plenitud y devoción hacia la burocracia diplomática. El administrativo de turno le llevó directamente a la Sala de Archivos, donde estuvo sentada más de tres cuartos de hora, entre legajos y revistas, sin lograr encontrar ninguna pista al respecto del manuscrito. Antes de recoger sus cosas, pensó que quizás pudiera hallar algo en la correspondencia oficial de la Embajada durante esos años. Cuando el archivero depositó las dos cajas con documentos, le llamó la atención que su cronología comenzaba en 1949. Nada de los años treinta y cuarenta. Según el funcionario, tras la derrota de 1945, soldados de los EEUU vaciaron todas las embajadas y consulados alemanes y requisaron la mayor parte de la documentación almacenada. El cuerpo diplomático de la

Alemania Federal tuvo que comenzar desde cero, en ausencia de legajos relacionados con el gobierno nazi.

Minerva abrió la primera de las cajas sin ningún interés. A partir de 1949, nada había ya que le pudiera aclarar algo sobre el Diario de la Señora Winter. Pero aun así, continuó su trabajo de forma casi mecánica.

Durante al menos media hora revisó aquellas cartas. Eran misivas de todo tipo. Privadas, oficiales, de carácter económico, solicitudes de favores personales, ayuda material, comida, cobijo. Incluso encontró una petición de asilo de un ex dirigente local nazi. Cuando estuvo cansada, recogió sus cosas, las introdujo en la mochila, se levantó y se dispuso a marcharse. Antes de llamar al archivero, abrió la segunda caja y sacó un grupo de cartas al azar. Las sostuvo en su mano y las pasó una a una. No veía ni esperaba ver nada especial hasta que el nombre de un remitente le golpeó en sus ojos y en su cabeza. Era Máximo Hans. Cogió el sobre, sacó el folio de su interior y se dispuso a leerlo. La misiva estaba fechada en abril de 1950. No podía ser el mismo Máximo Hans que ella conocía. Quizás algún familiar. Por el año, podría tratarse del padre del empresario. La carta era breve, muy breve, y parecía que hubiese estado precedida por una anterior, la cual no había encontrado.

Sr. Embajador,

Los últimos movimientos de nuestros compatriotas son supervisados por miembros de la CIA. Como bien sabe, ninguno de ellos se corresponde con la persona que andamos buscando, la señorita Bernelli. Le ruego muestre el máximo interés en encontrar cualquier indicio, dibujo, medalla o pintura de la Rosa de Olaf.

Atentamente, Máximo Hans

La familia del empresario que había contactado con ella para deshacerse del Diario de la Señora Winter parecía tener un cierto grado de influencia en los años 50. La joven se sintió sorprendida. Lo que más le llamó la atención fue la mención a la Rosa de Olaf. La misma figura que llevaba colgada en el cuello aparecía una y otra vez relacionada con el Diario. Un dibujo recurrente que vinculaba la Alemania de los años cuarenta con personas de la actualidad, con Hans, con su abuela, con ella misma.

De forma sigilosa y rápida, deslizó la carta dentro de su portafolios. Recogió el resto de documentos y los devolvió a la caja de donde habían salido. Llamó al funcionario y, con un gesto de su brazo, se despidió de él. Al salir, cerró la puerta del archivo y se dirigió hacia la planta baja. Nadie había visto cómo sustraía aquel documento ni creía que fuera posible detectarlo, así que creyó que lo más lógico era actuar con normalidad, incluso permaneciendo más tiempo del requerido en el edificio. Cuando creyó que la situación ya había sido superada, se encaminó hacia la salida y se dirigió a su casa.

Una vez estuvo en el apartamento, Minerva leyó mil veces la carta que había guardado. Pensó que el documento podría estar vinculado a su familia, a ella misma. Pero descartó de inmediato la idea por absurda. Entonces, conectó su ordenador y se puso a teclear números y letras. Estaba decidida a descubrir el secreto de Winter antes de viajar a Munich. Cogió los códigos de números que aparecían en el Diario y los introdujo varias veces en el buscador. Esos dígitos le intrigaban. No tenían ningún significado para ella, pero la Señora Winter los había anotado allí por alguna razón importante.

Los números parecían ser coordenadas geográficas. Miró de nuevo la combinación completa. *63 21 00N 10 21 30E*. La *N* quería decir Norte. Y la *E*, Este. Tecléo otra vez en google los dígitos, esta vez con una clara diferencia entre latitud y altitud. Heimdal. Se correspondía con la región de Heimdal, en Noruega, cerca de Trondheim. Un área boscosa de la zona costera. Miró la

pantalla sin hacer nada. No comprendía el significado de aquel lugar de Noruega en toda la historia. Después de algunos minutos, volvió en sí. Aún quedaba el resto de la combinación de números. Los volcó de nuevo sobre google, en páginas especializadas, miró en Wikipedia, volvió a probar con otro buscador. Todos los números juntos, por separado, agrupados en dos, en tres.

Llevaba casi hora y media frente al ordenador pero no había logrado encontrar respuesta alguna. Para descansar, se tumbó sobre la cama, cogió la libreta donde apuntaba cualquier cosa que rodeara al tema del Diario y se dispuso a releerla. Después de media hora de repaso, una luz iluminó su cabeza. Dio un saltó, corrió hacia el ordenador, abrió el navegador, apareció google, tecleó la primera serie de números y, tras varios intentos, dio con la respuesta. Ahora lo tenía claro. Era Hitler, la fecha de nacimiento del dictador. La historia empezaba a encajarle, a hilvanarse paso a paso. Pero quedaba la segunda tanda de números. 7100HM. Probó con la misma secuencia de descifrado. Día, mes y año. Pero no cuadraban las letras. Y tampoco tenía claro si la secuencia correspondía a una persona. Se pasó otra hora sobre el ordenador, perdiendo la noción del tiempo. Estaba agotada. Casi antes de darse por vencida, pensó en los tres personajes que reflejaba Anni Winter en su Diario al hablar de la clave cifrada. Hitler, Bormann y Himmler. De los tres, el primero ya estaba descartado, ya lo había descubierto. El segundo no se caracterizaba por proyectos que no tuvieran mucho que ver con alcanzar el poder dentro del III Reich. Sólo quedaba el tercero, al que gustaba demasiado el ocultismo, lo paranormal, la religión y todo lo relacionado con fantasías mitológicas. Estaba casi segura de que era él el autor de este código, porque también debió ser él el autor del Proyecto Thule, del que hablaba Anni en su Diario. Era él. Sabía que era parte de esos números, aunque no para que servían. Tecleó la secuencia de nuevo junto al nombre completo del Jefe de las SS. Allí estaba la respuesta, ante sus ojos. La fecha

de nacimiento de Himmler coincidía con sus números: siete de octubre de 1900. Las dos letras tenían que hacer referencia al apellido. Estaba segura de que había encontrado la solución, aunque no sabía cuál era el destino de aquella combinación.

La excitación del descubrimiento impulsó a Minerva a seguir con sus pesquisas. Conocía dónde había que indagar: en Noruega, en la fría región de Heimdal. Pero aún no sabía ni el qué ni por qué. El siguiente paso era buscar a las personas que le perseguían. Hallar la respuesta a esa pregunta quizás hiciera más comprensible el riesgo que adquiriría con el encargo de Hans, qué tenía que ver ella con todo esto y también con la muerte de su amigo.

Se echó hacia atrás, sobre el respaldo reclinable de su sillón de escritorio, preocupada, intrigada por descubrir lo que la fría e inhóspita Noruega escondía. Ese era el punto de partida para encontrar el secreto de Himmler y del Diario. Tacleó Heimdal y, con mucho esfuerzo, halló algún paisaje del entorno. Se sorprendió de que no hubiera mayor presencia de esa ciudad en la red, en una red de redes en la que hasta el pueblo más insignificante tenía dedicadas páginas y páginas virtuales. Pero no estaba dispuesta a irse a la cama sin tener más información. Entonces, recordó la ciudad de Trodheim. Tacleó de nuevo en google, entró en un primer enlace, en un segundo y, cansada de publicidad, terminó consultando wikipedia. Al abrir el sitio web, su corazón comenzó a bombear más sangre de lo habitual. Su pulso se aceleró de tal forma que ella misma se lo notaba en el cuello, en las manos, en el pecho.

Era la misma forma que tenía su medalla. Era el símbolo del que hablaba Hans en la misiva que había descubierto en la Embajada. Era la Rosa de Olaf. No supo reaccionar. Por un instante se quedó paralizada, hasta que volvió a la realidad. Para asegurarse, se descolgó la medalla de su cuello.

La sostuvo en su mano con precipitación y la colocó junto a la pantalla del ordenador. No había duda. Ocho pétalos, cuatro puntas de flecha. La forma de aquella medalla hacía referencia a Trodheim, junto a Heimdal.

Minerva se detuvo un instante. Todo a su alrededor parecía haberse detenido. Entonces, sacó la carta de su abuela y la leyó con rapidez. Allí reconoció un nombre que siempre había pasado inadvertido: Anni. Formaba parte del mismo texto en el que su abuela le había dicho que tuviera cuidado cuando intentase averiguar sus orígenes. En el mismo texto que encerraba todos sus recuerdos. Su vida, la de su abuelo, la de su madre estaban ocultas tras esa Rosa de Olaf. No entendía qué tenía que ver el empresario y su padre con el Diario y la Rosa. No entendía qué relación había con Noruega, pero su vida estaba conectada a la de Anni, Hans, Hitler. Volvió a parar un momento. Se notaba alterada, excitada, intranquila. Durante algunos segundos, reflexionó sobre el hallazgo. Estuvo a punto de destinar las siguientes horas a descifrar lo que significaba todo aquello, pero al final rechazó la idea. Un mar de recuerdos se le agolpaban en su retina. No creyó que estuviera preparada para lo que pudiera salir de aquella extraña forma, así que, a pesar de la evidente necesidad de aclarar sus propias raíces, decidió volverse a la cama e intentar reflexionar con tranquilidad sobre lo que le sucedía.

No hacía frío en la habitación, pero cubrió todo su cuerpo con la sábana y el edredón. Quería sentirse protegida, igual que cuando su madre le relataba aquellas historias sobre los dioses nórdicos. Intentó dormir. Dio una vuelta a la izquierda. Dos a la derecha. Volvió al punto inicial. Estaba segura de que la noche se le iba a hacer eterna, así que decidió esperar a que los ojos se le cerrasen por agotamiento. Las incógnitas superaban a las certidumbres. En ese momento comprendió que su viaje a Munich iba más allá del encargo de Hans y del asesinato de Dieter. Se trataba de su propia vida. Era consciente de que corría peligro real. Quienes estaban interesados en el

manuscrito iban a seguirlo hasta donde fuese necesario. Esa fue la última sensación que tuvo antes de dormir.

1940

5 de octubre

— No vamos a dilatarlo más. La misión que se le había encomendado debe concluir ya. No esperaremos a que se produzca su muerte porque los objetivos ya se han cumplido con éxito. El Alto Mando tiene más interés ahora en concluir el conflicto en Europa para lanzar toda su fuerza sobre el Pacífico. Su trabajo con nosotros ha terminado, Doctor Morell.

— Y, ¿dónde está mi dinero y mi salvoconducto, además de la residencia permanente en EEUU y mi nueva identidad? -indicó nervioso el Doctor.

— Creo que no está en condiciones de imponer nada en absoluto. Usted nos prometió que la anulación del Führer por envenenamiento sería un hecho en enero, antes del desembarco de Normandía. Y le recuerdo que estamos en octubre y ...

— ¡Y yo le recuerdo que sin mi intervención jamás se hubiese podido desembarcar en Normandía ni Alemania hubiera perdido en Stalingrado. Además, -incrementó el tono de su voz y comenzó a sudar de forma abundante por su cara- he de recordar que puedo revertir el tratamiento en cualquier momento, y a buen seguro que, aunque pierda la guerra, será capaz de infligir numerosísimas bajas aún, por no decir que sus nuevos armamentos serían capaces de algo más. ¡Le exijo, y lo digo muy en serio, le exijo mi dinero, mi salvoconducto y mi nueva identidad en EEUU!

— Cállese, Doctor Morell. Le insisto: no está en disposición de exigir nada. No obstante, antes de que le facilitemos lo prometido, debe completar una última orden. Queremos una entrevista de nuestro Alto Mando con Hitler para el próximo día 9, a las 13.00 horas, en la propia Berghof. No hay opción. Si

no logra su objetivo, será incluido en el listado de jerarcas a los que se juzgará y sentenciará a muerte en los procesos que van a tener lugar pronto en Nuremberg.

Un sonoro portazo sonó en la cabaña. Al instante, el motor del Volkswagen se puso en marcha y una gran polvareda escondió el refugio tras el automóvil. El sudor inundaba la cara y la camisa del Doctor, a pesar del frío que comenzaba a dejarse notar en aquellos parajes de la Alta Baviera. Había llegado hasta allí nervioso. Esperaba la confirmación de su traslado a EEUU y volvía hacia la residencia de Hitler obligado a desvelar que había hablado con los Aliados y que éstos querían tener un encuentro secreto con el líder alemán. No sabía cómo iba a hacer frente a la ira de Adolf, ni si su vida iba a interrumpirse en ese instante.

1995

3 de abril

Adele yacía en la cama sin apenas fuerza para abrir los ojos. El gotero seguía funcionando a pesar de que ya no había nada que hacer. Fueron meses de lucha infructuosa contra aquella neumonía debilitadora. Los labios estaban secos, blanquecinos, llenos de heridas. Los brazos, agujereados por todas partes como consecuencia de las inyecciones de suero y medicamentos. La piel anciana y envejecida, llena de manchas, había perdido el tono cutáneo, lo que producía una sensación visual cercana a la muerte. La larga temporada que estuvo postrada en la cama había hecho que su cuerpo se llagara por todas partes, sobre todo en piernas y espalda. Por esas heridas supuraba sin cesar un líquido nacarado y algo transparente que impregnaba vendas y sábanas. Cualquier microbio que existía, por insignificante que fuera, lograba producir estragos en su delicada salud. Y ahora, después de semanas de angustia, su cuerpo estaba exhausto. No aguantaba más.

No importaba que aquella mujer rallase los noventa años. Ni que hubiera superado dos situaciones similares hacía ya un lustro. No importaba nada. La realidad es que se moría, que ya le costaba hasta incluso respirar. Los médicos aseguraban que la situación no era reversible, pero nadie parecía querer asumirlo. Aquella mujer no había llegado a superar nunca la muerte de su marido, hacía casi quince años, y su salud se tambaleó desde entonces pese a la ayuda de su hijo. Ella siempre había tenido la sensación de haber sido abandonada por su esposo. Por eso, la presencia de Greg a su lado, junto a la cama, le aportaba esa tranquilidad de espíritu con la que deseaba dejar de existir. Ahora que veía cerca el final de su vida, estaba serena. Se arrepentía de muchas cosas, de tantas que no se acordaba bien por cual empezar. Pero un pensamiento le martilleaba la cabeza: no haber

podido marcharse con su marido cuando éste falleció. Habría querido seguirle, unirse a él, partir juntos. Pero John le dejó sola, sola tanto tiempo. Y sin embargo, lo había sentido junto a ella cada uno de los días de su viudedad. Ahora, por fin, iban a volver a estar juntos. Greg lo sabía.

Durante los dos últimos meses, su hijo había estado visitándola con asiduidad, cuidándola, desvelándose por ella a pesar de la dureza de su trabajo. Él entendía que se acercaba el final y estaba dispuesto a hacer lo más cómodo posible el tránsito a su madre. Ella, al igual que el padre, lo había sido todo en su vida. Quería devolverles cuanto afecto pudiera antes de que dejase este mundo, antes de que él se quedase sólo. Y había llegado ya el momento.

Mientras cogía la mano de su madre, Greg se llenó de recuerdos y de momentos intensos. Como cuando obtuvo el apoyo incondicional de ella tras la muerte de su primo Bill. Su pérdida le desestabilizó con gran intensidad. Bill y Greg eran primos, aunque más que eso, eran amigos. Desde niños, sus padres habían pasado las vacaciones de verano en una casita junto al lago Itasca, en Minnesota. Habían crecido juntos hasta que llegó el momento de ingresar en la Universidad. Greg, a pesar de tener opciones en diversos centros académicos de prestigio, decidió matricularse en el mismo que Bill, lo que convirtió la amistad familiar en un sentimiento eterno para los dos. Antes de acabar sus estudios, ambos se distanciaron, en parte por la orientación sexual de Bill, que decidió dársela a conocer a Greg cuando éste comenzó a salir con la que después sería su esposa. Más tarde, cada uno inició su propio camino, separados por los kilómetros de distancia pero, sobre todo, por sus propias vidas. Aquella extraña enfermedad que Greg estaba estudiando en Fort Detrick, aquel recuerdo de las mujeres moribundas por las calles de Angola, parecía haber puesto también punto y final a la vida de Bill sin que pudiera evitarlo. Aquello no lo olvidaría nunca. Estaba persiguiendo una meta que cada vez se antojaba más lejana y que, sin

embargo, le había alcanzado de lleno. Ese virus irreductible había llenado de imágenes dramáticas su cabeza y parecía perseguirle desde su juventud.

Greg levantó la vista. Oía la respiración forzada de su madre mezclada con algunos gemidos de dolor. La miró. El ritmo cardíaco se había intensificado. En su mente se posó la imagen de la mujer alegre que le esperaba cada mañana al volver del colegio en Wisconsin. Fueron tiempos felices, junto a su padre, sirviendo a aquellos ancianos con extraño acento alemán. Su madre representaba su propia vida, un amor maternal que siempre había estado junto a él. Había envejecido en la parte física pero mantenía la misma intensidad que cuando era pequeño. La recordaba acompañándole al colegio, de la mano, insuflándole fuerza con cada una de las palabras con las que hacía más corto el recorrido; recordaba a su madre abrazándole en sus excursiones por la montaña cuando el frío otoñal se iba apoderando de su pequeño cuerpo; recordaba a su madre viendo con él la televisión sentados los dos en el sofá del comedor, explicándole cada una de las historias que no acertaba a comprender. Ella había sido su vida. Y con ella desaparecía también parte de él mismo. Sus ojos se tornaron brillantes. Por primera vez, notaba que algo se le estaba muriendo en su interior, algo que había formado parte de él.

Mientras esos sentimientos le llenaban la cabeza, recorriendo todos los extremos de su cuerpo, la mano derecha comenzó a apretar con fuerza, en el interior del bolsillo del pantalón, las dos medallitas que siempre llevaba consigo y que había heredado de su padre. Con el dedo índice notaba cada una de sus puntas, cada uno de sus pétalos. Los rodó una y otra vez. Había logrado conectar aquellos trozos de metal con los sucesos de Heimdal. Le había costado, pero creía que estaba en la pista buena. No entendía por qué, en aquel instante, junto al cuerpo llagado de su madre, le asaltaron las mil preguntas que todavía estaban sin responder en torno a las dos Rosas de Olaf. ¿Y si no ocultaban lo que había en Heimdal, sino la razón por la que

se había llevado a cabo todo ese proyecto? Si eso era así, tenía en su mano la respuesta a lo que allí se había generado. Pero una respuesta parcial, seccionada de forma consciente para esconder algo. La clave no era descubrir qué relación había entre las medallas y Alemania, sino en encontrar las otras seis Rosas de Olaf que su padre le había dicho que existían y quién y por qué habían sido creadas y entregadas tan separadas unas de otras. Ese debía ser su reto a partir de ahora.

No estaba preparado para llorar, pero notó un intenso dolor en la garganta y el latido fuerte y rápido de su corazón cuando la mano de Adele dejó de apretar la suya con intensidad. El momento había llegado y tan sólo pudo acercarse al oído de ella para susurrarle que la quería. Después, su corazón dejó de latir.

Greg no abrió la boca, ni perdió la compostura, pero una lágrima surcó su mejilla humedeciendo cada milímetro de piel. Siempre llevaría a su madre con él.

En la actualidad

20 de mayo

Stanley decidió esa mañana aceptar las instrucciones de Hans y se presentó en el Museo del Prado a la hora prevista y en la Sala acordada. Necesitaba aclarar algunas ideas y poner a prueba el control de la situación de la que hacía gala el empresario hispano-alemán. Después de estar en Valencia, el americano había recibido una llamada del jefe de la Sociedad Thule indicándole que se presentara en la pinacoteca madrileña para proteger el Diario y a la portadora del mismo. El contacto telefónico fue escueto y apenas dio tiempo a Stanley a contestar. No le había gustado perder el control de la situación, pero no podía dejar pasar la oportunidad de acercarse al manuscrito, objetivo principal de la CIA.

Hacia cuatro horas que había intentado hablar con el Jefe Greg, sin obtener respuesta alguna. Quería encajar bien las piezas que aún estaban sueltas en todo aquel asunto. Su objetivo inicial al abandonar EEUU era interceptar el supuesto Diario de la Señora Winter, del que, según le comunicaron en Langley, no disponían de alguna de sus páginas. Tenía orden de recuperarlo a toda costa y entregarlo en Virginia. Y así pensaba hacerlo. Pero alguna duda resquebrajaba su compacta misión. Si el Jefe Greg ya había hablado con Máximo Hans del Diario y estaban al corriente de toda la actividad que llevaba a cabo la Sociedad Thule en Europa y en el Mundo entero, ¿para qué quería Greg, su amigo Greg, dicho texto? Stanley había podido observar que el lenguaje gestual de Hans durante su entrevista delataba sinceridad. No mentía. Y si eso era así, significaba que la propia Sociedad Thule estaba desconcertada ante la nueva actitud de la CIA de hacerse con el Diario. Tampoco descartaba la posibilidad de que alguno de los mensajes que el empresario le había lanzado fuese mentira o no se correspondiese con exactitud a la realidad. Si el poder de ésta agrupación

era tan importante, no parecía lógica la forma de proceder de la Agencia, sujeta siempre a la política internacional que determinaba la Casa Blanca o el Pentágono. Tampoco parecía lógico que la Agencia trabajara de forma unilateral, puesto que esa situación no formaba parte del protocolo de actuación interna, salvo en cuestiones de seguridad nacional o de peligro inminente para el presidente de los EEUU. Pero en caso de que la CIA, o alguien de dentro, procediera por su cuenta, él se convertía de forma automática en una simple marioneta, en una pieza prescindible dentro de toda la operación. Estaba siendo utilizado y, por tanto, su vida no tenía valor. Eso podía explicar que, sin motivo aparente, hubiera pasado de ser un simple agente del segundo escalón a tener un encargo en primera línea de acción, dentro del ámbito de Seguridad Nacional e Internacional.

Stanley se detuvo en este punto durante unos segundos. Todo daba un giro demasiado inesperado y rápido, así que decidió descansar ante una pintura que él consideraba magistral. Las Meninas. Esa era su tela preferida desde hacía años. Había leído mil interpretaciones sobre la obra y sobre la imposibilidad de su composición. Pero él siempre acababa quedándose con la imagen complacida y nítida del autorretrato. En él, el pintor se mostraba a sí mismo satisfecho de lo que había logrado, no en esa composición, sino a lo largo de toda su vida. Mientras lo miraba, sin saber por qué, sus ojos cambiaron de dirección y se centraron en el espejo situado al fondo donde se reflejaba la imagen del Rey y la Reina, de Felipe IV y Mariana de Austria. Se reflejaban, sí. En realidad, el espectador no podía verlos de forma directa. Apenas quedaban esbozadas sus caras, sus peinados, sus ropajes, su unión contenida para ese retrato. El conjunto era sólo un reflejo, una copia más o menos parecida pero insensible para el tacto. Era un reflejo que mostraba a los Reyes. O mejor, era un reflejo del Rey y de la Reina, como dos sujetos separados, con voluntades diferentes pero unidas por un mismo objetivo. En ese momento pareció comprender la situación en la que estaba

involucrado. En el espejo vio también reflejada a La Agencia y a La Sociedad. Eran dos entes distintos pero con enormes lazos en común. Eran como el esposo y la esposa. Él sólo podía ver a ambas a través del espejo, sin saber qué era lo que cada una ocultaba. Ninguna de las dos era real. En ninguna de las dos podía confiar pero las dos le apoyaban o le engañaban.

El americano se convenció de que estaba sólo y de que debía actuar con extrema cautela. Todos los indicios que pudieran ayudarle tenían que estar siempre presentes, pero sólo podía confiar en él mismo. Volvió a mirar la cara del autorretrato de Velázquez y lo vio claro. Ahora ya sabía cómo proceder. Lo primero era encontrar el Diario, o a la persona que lo tenía en ese momento. Era su garantía de vida. Después, ya decidiría el destino del mismo.

Al volver en sí, Stanley vio a su derecha a una joven morena que golpeaba a dos hombres. Por momentos había olvidado al Señor Hans y sus instrucciones, pero la situación le devolvió a la realidad. Analizó los hechos y, antes de tomar una decisión sobre si intervenir o no, observó la habilidad de la joven. Estaba a punto de descartar cualquier tipo de injerencia y llamar a alguno de los celadores que había en el museo cuando, al caer uno de los individuos al suelo, le pareció reconocer la cara de la misma persona que le había disparado en el hotel. No hizo falta más. Stanley saltó sobre él justo en el momento en que éste iba a descargar sus puños en la joven. Lo bloqueó con una sola mano estrangulando la tráquea justo debajo de la mandíbula. Lo empujó hasta la pared, sacudiéndole la cabeza mientras lo elevaba unos centímetros del suelo. Cuando tenía controlada la situación, volvió sus ojos hacia la mujer para ver cómo se encontraba y la forma en la que debía ayudarle. Y de nuevo se sorprendió al verla zarandear una y otra vez al otro individuo, toda vez que intentaba derribarle. Las manos de ella volaban como si se tratara de una máquina de desbrozar, sin sufrir apenas rasguño. Ese instante de despiste del americano fue aprovechado por su víctima para tratar de huir. Se deslizó por la pared y se lanzó sobre la chica, o sobre su

bolso. No le dio tiempo a más. Stanley saltó por el aire tras él. Los dos cayeron al suelo a la vez. Dobló el brazo del agresor tras la espalda mientras con la otra mano apretaba su cabeza contra el mármol del Museo. Volvió a mirarla y se percató que el segundo individuo corría con un manojito de papeles en las manos.

— ¿Está Usted bien, señorita?

— Gracias. Estaba a punto de terminar con los dos. Quizás sea yo la que debería ayudarle. -La ironía era el fuerte de ella.

Una leve sonrisa se esbozó en la cara de Stanley mientras mantenía su mirada cruzada con la de Minerva. Giró su cabeza hacia el frente, se aproximó a la oreja del agresor y le susurró en alemán que conocía todos sus datos personales: quién era, donde vivía y quien le había ordenado que le matara. A continuación, presionó más fuerte la cabeza del delincuente contra el suelo y de nuevo se acercó para amenazarle que la próxima vez no vería la luz del día siguiente. Lo tenía así, inmovilizado sobre la superficie de mármol, cuando se presentaron dos guardias de seguridad del Museo acompañados de cuatro policías locales. Se tuvo que levantar y dar explicaciones mientras los agentes se llevaban al alemán en coche hacia la Comisaría. Al terminar, se volvió sobre si mismo buscando a la chica a la que había ayudado. Ya no estaba, había desaparecido. Le gustó su carácter. Le impresionó su autosuficiencia, su forma de luchar y su gran atractivo. En ese momento, con el pulso aún acelerado, pensó que era una lástima que aquello no hubiera dado para un café.

El americano le dio vueltas a la situación durante la comida. Las mismas personas que le siguieron a él trataban ahora de robar y agredir a otra persona. Todo parecía coincidir con las instrucciones recibidas por Hans. Ello podría significar que la joven era la misma mujer a la que el empresario

valenciano había pedido proteger. Pensó que la mejor forma de hallar todas las respuestas era encontrar a la joven cuanto antes. Así que dio por concluida la comida, levantó el brazo para llamar a la camarera, pidió la cuenta y se dispuso a sacar el dinero de la cartera. Entregó la bandejita plateada con el ticket y los billetes y observó a la chica vestida con uniforme negro mientras se dirigía hacia la caja. En ese momento, dos hombres con traje y corbata se sentaron uno a cada lado y le pidieron a Stanley que no se moviera.

— Por favor, ¿sería tan amable de acompañarnos fuera? El señor Hans desea hablar con Usted en privado. Tiene alguna cosa importante que comunicarle.

— Bien. Llevo un explosivo de mano en mi bolsillo. Avisen antes a su jefe. Después vuelvan y, si aún quiere entrevistarse conmigo, introduciré mi mano en él y les acompañaré fuera. Si intenta alguna cosa el Señor Hans, lo detonaré. -Stanley no llevaba nada en su pantalón, pero quiso advertir de una manera clara a su interlocutor que permanecería en guardia en todo momento.

El agente de la CIA no tenía nada que perder. Cualquier cosa que le pudiera decir aquel empresario quizás le acercara al Diario o le despejara algunas dudas de todo el asunto que llevaba entre manos. Esperó cinco minutos y, cuando vio entrar por la puerta a los dos hombres de traje negro, se levantó y caminó hacia ellos con la mano introducida en su bolsillo. Mientras andaba, sus ojos estudiaban cada una de las arrugas de los dos trajes, la puerta, las ventanas, los pasillos por los que circular. Parecía un androide que escaneaba todo a su alrededor y establecía posibles combinaciones ante una eventual situación comprometida. Cuando estuvo ante ellos, éstos tomaron la iniciativa y le pidieron por favor que le acompañara al coche situado frente al restaurante, indicando que no tenía nada que temer.

— Buenas tardes de nuevo, señor Stanley.

— Buenas tardes, señor Hans. Parece que ha tardado poco en venir desde Valencia hasta Madrid a pesar de sus compromisos y negocios.

— Bueno -sonrió el empresario-, el que tenga ciertas obligaciones no significa que esté impedido. No subestime nunca a la gente mayor que Usted, ¿qué sería del mundo Occidental sin los jubilados que cuidan a los nietos para que trabajen los hijos?

— Lo más posible, que los niños tendrían más niñeras a las que molestar -contestó con ironía y sin un solo gesto de simpatía el americano.

— Jajajajaja, cierto. -Se hizo una breve pausa que fue aprovechada por el señor Hans. Cogió una botella que tenía en un departamento de la puerta trasera izquierda del coche y bebió un poco de agua-. Veo que no ha aprovechado mucho el tiempo desde la última vez que nos vimos -contestó con el mismo punto de sarcasmo-. Creo que en aquella ocasión se llevó una impresión equivocada de mí y me gustaría reconducir nuestra relación. Por cierto, puede relajarse y sacar la mano de su bolsillo. Creo que debemos ayudarnos más que temernos. -La cara del americano seguía tan inexpresiva como era habitual en estas situaciones, aunque las palabras del empresario le habían sorprendido. Stanley decidió hacer caso a Hans, como gesto de acercamiento.

— Adelante, soy todo oídos. Me sorprende que haya pasado de intentar matarme a hacerse mi amigo. Será curiosa esta conversación.

— Se equivoca, señor Stanley. Ya se lo dije con claridad. Yo no he intentado matarle, ni nadie de la Sociedad Thule. Ni a Usted ni al desdichado profesor de Universidad. En este tiempo han ocurrido algunas cosas que han variado el escenario de juego. -La intriga se apoderaba del americano, aunque

ningún rasgo de su cuerpo lo reflejaba-. Hace dos años, la CIA nos exigió que le entregáramos el original del Diario, en lo que consideramos un vuelco importante de la relación que la Sociedad tiene con los EEUU. Habían descubierto, después de 40 años, el lugar exacto en el que lo custodiábamos. En un principio, pensamos que lo querían hacer desaparecer y nos mantuvimos cautos ante cualquier conversación que teníamos con ellos. Nos llamó la atención que, desde ese momento, los contactos que tuvimos con la CIA fueran siempre a través de su superior, el Inspector Greg. Esta circunstancia nos hizo sospechar, puesto que la comunicación con los americanos siempre se había realizado de forma directa a través de miembros de la Casa Blanca. Apartir de entonces, una serie de incidentes e informaciones secuenciadas a lo largo de seis meses nos llevó a variar nuestra estrategia y articular un plan de defensa global. Lo más importante era retener en nuestro poder el Diario y comenzar a preparar, bien su ocultamiento, bien su destrucción definitiva. Creíamos, y creemos, que si nadie más conoce su contenido evitaremos una escalada armamentística entre diferentes estados. De igual forma, decidimos activar el nivel dos de nuestros servicios de información para prevenir cualquier movimiento agresivo contra la Sociedad. Gracias a esta estrategia interna, descubrimos los planes que había puesto en marcha la CIA para obtener el texto de la Señora Winter. Amenazaron a nuestra Sociedad, a nuestras empresas y, al final, a las personas que las integramos. Cuando teníamos todo preparado para pasar a la acción, tanto diplomática como operativa, nuestros agentes interceptaron varias comunicaciones encriptadas a través de la Red, así como diversos correos electrónicos, en las que agentes del Gobierno chino buscaban a personas dedicadas a la venta de tecnología secreta que sólo EEUU posee y que forma parte del Programa de Desarrollo Aeronáutico y Espacial Protegido del Pentágono. Entendimos entonces que la situación adquiriría una nueva dimensión y que complicaba, todavía más, el escenario en torno al Diario. Como bien entenderá, sabemos qué intentan

encontrar los chinos. En algún momento hallarán la solución a las preguntas cuya respuesta buscan en el mercado negro tecnológico. Y esa solución está en el texto de Anni. Hace cinco semanas, para acabar de complicar la situación, un mensaje privado de la Administración china confirmaba que habían descubierto la existencia del Diario y que trataban de hacerse con él. Ahora mismo, todas nuestras empresas en el mundo, todos nuestros agentes y servicios, todas las personas que integran la Sociedad Thule, están en alerta máxima.

Tras un momento de máxima tensión, el empresario se tomó un respiro. Volvió a beber agua, con lentitud, recuperando el aire que parecía haber perdido durante la conversación. A la vez, Stanley permanecía sentado, observándolo todo, incrédulo ante lo que escuchaba, pero deseoso de que el señor Hans siguiera adelante.

— Como le decía, estamos todos en alerta máxima.

Hemos intentado sin éxito hablar con el presidente de los EEUU. Supongo que en los próximos días tendremos una reunión, pero hasta el momento, cualquier intento ha sido cortocircuitado por la CIA. -El empresario volvió a interrumpir la conversación. Descansó y se dispuso a seguir-. Bien. Y llegados a este punto, ¿por qué estoy reunido con Usted? -Todo parecía haber alcanzado una tensión máxima. El americano no veía más escenario a su alrededor que la cara y las facciones en movimiento de su interlocutor. No le importaba estar dentro de un coche, en medio de la ciudad, o en el monte más alto de Las Rocosas-. Verá. Nosotros no hemos mandado a nadie para que le elimine. Dos de nuestros antiguos agentes han sido contratados por el SMS, el Ministerio de Seguridad del Estado chino. Su objetivo parece ser que es encontrar, al precio que sea, el Diario de la Señora Winter. En él se hallan las claves para el mayor descubrimiento científico de las últimas décadas. Creemos que estas personas tienen hilo directo con algunos agentes de la CIA, también contactados por los chinos. Desconocemos por

qué los dos alemanes que con anterioridad pertenecían a la Sociedad Thule mataron al profesor, aunque intuimos que éste tuvo, en algún momento, el Diario en sus manos, debido a la amistad que le unía a la portadora del mismo. Todo ello nos hace pensar que la peligrosidad del asunto ha aumentado de manera notable. Pusimos a buen recaudo el Diario, pero parece que ahora, los chinos, han descubierto dónde se encuentra. Y queremos que Usted nos ayude a protegerlo y facilite, tanto al Gobierno de los EEUU como a la Sociedad Thule, su definitiva desaparición. Debemos colaborar, señor Stanley. Está en juego la seguridad de su país y la del Mundo Occidental. La llamada que recibió al día siguiente de nuestra entrevista iba en ese sentido. Usted debe proteger a la mujer que ha defendido esta mañana. Ella es la portadora del Diario. No puede ocurrirle nada. Le entregaremos un documento con sus señas de identidad y localización, así como un breve curriculum. Esa es su misión más importante. ¿Lo entiende? Por si tiene cualquier duda, recuerde que yo siempre iré un paso por delante de Usted.

2012

19 de octubre

El general Boxiong se encontraba en su despacho. Paredes rojas y poca decoración ofrecían al visitante una sensación de intranquilidad permanente. Ante él se situaban el coronel Xainang y el jefe del SMS. Los tres estaban al tanto de las investigaciones y pruebas llevadas a cabo para la puesta en funcionamiento de aeronaves basadas en la Campana de Braum. La tecnología la tenían casi desarrollada por completo, pero los científicos chinos no eran capaces de convertir el principio científico de los alemanes en un vuelo controlado con capacidad de autogestión. Mientras el equipo técnico desarrollaba sus propios protocolos para dar respuesta a los problemas suscitados, el general Boxiong había decidido coger un atajo para obtener la tecnología que intuía ya en poder de los americanos. La estrategia militar le apremiaba. Pero no sólo era eso. Su puesto dentro del Régimen, su vida, la de su esposa, la de su familia, todo lo que le rodeaba se encontraba ahora en peligro ante el recrudecimiento de los ataques de sus oponentes dentro del Partido. Y esa tecnología era su salvación.

Llevaban más de dos meses investigando e intentando obtener filtraciones de la CIA, sin que hasta el momento hubieran llegado resultados concluyentes. El coronel Xainang advirtió a su superior que las conclusiones del SMS apuntaban a la existencia de una segunda aeronave original, que permanecía escondida en algún punto de Noruega y cuyas claves de acceso podrían estar contenidas en un Diario que está en posesión de la Sociedad Thule. Las opciones, para el general, se reducían a una sola: obtener el Diario y tratar de llegar hasta la aeronave para trasladarla a China.

El Jefe del SMS insinuó la dificultad que entrañaban sus planes y la posibilidad de que tanto la Sociedad Thule como la CIA apareciesen en el

marco de la operación, lo que podría provocar un choque diplomático en el caso de que hubiese bajas civiles. No había sido un comentario de igual a igual, sino una insinuación. Nadie de su entorno se atrevía a llevar la contraria a Boxiong, y menos en asuntos que solapaban los intereses personales con los profesionales. Apesar de las palabras del atrevido subordinado, el General decidió poner en marcha la operación con la participación de agentes occidentales. La presencia de europeos en toda la trama permitiría que ninguna de las partes implicadas se alertase demasiado pronto de las intenciones chinas. Antes de concluir la reunión, Boxióng tomó la palabra.

— Las consignas primarias ya han sido trazadas, a la

espera de que los detalles de la operación los desarrollen Ustedes y los agentes del SMS. El Diario debe obtenerse de forma rápida. En el mismo instante en el que sea localizado, será analizado para encontrar la ubicación exacta de la aeronave en Noruega y la forma en la que debe extraerse rumbo a China. Los agentes enviados a Europa deben seguir en todo momento el rastro del manuscrito. Cualquier vida no tiene valor alguno.

CUARTA PARTE OVOIDES En la actualidad

22 de mayo

Munich se llenaba de las famosas Biergarten a partir de finales de mayo. Una eclosión atípica de terrazas donde los alemanes dejaban volar sus deseos de sol y de buen tiempo entre alcohol de cebada. Minerva no se lo pensó dos veces y se sentó en aquel "Jardín de Cervezas". Lo que más le atraía de estos establecimientos era la disposición de mesas de madera con bancos alargados a ambos lados. Sobre ellas, la gente disfrutaba de una jarra fresca de barril recién tirada, igual que se hacía desde hacía doscientos años. Y cuando los clientes masculinos ingerían más de dos, las miradas y los flirteos bullían por todas partes.

La cerveza no era la bebida de cabecera de Minerva. Ella prefería una fresquísima naranjada con gas, dos hielos, sin exceso de burbujas. Había llegado a Munich desde Madrid, en avión, por la noche, casi sin tiempo para arreglarse la ropa en la habitación del hotel. Revisó sus notas y comprobó que el Diario de la Señora Winter estaba a buen recaudo. Aquella terraza era un respiro antes de todo el trabajo que tenía por delante. Con el cigarro en la mano, empezó a notar cómo las miradas de los pocos alemanes que allí había se le clavaban encima, la estudiaban, la analizaban, se diría que la deseaban. Aunque no se sorprendió, tampoco acababa de acostumbrarse.

Al llevarse el vaso de la burbujeante bebida a la boca, la imagen de su abuela la golpeó de repente. La última vez que había pensado en ella se encontraba en Madrid, en su apartamento, frente a la pantalla del ordenador, con una gran Rosa de Olaf ante sus ojos. Había intentado olvidar el tema y centrarse en el Diario, pero todo aquello volvía a estar allí, recurrente, incisivo. Las palabras escritas por su abuela Diana eran en esos momentos desconcertantes. Durante los años que tuvo en sus manos aquella carta,

nunca le había prestado una especial atención, más allá del aspecto sentimental. Ahora, inmersa en el enigma del Diario, cada frase tenía un sentido diferente, sorprendente, oculto. Aquel texto parecía haber adivinado qué tipo de persona iba a ser ella misma, sus gustos, su ideología, su trabajo, su altura, su color de pelo. Era como si su abuela supiese lo que le iba a pasar, como si su vida estuviera ya programada. Esa extraña rosa encerraba todo un enigma que no acababa de comprender. Ella no podía tener interés para nadie, no era especial, ni tenía cualidades únicas, ni una inteligencia superior. Durante años creyó que la coincidencia había hecho que su abuela, su madre y ella misma compartieran rasgos comunes en sus trayectorias vitales. Pero eso no era nada relevante. Si todo en ella era normal, ¿por qué su abuela le ocultó parte de sus orígenes? La situación comenzaba también a angustiarla.

Para dejar de pensar en ella, volvió sobre la extraña situación vivida en el Museo del Prado. Dos hombres la habían atacado. Tenía bastante claro que buscaban el Diario. Apesar de que se pudo zafar de ellos, uno logró huir con algunas hojas sueltas de la traducción entre sus manos. Tan solo era una copia del original y se refería a la parte inicial del texto. No era suficiente para interpretar todo el manuscrito de Anni. Por ese lado, estaba tranquila, si es que debía estarlo sabiendo que en cualquier momento podían atacarla de nuevo. Por otro, no acababa de entender la ayuda que le prestó aquel hombre frente a sus agresores. Era evidente que sabía lo que hacía, golpeaba con trazas de haber sido entrenado para ello. Además, parecía tener claro lo que estaba defendiendo, puesto que intentó no dejar que los agresores se acercasen a ella ni a su bolso. En un instante de la pelea, entre golpe y golpe, oyó cómo éste le hablaba a uno de los agresores recriminándole alguna cosa. ¿Se conocían o era sólo una táctica defensiva? Todo era extraño. No paraba de darle vueltas pero no encontró las respuestas que ella quería. Por un momento, sonrió. Resultaba que a ella la

seguían unos individuos a los que, en teoría, seguía otro individuo. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Máximo le había pedido que se deshiciera del Diario enterrándolo en Munich. Ella cumplía ese guión, aunque lo ocurrido con posterioridad al encargo había hecho que su visita a la ciudad alemana fuese más significativa a nivel personal que profesional. Encontrar a los asesinos de su amigo y, quizás más importante, sus propios orígenes, habían dejado en un segundo plano al empresario. Además, después de la visita a la Embajada alemana en Madrid, decidió con firmeza no comunicarse con Hans, al menos hasta que tuviera claro quién era quién en el texto de Anni. Nadie le daba confianza y temía que el empresario lograra confundirla en alguna de sus respuestas. Comenzaba a albergar la idea de que Hans tratara de evitar que ella conociera la vinculación de su abuela con el Diario. Además, tampoco creía que pudiera ofrecerle mayor seguridad de la que ella misma era capaz de darse, con lo que creyó innecesario, por el momento, volver sobre ese tema.

Para continuar con la investigación, el mejor punto de partida seguía siendo el Ama de Llaves de Hitler. Averiguar todo cuanto podía de ella le llevaría a despejar algunas incógnitas. Por esta razón, creyó que debía proceder tal y como había previsto en un inicio y comenzar a investigar dónde depositar el manuscrito. Hans le había pedido que envolviera la obra encuadernada en un trapo húmedo. Le entregó una caja, a modo de baúl, como los que se estilaban en Munich para guardar ofrendas a los antepasados, y le pidió que lo metiera dentro. La caja debía quedar sellada con un candado que le había facilitado también el empresario. Por último, tenía que introducirlo en el nicho o enterrarlo junto al ataúd de su autora. Con aquello, creía que el Diario se deterioraría hasta desaparecer junto a los restos de su autora, reposando para siempre en la memoria de los protagonistas de la historia. La Sociedad veía cumplido con ello el fin último de su creador, lograr el

descanso eterno de quien tantos secretos les había traspasado. Pero antes era necesario encontrar el lugar exacto en el que estaba enterrada su autora.

Empezó la búsqueda de información por el archivo diocesano, donde esperaba encontrar alguna pincelada de la vida de Anni, siquiera su fecha de fallecimiento. Si todo iba bien, el entierro del Diario lo realizaría al día siguiente, por la mañana, sobre las ocho y media, de forma que evitara la primera afluencia de turistas al lugar. Pero estaba segura que con aquello no acabaría todo. Ella necesitaba respuestas y estaba decidida a encontrarlas.

En cuanto a su seguridad, su amiga María le había confirmado que se trataba de un caso con ramificaciones internacionales, según constaba en los informes de la Comisaría de Información. Esa circunstancia la tenía presente Minerva en todo momento, confiriéndole a su estancia en Munich casi el mismo peligro que a Madrid. Antes del despegue de Barajas, sopesó la posibilidad de llevar un arma consigo, pero conocía la forma de pensar de los muniqueses y, sobre todo, su apego a la legalidad. Infringir las normas, de cualquier tipo, bien fueran municipales bien estatales, acarrearía graves sanciones. Llevar encima un arma era ilegal. No podía correr el riesgo de ser detenida. Ella sabía disparar y había tenido que hacer uso de esa destreza en alguna ocasión. Pero no parecía el mejor momento ni lugar para ponerlo otra vez a prueba. Convino que lo que conocía de la ciudad más su habilidad en defensa personal sería suficiente para evitar el peligro.

Con tranquilidad, se levantó del banco de madera y se dirigió a la barra. En un modesto alemán, pidió la cuenta y se dispuso a salir de la terraza para dirigirse al archivo. Al cruzar la puerta pareció distinguir a un hombre, junto al coche, que la observaba. Fue un vistazo fugaz, de apenas un segundo. Él estaba andando y al percatarse de la mirada, se introdujo en una librería. Aquella cara le sonaba y, aunque no le causaba temor, le inquietaba. Ya no

podía estar ni un segundo desconcentrada.

Ella había descubierto que Anni Winter era católica, un hecho excepcional en Munich y que no pareció preocupar en su momento a Hitler. Dedujo, entonces, que si quería encontrar algo acerca de su vida debía ir a la archidiócesis de la Catedral, cuyo centro documental era de los pocos que se habían podido salvar tras la Segunda Guerra Mundial. Aquel templo tenía un pequeño centro de documentación diocesano donde se recogía, entre otras cosas, los expedientes bautismales, sacramentales y de defunción del colectivo católico.

1944

9 de octubre

Las puertas y ventanas del comedor de la Berghof se hallaban cerradas a cal y canto. Ni siquiera el sol era capaz de penetrar a través de ellas. El ambiente era tenso, lúgubre, de rendición. Se había prohibido al personal de servicio acceder al recinto desde hacía más de dos horas. Una decena de soldados con el uniforme militar de Estados Unidos custodiaban las diversas entradas de la residencia de Hitler, codo con codo con otros tantos del ejército alemán. En la puerta principal, dentro del recinto, tan sólo había dos coches. Dos mercedes 770 K idénticos al del Canciller alemán. Ni un solo civil estaba presente en, al menos, un kilómetro a la redonda.

La mano izquierda de Hitler estaba escondida en el bolsillo de su pantalón, a pesar de seguir sentado. Vestía su uniforme color camel, aquella famosa guerrera con la que desfiló en Polonia y de la que había asegurado que sólo se desprendería tras la victoria final o tras su propia muerte. La acompañaba con camisa blanca y corbata de igual color que la guerrera. De ella colgaba la gran Cruz de Hierro, que con tanto orgullo exhibía. En su brazo izquierdo, encima del codo, el brazalete rojo con la esvástica, insignia del Tercer Reich. Se sentía cómodo con aquella ropa que le recordaba su gloria infinita.

Tres horas antes, tras ingerir las pastillas del Doctor Morell, había logrado reducir sus temblores y recuperar un brillo tenue en sus ojos. Todo era imagen. Pura imagen con la que ofrecer cierta dignidad ante unos invitados que en ningún momento eran bienvenidos. Imagen visual, puesto que el Canciller alemán tenía consciencia de su pérdida de oratoria y se había autoimpuesto hablar lo menos posible.

Aun lado de la mesa se encontraban Bormann, Himmler y el Doctor Morell. Éste último era el más nervioso de los tres. Sudaba en abundancia y cambiaba cada poco tiempo de posición, algo que sus compañeros atribuían a la cada vez más llamativa gordura del médico. Al otro lado estaban sentados Dwight Eisenhower, comandante supremo de las tropas Aliadas en el Frente Occidental; William Stephenson, hombre de confianza del gobierno británico de Winston Churchill; y Kermit Roosevelt, hijo del presidente Theodore Roosevelt, miembro del sistema de espionaje americano en Europa.

La cita había sido programada en el más absoluto de los secretos. Se codificaron los mensajes relativos al encuentro hasta el nivel 5, usado exclusivamente por el gobierno americano. Rusia no estaba al corriente de los contactos y sólo Inglaterra había sido invitada a tomar parte en las conversaciones. Primero se desactivaron los sistemas de defensa alemanes en Noruega. Después, se eligió el aeropuerto de Narvik como puente entre Washington y la Berghof. Hasta esta pequeña pero simbólica ciudad noruega llegó el avión aliado con Eisenhower al frente. Para evitar cualquier filtración del encuentro, en el mismo aeropuerto estaba preparado un Fw 200 Cónдор Inmelman alemán, con los símbolos de la Luftwaffe, al cual subió toda la expedición aliada. La aeronave fue escoltada por dos cazas Messerschmitt Bf 109, pilotados por soldados estadounidenses, hasta un aeródromo cercano a la Berghof, en donde esperaba un convoy de la fuerza aliada mimetizado con material y uniformes de la Wehrmacht, para su traslado al punto de encuentro con Hitler. Toda esa operación, planificada al milímetro, fue coordinada por Kermit Roosevelt, que llevaba meses en suelo alemán enlazando con los espías americanos.

El primero en tomar la palabra fue Roosevelt, que, aunque con acento, dominaba a la perfección el alemán. Llevaba varios meses moviéndose dentro de territorio nazi y conocía de cerca al Doctor Morell, a quien no miró

en ningún momento. Este hecho en particular tampoco pasó desapercibido a Bormann que, no obstante, continuó centrado en la reunión.

— Buenas tardes, señores. Canciller Hitler, altos mandos del Gobierno alemán, representantes de los gobiernos de EEUU y Gran Bretaña. Les recuerdo que esta cita no ha tenido nunca lugar y que se negará su existencia. Cualquiera cosa que trascienda de estas paredes supondrá de forma inmediata la desactivación de acuerdo alguno que aquí se haya tomado. Dicho lo cual, les transmito el objeto de la presente reunión, que no es otro sino el cese definitivo de las hostilidades y la rendición incondicional de Alemania en la presente guerra. Para certificar nuestra voluntad de un acuerdo negociado, tomará la palabra el Comandante Supremo de las tropas Aliadas, el general de cinco estrellas Dwight Eisenhower.

— Buenas tardes a todos los presentes -indicó con voz premeditadamente seria Eisenhower, mirando a la cara a Adolf Hitler-. Le transmito con brevedad el siguiente mensaje del Gobierno de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña: rendición incondicional de Alemania a cambio del traslado del Canciller alemán a EEUU, acompañado de Eva Braun y de otras 20 personas elegidas por el Alto Mando Aliado. La Operación se realizará en el más absoluto secreto y en ella no tomará parte ni Francia ni la Unión Soviética. El traslado será efectivo el próximo 30 de abril bajo responsabilidad de EEUU en un punto aún por concretar. La Operación Majestic activará a la vez la muerte del mito de Hitler en Berlín y el reparto posterior de Alemania en dos territorios, uno controlado por la URSS y el otro por Francia, Gran Bretaña y EEUU. Tienen veinticuatro horas para tomar una decisión, al final de las cuales los aliados lanzarán un ataque total contra lo que queda de Alemania.

— ¿Qué sentido tiene lo que están proponiendo? ¿Por qué debería el Führer aceptar sus condiciones sin obtener nada a cambio? -saltó

enfurecido Himmler de su asiento-. Nuestro ejército tiene todavía capacidad para infligir enormes pérdidas a los aliados y, si lo deseamos, acabar con su ejército gracias a las armas secretas a punto de ser activadas.

— La rendición a cambio de la vida de Hitler -indicó Stephenson de forma más sosegada-. Creo que es un buen acuerdo.

— Pero no es suficiente -indicó Bormann con tono intrigante-. Por nuestra parte será innegociable el mantenimiento de una estructura organizativa con la que podamos dar cobertura a compatriotas, tanto a los 20 que acompañarán al Führer como a los que queden dentro de Alemania.

— Creo que no me han entendido bien -cortó en seco Eisenhower-. Los nombres de las 20 personas los decidirá el Alto Mando Aliado. Serán trasladados a EEUU, donde se les facilitará una identidad nueva, si fuese necesario, y pasarán a trabajar para el Gobierno de los Estados Unidos.

— ¿Trabajar para el gobierno? -interrumpió un cariacontecido Himmler.

— Así es. Las 20 personas serán elegidas entre los científicos más importantes de que dispone en estos momentos Alemania y que trabajan en proyectos para el ejército y el Gobierno del Führer. Nadie más.

— Eso es inadmisibile -volvió a interrumpir Himmler excitado y ya de pie junto a su silla.

— El Führer sólo aceptará ese planteamiento si tenemos la garantía suficiente de EEUU para poder crear y mantener una organización encubierta, con independencia económica, que, colaborando siempre con el Gobierno de los EEUU, permita recomponer la realidad de Alemania como país.

-Bormann parecía pensar a toda velocidad, sobre la marcha, con una

inteligencia que no pasó inadvertida a nadie-. Les recuerdo a los aliados que la URSS constituye un problema para todos nosotros y que, en breve, se alzarán como potencia frente a EEUU. Si colaboramos juntos, podremos poner freno a sus ansias de expansión y evitaremos que estallen revoluciones en los distintos países de Europa Occidental, como sucedió tras la Guerra de 1914. Nuestra organización estará al servicio de los Aliados y, en este punto, creo que podemos serles muy útiles tanto por nuestra experiencia como por nuestro conocimiento y red de espionaje en la actual Unión Soviética.

— No estamos autorizados para dar el visto bueno a esta proposición. Lo trasladaremos a nuestros superiores y tendrán una respuesta en menos de 24 horas. En cualquier caso, el ochenta por cien de los actuales dirigentes nazis serán juzgados ante un Tribunal Internacional y condenados, salvo que logren huir.

La reunión continuó alrededor de una hora. Se trataron pormenores del acuerdo y se escucharon todo tipo de quejas por parte de Himmler. Éste intuía que se quedaba fuera del pacto en detrimento de un inteligente Bormann. Hitler no dijo ni una sola palabra. Su presencia en la etapa de transición iba a ser sólo testimonial. Sería la figura necesaria que mantuviese unidos a los alemanes que iban a pilotar el cambio de Régimen y, a la vez, quien acabase de convencer a los científicos germanos a que trabajasen para los americanos. Anivel interno, el Führer era consciente de que el gobierno de su país estaba ya en manos de Bormann. Esa realidad hizo que, durante toda la reunión, se limitara a escuchar las propuestas y, después, despedir con amabilidad a sus invitados. No tuvo fuerzas para articular ninguna frase. Ni las drogas que le había suministrado el Doctor Morell habían podido inyectarle cierto nivel de euforia con el que haber negociado él mismo cualquier propuesta. La guerra, su vida, estaba perdida. Su cabeza no paraba de preguntarse si merecía la pena seguir viviendo escondido. En

su interior, ya había decidido no aceptar aquella proposición, pero primero quería consultarlo con las personas más cercanas.

Antes de levantarse de la mesa, Bormann hizo una apreciación al General Eisenhower. La salida de Alemania del Führer y los 20 científicos se realizaría con medios alemanes y la elección de éstos correspondería al Alto Mando alemán. El General americano no pareció sorprendido.

— Si se refiere a utilizar la Operación Thule para tal fin, estamos de acuerdo. Si no se refiere a eso, no es negociable.

Bormann y Himmler se quedaron de piedra, no por la propuesta del General, que coincidía con la de Bormann, sino porque era conocedor de dicha Operación. El plan de Himmler se había llevado en el más absoluto de los secretos. Se habían tomado todas las medidas posibles para garantizarlo. Pero los Estados Unidos parecían conocer los pormenores del Plan. Himmler hizo un amago de responder con insolente ímpetu, pero fue frenado en última instancia por el brazo izquierdo de Bormann. En ese momento, el Jefe de las SS se retiró enfurecido de la sala sin despedir a los representantes del Ejército Aliado. Se dirigió a toda prisa hacia la salida y montó en un vehículo con destino a su residencia. El momento fue aprovechado por Bormann para acompañar a Eisenhower hasta el Mercedes 770K y poder intercambiar las últimas impresiones. El Tercer Reich era ya historia y la desintegración total de Alemania, una cuestión de horas. El Jefe de la Cancillería vio en ello el instante preciso para tratar de salvar todo lo que se pudiera y hacer borrón y cuenta nueva.

Bormann había ansiado desde hacía años ser el relevo, el sucesor de Hitler al frente de Alemania. Poco a poco fue acaparando más y más poder, convirtiéndose en el hombre a todas luces imprescindible del Führer. Su ascenso comenzó con el nombramiento como Presidente de la Cancillería y

controló la dirección administrativa del partido Nazi, lo que suponía, de hecho, la distribución de los fondos y el dinero que llegaba a la formación política por parte de empresas y empresarios. En consecuencia, había amasado una extraordinaria fortuna y controlaba también los fondos económicos, enormes, del partido en Alemania. Su poder fue tan importante que llegó a organizar y distribuir el gasto de la propia Eva Braun. Sin duda, en 1944, el hombre fuerte de Alemania ya no era Hitler sino Bormann. Él lo sabía, los Aliados lo sabían, Himmler lo intuía y Hitler ya no prestaba atención a lo que ocurría. Por esta razón, cuando se acercó al General Eisenhower, éste no vio inconveniente en hablar en privado con él.

— General, sabe que cualquier acuerdo con Hitler debe pasar en la actualidad por mis manos.

— Lo sé -respondió con frialdad.

— Bien. En ese caso, si le interesa la propuesta que le he realizado hace un momento, y Ustedes saben que es lo mejor para los intereses de EEUU en la ya cercana posguerra y en el Nuevo Orden Internacional que se avecina, deberán pactar conmigo primero.

El Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa Occidental se detuvo, giró con lentitud su cuerpo y miró fijo a la cara a Bormann. Sus ojos estaban desafiantes, dispuestos a repeler el intento de negociación propuesto, pero sus órdenes eran claras: cerrar el conflicto en Europa cuanto antes para volcar todos los recursos americanos sobre el pacífico. Y todo ello, siempre de espaldas a la URSS, a quien ya se trataba como enemigo, más que como aliado de guerra.

— Espero que lo que tenga que proponer sea interesante. De lo contrario, no desperdiciaré ni un minuto escuchándole.

— Bien. -Bormann volvió sobre sí mismo para coger del brazo a Eisenhower,

de tal modo que lo separó con moderación del grupo negociador. El general hizo un gesto a sus compañeros y soldados para evitar que saltasen sobre el alemán-. Mi vida tiene precio. Sé que el Doctor Morell ha estado en contacto en más de una ocasión con Ustedes. El anormal deterioro físico de Hitler tiene mucho que ver con ello y, si no he actuado antes, era porque a todos nos interesaba la desactivación del Führer. Los informes de otros doctores, caso de Brant, así lo confirman. Digamos que me deben la traición del Doctor Morell. Por otro lado, controlo todas las finanzas, no sólo del partido, que son ya de por sí amplias, sino de toda Alemania. Pongan Ustedes precio económico a mi vida y yo se lo pagaré. Además, tengo el poder para entregarles la tecnología de que dispone en estos momentos el Reich, así como la vida de los científicos que buscan. Ustedes buscan disponer de una Alemania fuerte, bajo su control, para frenar el avance soviético. Y ahí, yo también soy imprescindible. Controlo a todos los empresarios importantes del país y la reorganización económica y administrativa de la nueva Alemania es indispensable para evitar conatos de revolución. Mi presencia asegura una Nueva Alemania bajo el poder de EEUU, una Nueva Alemania que sea potencia en Europa para frenar a la URSS y para evitar el hundimiento económico de países como Francia. Soy el hombre que necesitan para organizar el Nuevo Estado, para evitar el caos tras la derrota.

— Trasladaré su propuesta al Gobierno de los Estados Unidos de América. Pero en cualquiera de los casos, ni Usted ni ninguna personalidad de la actual Alemania nazi podrá ser un personaje público tras la Guerra. Se articularían los mecanismos necesarios para su “ocultamiento” y su cambio de identidad. Martin Bormann morirá, sea de la forma que sea, con esta guerra.

Al otro lado de Bertsgaden, cerca de la Berghof de Hitler, Himmler había comenzado a llamar a los oficiales de alto rango de las SS. Se sabía sentenciado, pero iba a intentar escapar de Alemania por todos los medios,

conocedor de que los EEUU no se opondrían a estas huidas. Sus preocupaciones iban encaminadas ya hacia su propia existencia, dejando en un segundo plano todos los proyectos de Estado, y los que no eran de Estado. Por su parte, Bormann se sintió ungido como heredero de Hitler y se apresuró a controlar aquellos resortes que aún no estaban en su poder. El siguiente paso, pues, era quitar de las manos de Himmler el Proyecto Thule y adaptarlo a su propia persona para poder ponerlo al servicio de los Aliados si éstos aceptaban la propuesta. Si no la aceptaban, sería él mismo quien lo usara. El Guardián de Asgard y su secreto se convertían así en lo más importante para él y para los americanos. La Guerra estaba decida. El futuro de Alemania y los Estados Unidos, no.

En la actualidad

4 de junio

Se encontraba en medio de la Frauenplatz, frente a la Catedral de Munich. Aquel edificio era cualquier cosa menos ese gótico alemán al que le habían acostumbrado desde la escuela. La idealización oscura de la arquitectura germana era desde siempre una constante en el sistema educativo americano, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su ladrillo rojo y el recato de aquella fachada, sin ostentación alguna, había llamado la atención de Stanley. El edificio, junto al del Ayuntamiento, dominaba el centro de la ciudad de tal forma que sus torres podían ser divisadas sin problemas a cientos de metros a la redonda. Era un punto ideal para establecer el plan de huida en caso de necesitarlo. Era el centro bullicioso desde el cual se podía una persona dirigir a cualquier punto de Munich. Era la coordinada cero para un plan de maniobras de despiste rápidas y seguras.

El americano había seguido hasta allí a Minerva. Antes de que el Señor Hans y Stanley se despidieran en Madrid, el empresario hispano-alemán le había desvelado el nombre de la persona que tenía el Diario de la Señora Winter. Además, acompañó la información con un breve dossier lleno de fotos y datos personales sobre ella. La confidencia cogió desprevenido al agente de la CIA. No esperaba esa información, pero no detectó ningún signo evidente de peligro al leer el rostro del empresario. Así que decidió confiar. Aunque tardó unos minutos en dar una respuesta, al final aceptó el encargo. Al fin y al cabo, no entraba en conflicto con la misión encomendada por sus superiores. Se obligaba a protegerla, a ella y a lo que portaba, a ese texto por el que parecía que todos pugnaban. Pero nada más que eso. Seguir las directrices del Señor Hans le permitía tener controlado en todo momento el manuscrito y, si las cosas se torcían, tomar posesión directa de él.

Tras el encuentro con el empresario, comenzó a ojear el dossier relativo a Minerva. Su lectura detallada le hizo cuestionarse más y más cosas acerca de las órdenes que había recibido de la CIA. Los interrogantes abiertos suponían una carga de profundidad en la línea de investigación del agente. Pero esperaba acontecimientos para determinar su propia postura al respecto. Su objetivo prioritario sería la joven y el Diario.

Antes de entrar en la Catedral, el americano dio media hora de margen para que Minerva encontrara lo que andaba buscando. Después, cruzó el ala lateral hasta la puerta que daba acceso a la Sacristía. Ésta se abría a un espacio amplio destinado al Tesoro Catedralicio. Unas pequeñas escaleras situadas en un extremo conducían al espacio inferior, con sistema de refrigeración artificial y control de humedad, donde se guardaba la documentación oficial de la diócesis. La sala era una sucesión de estantes, repletos de legajos y libros de grandes dimensiones, antiguos, con tipografía gótica y colores granate púrpura. Al final de la sala, girando la vista hacia la derecha, se encontraban tres mesas largas rodeadas de sillas donde se podía consultar la documentación. Stanley no vio allí a nadie. Por un momento, pensó que la joven española habría salido de la Catedral en un extraño despiste. No obstante, comenzó a andar para asegurarse bien de que no se encontraba allí. Primero hacia la izquierda. Después de examinar los espacios entre estantes, siguió hacia la derecha. Cuando iba por la mitad, oyó un ruido, dio un paso más, giró su cabeza hacia la izquierda y allí estaba ella. Morena, alta, de cuerpo esbelto, con un pantalón vaquero ajustado y una camiseta de manga corta. Permanecía de pie, leyendo, sin que pareciera percatarse de la presencia de Stanley. Éste se quedó observándola durante algunos segundos. Ya la había conocido en Madrid, pero ahora, frente a frente, pausados, sentía una extraña sensación de complicidad. Estudió sus rasgos, uno por uno, el color de su pelo, sus labios carnosos, su cara de trazos duros, sus ojos profundos, sus pequeñas orejas

al descubierto por el pelo recogido, su cuerpo atlético, que huía por defecto del exceso. La joven despertó curiosidad y deseo en el americano. No era sólo su apariencia física. La carga intelectual que desprendía le atraía casi con la misma intensidad. Días antes, en el Museo del Prado, le había gustado su forma de defenderse, de luchar. Era una mezcla extraña tan parecida a la suya, tan llena de misterio, que borró por momentos el Diario de su cabeza.

Cuando se decidió a caminar hacia ella, observo que dejaba con lentitud el libro y que, sin mirarle, se dirigía a él de forma directa.

— Imagino que no es a mí a quien busca. -Minerva le

había hablado en español, consciente de lo que hacía. Intentaba confirmar así que era la misma persona que le prestó ayuda en Madrid y que, por tanto, le estaba siguiendo desde entonces.

— Vaya, veo que es perspicaz. En realidad no le busco a Usted. Más bien deseo algo que posee. ¿Qué le parece si le ayudo con todos estos papeles?

— Sí, claro. Eso mismo estaba yo pensando. Si no le importa, voy a seguir indagando entre estos legajos. -Minerva se dio la vuelta e hizo intención de coger otro libro. Entonces se detuvo, giró la cabeza y se volvió a dirigir al americano-. Ah, que cuando habla de papeles se quiere Usted referir a estos legajos del archivo. Perdone que no le hubiera entendido, no estoy acostumbrada a un lenguaje de calle.

— Entiendo. Si quiere yo busco por aquí al lado a ver si encuentro el Diario de la Señora Winter.

-Minerva se quedó paralizada. Su conversación entró en otra dimensión y aquel hombre se había desposeído de casi todas las caretas. Lo mejor hubiera sido intentar deshacerse del americano, pero hasta el momento no le había parecido agresivo sino más bien todo lo contrario-. Bien. Creo que tiene cosas que pensar. Mientras lo hace y se decide, esperaré en la puerta.

Más que nada para no molestar.

Stanley dio media vuelta sin esperar la reacción de Minerva. Permaneció en la puerta bloqueando la salida y, a la vez, dando tiempo a ella a valorar si quería o no su ayuda. Él esperaba que la aceptase. Es más, le agradaba la idea. Quizás demasiado. De repente, su cabeza volvió a centrarse en el trabajo. Era el momento de confundirla y pasar a controlar la situación. Y para eso, tenía la solución que quería. Giró todo su cuerpo, caminó tres metros y paró. Cuando notó que ella se había percatado de su movimiento, aceleró el paso, la cogió por el brazo, sin más, sin mediar palabra, y la acercó hacia su cara. Ella notó la fuerza de la mano. No le molestaba esa actitud, aunque sí la presión de los dedos en su antebrazo. Tras unas milésimas de segundo en las que él se detuvo ante sus ojos sorprendidos, se lanzó a besarla. Ella no lo esperaba, ni muchos menos. Quedó tan sorprendida que ni reaccionó. Stanley separó sus labios de los de Minerva, la volvió a mirar a los ojos, la soltó, dio media vuelta y se alejó hacia la puerta. Lo había hecho de forma calculada. Era su as en la manga para desestabilizar mentalmente a una mujer. Pero le había gustado. Esta vez había disfrutado.

— Vámonos, Minerva, aquí corremos peligro.

2012

23 de diciembre

Había que acelerar la búsqueda de soluciones ante los problemas surgidos en la última fase del proyecto. Ir a la raíz e intentar recuperar un original del que copiar todo el desarrollo tecnológico para fabricar el prototipo chino. Copiar. Al final, tenían que recurrir a lo que tan bien le había funcionado a su país y que sin embargo tanto odiaba. Pero no había tiempo para cuestionar los procedimientos de la sociedad china. El general lo dispuso todo para que el SMS intentase localizar y acceder a ese texto original. No importaban los medios ni las formas, sólo alcanzar el objetivo. Y los servicios secretos chinos no eran conocidos, precisamente, por su refinamiento a la hora de actuar en países europeos. En la última intervención llevada a cabo en Francia, el general Boxiong tuvo que dar la orden de retirada inmediata después de que se produjera un tiroteo entre sus agentes y la Gendarmería. Los hechos se produjeron después de que dos oficiales chinos fueran sorprendidos en casa de un empresario parisino torturándole sin piedad, junto a su esposa, para averiguar el paradero de un disidente del Partido. Habían dejado pistas por toda la ciudad y no se habían molestado siquiera en evitar los gritos de la víctima a la que estaban interrogando.

No obstante, si los primeros pasos de los agentes del SMS no daban los frutos deseados, Boxiong preveía la utilización de occidentales para tal fin. Ya había realizado los primeros contactos con agentes dobles de otras agencias nacionales, pero, al final, prefirió invertir el dinero destinado a comprar voluntades en una organización internacional que, en principio, debía conocer en parte el proyecto alemán original. Lo intentó en diversas ocasiones, pero ese dinero no fue suficiente para doblegar la voluntad de la cúpula de la Sociedad Thule, así que Boxiong decidió comprar agentes de forma individual, y no colectiva. Contactó con algunos miembros de la

Sociedad a los que chantajeó o sobornó sin más. El general estaba convencido de que todas las personas tenían un precio y que sólo había que descubrir cuál era. Y también en esta ocasión obtuvo lo que andaba buscando. Se trataba de un grupo de cinco alemanes que operaban hasta ese momento dentro de ella, en un nivel intermedio y que, a cambio de una suma moderada de euros, iban a servir a sus nuevos dueños. El acuerdo le salió a los chinos mucho más barato de lo que habían previsto, con la particularidad de poder ponerlo en marcha de forma inmediata. El general cursó la orden interna y todo el plan comenzó a ejecutarse.

Durante las primeras semanas, Boxiong había podido comprobar la reticencia de algunas ciudades a obedecer sus instrucciones. En ese momento, comenzó a mover sus propias piezas en el tablero. Disponía de un infiltrado dentro del Comité. Le informaba de todo cuanto sucedía y le mantenía al tanto de las intrigas. Cuando creyó localizar al más activo de sus detractores, al vocal de la provincia de Sichuan, envió a tres de los hombres más fieles a la capital, Chengdu, donde residían dos de sus familiares. Los tres agentes se presentaron una tarde en el domicilio del hermano mayor, echaron a los parientes que había por la casa y, una vez solos, le cortaron todos y cada uno de los dedos de las dos manos. Después, clavaron éstos apéndices en la pared, formando la palabra "BX", en clara referencia al general. El mensaje fue captado de forma instantánea y el vocal de Sichuan presentó su dimisión irrevocable dentro del Comité. Boxiong veía cerca su ansiado triunfo. Y quería la cabeza de quienes ahora estaban intentando derrocarlo. No tendría piedad.

Pero la oposición, a pesar de estas acciones de terror individual, crecía cada vez con más fuerza. Los enemigos del general habían logrado esta vez organizar una estructura fuerte en tres niveles distintos: el político, el militar y el de información. La unión de esos tres frentes convirtió la lucha contra el máximo dirigente del Ejército en una verdadera Guerra Civil interna. La

posible victoria de Boxiong no se perfilaba tan fácil como en otras ocasiones, por lo que éste decidió, a regañadientes, preparar un plan alternativo. Debía prever y disponer movimientos defensivos, así que ordenó el traslado de su esposa a la ciudad de Fuzhou, en la provincia de Fujian. Con ello quería asegurar su posible huida a la vecina Taiwan si la situación se tornaba demasiado comprometida. En estos casos, el Régimen solía dispensar a la víctima un plazo mínimo para que se facilitara la huida a los familiares, siempre y cuando el principal implicado garantizase su estancia en el país. Ya hacía tiempo que había abierto cuentas bancarias en diversos paraísos fiscales repartidos por todo el mundo para garantizar la supervivencia económica de su familia. Pero además, gracias a sus inversiones en diversos Fondos de empresas de EEUU podía disponer de rentas mensuales importantes. Ahora, había llegado el momento de asegurar que su familia siguiera con vida.

La proximidad de Fujian a Taiwan había hecho de esta provincia una de las más ricas y prósperas del país. En su elección como puente de salida para la familia del general había tenido más peso, sin embargo, la orografía y el entorno. Un sistema montañoso y una vegetación que la aislaba por tierra del resto de China y facilitaba la huida en caso de necesidad. Era el lugar perfecto en caso de que el Gobierno tuviera que permitir la salida del país de la esposa de Boxiong. No obstante, el general no esperaba que esta situación llegase a producirse, al menos de momento. Estaba seguro de que iba a triunfar. Pero la fluctuación de los altos cargos dentro del Partido hacía que nada fuese seguro y que más pronto o más tarde pudiera cristalizar cualquier fatal desenlace.

En las últimas semanas, esta peligrosa inestabilidad había llegado a su punto más álgido de la mano de Bo Zemin. Miembro del Partido y uno de los cargos más activos contra Boxiong, había tomado el relevo del vocal de Sichuan. Con él, la situación se había tornado mucho más complicada que

antes. El general sabía que este político actuaba bajo las órdenes del Primer Ministro aperturista Wen Jiabao. Un ala del Partido se había posicionado con claridad en contra del general, a quien hacían responsable de diversas acciones de represión en las zonas del interior y de dos matanzas masivas de campesinos en el Norte. Según Bo Zemin, la imagen del Régimen se desmoronaba en las convenciones internacionales por el mantenimiento en la dirección del ejército de Boxiong. Jiabao había ordenado hacia sólo un mes que varios hombres siguiesen día y noche todos los pasos del general. La ira de éste no hizo sino crecer, hasta que una mañana aparecieron los tres perseguidores colgados por los pies, con cortes en las muñecas y desangrados. Estaba claro que Boxiong iba a jugar fuerte, pero Jiabao no pensaba frenar ahora que tenía a la mitad del Partido a su favor. Desde ese momento, el Primer Ministro ordenó una investigación permanente de cuentas y acciones de toda la familia del general, lo que significaba que si se producía un solo traspies, Boxiong acabaría arrestado y, con toda probabilidad, ejecutado.

Asu vez, desde el cuartel general de Beijing, la oposición coordinaba los movimientos de las milicias que habían reclutado entre los grupos terroristas de toda China. El objetivo de Bo Zemin era disolver estos grupos de presión militar una vez se hubiese acabado con el poder de Boxiong, bien voluntariamente o bien por la fuerza. De igual modo, se pretendía desactivar el rudimentario pero eficaz entramado de información y espionaje que se había puesto en marcha para controlar todos los movimientos de la cúpula militar del general. Hasta que eso fuera posible, su utilización iba a ser despiadada, de forma que se pudiera contrarrestar la brutal fuerza de choque del odiado general.

Bo Zemin tenía conocimiento de todos los avances que estaba logrando el proyecto de propulsión autónoma desarrollado por Boxiong. Temía que pudiera concluir con éxito esos trabajos, porque ello supondría su derrota.

Pero tampoco podía boicotearlo de forma explícita porque el Primer Ministro había depositado en este ingenio tecnológico su política disuasoria frente a EEUU. La situación era complicada para los dos bandos en lucha, con lo que la guerra frontal se desarrollaba en las alcantarillas del Estado. Y en esto, el general era un verdadero experto. Su forma de proceder durante todos esos años se desarrolló en este plano, con lo que había llegado a dominar los procedimientos como ningún otro. No se dejaban cabos sueltos por el camino, ni voces, ni oídos, ni ojos que pudieran dar cuenta de lo que sucedía. Las principales acciones de esta guerra encubierta las llevaba el general en persona, con lo que el terror infringido durante años se acrecentaba de forma notable. Gracias a sus colaboradores, había llegado a someter poblaciones enteras, cuyo trabajo casi esclavo permitía obtener beneficios suficientes para mantener esta estructura paralela de forma permanente. Si alguno de sus miembros osaba plantearse abandonar la organización, su cuerpo solía aparecer a los pocos días desmembrado y repartido en cada una de las sedes ocultas de esta sección de información y espionaje. Era el sello de Boxiong para el resto de miembros de su equipo. Era el inicio de una guerra sin cuartel cuya opción más segura de victoria radicaba en el Diario de Anni.

En la actualidad

4 de junio

— Si vuelve Usted a rozarme siquiera, será lo último que haga.

— No dudo que puede hacerlo. Ya vi en el Museo del Prado cómo se defendía -contestó con ironía el americano-. En cualquier caso, le pido disculpas.

— ¿Por qué busca el Diario de la Señora Winter?

-Minerva cambió el tema de conversación de forma radical.

— Imagino que ya lo sabe, o lo intuye, o lo debería saber. De cualquier forma, porque un amigo común me ha pedido que le proteja.

Minerva soltó una carcajada sonora. No necesitaba protección de nadie y menos de un desconocido. El Diario estaba a buen recaudo. Lo que quería descubrir ahora es quién era aquel tipo que decía iba a protegerla. En milésimas de segundo, lo estudió de arriba abajo. Alto, de complexión fuerte, moreno, con un ligero acento que no acertaba a ubicar, lejano, extraño. Aquellas manos grandes y firmes eran las que le habían cogido del brazo y, con posterioridad, de la cintura. No es que le hubiera desagradado, pero era una persona a la que le gustaba muy poco ser avasallada. Estaba enojada, sin duda. Pero también gratamente intrigada, lo reconocía.

— Quién es Usted y por qué razón pretende protegerme. Y de qué o de quién necesito salvaguardarme. Y respóndame de forma que pueda creerle.

— Me encanta su seguridad en sí misma -contestó Stanley mientras sonreía con sinceridad-. Trabajo para la Central de Inteligencia de los EEUU. Busco el Diario que Usted posee. Minerva, si no recuerdo mal. Pues bien, Minerva, tanto si el texto de la Señora Winter sigue en sus manos como si acaba en

las mías, creo que debe saber que tenemos un enemigo común. O al menos, tenemos unas personas que nos persiguen para quedarse con lo mismo, con ese texto. ¿No le parece entonces que deberíamos trabajar juntos?

— Creo que no le he dicho en ningún momento mi nombre, con lo que no lo puede recordar. Pero sí, me llamo Minerva. ¿Usted?

— Stanley.

— Muy bien, Stanley. Si quieres puedes proteger a quien desees. Yo debo cumplir algo que me encargó una persona. Si eso entra en conflicto con lo que tú quieres, lo siento. Y si me ayudas a ello, encantada. ¿Por qué desees quedarte con el Diario?

— No me lo pregunto. Es el trabajo que me han ordenado mis superiores, sin más.

— Ya. Y tú no te haces nunca preguntas, claro está. Bueno, es lo mismo. No creo que haya nada importante en el Diario como para montar todo esto. ¿O sí?

— Sabes tan bien como yo que sí. El problema es que yo no lo he podido estudiar todavía. ¿Lo has hecho tú?

— Intuyo lo que esconde.

La conversación entre ambos aún se prolongó durante un buen rato. Minerva no tenía nada claro que Stanley fuese a ayudarle a completar el enterramiento del Diario. Pero no le quedaba más remedio que compartir con él las próximas horas. Al menos se garantizaba su propia seguridad. Por otro lado, Stanley confiaba en poder estar cerca del Diario y arrebatarárselo, cumpliendo a la vez la encomienda del anciano de proteger a la joven

española. Sin embargo, comenzaba a no entender la actitud de sus inmediatos superiores. Cada vez había más cosas que no encajaban. No entendía para qué querían el Diario si ya conocían su contenido y sus actuales propietarios no lo iban a hacer público. Más bien todo lo contrario.

Stanley decidió confiar en Minerva. Y ésta, aunque con algunas dudas, vino a concluir que era mejor permanecer a su lado que ir por libre.

Cuando terminaron de hablar, recorrieron todo el archivo y se dirigieron hacia el exterior de la Catedral. Al abandonar el edificio, por el pórtico lateral, Stanley se paró, volvió a coger del brazo a Minerva y la detuvo. Arrastró a la joven hacia él, cubriendo ambos cuerpos con las columnillas que adornaban el ángulo derecho de la entrada. Sus rostros permanecieron a menos de cinco centímetros de distancia. Tan juntos, que ella notaba el rápido bombeo de la sangre de Stanley a través del engordamiento de las venas de su cuello.

— ¿No creerás que vas a besarme de nuevo, verdad?

-miró desafiante Minerva.

— Creo que nos gustaría a los dos. ¿Repetimos?

-contestó Stanley sonriente.

En ese preciso momento se escuchó un fognazo y, casi a la vez, saltaron por los aires pequeños trocitos de piedra y polvo de la columna donde estaban apoyados. El americano había visto de lejos a los dos extranjeros que le persiguieron por Madrid y se temió lo peor.

— Esta gente no quiere jugar. Sígueme dentro y no

te separes. Saldremos por el otro lado de la Catedral.

La agarró de la mano y se introdujeron corriendo en el templo. Cruzaron la primera arcada de la iglesia a gran velocidad. Esquivaron algunos bancos

de la nave central para llegar más pronto al tercero de los espacios en los que se dividía aquella iglesia. Con la respiración entrecortada, algo nerviosos y oyendo cómo se abría la puerta por la que ellos acababan de entrar, llegaron a la salida lateral. Cruzaron el soportal y, una vez en la calle, iniciaron de nuevo la carrera. Oyeron cerrarse de golpe aquel enorme bloque de madera maciza mientras corrían hacia el Ayuntamiento. Stanley divisó, a mitad de camino, una calle estrecha que giraba hacia la derecha en cuya esquina, una pequeña tienda de flores parecía tapar visualmente el acceso. El gentío que en ese momento se encontraba en la zona ponía la cortina de humo necesaria para forzar la huida e intentar dejar atrás a sus perseguidores.

Al doblar la esquina, Minerva cogió una flor de los búcaros del escaparate mientras continuaba la carrera. Se metieron en la calle con rapidez. Los ojos de la joven no paraban de explorar todo cuanto había a su alrededor. Se detuvo un instante y lanzó hacia delante el tallo con algunos restos de pétalos. Casi sin detenerse, cogió a Stanley y estiró de él hacia una calle perpendicular, todavía más estrecha y corta, que desembocaba en la pequeña plaza que la ciudad dedicaba a artesanos y pintores. Esperaba poder despistar el suficiente tiempo a sus perseguidores haciéndoles creer que habían continuado recto por el primer callejón.

Una vez en la plaza, Stanley vio un taxi detenido junto a la avenida que conducía a la Catedral y se dirigieron hacia él. Abrieron la puerta trasera y, con voz jadeante, pidió al conductor que los llevara al hotel. Minerva no prestó atención a la dirección de destino y siguió atenta a la calle. Alo lejos veía a los extranjeros corriendo hacia ellos sin saber si habrían logrado ganar el tiempo suficiente para poder huir. Entonces, se abalanzó sobre él, tumbándolo en el asiento mientras una bala rompía la luna lateral del coche. A ese disparo siguieron otros tres, que impactaron en el lateral. Stanley gritó entonces al conductor, paralizado por la situación, que arrancase el coche

cuanto antes. Minerva entendió que su vida no tenía ningún valor para las personas que habían contratado a aquellos pistoleros. Querían el Diario a cualquier costa y estaban a punto de lograrlo.

2012

30 de diciembre

Unas gradas metálicas habían sido instaladas en aquel almacén de grandes dimensiones al norte de Xining. Los severos uniformes del ejército chino abarrotaban la zona central, dejando los laterales para las batas blancas de los científicos. La región de Quinghai se había convertido, desde hacía seis años, en una base secreta para experimentar con los proyectos armamentísticos más avanzados del ejército. Entre ellos, uno captaba la especial atención del general. Los chinos habían intensificado desde hacía dos años todo lo relacionado con una alternativa real a la propulsión sin combustible fósil, sin petróleo. Y la principal línea de investigación había sido la Campana de Glocke.

La escena la presidía el conocido general Ri Jong Boxiong. Los científicos al mando sólo podían esperar de él cielo o infierno. Se lo jugaban casi todo a esa carta. Y eso que ni siquiera habían podido interpretarla de forma correcta. No estaban seguros del resultado de la prueba final, pero la presión del general por avanzar en el tiempo les había llevado a adelantar su presentación en público. Ahora ya no había marcha atrás. Todos esperaban el éxito. Unos se jugaban dinero; otros, poder; otros, tiempo; otros, tan solo, su vida.

De repente, la sábana del centro del almacén se retiró, dando paso a una extraña forma, metálica, de grandes dimensiones y con débiles luces azules en su base. El hombre de la bata blanca que se encontraba en una especie de caseta de control giró su cabeza hacia la grada. Observó al jefe del proyecto y esperó su orden. Cuando le vio alzar la mano por encima de la cabeza, activó los dos botones rojos de la mesa, se puso las gafas y la escafandra protectora y, de forma instintiva, se echó hacia atrás.

Las autoridades civiles y militares presentes en aquella jornada llevaban también tapones y máscaras, a pesar de que una gran urna de cristal blindado los aislaba del experimento. Las medidas de seguridad del tercer nivel fueron impuestas por los agentes del SMS ante posibles contingencias no previstas.

Cuando el objeto metálico del centro empezó a hacer un zumbido penetrante, la luz azul inferior comenzó a intensificarse. El objeto logró elevarse poco a poco. Primero unos centímetros. Después, dos metros; tres; cuatro. Hasta alcanzar a una distancia prudente del suelo, a unos seis metros, momento en el cual quedó suspendido en el aire entre ruidos ensordecedores.

El artefacto obedecía las instrucciones de vuelo que le transmitían desde los dispositivos digitales de la cabina de control central. La prueba había superado la primera fase con relativo éxito a pesar del extraño aumento de la polarización electromagnética. El jefe del proyecto activó entonces la segunda fase, donde las ondas gravitacionales generadas por el principio de la Campana de Braum permitirían al ingenio mecánico autogestionar su propia energía y desplazarse en el espacio. Pero entonces, la luz azul de la base comenzó a debilitarse y aquel trozo de metal de grandes dimensiones se precipitó de manera repentina al suelo, causando un gran estruendo al impactar contra el hormigón.

La cara del general Boxiong lo revelaba todo. Aquel fracaso retardaría, sin duda, el proyecto más prometedor de las fuerzas armadas chinas en el siglo XXI. Pero, sobre todo, lo que más le preocupaba era su futuro personal. Él había ligado todo el proceso de luchas internas dentro del Partido al éxito de aquella máquina. Si lo lograba, tenía abierta la presidencia de China. Si perdía, sus enemigos le liquidarían. El tiempo se le estaba echando encima y necesitaba con urgencia resultados concluyentes con los que desequilibrar

la balanza a su favor.

El científico jefe del proyecto se presentó al momento ante el general, con el tono sumiso con que gustaba ser tratado la máxima autoridad militar. Inclínó la cabeza y pidió permiso para explicar lo ocurrido. El general no dijo ni una sola palabra, pero dejó que el científico hablara. La fuerza de succión había sido suficiente para despegar y para que el objeto volase durante algunos minutos. Todo había encajado a la perfección. Pero su equipo técnico seguía sin dar con el conversor de energía que suministraba el Xerum 525, conocido como mercurio azul, al activarse la rotación. El aparato era incapaz de llegar al punto de movimiento perpetuo que se requería para vuelos de larga distancia, lo que evitaba la carga constante y permanente del Xerum. Pero la frustrada exhibición del vuelo hacía de nuevo dependiente al vehículo de combustible terrestre. Y esta circunstancia hacía más inviable las nuevas aeronaves, puesto que el mercurio azul, utilizado en altas cantidades, desprendía unos niveles de radiación mortales, como así lo atestiguaban los más de 7 empleados, entre personal y equipo científico, que habían muerto entre enero y julio de 2012.

El general escuchó con atención la explicación. Guardó silencio. Miró a su ayudante y le hizo un gesto con los ojos y con la cabeza. Con una rapidez de vértigo, la policía militar entró en las gradas y se llevó al científico. Era el segundo jefe de proyecto que fracasaba ante el general, que vivió como propio el nuevo tropiezo. Asumió que sus científicos tardarían en hallar por sí mismos la solución para hacer volar la aeronave, pero él no tenía tiempo. Su única esperanza era el Diario de Anni y la nave oculta en algún lugar de Noruega.

Boxiong ordenó cubrir el puesto de Jefe de Proyecto al ingeniero Jiang Liu. También dio instrucciones a su ayudante para que todos los esfuerzos estuvieran centrados en el Proyecto Glocke. O lo que era lo mismo, encontrar

el original perdido de aquel aparato alemán con el que se solucionase de una vez por todas los problemas de desplazamiento de la aeronave. Desde ese momento, el protocolo B de actuación del SMS quedó activado. Los acuerdos diplomáticos de no agresión mutua con los EEUU ya no tenían valor. El Servicio Secreto chino comenzó a preparar un equipo de asalto a la espera de descubrir la localización exacta de la nave. El dispositivo estaría compuesto por 25 soldados, un avión de aerotransporte, armas de última generación y un equipo de montaje y desmontaje de maquinaria pesada con todo lo necesario para trasladar la aeronave alemana, o sus principales sistemas de propulsión, hasta China. En cuanto los agentes contratados dieran la menor pista sobre la localización aproximada del objetivo, el equipo sería enviado a la zona.

En la actualidad

4 de junio

Llevaban casi diez minutos circulando en taxi por las calles de Munich. Habían logrado escapar con vida de los disparos de los agentes de Boxiong. Cuando ambos creyeron sentirse seguros y lejos de sus perseguidores, Stanley hizo detenerse al vehículo en el que huían. Echó mano al bolsillo del pantalón, sacó su cartera, abrió la billetera y extrajo un incontable número de billetes de cincuenta euros.

— Espero que esto sea suficiente para paliar los desperfectos. Acambio, espere aquí, deberá permanecer con nosotros algunos minutos más. -El americano, viendo el rostro todavía asustado del taxista, trató de tranquilizarle-. Está Usted con agentes del Gobierno americano. Puede estar tranquilo. Una vez bajemos los dos del coche, no volverá a tener noticias nuestras. Ahora, por favor, permanezca con el motor en marcha mientras espera.

Le dijo a Minerva que continuara dentro del vehículo. Él bajó hasta el establecimiento de móviles de la esquina para comprar una tarjeta. El americano había decidido ponerse en contacto con sus compañeros de Virginia, pero debía hacerlo de una forma segura. La compañía a la que iba a comprar ese servicio de telefonía de prepago tenía asignados unos números IMEI susceptibles de ser manipulados por los agentes de la CIA, lo que permitía evitar el rastreo informático de las llamadas. Mientras tanto, Minerva trató de asegurar el perímetro visual observando al detalle los accesos al punto en donde se encontraban aparcados así como los posibles movimientos de escapatoria. Cuando tuvo sensación de control sobre la situación, apoyó su espalda hacia atrás y se dispuso a esperar a su compañero. En las manos llevaba todavía el bolso, sujeto con fuerza,

tratando de mantener bajo su control aquel Diario que tantos problemas le estaba causando. Lo miró y, sin saber bien por qué, sacó la traducción con rabia, disponiéndose a leerla desde el mismo punto en el que había quedado hipnotizada por la personalidad de la Señora Winter. Estaba llena de ira, furiosa por el ataque que acababan de recibir, y sentía la necesidad de buscar más respuestas en aquel manuscrito. No sólo era la vida del Ama de Llaves, de la que había empezado a entender sus pensamientos. Era también su propia vida, la que ocultaba el texto y la que ahora estaba en peligro. Abrió la copia por la página que estaba marcada y arrancó con fuerza su lectura.

10 de octubre de 1944

Esta tarde he llevado a su mesa la habitual comida fría que Hitler realiza en la Berghof. Como es costumbre, le he puesto sobre la mesa sopa de verduras seguida por un revuelto de huevo acompañado de patatas y coles. En la fruta, olvidadas ya las naranjas que tanto gustaban a Adolf, le he preparado yo misma algunos pastelillos.

Sin embargo, Adolf no parecía tener excesivo apetito. Ha pasado toda la comida distraído, como ausente. Cuando me he acercado para que tomara las pastillas del Doctor Morell, Hitler me ha cogido del brazo, me ha acercado con debilidad hacia él y ha susurrado algunas palabras cuya complicidad y desasosiego no dejan de retumbar en mi cabeza.

- Todo se ha acabado, Señora Winter. Todo.- Adolf hablaba con un tono profundo, débil y desganado.

Llevo muchos años sirviéndole. Lo comprendo, lo adoro, llevo incluso a idolatrarlo como a un hijo. He compartido con él innumerables momentos de alegría, de entusiasmo, de éxitos. Ahora, me veo en la obligación de compartir también los momentos malos. Así que he cogido la silla que estaba

más cerca del Führer, saltándome cualquier protocolo, y me he sentado junto al tembloroso Canciller.

- Sabes que yo siempre estaré a tu lado, Adolf. Puedes confiar en mí todo aquello que desees.

- Necesito su consejo. El consejo de una amiga, casi de una madre.- la voz pausada y lenta, los huecos de silencio entre las frases, me hacían temer lo peor.- Antes de ayer, Berlín fue bombardeado por los británicos. Casas de nuestra capital destruidas por el enemigo; escombros en las calles por las que hace sólo unos meses desfilábamos triunfantes. Ya no hay cines, ni cabarets, ni nada que alegre el espíritu. No me quiero ni imaginar el miedo, el horror, el pánico y la desmoralización que corrió por las cabezas de nuestros ciudadanos. ¡El mismo corazón del Reich atacado por mis enemigos! Ala vez que sufríamos estas bombas en Berlín, los americanos penetraron por la frontera alemana cercana a Aquisgrán. ¡Están ya en suelo sagrado! En nuestra tierra. Sus soldados, sus tanques, sus paracaídas. Nadie quiso una guerra con EEUU y al final será lo que nos haga perderla. No importan los rusos. Ellos estuvieron a punto de ser derrotados. La historia decidirá si el frío, como a Napoleón, resolvió la suerte de ese pueblo. Aun así, hubiera podido derrotarlos una y otra vez. Pero ahora, Alemania no puede luchar sola en todos los frentes. Sola. Sola, Señora Winter. Los italianos no sirven para el combate. Cuando no están huyendo, están de fiesta. Los turcos, los nórdicos, los pueblos del Este. Nadie ya nos sirve para la lucha. Sólo la sangre de nuestros jóvenes está siendo derramada para intentar salvar a Europa de ser colonizada. Y ya no tenemos fuerza suficiente para aguantar.

- No digas eso, Adolf.

- Sí, Señora Winter, sí. Ayer los americanos continuaron bombardeando

Schweinfurt mientras nosotros nos retirábamos como cobardes de Hungría y los rusos nos sacaban fuera del Báltico. ¿Nadie es capaz de parar a ningún enemigo en ninguna parte? Todos mis generales me han traicionado. Todos.
- La moral de Hitler pasa en cuestión de segundos de la depresión destructiva a la euforia agresiva sin que se pudiera hacer nada más que esperar en silencio.- Le necesito, Señora Winter. Dígame lo qué debo hacer.

Después de oírle así, sólo podía ofrecerle mi ayuda, sin condiciones, fiel, desinteresada, como no podía ser menos. No me importa que mi futuro esté en sus manos. A él se lo debo todo.

- EEUU me ha ofrecido salvar la vida a cambio del fin de la guerra. Un final global para que Alemania empiece de cero, sin el Partido Nazi, sin nosotros. Una nueva generación que resurja de las cenizas que ellos quieren achacarme a mí. Una vida salvada a cambio de la de Alemania. Una vida que debe encargarse de estructurar, desde la sombra de la inexistencia, un Nuevo Estado, un nuevo pueblo, una nueva forma de pensar, una Alemania reducida, una Alemania que olvide su pasado glorioso y que se construya su propio futuro. ¡Alemania debe morir conmigo o ser un Imperio!, pero no esto. O sí. No lo sé, Señora Winter, no lo sé. ¿Es lo mejor para mi pueblo? ¿Debo vivir, Señora Winter? ¿Debo morir?

- Adolf- le he contestado. En enero de 1920 mi marido y yo vivíamos en una pequeña ciudad de Baviera. No teníamos nada. Llevábamos dos días sin comer y nos cobijamos en el granero que aún les quedaba a mis padres. El frío entró en cada uno de mis huesos, debilitando mi maltrecho cuerpo noche tras noche. Mi marido hacía lo que podía, aunque pasaba más horas en la cola de los dispensarios de racionamiento de comida y en las oficinas del Ayuntamiento que conmigo. A finales de mes enfermé. Ya no podía más. El dolor hacía que me retorciera a cada segundo sobre los montones de paja del granero. Y así pasé al menos dos días. Hubo un momento en el que

decidí abandonarme, huir de todo aquello, dejar que la enfermedad que me estaba debilitando acabase conmigo. Ya no me importaba no tener los hijos que tanto ansiaba, ni mi marido, ni nada. Y fue él, renunciando a su comida de varios días, el que logró los antibióticos necesarios para que superase aquel trance. Lo logré, aunque a un precio muy alto. Ni mi marido ni yo hemos podido disfrutar nunca de la risa y el llanto de un niño, de un hijo criado en mis propias entrañas. Después de todo aquello, a los pocos años, un nuevo partido, una nueva persona, logró que tuviésemos algo por lo que luchar, algo en qué creer. Y resultó que ya no pasamos hambre, ni frío. Encontramos trabajo, disfrutamos de vacaciones, teníamos tiempo para el ocio, para la música, para el cine, para el deporte. Teníamos una nueva casa, un nuevo orgullo. En este punto, no pude contener las lágrimas que desde hacía minutos me atenazaban el habla. Me detuve unos instantes. Me sequé con un pañuelo los ojos, e intenté continuar. Tú has guiado al pueblo alemán desde el infierno al que nos condujeron tras la I Guerra Mundial, desde la pobreza y el hambre, desde la desesperación y la rabia, desde la miseria y la muerte, hasta lo más alto a lo que podíamos aspirar. Tú no debes morir, Adolf. Tu misión es guiar a nuestro pueblo, bien sea en la lucha o bien sea en la paz. Pero debes guiarnos hasta conseguir el puesto que Alemania se merece. Debes vivir. Y debes luchar por todos nosotros. Esta guerra la tenemos que ganar, desde aquí, desde Berlín o desde América. Pero la tienes que ganar.

Yo le he dicho todo eso con sinceridad. Hitler ha logrado durante años fundirse con sus seguidores, con sus simpatizantes, con su pueblo, con gran parte de Alemania. Su derrota será la derrota de todos. Su muerte es vista con temor, como un vacío ante el cual no sabrían reaccionar. Me ha dicho que Estados Unidos lo sabe y por eso está preparando ya la gestión de la posguerra. Quiere una Alemania amiga, europeizada, occidentalizada, unida a su área de influencia frente a lo que poco a poco se está

constituyendo como un bloque sólido, contagioso, peligroso. La Unión Soviética.

En cuanto a la gestión de la derrota alemana, me ha dicho que preocupaba en Washington, hasta el punto de temer también ellos el vacío generado por la desaparición del Partido Nazi. Por ello, la opción Bormann ha comenzado a ser tenida en cuenta como una solución controlada. La reconstrucción del Estado Alemán con los mismos pilares ya existentes pero con diferentes cabezas visibles. Ningún miembro destacado del Partido quedaría impune, pero los siguientes escalones, siempre libres de sangre, organizarían la puesta en marcha de la nueva Alemania. Y ahí, Bormann, con nuevo nombre, con nuevo documento de identidad, con una nueva vida, con una estructura apolítica y dinero para sostenerla, podría lograr el apoyo de los empresarios y de la administración al Nuevo Estado y acelerar así la recuperación alemana y su integración en el ámbito de influencia americana. Hitler no tendrá ningún papel en este proceso. El único motivo por el que le permitirán mantenerse con vida es porque ello supondrá una negociación rápida de la derrota y el control de la misma por parte de EEUU. Hitler debe convencer a todos los científicos que deseen los americanos que la mejor opción para ellos, para el Führer y para Alemania es trasladarse a servir al ejército estadounidense, tanto para derrotar a los japoneses como para intentar doblegar, en un plazo mayor de tiempo, a los rusos.

Después de todo lo que me ha dicho, no he tenido dudas:

- Adolf, debes vivir. No importa que desconozcan tu existencia, en lo profundo del ser alemán siempre vamos a saber que estarás luchando por todos nosotros. Vive para que Alemania viva.

11 de octubre de 1944

Hoy ha sido un día lleno de tensión. Toda la jornada ha pasado con lentitud,

a la espera de la cita prevista para última hora de la tarde.

Alrededor de las ocho se presentó en la Berghof uno de los Mercedes 770 K del parque móvil del Reich y entró con tranquilidad en el aparcamiento. Un hombre vestido de paisano salió de la parte trasera del automóvil, se dirigió hacia la entrada principal y pidió a los guardias hablar con Hitler y con Bormann.

Tras la llegada del Jefe de la Cancillería, los tres estuvieron reunidos en la sala de recepciones. El rostro de Adolf no varió a pesar de las drogas del Doctor Morell, que en esa ocasión no se encontraba presente en la estancia. Bormann, por otra parte, intentaba disimular su nerviosismo.

En la reunión he podido oír que se encontraba Kermit Roosevelt. Ha sido designado por el Alto Mando Aliado para trasladar la propuesta a Hitler debido a su gran dominio del alemán. Estoy segura que durante varios días ha estado ensayando una y otra vez esa actitud fría de la que ahora hace gala. Por Bormann me he enterado que el americano llevaba años ejerciendo de espía en Alemania, pero pocas veces tuvo tan cerca al Canciller del Tercer Reich. Aun puedo recordar las palabras que han salido de su boca:

- La gestión de la victoria y la derrota será administrada por los EEUU. Se permitirá el traslado de Hitler a América, junto a los 20 científicos que designe nuestro gobierno. Éstos pasarán a servir a la Administración de los Estados Unidos y se dotará de una nueva identidad al Führer. Para el resto del mundo, habrá muerto. Bormann organizará la construcción del Nuevo Estado, junto a Hitler, bajo una nueva identidad, y se le permitirá la existencia de una sociedad no política. Además, deberá depositar una cuantía de dinero aún por determinar en las cuentas que se le facilitarán de los gobiernos de EEUU, Gran Bretaña y Francia. Los plazos de finalización del

conflicto se les comunicarán en breve, dotando de tiempo suficiente a todas las partes para preparar la gestión de la victoria. Alemania, mientras tanto, se compromete a no usar nuevo armamento, a prolongar la guerra hasta la fecha decidida por los Aliados y, en consecuencia, a una retirada progresiva de sus ejércitos.

Con un aire de superioridad indigno y sin apenas saludar, Roosevelt daba por terminada la reunión y se marchaba de la Berghof. Al mirar hacia la sala de visitas, mis ojos observaban a un abatido Hitler y un eufórico Bormann. Curiosa imagen. Muy curiosa.

Yo me siento partícipe de la decisión de Adolf. Espero que haya sido acertada.

En ese momento, Stanley abrió la puerta trasera del taxi y se introdujo con rapidez en él. Se quedó mirando a Minerva unos instantes y, tras enseñarle la tarjeta telefónica que había adquirido, le pidió al conductor que continuara su viaje hasta el hotel. El americano, antes de que el coche comenzase a andar, se acercó al oído de ella y le susurró: “ya no estamos seguros en ningún lugar. Espero que esta tarjeta de teléfono nos aclare cuál es el siguiente paso que debemos dar” .

1944

12 de octubre

Hitler había determinado hacía días la evacuación de Grecia. Era una retirada ordenada. Un movimiento táctico para, en un último supuesto, reforzar las defensas de Alemania ante la presión rusa.

La invasión del país heleno había retrasado la operación sobre Rusia de la Wehrmach. Esta circunstancia siempre pesó en el ánimo de Hitler hasta el punto de odiar a los soldados italianos por su incapacidad para solucionar batallas y su generosidad para crear problemas. Ahora, sus fuerzas se replegaban hacia el interior del continente europeo. Así lo había ordenado el Canciller alemán. Lo había ordenado o más bien lo había firmado, porque el poder de Bormann en el aparato del partido y del Estado ya era casi absoluto. El último en sucumbir a su lucha por el poder era Himmler.

La pelea entre ambos se remontaba a principios de 1944, cuando la sucesión en la Jefatura del Estado comenzaba a vislumbrarse cercana. Después del pulso en la Berghof, Himmler sabía que había perdido la carrera por el relevo en la Cancillería. Su desorientación tras esos acontecimientos fueron aprovechados por Bormann para ocupar parcelas clave de poder en el Gobierno y postularse como persona imprescindible en el cercano proceso de transición.

No obstante, Himmler intentaría recuperar cierto vigor político gracias, sobre todo, a la única persona en la que confió: Félix Kersten. El eterno y fiel amigo se convirtió en un apoyo importantísimo para que sus movimientos desesperados dentro del Partido y, sobre todo, de las SS, le pudiesen ayudar a volver a tener cierto protagonismo.

De Kersten fue la idea de movilizar personas con destino a los países

nórdicos, sobre todo a Noruega. El objetivo de Himmler era la rápida materialización del Proyecto Thule, ya que necesitaba contar con una mano de obra eficaz y eficiente en las frías regiones del Norte. Esperaba que ese golpe de fuerza le hiciera recuperar el control sobre aquel programa científico y, de rebote, adelantar a su oponente en la carrera por la supervivencia y la jefatura de la Alemania post-Hitler.

Sin embargo, a mediados de octubre de 1944, el Proyecto estrella de la Anhenerbe había pasado a estar controlado por Bormann, a quien los Aliados habían elegido para tutelar la transición en la sombra. Y la maniobra de Himmler sólo había servido para consolidar la posición de su oponente, al ayudar a acelerar los últimos trabajos para la puesta en funcionamiento de las aeronaves de Heimdal. El Reichsführer quedaba ya apeado del futuro de Alemania y condenado a huir o ser juzgado en Nüremberg al final del conflicto.

La fortaleza interior de Bormann crecía por momentos. Poco a poco iba imponiendo su voluntad a todos lo que rodeaban al Führer y, por consiguiente, al ya débil Gobierno Nazi. La última de las peleas se dirimió en la Berhgof.

El Doctor Morell había dejado de suministrar sus dosis de cocaína a Hitler desde el 10 de octubre. Giesing, que se ocupaba también de la salud del Führer, celebró de una manera exagerada tal circunstancia, aunque no por ello se estaba produciendo una mejoría general del Canciller. Durante esos días, Hitler apenas susurraba, lo que provocaba que se transmitiera a su entorno una mayor sensación de derrota. De hecho, en una visita relámpago del profesor Van Eicken al Canciller, alarmado por su pérdida notable de voz, le instó a realizarse una serie de pruebas al objeto de determinar si existía algún tipo de tumoración en la garganta. El consejo fue aprovechado por Bormann para forzar el inicio de la tercera fase del Proyecto Thule que debía

llevar la capitulación de Alemania.

— El Führer no puede permanecer por más tiempo en estas montañas. Debemos comenzar ya a preparar su traslado a Munich y, con posterioridad, a Berlín.- Bormann había tomado ya el mando de la situación. -El Canciller debe ser fotografiado para que la prensa sepa que sigue con vida y con buen estado de ánimo e intentar cerrar así el debate que estos días existe en los medios de comunicación mundial respecto a su supuesto fallecimiento.

— Me parece una medida acertada -indicó Giesing-. Aunque su estado de salud es tan débil que el traslado debe realizarse con suma precaución.

— Mi opinión parece que ya no tiene ningún peso en esta mesa -aseguró el Doctor Morell con cierto desprecio-. Mis prescripciones médicas sobre Hitler son revisadas por Ustedes y creo que ya han tomado medidas al respecto. Con lo cual, pueden proceder al traslado conforme lo determinen. Eso sí -en ese preciso momento clavó sus ojos en Bormann y alzó el tono de voz de forma elocuente-, veo complicado que llegue a tiempo para la tercera fase del Proyecto Thule. No creo que su débil salud logre superar este traslado. Ustedes son los responsables de su vida, no sólo ante Alemania, sino también ante EEUU. Tú serás el único culpable ante sus ojos, Bormann.

— Eso es cosa mía, Doctor Morell. Sus obligaciones se reducen en exclusividad a temas médicos. Aquí ya no tiene ningún peso- matizó el Jefe de la Cancillería.

Bormann despachó a los doctores. Se dirigió a su mesa de trabajo y comenzó a realizar llamadas telefónicas a un ritmo frenético. Se encargó de manera personal de los preparativos del viaje, fechado para el 16 de octubre. Hizo llamadas a Berlín para mantener el día a día de los distintos ministerios. Y, sobre todo, ordenó que una de las Divisiones de la Volksturm fuera destinada a la región noruega para realizar trabajos de apoyo y

complemento en la defensa del frente Norte. El objetivo de Bormann era suplementar con un mayor número de hombres, de entre 17 y 65 años, la finalización de los últimos flecos del Proyecto Thule ante el inminente desenlace.

En la actualidad

4 de junio

Entraron en la habitación del hotel con la misma intensidad con la que habían permanecido en el taxi. Minerva fue quien cerró la puerta, quedándose apoyada sobre ella y con el bolso siempre ajustado a su cuerpo. No quería perder de vista ni un solo segundo el Diario. Stanley aprovechó para rebuscar entre sus cosas a toda prisa. Creía que el peligro no había pasado y pretendía asegurar su posición con la pistola que le habían facilitado desmontada en Langley.

El Hotel Alpen se encontraba a mitad de camino entre el centro y el extrarradio de Munich. Tenía el encanto de los pequeños establecimientos de carácter familiar. De aspecto bastante discreto, combinaba la practicidad con una decoración presidida por arcos, madera, esculturas, techos abovedados e incluso leña dispuesta de forma ordenada junto a la chimenea. Era lo que se dice un hotel acogedor en el que nadie podía imaginar que se hospedase un agente de la CIA.

Stanley encontró al final el arma, la guardó en la parte trasera de su pantalón y siguió buscando por la habitación. Cogió el teléfono móvil, marcó los números de referencia e intercambió algunas frases con un compañero suyo.

— Necesito que averigües todo lo que puedas sobre la Señora Winter, Anni Winter, y cualquier dato de personas que por alguna razón la hayan buscado o nombrado. Y lo necesito ya. Estoy en un momento complicado y no sé cuánto podré esperar.

Su compañero pareció entender la urgencia de la respuesta. Se puso manos

a la obra y, pasados sólo quince minutos, emitió una comunicación interna a través de la red: En los últimos tres meses se habían generado más búsquedas en google con las palabras Anni, Winter y Señora que en toda la existencia de Internet. Además, esas búsquedas se centralizaban en España, EEUU, Alemania y China. Hacía dos semanas que la actividad había aumentado de forma notable, sobre todo en Madrid y en Munich. La última búsqueda sospechosa se localizaba justo en esta ciudad. Fue realizada desde un ordenador ubicado en el hotel Munchen Dornach, en la calle Einsteinring, justo el día anterior. Stanley tenía lo que necesitaba.

En su ofuscación, no percibió que la joven española ni se había movido de la puerta ni había soltado su bolso. Cerró el portátil, lo dejó sobre la mesita, se incorporó y entonces vio la silueta de Minerva, observándole, sin moverse, con ojos intrigados. No parecía tener miedo, pero sí querer que el americano le explicase el contenido de la llamada y de su respuesta. Stanley comprendió la situación y decidió acercarse para tranquilizarla. Por un instante, se fijó en su silueta. Vestía vaqueros ajustados que remarcaban la cintura y una camiseta escondida bajo la cazadora de cuero marrón. De repente, su cabeza se vació. Volvió a ver a la joven española que tenía ante él, dejando de lado a la persona misteriosa a la que le habían ordenado proteger. Conforme se acercaba a ella, descubría la plenitud de sus ojos, el grosor de sus labios, la pequeñez de sus orejas.

— Tranquila, Minerva. Estás en mi hotel. Si prefieres quedarte aquí mientras yo me dirijo en busca de esos matones, adelante. -Stanley hablaba a la española a poco más de veinte centímetros de distancia. Pretendía tranquilizarla sin saber que ella sólo necesitaba ubicarse, controlar la situación-. Puedes utilizar el teléfono de la habitación para llamar a quien quieras. Yo volveré en un máximo de dos horas.

— No gracias. Creo que estaré más segura persiguiendo a esos dos individuos.

Por fin, Minerva miró a los ojos del americano al pronunciar su respuesta. No sabía qué era, pero creía poder confiar en él. Relajó sus brazos y empezó a notar el peso del bolso, incrementado de forma circunstancial por el Diario. No se movió ni un milímetro, a pesar de estar demasiado cerca de aquel hombre. Sin duda notó que le atraía. Su fuerza, su decisión, su interés por protegerla, incluso su altura. Se sentía cómoda a su lado. Se sentía capaz de dejarse llevar. En milésimas de segundos, pasó por su cabeza la sonrisa de Stanley. Le gustaba oírlo. Sus labios, su torso, sus brazos, sus manos. Él se abalanzó sobre ella. Sin más, sin mediar palabra, sin pedir permiso, sin esperar respuesta. La besó de nuevo, pero esta vez no era un beso vacío. Ella se sorprendió, se enfureció, se tranquilizó, se dejó llevar y al final notó que sus labios comenzaban a arder. Su pulso se aceleró mientras pasaban los segundos. Era lo bastante adulta como para saber lo que quería, pero tenía la sensación de estar dejándose llevar por otra persona. En ese instante, el americano cogió el bolso de la mano de Minerva y lo lanzó al suelo. Casi al mismo tiempo, con ambas manos, le quitó la cazadora, deprisa, con fuerza, con intensidad. Cuando lo consiguió, se separó de ella y la miró, como pidiendo permiso con sus ojos. Ella no dijo nada. Sólo esperaba acontecimientos. Su cuerpo había subido de temperatura y era casi incapaz de controlarlo. Stanley, de nuevo, se lanzó sobre ella, besándola con fuerza, notando de forma leve su lengua y fundiendo sus labios entre mordiscos y deseo.

1944

15 de octubre

La ladera norte de las montañas de Heimdal registraba desde hacía un año una actividad inusitada. No se veía ninguna empresa, ni ningún tipo de construcción artificial, pero decenas de camiones circulaban por aquellas carreteras de tierra sin que los lugareños supieran con exactitud su destino.

En lo profundo de la cordillera, aproximadamente a un kilómetro de la boca de dos túneles de grandes dimensiones excavados sobre una roca cortada de gran altura, se encontraba la pequeña colonia de casas de madera, dispuestas de forma geométrica, con una especie de plaza central. Allí se hospedaban los trabajadores de aquel extraño complejo, oculto al mundo entero y a los propios habitantes de alrededor.

En los últimos meses, tras concluir las obras de las instalaciones, el número de personas que entraban y salían cada día se había reducido. Ahora, las batas blancas eran mucho más numerosas que los monos grises o las guerreras militares. Sólo un uniforme sobresalía del resto. Era el del general de las SS Hans Kammler. De su cabeza habían salido las bombas voladoras V-1 y V-2, los aviones a reacción o algunas construcciones subterráneas para la fabricación de munición. Pero desde enero, Kammler sólo estaba centrado en Heimdal. Pasaba día y noche, semana tras semana, mes tras mes, en aquella fría región. Nadie sabía qué estaba desarrollando, qué estaba investigando ni qué resultados provocaría. Cuando dos de sus ayudantes, en el mes de abril, presentaron la dimisión al general, fueron detenidos y, a los dos días, fusilados en la plaza de la cercana colonia. Ningún miembro del personal podía abandonar el proyecto porque nada debía saberse de él. Esa idea había cuajado ya en la mente de los trabajadores que quedaban en el complejo, lo que aumentaba la sensación

lúgubre del día a día.

La jornada anterior, una llamada desde la Berghof puso en alerta a Kammler. El transporte debía estar listo para antes del 1 de diciembre. Sin excusas. Sin fracasos. En la Cancillería se daba ya por descontado que el Proyecto Thule finalizaría con un resultado positivo. Para acelerar los trabajos, Bormann anunciaba que al día siguiente llegaría otra División de la Volksturm material suficiente para la construcción de, al menos, dos aeronaves.

— Su trabajo está siendo valorado de forma muy positiva por el Führer. Pero necesitamos que este proyecto esté concluido en menos de dos meses.

-El tono de Bormann era de una seguridad absoluta. Por primera vez se ponía en contacto con Kammler, reemplazando así las órdenes que con anterioridad daba Himmler. El cambio no sorprendió al general, que captó con rapidez la nueva situación de poder existente en Berlín-. Si las dos aeronaves están concluidas con éxito para esa fecha, Usted no deberá preocuparse por su vida nunca. Repito, nunca. Ni tan siquiera en el peor de los posibles desenlaces de esta guerra. -El mensaje había sido percibido también de forma inmediata por el inteligente Kammler.

— Las dos aeronaves estarán operativas para esa fecha. Usted podrá asistir a los ensayos con pasajeros reales antes de Navidad. Para entonces, necesito que me dé instrucciones sobre las acciones de seguridad al respecto de las instalaciones y de los empleados que finalicen su trabajo antes del próximo año.

— No se preocupe de esa cuestión ahora. Alemania y el Führer necesitan que el proyecto esté listo lo antes posible.

— Así será, señor. Heil, Hitler.

— Heil, Hitler.

El general Kammler colgó el teléfono. Permaneció en su sillón. Dio un giro sobre sí mismo, se levantó y se quedó mirando por los cristales de su despacho aquel aparato que tenía delante y que, de repente, se había convertido en la salvación de Alemania y de Hitler mismo. Mientras lo miraba, sentía un orgullo especial por su obra. No había sido nunca militante político, pero utilizó su cercanía a Himmler para ascender en la escala social. Su brillante cerebro de ingeniero y científico le había dado dinero, prestigio social y poder. Pero sobre todo, había podido realizar todos aquellos sueños imaginarios que pasaron por su cabeza. Ante sí tenía, quizás, el reto más importante con el que se había enfrentado jamás. Un sueño que le martilleaba desde su época de estudio en la Universidad. Un objetivo que, también, perseguían ahora multitud de científicos y Gobiernos de todo el mundo. Y lo había logrado él. Lo tenía delante de sus ojos. Al fin podía demostrar de forma empírica que ya no era necesario el petróleo para mover máquinas creadas por el hombre. Cualquier cosa que se propusiera, podría hacerse realidad. Él había dado a Hitler los aviones más rápidos del mundo, las bombas teledirigidas más eficaces del mundo, las instalaciones de seguridad más inaccesibles del mundo. Y ahora, pasaría a la posteridad con el descubrimiento más sensacional del mundo: la energía infinita. Sus ojos estaban llenos de vanidad. Brillaban sobre sus pupilas con un sentimiento de satisfacción eterno. Allí abajo, frente a su despacho, se encontraba aquella campana enorme, cerrada en su base, y con numerosas ventanillas abiertas en todo su perímetro. Era el banco de pruebas. Todo aquello era el conejillo de indias con el que había probado sus teorías sobre el movimiento eterno. Para volar no se necesitaba compuestos orgánicos ni derivados. Él estaba seguro que sólo era necesario flotar. Flotar por el aire. Y para flotar, se debía evitar la gravedad. Y eso había conseguido.

Kammler sabía de la importancia de su descubrimiento, aunque lo entendía como algo lógico, racional. Se trataba de crear un motor contra la gravedad.

Nada más. Para ello, ideó un sistema de potencias contrarias cuya activación generase un vacío capaz de evitar la fuerza gravitatoria. Dos cilindros giratorios, repletos de una sustancia que él denominó mercurio azul, llamada Xerum 525, giraban en sentido contrario produciendo una energía perpetua que mantenía la campana en el vacío y que le permitía desplazarse evitando así la gravedad. Dicha fuerza emitía una intensa radiación y una gran cantidad de calor, que había sido en parte solucionada con el revestimiento de toda la campana con material cerámico. Además, este material protegería en el futuro al vehículo cuando utilizase la estratosfera como espacio aéreo. Ahora, había que construir la aeronave y dotarla de los propulsores que contenía la campana. Eso era lo más sencillo, aunque un mes y medio parecía un tiempo bastante corto. Pero no le importaba. Kammler lo iba a conseguir.

2000

30 de junio

Durante los últimos cinco años, la investigación de Greg había avanzado a gran velocidad. Los archivos internos de la CIA fueron puestos patas arriba por la perseverancia del americano. Tenía una intuición y había decidido, tras la muerte de su madre, que iba a dejarse llevar por ella hasta las últimas consecuencias. Eso incluía también viajar al extranjero en busca de cualquier nueva prueba que le ayudara a esclarecer todo el asunto. El agente del Centro de Inteligencia Americano se encontraba en el último vuelo del día con destino Madrid.

Greg había averiguado la identidad del anciano que regaló las medallitas a su padre. Aquel hecho le turbó durante algún tiempo, hasta el punto de paralizar la investigación cinco meses. Cuando recuperó la fuerza interior suficiente para poder continuar, empezó a comprender la situación en la que se encontraba y la explicación a aquellas medallitas. Desde entonces, había avanzado lo suficiente como para que todo su departamento dependiera de los resultados de aquella investigación.

Hacía meses que había logrado descifrar la identidad de la persona que ideó el enigma de las Rosas, Anni Winter, pero seguía sin saber la razón por la que lo hizo. Esta circunstancia le impedía averiguar lo que escondían y quienes eran las personas a las que se les entregó el resto de medallas.

La presencia de la Sociedad Thule en todo lo concerniente a su investigación había encajado con facilidad desde el punto de vista histórico. Ellos eran garantes del pacto que EEUU y Alemania habían firmado. Pero los creía al margen de las consecuencias posteriores de las aeronaves escondidas en Noruega, al menos de la segunda de ellas.

Entre la documentación archivada en Langley, el americano encontró una traducción del Diario de la Señora Winter. En ese momento, todo cambió. Irrumpió con fuerza la figura de Máximo Hans. Greg creía con firmeza que él poseía otra de las rosas de la Señora Winter y, con toda probabilidad, las que la propia Ama de Llaves de Hitler y su esposo se habían quedado. Si eso era cierto, no sólo podría aportar más letras al acertijo de las medallas, sino que estaba seguro que Hans conocería lo que escondían. Así que, sin dilatarlo en el tiempo, telefoneó a Máximo y concertó con él una entrevista en Madrid. Hacia allí se dirigía en esos momentos.

A medida que Greg profundizaba más en la investigación, lejos de menguar, su obsesión iba incrementándose. Estaba convencido de que la solución a los problemas con los virus activos que estudiaban en Fort Detrick tenía algo que ver con las medallas de Anni. No sabía por qué, ni podía demostrar nada, pero estaba seguro de ello. Las historias que su padre le contó mil veces sobre el anciano de Wisconsin apuntaban en esa dirección. Pero hasta el momento no había encontrado ningún rastro creíble para hallar las otras Rosas.

Después de aterrizar en Madrid, el americano, que dominaba a la perfección el español, se dirigió al punto de encuentro establecido con Máximo. El empresario había volado desde Valencia para tratar de reconducir la situación y establecer una estrategia común con el Gobierno americano. Se citaron en terreno neutral, en un restaurante de lujo, situado en pleno centro de la capital. El negro y el blanco lo dominaban todo, en una estética minimalista que llenaba de frialdad el ambiente. El español estaba sentado, serio, leyendo un diario mientras le esperaba. Parecía ser consciente de que aquella conversación iría más allá de lo que hasta ahora había sido la relación entre la Sociedad y la CIA. Greg advirtió la presencia de dos guardaespaldas en un rincón del restaurante. No querían o no sabían disimular su presencia. Además, había localizado tres automóviles cuya

matrícula tenía controlada la Agencia y que pertenecían a la Sociedad. Pero estaba tranquilo. Las relaciones entre ambas era cordial y la ayuda mutua presidía cualquier movimiento. Aunque no dejaba de sorprenderle la puesta en escena que habían realizado.

— Buenas tardes, Máximo. -Uno y otro se conocían desde hacía meses y habían hablado con frecuencia por video conferencia.

— Buenas tardes, Greg -contestó con el mismo tono cordial-. Espero que el viaje no haya sido del todo incómodo. Como ve, no hay nadie en el restaurante. He pedido que lo cerraran hoy para nosotros. Podemos hablar con total confianza.

La comida se prolongó durante casi dos horas y media. Nadie, a excepción de la camarera y los dos guardaespaldas de Hans, entró en el comedor y, durante la última hora, ni siquiera ellos se acercaron al reservado del local. Uno y otro expusieron con cautela las preguntas y respuestas que estaban esperando aclarar. Se estudiaron las miradas, los gestos, cada una de las palabras que salían de su boca. No parecía haber avanzado tanto como deseaba el americano, pero la entrevista había sido muy fructífera. Justo antes de despedirse, cuando los dos estaban de pie, frente a frente, estrechándose las manos, Máximo miró a los ojos a Greg y le confesó aquellas palabras que presidirían todos sus movimientos a partir de entonces. Mientras las pronunciaba, su mente se llenó de imágenes de su amigo Bill.

— La solución que buscan en Fort Detrick, la solución

a las 14 razones, la solución a esas armas que aún no han sabido controlar, está en las medallas. Léalas todas juntas y tendrá su respuesta. Una respuesta viva, el nombre de una persona, de un individuo. Ahí tiene la clave para desactivar su guerra biológica. Yo no he podido lograrlo, pero quizás

Usted sí.

1944

16 de octubre

El Führer subió a su inconfundible Mercedes 770 K. Tenía una afonía llamativa y su silencio incrementaba la imagen decadente de quien no hacía ni tres años era el dueño del mundo. La puerta del vehículo se cerró y, tras la ventana, los ojos de Hitler seguían con una evidente melancolía los últimos movimientos de parte del servicio de la Berghof y de los soldados que la custodiaban. Él sabía que no volvería a verla, jamás. Era el final de un sueño de grandeza imperial. Había anhelado recrear el esplendor de la Antigua Roma y ahora debía contentarse con asegurar que Alemania no fuera a desaparecer. Por un momento se preguntó si valía la pena hacer aquel enorme trabajo, o ayudar a hacerlo, o inspirar su realización o, siquiera, elegir a quienes lo iban a realizar. No se sentía con fuerzas físicas ni morales para ello. Quería desaparecer, como ante sus ojos lo iba a hacer su amada Berghof. En ocasiones, cada vez más a menudo, hubiera deseado haber fallecido en el atentado del 20 de julio, en la Guarida del Lobo. Pero siempre había algo que lo impedía. Pese a todo, notaba cómo su cuerpo se había ido consumiendo poco a poco, se estaba marchitando cada día, sin remedio, lo mismo que le estaba ocurriendo a su amada Alemania.

De repente, se cerró la puerta del otro lado del coche. No se había dado cuenta, absorto en sus pensamientos, de la llegada de Eva al vehículo. Ella seguía siempre ahí, a su lado. Era su hilo vital, su conexión con el mundo. La única energía que le obligaba a seguir luchando por su propia vida. Siempre elegante, siempre con una sonrisa en su juvenil rostro. Era Eva. Estaba seguro de que le seguiría allá donde fuese, contenta, satisfecha de ser la compañera del Führer. La adoraba, le gustaba, la necesitaba. En realidad la quería, aunque había mantenido su calculada soltería para atraerse el apoyo femenino a su causa. Y lo había conseguido. Pero él la deseaba a

ella.

El coche se puso en marcha, dirección Munich, precedido por dos motoristas y seguido por tres coches y otras dos motos que cerraban el convoy. Hitler entornó los ojos y se dispuso a descansar. El camino no era largo, pero su frágil salud sufría con poco. Sufría a pesar de los numerosos descansos previstos antes de llegar al destino. Atrás dejaba a Bormann encargado de todo. El Jefe de la Cancillería debía dar las órdenes oportunas para el cierre invernal de la Berghof, así como preparar el viaje de los miembros más destacados del Gobierno que aún se encontraban en las montañas de Baviera. Además, tenía pensado aprovechar el momento para ponerse al día de la situación en Heimdal y del Proyecto Thule. El futuro de Alemania, de Hitler y el suyo propio se encontraba pendiente de aquellas recónditas e inhóspitas montañas noruegas. Por otro lado, había que reactivar los contactos con los Aliados para preparar la transición hacia el Nuevo Estado.

Cuando Hitler hubiese llegado a su hogareña Munich, se tomaría unos días para descansar y ser atendido por el equipo médico. Después, todo el convoy partiría en avión hasta Prusia Oriental, la Guarida del Lobo. El Führer, influenciado por su Jefe de la Cancillería, decidió establecer durante un corto periodo de tiempo el Cuartel General en aquel escondido edificio. Decía que le traía suerte. De allí había salido con vida el 20 de julio y allí esperaba poder hacer algún movimiento de última hora que mejorase la negociación con los Aliados. En el fondo, sabía que todo estaba ya perdido. Bormann daba instrucciones a los generales para tratar de contener el avance ruso lo máximo posible, con lo que esperaba ganar tiempo para su proyecto de Estado. Pero la siguiente parada de Hitler era, de forma irremediable, Berlín.

El Jefe de la Cancillería hizo una llamada a última hora de la tarde a la capital del Reich. Al otro lado del hilo telefónico se encontraba Himmler, que

había partido unos días antes de Bertsgaden por orden de Bormann. Aunque éste despreciaba al Jefe de las SS, lo utilizaba para sus propios fines, consciente del poder que iba acaparando junto a Hitler.

Uno de los secretos que Bormann había escondido de manera eficaz era la existencia de un doble del Führer. Lo había estado preparando desde hacía año y medio y, cuando estuvo listo, lo utilizó en numerosos viajes de Estado o de Partido, de carácter multitudinario, en los que la figura del Canciller permanecía todo el tiempo en silencio y se limitaba a saludar. Ahora, había ordenado a Himmler que educase al doble para adoptar la fisonomía enfermiza de Hitler y su debilidad a la hora de hablar. Tenía un mes para que estuviese listo. Y lo quería activo en Berlín. Hitler debía morir para que Hitler siguiera viviendo.

QUINTA PARTE EMIGRACIÓN En la actualidad

4 de junio

Minerva se separó sobresaltada de Stanley. Estaba sonando su teléfono móvil. Se agachó, abrió su bolso, sacó el terminal y leyó el nombre de su amiga de la Comisaría de Información sobre la pantalla. Cuando se disponía a atenderla, dejó de sonar.

— No tenemos tiempo para nada, Stanley. En cinco minutos volverá a llamarme, tal y como había quedado con ella. Tenemos que movernos con rapidez antes de que esos matones den con nosotros. -El americano parecía desconcertado, aunque no tuvo problemas en separarse de ella para recomponer la situación.

Su amiga María se había comprometido con ella a telefonarla a la hora justa en la que se producía el cambio de digitalización identificativa de los teléfonos controlados por el CNI. Entonces, María disponía de tres minutos y doce segundos para poder hablar con Minerva sin que su conversación fuera barrida por el sistema de seguimiento del departamento de espionaje. Antes de ese preciso momento, le realizaría una llamada perdida a la que no debía responder. Y ésta ya se había producido. Su pulso se aceleró. Se recogió el pelo con las dos manos, dejando detrás una coleta alta que le permitía desenvolverse con mayor naturalidad. Entonces, comenzó a explicar la situación al americano. Cuando a duras penas éste logró entenderla, ajustó su ropa y esperó acontecimientos. Minerva llevaba el celular en la mano y esperó impaciente a que el reloj marcase las diez y veintisiete en punto. En ese instante, el terminal comenzó a vibrar. Lo cogió con rapidez, confirmó que se trataba de un número oculto y, confiada en que era su amiga, descolgó.

— Buenas noches, Minerva. Tengo muy poco tiempo, así que me ahorro las preguntas personales. No he podido averiguar gran cosa en torno a la muerte de Dieter ni al Diario. El CNI sabe del valor histórico incalculable que tiene ese texto al describir la posibilidad de que Hitler hubiera preparado su propia huida, salvando así la vida. Al parecer, agentes del Servicio Secreto español se han puesto en contacto con el Gobierno norteamericano para indagar sobre este tema. Su respuesta no ha aclarado nada. En realidad ha venido a crear más intriga sobre el manuscrito. Pero lo importante no es eso, sino la conexión que el texto tiene con la Ahnenerbe, que fue una especie de sociedad que creó Himmler para temas relacionados con las raíces de lo germánico. Lo que ha podido averiguar la Inteligencia española sobre esta sociedad gracias a la CIAes que llevó a cabo diversas expediciones a Noruega. Una de ellas, a los alrededores de Trodheim. Hasta allí trasladaron, en secreto, a equipos humanos que habían adquirido experiencia meses atrás en la construcción de túneles y espacios amplios en el interior de las montañas rocosas de Baviera, donde llegaron a instalar fábricas industriales de armamento. No está claro qué tipo de proyecto ejecutaron. Y aquí radica la clave por la que todos se disputan el Diario. Si la tecnología que desarrolló la Ahnenerbe en Trodheim sigue todavía allí, cualquier gobierno o empresa privada puede estar dispuesto a matar por ello. Sabemos que los asesinos de Dieter, aunque de origen alemán, trabajan para un tercero, con toda probabilidad el Gobierno chino. Las primeras pesquisas apuntan a dos personas sin antecedentes de sangre pero con un historial violento. Eso no significa que no hayan matado, quiere decir que no los han pillado, que es peor. Sólo se detendrán si encuentran lo que buscan, si son detenidos o si son abatidos. Con lo cual, lo más probable es que vuelvan a intentar atacarte o matarte para obtener el Diario. Por favor, Minerva, ten mucho cuidado. Tu vida corre un serio peligro. En cuanto puedas, deshazte de ese manuscrito y vuelve a España. Ni se te ocurra viajar a Noruega. Aquí, por lo menos, podemos darte protección. He de dejarte.

Suerte.

Minerva no se alteró. Comenzó a pensar en la situación y en lo más conveniente para resolverla. Pasaron algunos segundos hasta que, por fin, Stanley reaccionó. El americano estaba algo más agitado y pensativo de lo habitual. Abrió su portátil y lo inició. Ella le observaba expectante. Ninguno hablaba. El ambiente había pasado a ser, de nuevo, tenso, y no sólo por lo que allí había sucedido hacía sólo unos minutos. Stanley tecleó la clave encontrada en el Diario y se las envió por correo a su contacto dentro de la CIA. Aunque en Munich era medianoche, en Virginia no hacía mucho que había comenzado la jornada. El americano confiaba en su amigo.

— Mientras hablabas por teléfono, he recordado las

claves que nos daba Anni. Deberíamos empezar a valorar llegar hasta donde haga falta para destapar lo que esconde el Diario. Acabo de enviar a mi contacto en EEUU la clave que aún no habíamos descifrado. Y le he pedido que averigüe sobre todo los dos últimos bloques. Si él no lo encuentra, no lo podrá hallar nadie.

— ¿No temes que pueda interceptarse la conversación o que tu amigo la haga llegar donde no debe?- indicó Minerva.

— Tranquila. No hay nadie más en quien yo pueda confiar. Y nadie puede interceptar nada, porque las comunicaciones están encriptadas por la propia Agencia- matizó con seriedad.

Mientras esperaban la contestación, Stanley le pidió que le explicase todas las teorías en torno a la muerte de Dieter y al Diario. Estaba interesado, sobre todo, por el nivel de información que manejaba el CNI. Existía la posibilidad de que éste hubiera filtrado datos interesados de los que se había nutrido la funcionaria de la Comisaría de Información. Debía confirmar la internacionalización del caso y la posible implicación del Gobierno chino.

En ese caso, el objetivo ya no debía ser la ocultación del Diario, sino garantizar tanto su seguridad como la de Minerva.

Mientras ella hablaba, Stanley recordó las últimas palabras de su amigo el Jefe Greg: "No me falles". No había caído hasta ahora. No se había dado cuenta de que en ningún instante le emplazó de nuevo en Virginia para evaluar los pormenores de la operación una vez finalizada. Eso era algo que nunca ocurría en la CIA. Era una obligación de cualquier agente realizar un informe oral ante sus superiores al concluir la misión. Ni de forma verbal ni por escrito, el Jefe Greg había dado por hecho su vuelta a Virginia. Para añadir más misterio al tema, su madre le había comunicado por teléfono que agentes de la CIA se habían puesto en contacto con ella para dispensarle cualquier tipo de ayuda, entre ellas psicológica. De forma consciente enlazó esos hechos con la inexistencia de comunicaciones de la Agencia desde hacía unos días. No había recibido nuevas instrucciones ni había podido establecer contacto con sus superiores.

El rostro de Stanley se iba cargando de ira poco a poco. Sus ojos miraban hacia ninguna parte y sus oídos no percibían sonido alguno. Minerva era consciente de ello. Él comenzó a encajar piezas de golpe, una a una, sin parar. Su cabeza no descansaba, trabajaba, intentaba encontrar explicaciones a todo. Su teléfono ya no tenía cobertura; su conexión interna de datos había dejado de funcionar sin que existieran problemas de comunicación de la Agencia con Munich. Las tarjetas de crédito también habían quedado inoperativas. Todo ello de forma progresiva. El único contacto que mantenía con Langley era Grant, el jefe del Departamento de Información y Datos a quien le había enviado las claves. Ahora, incluso dudaba de él. Era el único con quien había podido contactar, pero no estaba seguro de que le hubiera sido fiel. No lo sabía. Dudaba. Sólo podía esperar hasta obtener una respuesta, analizar qué le respondía y cómo. Y aun así, debería ser cauteloso.

Un sonido interrumpió las reflexiones de Stanley. Era la entrada de un correo en el ordenador portátil. Ella miró al americano y los ojos de ambos se quedaron inmóviles hasta que ésta le hizo una señal casi imperceptible para que abriera el mensaje. 25 de octubre de 1944

Las calles de Munich permanecían gélidas pese a la agradable temperatura otoñal. Las nubes anunciaban una tormenta que parecía no importar a nadie. A la verdadera tormenta que temían le precedía el ruido grave, sonoro, lineal y constante de los motores aéreos que traían la lluvia más espantosa de todas, la de las bombas aliadas. No obstante, a las cuatro de la tarde aún estaba todo tranquilo, lo que aprovechaban unos pocos atrevidos para moverse de un lado a otro en busca de algo con lo que sobrevivir.

En las afueras de la ciudad, a poco más de un kilómetro, en una pequeña mansión burguesa de uno de los fieles del Partido, se encontraron Anni y Hitler. Cuando el Ama de Llaves vio entrar por la puerta a Adolf, su corazón se encogió. Demacrado, encorvado, envejecido, apoyando su peso sobre un bastón y vestido de civil. Durante unas milésimas de segundo, la Señora Winter quedó petrificada. Habían bastado sólo unos días alejada de él para que viera toda la crudeza de su deterioro físico.

Al momento, corrió hacia Adolf y lo abrazó. Era un saludo sincero, fraternal, como si nunca más lo fuera a volver a ver. Quizás lo intuía, por eso había venido preparada para ello tras ser citada por uno de los soldados que le custodiaban.

— Cuanto te he echado de menos, Adolf. ¿estás bien?, ¿necesitas algo? ¿puedo ayudarte con cualquier cosa? ¿te diriges a Berlín? ¿quieres que te ...? -en ese instante le interrumpió Hitler.

— SShhhh. No digas nada Anni. He venido a despedirme, tal y como te prometí en la Berghof. No tengo mucho tiempo, pero quería volver a verte por

última vez. Quería poder decirte a los ojos que he decidido seguir tus consejos, que voy a luchar por Alemania más allá de nuestra tierra. Quiero darte ánimos para que estés tranquila, para que aguantes el final de esta guerra, para que no te preocupes por lo que veas. Antes de lo que tú crees, volverá a lucir el sol en esta ciudad. Yo me encargaré de que no te ocurra nada.

— Lo sé, Adolf, lo sé. No te preocupes por mí, estaré bien. Debes preocuparte por ti, por tu salud, por recuperar para todos nosotros lo que una vez construiste.

La conversación se prolongó durante casi una hora. Estaban sentados, uno frente a otro, con Anni vencida hacia Hitler y unidos por sus manos. Cuando acabaron de repasar recuerdos de los años felices y victoriosos, de los momentos en los que la luz iluminaba con intensidad Munich, el Ama de Llaves llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Su pulso se aceleró a la vez que los ojos se llenaban de un intenso y húmedo brillo. Estaba segura que no volvería a verle y por eso iba a entregarle algo más que un recuerdo, le iba a dar su vida, su fidelidad, su respeto, su admiración, su protección. Todo. Todo lo que sentía por aquel hombre estaba condensado en la pequeña caja de madera que había sacado. Con lentitud, la abrió frente a Hitler y le mostro lo que había en su interior.

— Dos de ellas son para ti y para Eva. No tienen ningún valor material, pero debéis guardarlas sin que nadie, absolutamente nadie, conozca su existencia. Mi marido y yo hemos hecho estas ocho rosas para vosotros, son tu herencia, son tu recuerdo alegre —los ojos cansados de él parecieron tornarse despiertos después de muchas jornadas. No entendía el regalo que le ofrecía, aunque supo que Anni lo había realizado con la mejor de las intenciones—. Bormann y yo estamos de acuerdo en que estas medallas escondan el nombre de una persona: la niña que te hizo feliz en la Berghof y

que el loco de Himmler arrancó de nuestros brazos. Si alguna vez tú decides que es el momento de mostrar al mundo la solución a las 14 razones de Bormann, sólo tendrás que pedirnoslo y todos acudiremos a tu llamada. Pero si alguien desea encontrar el secreto que esconde la joven Bernelli, deberá reunir primero cada una de las ocho medallitas para poder descubrir quién es hoy en realidad nuestra pequeña. Las Rosas, por separado, no sirven de mucho. Sólo la unión de todas revelará el nuevo nombre de ella. Su identidad la conocemos Bormann y yo. Nadie más. Nunca diremos su nombre, pues su vida podría estar en peligro. Esta muchacha esconde la esencia misma de nuestro sueño. Y un secreto que no puede caer en malas manos, puesto que el futuro de la humanidad estaría en peligro.

En la actualidad

7 de febrero

El anciano Patrick Ashby vivía en Salt Lake City. Disfrutaba de toda la tranquilidad que el deterioro físico y la edad le permitía. Hacía unos años que había abandonado su campo de cerezas cerca de Taylorsville. Junto a él, su hija Loretta era la que se encargaba de velar por el mucho o poco tiempo que aún le quedaba por vivir.

Asus 89 años, Patrick aún mantenía frecuentes conversaciones de todo tipo, con su capacidad de razonar en perfectas condiciones. Hacía meses, conforme se acercaba a los noventa, que parecía más proclive a relatar anécdotas de su participación en la Segunda Guerra Mundial. Las nietas sufrían casi a diario la narración de sus aventuras militares, de las que tampoco se salvaban vecinos y amigos. Cuando el anciano comenzó a perder la memoria, sacó del baúl que guardaba en el desván una vieja libreta. En ella había apuntado cada detalle del conflicto, desde que pusiera sus pies en Europa para luchar contra el ejército nazi hasta 1950. Gracias a ella, sus relatos seguían sin perder ningún pormenor a pesar del tiempo y de la vejez.

Unos días antes, habían llegado hasta la puerta de aquella casa dos personas, de rasgos orientales. Preguntaban por el anciano. Su inglés era perfecto, sus ropas intachables. Llevaban credenciales de la Universidad de Beijing y mostraron interés por la historia oral que el viejo Patrick tenía de la Segunda Guerra Mundial, sobre la que decían mantener una investigación en curso.

Nadie en la casa pareció temer la presencia de los visitantes. Loretta les dejó pasar y se sentaron en el comedor, junto al anciano. Le hicieron todo tipo de

preguntas, en especial de su etapa de servicio en Noruega. El anfitrión se sintió halagado de que aquellos chinos, como él los llamaba, se interesaran tanto por su vida y por sus anécdotas de la Guerra, así que no tuvo problema en relatarles de forma pormenorizada cada uno de los hechos sobre los que preguntaban.

El segundo día, cuando hubo pasado al menos hora y media de conversación, uno de los hombres comenzó a querer saber más y más cosas, más y más detalles de sus recuerdos de Heimdal. Entonces, Patrick sacó su libreta, la apoyó encima de la mesa y comenzó a repasarla.

Él estuvo allí. Lo recordaba todo con una envidiable perfección, aunque las fechas las tuviera que volver a mirar en la vieja libreta. Los chinos empezaron a concentrarse en el final de la guerra, hasta que lograron sacar el tema del 30 de abril de 1945. Patrick no se percató de la situación y siguió respondiendo con entusiasmo. Ese día no podía olvidarlo tan fácil. Vio cosas que nunca más había podido volver a observar. Estaba presente cuando aquella nave ovoide despegaba de forma lenta, en vertical, y después surcó veloz el cielo. Él formaba parte del grupo de soldados que, desde un mes antes, realizaba labores de vigilancia en la zona, además del control de acceso al recinto donde se encontraba la aeronave.

Después de una hora larga de conversación, Loretta tuvo que invitar a los dos hombres orientales a que dejaran descansar al anciano. Éstos esperaban obtener más información y, sobre todo, una copia de la libreta, así que le pidieron si podían volver a verle al día siguiente. Loretta, adelantándose a su padre, les emplazó para dos días después.

Los agentes chinos llegaron el lunes con un voluminoso maletín. De él extrajeron un aparato electrónico con el que realizarían el escaneado y copia fiel de la libreta. Patrick no tuvo ningún problema en dejar que lo

reprodujeran. En ella se especificaba el día a día de Heimdal. Mientras lo hacían, animado por el renovado interés de los chinos, el anciano siguió hablando.

— En efecto. Nosotros estuvimos durante varias jornadas custodiando la aeronave principal. Porque habían dos, ¿saben? -indicó Patrick con voz tremulosa-. Una estaba preparada para despegar, mientras que la segunda, una vez realizadas las pruebas, se la llevaron y nunca más supimos de ella. Algunos decían que la habían vuelto a introducir en los túneles debajo de las montañas. Otros, que estaba destruida. Hubo quien también aseguró que se la habían llevado desmontándola pieza por pieza. Pero lo cierto es que nunca más supimos de ese segundo aparato.

— ¿No sabe dónde lo llevaron? - indicó uno de los hombres

— No, no. Ya le he dicho que todo fueron habladurías. Además, de la custodia de la aeronave se encargaron los alemanes. Nosotros nos retiramos sin conocer qué habían hecho con ella. Aunque anoté en mi libreta algunas coordenadas que circularon esos días entre los soldados sobre la posible ubicación. Creo que todo eran habladurías.

Estuvieron hablando durante más de dos horas. Extrajeron todo lo que pudieron del anciano y confirmaron las sospechas de Boxiong sobre una segunda aeronave, aunque todavía no tenían la referencia exacta de dónde quedó abandonada. No obstante, tenían la esperanza de que entre las anotaciones del viejo Patrick y las supuestas coordenadas que decía tener, se encontraran pistas suficientes para hallarla. Si eran capaces, habrían cumplido de forma eficaz con su Gobierno.

Tras cuatro minutos de espera silenciosa, uno de los agentes se levantó y se dirigió hacia el exterior de la vivienda. Cogió su teléfono móvil y comunicó con el Cuartel General, donde se encontraba Boxiong.

— Señor, acabamos de remitirle la documentación con posibles coordenadas de ubicación de la aeronave. No son definitivas y es posible que carezcan de valor, pero pudieran llevarnos hasta el punto exacto donde se halla escondida. Hemos creído conveniente transmitírselo antes de concluir el interrogatorio.

— ¿Han observado si alguien les ha seguido durante estos días? -indicó Boxiong.

— No, señor.

— Entonces, quédense también con el original de la libreta y concluyan la operación según lo estipulado para misiones de condición M3.

El agente del general colgó el teléfono sin realizar ningún gesto facial. Se dirigió de nuevo al interior de la casa, donde permanecía el anciano, y susurró algunas frases en el oído de su compañero. Éste se levantó, se despidió con corrección del americano y caminó algunos pasos hacia la puerta de aquella estancia, donde se mantuvo de espaldas en actitud vigilante. En ese momento, su compañero se puso en pie, cogió el cojín cuadrado que había depositado sobre el único sillón vacío de la sala y, sin mediar palabra alguna, lo apretó contra la cara envejecida del anciano. Éste intentó deshacerse de su agresor. Pataleó, movió sus débiles brazos en todos los sentidos posibles, intentó girar el cuello hacia uno y otro lado, pero cuanto más se movía, el agente más oprimía el cojín, cortando la respiración de la víctima. Sabía que no duraría mucho tiempo aquella pelea inútil, aquella resistencia desigual ante la juventud y contundencia del chino. Sus brazos comenzaron a ceder, aunque aún se agarraban al cojín. Sus piernas empezaban a tener una extraña rigidez que las elevaba hasta la altura de las rodillas del agente. No quería morir así, a manos de un extranjero. Había superado una guerra mundial y no estaba dispuesto a rendirse. Pero sus fuerzas empezaron a abandonarle ante la falta de oxígeno. Comenzó

entonces a recordar a su mujer, a su hija, a sus nietas. No podía llorar, el cojín y su orgullo se lo impedían. Cuando una sensación de paz le invadió todo su cuerpo, supo que era el final. El agente notó como se desplomaban los brazos de Patrick, soltó el cojín, se retiró hacia atrás y se quedó mirando. Después de algunos segundos, sacó su arma de la chaqueta, colocó un silenciador que llevaba en el bolsillo interno, lo enroscó en la boquilla de la pistola y disparó tres veces sobre su cuerpo, una de ellas en la cabeza. Se acercó al lateral derecho del anciano y recogió del suelo el original del diario. Tenía en su poder lo que le habían solicitado. No cuestionó ninguna decisión del Alto Mando.

En Pekín, el General Boxiong se entusiasmó con los resultados de la misión. Si los científicos no resolvían de forma positiva el proyecto que con tanto ahínco había impulsado, sus espías darían con la nave que deseaba hacia tiempo para después poder clonarla. Una vez logrado este objetivo, el Ejército chino dispondría de una tecnología militar avanzada capaz de competir con la estadounidense en fuerza y capacidad de destrucción. Pero no era eso todo lo que el General esperaba de la investigación. Las licencias y patentes de la aeronave y de la propulsión ininterrumpida sin combustible orgánico le permitirían incrementar su fortuna personal. Había previsto obtener la exclusividad de los contratos con el Gobierno Chino para la construcción de las aeronaves, una inversión en sobornos que había trabajado demasiado tiempo. Dinero y prestigio. Política y economía. La combinación de ambos le iba a permitir, por fin, alcanzar el primero de los objetivos, el más importante que rondaba su cabeza: la Presidencia de China. Su Jefe de espionaje en Beijing estaba activado. Su Jefe de Operaciones en Tianjin había realizado los primeros movimientos de tropas de élite para el golpe definitivo a la oposición. Había cercado la capital de la República y controlado los principales puntos de comunicación. Los diputados de la Asamblea Nacional y los miembros del Comité Nacional de la

Conferencia Consultiva Política del Pueblo de China fieles a Boxiong se encargarían del resto. La redacción de las principales leyes que establecían su control del sistema y los acuerdos económicos favorables habían comenzado a redactarse. Sólo faltaba el momento preciso para la toma de poder. Sólo faltaba la nave.

En la actualidad

4 de junio

La Rossenheimer Strasse albergaba uno de los hoteles más caros de la ciudad, el Hilton Munich City, un lugar apropiado para el exquisito gusto de los líderes comunistas chinos. No reparaban en gastos cuando viajaban por Occidente, sobre todo por Europa. En ese momento, el máximo responsable del servicio de espionaje chino, la SMS, esperaba en la recepción del hotel. Estaba sentado en uno de los sofás marrones a rallas, junto a la gruesa columna pintada de marrón tan claro como la arena de la playa mediterránea. Vestía traje oscuro, de Armani, sin una sola arruga, hecho a medida y en Europa. Pelo corto, mirada penetrante y esquivo con la sonrisa. Se notaba en él las lecciones que había aprendido de Boxiong, a quien ahora servía con fidelidad.

Cuando llevaba unos seis minutos de espera, algo que odiaba, entraron por la puerta dos hombres, también trajeados, con andar pausado pero con un estilo que los hacía desentonar de forma salvaje en aquel ambiente. La vestimenta no disimulaba su vulgaridad, las manos carecían de la limpieza y el cuidado que requería la situación, sus gestos eran torpes, primitivos, incómodos con los zapatos sucios que calzaban. Todo en ellos trataba de parecer lo que no eran, de una forma burda. El dirigente del SMS no se levantó para saludarles. Esperó a que se acercaran para estrechar su mano y después les pidió que se sentaran.

— Empezamos a pensar que no son capaces de realizar el simple trabajo que se les ha encomendado. Fueron fichados para ello, se les ha entregado ya una parte del dinero y seguimos sin poder contar con el Diario original. A cambio, tenemos unos cuantos papeles traducidos al español que no sirven para nada. Para qué nos han citado entonces.

— Lo sabemos, lo sabemos -contestó algo nervioso el que parecía más inteligente-. Ya conocemos dónde está el Diario, quién lo tiene y es sólo cuestión de horas que lo recuperemos. -Durante unos segundos se hizo el silencio. Los dos occidentales esperaban algún gesto del representante oriental, pero éste no movió ni un párpado-. Está aquí, en Munich. Lo tiene una española y creemos que la CIA está involucrada en el asunto. Sabemos dónde se aloja y, quizás mañana, estará en sus manos. Hemos perdido ya dos hombres y tenemos tantas ganas como Ustedes de acabar con esto.

— Se lo voy a preguntar una sola vez -les indicó el chino-. ¿Para qué me han pedido una cita hoy?

— Para asegurarnos de que el trato sigue en pie. -Los nervios se habían transformado en parpadeos constantes y en sudor por la frente de ambos.

— Tienen 48 horas para presentarse aquí mismo con el Diario en la mano. El original. Si al finalizar el plazo no se ha producido la entrega, serán eliminados. Mantengan estos dos folios que les voy a entregar en el más absoluto de los secretos. Son unas imágenes ampliadas de dos medallas. En el momento justo, se les solicitará que comprueben unos datos y que nos comuniquen vía telefónica los resultados. Su significado y lo que ocultan no son relevantes para ninguno de Ustedes. Pueden retirarse.

En la actualidad

5 de junio

Apenas pasaban unos minutos de la medianoche. Stanley se acercó a su ordenador portátil. Movi6 el cursor con el dedo y se detuvo ante el correo entrante. Golpe6 dos veces seguidas sobre la pantalla t6ctil junto al teclado y esper6. El americano abri6 el mensaje mientras ella no apartaba la mirada del ordenador.

— En efecto, Stanley. El primer grupo de n6meros y letras corresponde a unas coordenadas geogr6ficas. Creo que eso ya lo sabes. Se trata de Heimdal, en Noruega. Tambi6n el segundo bloque de n6meros se corresponde con tus anotaciones. Se trata de la fecha de nacimiento de Hitler. El tercero de los bloques es el que m6s me ha costado. Es la fecha de nacimiento de Himmler (7 de octubre de 1900. Deduzco que HM significa Himmler). Hasta aqu6 lo inequ6voco. Apartir de ahora, es s6lo una posibilidad. He investigado la potencial relaci6n de los tres grupos num6ricos. En principio, no tienen ninguna conexi6n. No parece que indiquen un lugar exacto ni una posici6n determinada. Sin embargo, en Alemania, alrededor de 1941, se construyeron una serie de puertas acorazadas de la serie U-567, en una empresa de Hamburgo, cuyo sistema de apertura utilizaba las denominaciones alfab6ticas HM en los giros a izquierda y una combinaci6n de cinco n6meros en los giros a derecha. Quiz6s pueda corresponder a este tipo de aperturas. La serie U-567 fue utilizada por el Gobierno nazi para las puertas de entrada al bunker de la Canciller6a. En 1945, los rusos informaron de la existencia de seis de estas puertas cuando accedieron a esas instalaciones subterr6neas. Seg6n constaba en el registro de la empresa que las fabric6, el modelo se reprodujo en siete ocasiones. Es posible que la clave que tienes en tus manos corresponda a esta puerta acorazada que no fue hallada por los rusos. Poco m6s puedo ayudarte en este caso. No dudes

en ponerte en contacto conmigo. Utiliza siempre este medio. Ten cuidado con todos y con todo.

Stanley se quedó callado unos segundos. Después, movió su cabeza para buscar a Minerva. No estaba contrariado. Tampoco sorprendido. Alguien intentaba encontrar qué había dentro de ese espacio cerrado por una puerta tan especial. Alguien que no daba valor a la vida de una persona y estaba dispuesto a dejar cadáveres por el camino con tal de hallar lo que buscaba. Hizo el intento de hablar con ella pero, sin mediar palabra, Stanley volvió sobre el teclado y se dispuso a escribir una contestación a su compañero. Sabía que lo tenía al otro lado y esperaba una respuesta más o menos rápida.

— Buenos días, Grant. Necesito que me digas todo lo que existe en la Casa en relación a Heimdal. Algo se nos escapa y no sé con exactitud el qué. Cualquier información que encuentres, aunque sea breve, házmela saber. No solo la misión, también mi vida, por desgracia, está en juego.

Minerva seguía muda, inquieta por los movimientos de él, expectante ante las explicaciones que le podría dar. Cuando Stanley se separó del teclado, ella vio la oportunidad de aclarar las cosas, dio algunos pasos hacia donde estaba el ordenador y requirió con su mirada una respuesta a los interrogantes que se le estaban acumulando en la cabeza.

— No es que esté todo claro -indicó con tono tranquilo el americano-. Quizás está todavía más confuso. Lo único que parece evidente es que el Diario de nuestra amiga encierra las claves para acceder a algún sitio donde se guarda alguna cosa por la que alguien está dispuesto a matarnos.

— O sea, que seguimos sin saber nada de nada -respondió al momento y con evidente ironía Minerva-. No sabemos ni el sitio donde está la supuesta aeronave, ni lo que ésta esconde, ni quiénes son las

personas que nos persiguen.

— Bueno, bueno, tampoco es eso -trató de tranquilizar de nuevo Stanley-. Parece ser que el lugar donde se esconde algo es en Noruega, en un pequeño pueblo llamado Heimdal. Las otras dos preguntas, no las se responder al cien por cien, aunque tú sabes lo mismo que yo. Pero acabo de hablar con mi compañero Grant para que intente darnos alguna pista.

— No me has aclarado ni una coma. Todo eso ya lo sabíamos.

Minerva dio media vuelta y se dirigió hacia donde tenía su bolso, junto a la entrada. En ese momento, Stanley se incorporó con velocidad y la siguió, tratando de aplacar la rabia que ella concentraba. La cogió por el antebrazo, le giró, se quedó a escasos centímetros de su cara y, a pesar de que los ojos de la joven desprendían fuego, le pidió que tuviera paciencia. Debían esperar algún tipo de respuesta de su compañero para tomar una determinación. Consciente de la tensión del momento, le invitó a que le acompañara a la cafetería del hotel. Allí, tratarían de recapitular todo cuanto sabían sobre el tema mientras esperaban.

Al volver a la habitación, los dos se dirigieron hacia el ordenador portátil. Stanley pasó los dedos por la pantalla del ratón para activar el equipo. Observaron el número azul indicando la entrada de un correo y con gran inquietud procedieron a abrirlo. El inglés de Minerva era bastante amplio, con lo que no hizo falta traducción alguna.

— Buenos días de nuevo, Stanley. He investigado sobre la población de Heimdal. En los archivos de acceso 3 no había nada al respecto. En los archivos de acceso 2, tampoco. Lo inquietante es que en los archivos de acceso 1, a los cuales no tienen autorización más que los cargos de nivel 1 y 2, como bien sabes, se encontraban diversos documentos confidenciales. Espero que seas consciente de lo que estoy haciendo y de que me la estoy

jugando. Cuando vuelvas, hablaremos. Como te decía, existen diversos documentos, no muchos. El más amplio de todos tiene código de acceso restringido, por lo que ni siquiera yo puedo entrar. De los otros dos, te paso una copia. De forma breve te adelanto que hablan de una operación secreta de los EEUU al final de la II Guerra Mundial. Al parecer, se acordó con los alemanes importar un equipo científico que trabajase para el gobierno. Se denominó Operación Alsos I. Se habla también de un pasajero "especial" y de una aeronave de prioridad 1. En otro documento, y esto puede darte alguna respuesta, se habla de Operación Ovoide y de la necesidad de recuperar la segunda aeronave de Heimdal con material sensible. Por el momento, es todo cuanto puedo decirte. Deja pasar un tiempo antes de volver a ponerte en contacto conmigo, para no levantar sospechas. Por cierto, una advertencia. Los archivos que he encontrado están etiquetados como "activos". Ya sabes lo que eso significa. Ten cuidado. Ah, una cosa más. En los últimos diez meses esta documentación ha sido consultada de forma sistemática, sobre todo por el Jefe Greg. Un fuerte abrazo.

Los dos permanecieron mirando la pantalla un rato. Daba la sensación de que leían una y otra vez el correo, como si quisieran memorizarlo antes de perderlo de vista. Al final, fue Minerva la que habló primero.

— Vamos a ver. ¿Heimdal esconde una aeronave o avión o lo que sea, de la Segunda Guerra Mundial, que es por lo que nos quieren matar? Venga, va, eso no tiene ningún sentido.

— Es mucho más que todo eso -contestó Stanley, que estaba leyendo por encima los documentos que le había adjuntado Grant-. Mira, por lo que veo, la primera aeronave partió con normalidad el 30 de abril de 1944, con un pasajero especial, su acompañante, y otros 20 científicos. Eso explicaría muchas cosas, pero no mi presencia en esta operación. ¿Para qué me envía la CIA ahora si ella estaba al corriente de todo desde hacía tiempo? Creo

que me utilizan como tapadera en un proceso de venta de tecnología a China, es decir, en un caso claro de alta traición de algún agente de la Casa. La situación es más comprometida de lo que parece, puesto que entre la documentación he podido leer conexiones de esas aeronaves con sucesos acaecidos en 1947 en Roswell, Nuevo México, y a lo largo de los años cincuenta. Es decir, EEUU utilizó la tecnología alemana para el desarrollo de armamento aeronáutico que se ocultó a la población. Y ahora, China pretende hacerse con dichos avances a través de la compra de información de la CIA. Ante este panorama, creo que lo mejor para nosotros es encontrar antes que nadie esa aeronave que esconde el manuscrito de Anni.

— Sí, hombre. Si es justo al contrario -interrumpió Minerva.

— No, no. Ellos van a venir a por nosotros tengamos o no el Diario, puesto que somos los únicos que sabemos su paradero. Es lo que hay. Si lo importante no es el Diario en sí mismo, sino la segunda aeronave, lo mejor será llevar hasta ella a la CIA. Si acceden antes que los chinos, la carrera habrá acabado. Debemos encontrar primero ese escondite y demostrar que existe un topo dentro de la Casa. Eso nos permitirá aparecer ante el Gobierno como héroes y recuperar la normalidad de nuestras vidas. Y créeme, yo sé que eso lo respetan.

— O sea, que nuestra mejor opción es viajar hasta Heimdal, deprisa, antes de que los asesinos que nos persiguen se nos adelanten -indicó ella.

— Exacto. Aunque nadie puede avanzar más que nosotros, puesto que se supone que no tienen los códigos con los cuales llegar hasta la aeronave respondió Stanley.

Casi sin pensarlo, el americano comenzó a hacer su maleta de mano y advirtió a ella que se diera prisa en ayudarle para acudir después a su hotel y realizar la misma operación. No había tiempo que perder. No sólo el Diario

o lo que quiera que escondiera, sino también sus propias vidas estaban en peligro. Los dos eran conscientes de ello. Quizás fuera ésa la razón por la que, mientras se movían de forma compulsiva por la habitación, Minerva comenzó a recordar las palabras de su abuela asegurando que algún día cruzaría más allá de la Rosa de Olaf. Ella no entendió entonces sus palabras. Pero ahora, comenzaba a encajar cosas. La Rosa de Olaf de nuevo. Ya sabía que se relacionaba con Heimdal. Pero no entendía aún por qué. Y lo que era más extraño, el Diario que Hans le había encargado que custodiase tenía relación con todo ello. Eran dos enigmas paralelos que parecían querer converger pero que, de momento al menos, no sabía cómo. Quizás el viaje que estaba a punto de realizar le ayudaría a entender ambas situaciones y, sobre todo, a descifrar las palabras de su abuela que ahora, con tanto ímpetu, volvían a su cabeza. Pensó que resolver un misterio le permitiría conocer la respuesta del otro.

Cuando salieron de la habitación, no hizo falta hablar nada más. La decisión estaba tomada. Los dos iban a coger el próximo vuelo con dirección a Noruega. Bajaron en el ascensor, nerviosos, en silencio, con más dudas que certezas. Al llegar al recibidor, llamaron a un taxi que les trasladó hasta el hotel de Minerva. Allí, recogieron las cosas más imprescindibles de ella, llenaron la maleta de mano y abandonaron la habitación. Al acabar, pagaron la estancia, subieron al taxi de nuevo e indicaron al conductor la dirección del aeropuerto.

El coche se incorporó a la circulación de la avenida, bastante escasa a esas horas de la noche. Tras él, otro automóvil negro siguió el mismo rumbo. Los agentes de Boxiong no iban a dejar escapar la ocasión de hacerse esa noche con el Diario.

1944

13 de noviembre

Aquella montaña estaba formada por rocas de grandes dimensiones que parecían nacer en el corazón mismo de la tierra. Era una roca gris, brillante, helada, que convertía el interior de la enorme cueva en un espacio frío e insensible, y no sólo por la baja temperatura. En el exterior, la nieve ya lo cubría todo como si fuera un desierto inagotable de blanco nuclear. Apesar de eso, la actividad no cesaba. La luz artificial daba forma a la grisácea roca y el ruido rebotaba sin fin, lo que obligaba a los trabajadores y soldados a utilizar tapones. Todo era actividad. Todo era movimiento.

Bormann estaba en la gran sala central. Lo observaba todo desde una especie de habitación acristalada en la parte alta. La aeronave, de metal, no llevaba ningún símbolo nazi. Se había dado una orden clara para que no se pintara ni inscribiera ningún emblema ni letra sobre el fuselaje. En el interior, las distintas salas comenzaban a tomar forma y el trabajo en bruto había dado paso a especialistas sanitarios. Los empleados pasaban días y días encerrados en aquellos túneles sin ver la luz del sol atareados en la conclusión de todo tipo de detalles.

Las SS se encargaban de la vigilancia, día y noche, de las instalaciones. Y el ejército, por su parte, había acordonado la zona en un radio de 100 kilómetros a la redonda para evitar filtraciones. Todo estaba bajo el más absoluto de los secretos.

— Hemos realizado ya las primeras pruebas de impulsión y aterrizaje, señor. Los resultados han sido positivos. La aeronave es capaz de mantenerse en el aire y de controlar el descenso igual que si se propulsase con combustible común.

— Bien, Doctor Kammler -contestó Bormann satisfecho de los avances-. La semana que viene volveré para asistir a las primeras pruebas de vuelo. El ensayo debe ser un éxito y no admite errores. El Führer desea disponer de las dos aeronaves cuanto antes.

— Sí, señor, creo que podremos poner en vuelo una de ellas en una semana.

— Por cierto, ¿está preparado el segundo hangar para alojar el otro prototipo? Es su responsabilidad que esté listo lo antes posible y que nadie sepa su ubicación exacta, excepto Usted mismo y el equipo técnico.

— Sí, señor. Se están terminando las galerías que unen la sala central de este hangar con el nuevo. Pero nos está costando mucho trabajo. La roca es más dura en la cara norte y la distancia es demasiado larga para una galería de este tamaño. No obstante, intentaremos concluirla lo antes posible.

— No. Tiene una semana para acabarla. Cuando vuelva para las pruebas de vuelo, quiero que esté en perfectas condiciones de uso. Además, acuérdesse del sistema de sellado de emergencia, en tres puntos distintos de la galería y en la salida exterior. En uno de esos puntos debe usar la puerta blindada que le hemos traído desde Hamburgo. No podemos correr ningún riesgo.

— Sí, señor.

Bormann se despidió a la manera militar de todo el equipo que estaba reunido en aquella sala. Llevaba abrigo corto blanco, ribeteado en marrón claro y con cuello borreguero. Se puso sus guantes de piel negra. Se colocó la gorra de plato y cerró la puerta. De aquellas galerías se salía con coche. Durante los diez minutos que duró el trayecto, el Jefe de la Cancillería repasaba los plazos exigidos por los Aliados para activar toda la Operación y poner fin a la guerra con Alemania, lo que permitiría, en un tiempo más o

menos corto, finalizar también el conflicto con Japón.

El Jefe de la Cancillería estaba satisfecho de cómo evolucionaba todo el proyecto. Lo de menos era ya la derrota del Reich. Su plan para el Gobierno del país en la posguerra se desarrollaba como él había previsto. Por momentos, vislumbraba su nombre perpetuado durante cientos de años, constructor de la Nueva Alemania, salvador de una nación condenada a desaparecer y que, gracias a su trabajo, perviviría como Estado independiente. Si las cosas marchaban como él las había planificado, en tres décadas la capacidad económica y militar de Alemania volvería a ser igual o mayor de lo que había sido hacía sólo cinco años. El anonimato inicial que le imponía EEUU no era un escollo. Creía que lo superaría pasada una década. Mientras tanto, ataría sus 14 razones para que todo llegase a buen término.

En un momento determinado, cuando se encontraba cerca de la salida de la galería, sacó un documento de su portafolios. Lo miró con atención y comenzó a mover los labios en silencio. Repasaba uno a uno los veinte nombres que aparecían en él. La Lista Osenberg había sido creada por un ingeniero de la Universidad de Hanover a principios de 1944, una vez se comenzaba a vislumbrar la posibilidad de que Alemania no ganara la guerra. La lista incluía a los científicos alemanes más destacados del momento y que podían ser susceptibles de su traslado a EEUU para trabajar bajo las órdenes del Gobierno americano. Werner Osenberg respondía así al encargo de un agente del Alto Mando Aliado que había logrado contactar con él tras el fracaso del ataque a la URSS. De esta lista, los aliados habían sacado algunos nombres para configurar el documento que Bormann tenía entre sus manos. Walter Dornberger, Ernst R. G. Eckert, Bernhard Tessen, Arthur Rudolph, Alexander Martin Lippisch y Hans von Ohain, entre otros formaban parte de esa lista. A Werner Von Braum, con quien ya había habido contactos, se le instaba para la segunda fase de la llamada

Operación Alsos. No obstante, muchos de los científicos de la lista se habían puesto en contacto con Von Braumpara saber qué hacer ante la oferta de expatriación. Se podría decir que todos los implicados estuvieron en comunicación permanente y planificaron con EEUU los procesos de desarrollo científico que en pocos meses servirían a Washington. La mayoría intuía el final de la guerra y, lo que era peor, la derrota del Nazismo y el hundimiento de Alemania. Por esta razón, la oferta estadounidense fue acogida con entusiasmo contenido pero con la certeza de que ello les permitiría salvar su vida y la de sus familiares. Estaban contentos, y si alguno de ellos añoraba la edad dorada del nazismo, lo escondería en la profundidad más oscura de sus corazones. La vida les iba en aquel silencio.

Bormann ya había contactado también con la mayor parte de ellos y les había dicho una fecha aproximada para su traslado. Después de las pruebas de vuelo que tendrían lugar en una semana, habría que comenzar a citarlos uno por uno y dotarlos de documentación y pasaporte americano. La cuenta atrás ya había comenzado. Pero al Jefe de la Cancillería le preocupaba la parte más difícil de la operación: todo lo concerniente a la vida de Adolf Hitler.

En la actualidad

5 de junio

Alas cinco de la mañana había aterrizado el vuelo procedente de Munich en el aeropuerto de Trondheim Værnes. Apenas había nadie en la terminal. La oscuridad de la noche parecía haber ralentizado el movimiento y el tiempo. El paso de tres operarios del servicio de mantenimiento sirvió para avisar del lento pero progresivo despertar del débil sol nórdico.

Los dos se acercaron hasta uno de los taxis del servicio aeroportuario, cargaron las maletas de mano y se introdujeron en su interior. Aún tenían por delante algo más de treinta kilómetros para llegar a Heimdal. El conductor, desde la parte delantera, intentó mantener algo de conversación con sus clientes hasta que, al final, la rutina le venció. Apartir de entonces, Minerva se dedicó a releer una y otra vez la documentación que había enviado Grant a Stanley acerca de aquel pueblo noruego.

— Si lo piensas bien, no tenemos ninguna posibilidad de encontrar algo en Heimdal. Al fin y al cabo, ni la CIA ni la Sociedad Thule lo han hallado durante más de cuatro décadas -indicó Stanley cortando el silencio que se había instalado en el interior del vehículo.

— También es verdad que ninguno de ellos tenía el Diario y las claves en sus manos -respondió Minerva sin mirar a su compañero.

— En eso te equivocas. La Sociedad Thule lo ha tenido siempre en su poder. ¿Por qué te lo entrega a ti para que te deshagas de él?, ¿Por qué no lo destruyó Hans si no quería que se supiera nada de lo que ocultaba? Creo que hay cosas que no acaban de encajar.

— Puede que tengas razón, pero por desgracia ya estamos metidos de lleno

en esta historia. Hay gente que está dispuesta a matarnos o a algo peor con tal de obtener el manuscrito. Así que lo único que nos queda es correr hacia delante, averiguar de qué se trata todo esto y, en la medida en que lo descubramos, podremos estar algo más tranquilos

-respondió segura de sí misma Minerva-. Por cierto, entre las cosas que no encajan te has dejado una que te afecta de lleno. ¿Qué haces tú aquí?, o quizás, ¿Por qué la CIA te manda a ti a recuperar el Diario si ya tenía conocimiento del mismo?

En ese momento, un sonidillo de campanas interrumpió la conversación. Stanley se metió la mano al bolsillo y sacó su móvil. En Munich había decidido desviar hacia su dispositivo telefónico el correo civil que había dado de contacto a Grant.

— ¿Qué haces? -cortó en seco con su mirada Minerva-. Estas loco. Deshazte ahora mismo de ese terminal. Si nos están siguiendo y tus jefes quieren localizarte, solo faltaba que lo programases para recibir el correo.

— Tranquila. Lo tenía previsto. -En ese momento, bajó de forma evidente el tono de su voz hasta hacerlo casi imperceptible-. Pensaba dejarlo aquí en el taxi y destruir la tarjeta en Heimdal.

Stanley se dispuso a abrir el correo. Era de Grant, pero se detuvo unos segundos antes de leerlo. La situación ahora había cambiado tanto en las últimas horas que desconfiaba de todo. Estaba sólo, desconectado de la Agencia y acompañado por una civil que no sabía cómo reaccionaría ante una situación de verdadero peligro. Además, sentía que su relación con Minerva había pasado desde hacía unos días a un plano nuevo, distinto. Debía protegerla, pero más allá del mandato de Hans.

— Buenos días, Stanley. No sé si llegarás a leer este

correo. Durante las últimas horas no han parado de venir a hacerme

preguntas sobre ti, sobre Heimdal y sobre mi trabajo informático de los últimos meses. Intuyo que son conscientes de que alguien ha entrado en sus archivos, pero no saben quién. Ya me ocupé yo de eso. En cualquier caso, creo que estás metido en un buen lío. Lo último que pude averiguar es que han enviado a otro agente a Europa, a Heimdal, y que la operación tiene código amarillo con claves Ch472. Ya sabes, alguien ha decidido que este es el último tramo de la misión y van a lanzar todos los efectivos disponibles para cerrarla. Insisto, ten mucho cuidado. Por cierto, el otro día encontré también enlaces de la documentación hacia archivos con etiqueta de Proyecto Armamentístico. Suerte.

Stanley levantó la cabeza, desconectó el móvil, y giró sus ojos hacia Minerva. En ese momento ella miraba por la ventanilla del automóvil para ver las primeras casas de Heimdal. Era un pueblo pequeño, casi una aldea, fundido con la naturaleza que le rodeaba. Nadie que estuviera de vacaciones se hubiera acercado a esta población cuyo principal atractivo era el entorno verdoso que en pleno verano lucían los alrededores. Stanley sacó de forma disimulada la tarjeta del móvil y la rompió en dos. Después, depositó el terminal debajo del asiento delantero. Bajaron del coche, cogieron las maletas, pagaron al taxista y se dirigieron hacia un pequeño edificio que parecía el Ayuntamiento. — Bueno, Minerva. No estamos solos. La CIA ha

mandado más agentes a este pueblo y ya es seguro que los chinos están también detrás de nosotros. Creo que a partir de aquí debería seguir yo solo.

La joven se revolvió con furia. No había llegado hasta Noruega para abandonar ahora, a las primeras de cambio, por un mensaje de alguien que ni ella misma conocía. Su vida estaba patas arriba y, no sólo porque pudiera perderla, sino porque intuía que podía encontrar las raíces de su familia y las explicaciones que estaban sin respuesta en su cabeza. Minerva se acercó al americano y le obligó con fuerza a tirar la tarjeta del móvil al suelo y

emprender la búsqueda de la aeronave en ese mismo instante. Ella no dio opción alguna.

Durante algunos minutos, mientras comenzaban a caminar, el silencio parecía inundarlo todo. Ella recordó la entereza con la que el Ama de Llaves de Hitler había afrontado el final de la guerra. Anni había sido capaz de hacer más llevadera la derrota, no sólo al Führer, sino a todos cuanto le rodeaban. Envidiaba esa fuerza de ánimo, esa tranquilidad de espíritu que serenaba a los demás y que, a la vez, les alumbraba el camino que debían seguir. Le inquietaba, no obstante, la figura de la pequeña Berneli y su relación con Anni. Había descubierto en el Diario algún tipo de conexión entre las dos que no quedaba bien resuelto al final.

En un momento determinado, Minerva decidió acercarse más a Stanley y romper el silencio que los separaba.

— ¿Qué conoces tú acerca de la Rosa de Olaf? — ¿La Rosa de Olaf? - contestó el americano sorprendido-. No tengo ni idea.

— Sí. Es el símbolo de la bandera regional de Trondheim-intentó sacar de dudas Minerva.

— Sí. Hasta ahí llevo. Pero no sé nada acerca de ella.

— Mi abuela, que ya ha muerto, entrego una carta, cuando apenas le quedaba un suspiro de vida, junto a esta medalla. Tiene la misma forma que la Rosa de Olaf.

Staley se detuvo en seco. Giró sobre sí mismo, miró la medalla y, con expresión confundida, preguntó a Minerva acerca de lo que estaba diciendo.

— ¡¡¡Minerva!!!. ¿Tú te has escuchado? -la expresión de sorpresa había dado paso a otra muy diferente, llena de cólera-. No sabía nada de esa carta ni de que tú estuvieras involucrada en todo ello.

— Yo no tengo nada que ver con esto- contestó con rabia la joven.

— ¿No? Aver, que edad crees que tenía tu abuela en 1944, ¿veinte, veintiuno, veintidós? Con esa edad podría haber coincidido con cualquier protagonista de la Segunda Guerra Mundial.

— No digas tonterías. Mi abuela era española, como yo. Nunca nos contó nada de su vida, pero dudo que viajara a Alemania. Y menos aún, que conociera a toda esta gente. Por favor, Stanley, no digas bobadas. Lo que me intriga no es eso, sino por qué mi abuela sabía cómo iba a ser mi vida, hasta el punto de aventurar que llegaría a estar en el mismo lugar que ahora pisamos. Tengo la sensación de que algunas de las cosas que he realizado durante todos estos años estaban ya previstas. Es algo extraño.

— No lo sé, Minerva, no lo sé. Lo que me has contado suena demasiado cercano como para que no tenga nada que ver con el Diario. Creo que deberías meditar quién y por qué te han dado a ti ese dichoso texto- contestó Stanley algo contrariado.

— ¡Démonos prisa! Parece que el Ayuntamiento está abierto -interrumpió con brusquedad ella-. Cuanto antes acabemos con todo esto, mejor.

1945

25 de enero

Alas tres de la madrugada todos dormían en el búnker. Por fin Berlín descansaba del aluvión de bombas que, día sí, día también, llovía sobre sus calles. El desánimo se palpaba en las caras, en los rostros, en niños, en mujeres, en los pocos hombres que no andaban uniformados. Hitler lo sabía y ello le producía un mayor hundimiento físico y moral. Su salud hacía agua por todos lados. En los últimos meses se habían acentuado las dolencias que ya le dejaron casi postrado en la Berghof. Pero le habían prometido curarlo. Le habían prometido finalizar la guerra. Le habían prometido salvaguardar la reconstrucción de su Alemania, aunque fuera desde lejos, desde otros lugares. Sabía que jamás volvería a pisar su tierra, su mundo. Y sabía también que su hora había llegado hacía tiempo. Pero la última propuesta de Bormann y Roosevelt le mantenía con vida. Creía poder ayudar aún a sus ciudadanos.

Todas las noches, hasta bien entrada la madrugada, trabajaba las nuevas situaciones de Estado que se generaban en los distintos frentes. Apenas nadie estaba despierto a esas horas en el búnker. Sólo él y alguna de sus secretarías, que permanecía serena en la habitación contigua para entrar en servicio si lo requería el Führer. Roosevelt pretendía el final de la guerra para abril, una vez encaminada su ofensiva en el Pacífico. Pero a Hitler se le antojaba demasiado lejano. Además, hacer coincidir su cumpleaños con la derrota del Reich no era de su agrado. O quizás por esta razón los americanos habían elegido ese mes. En cualquier caso, las defensas alemanas ya no aguantaban por más tiempo. La Batalla de las Ardenas había sido la última gesta antes de morir. El ejército, la fabulosa Wehrmacht, ya no estaba en condiciones de retardar más la rendición. Y sin embargo, los Aliados le obligaban a esperar a abril. Las bombas caían por toneladas en

Berlin mientras cientos, miles, decenas de miles de ciudadanos, morían en cada ataque. Daba la impresión de que EEUU pretendía convencer a los alemanes de que nunca más volvieran a desafiarles, porque las consecuencias serían mucho más graves que aquel infierno de bombardeos diarios.

Bormann había previsto el traslado del Führer a su residencia de Bertsgaden a finales de febrero, antes del viaje definitivo a Noruega. Sin embargo, decidió adelantar el viaje, por seguridad, unas semanas. La lista con los veinte científicos estaba ya preparada. El Proyecto Thule, dispuesto para su fase final. Hitler debía dar un discurso a la Nación alemana el 30 de enero, en sólo cinco días. Pero Bormann ordenó al Canciller que no preparase nada. Su médico no debía suministrarle droga para reanimarlo. Es más, la orden era mantenerse toda la jornada en el búnker, con la única compañía de Eva y de las tres secretarías más íntimas.

Hitler dudaba. Estaba confuso. Su salud le impedía tomar decisiones enérgicas, individuales, arrolladoras. Y quizás esa fuera la razón de dejarse llevar por las extrañas decisiones de Bormann. Algo preparaba Martin que él desconocía. Y eso, dentro de su insomnio habitual, todavía le mantenía más despierto, más inmerso en la madrugada berlinesa.

En la actualidad

5 de junio

Al mediodía, dos hombres con traje negro y corbata entraron en el Ayuntamiento. Era un edificio de pequeñas dimensiones, con tan sólo un empleado para atender la administración diaria. El más bajito de ellos se quedó atrás, cerrando la puerta y vigilándola para evitar la entrada de cualquier persona. El alto y robusto se dirigió hacia el administrativo y le preguntó en noruego rudimentario si conocía el paradero de una joven y un hombre que acababan de llegar al pueblo. No parecía estar asustado. Prosiguió con su burocrático papeleo, sin levantar la mirada de su ordenador, y aseguró no tener conocimiento del destino de esas personas. El hombre del traje volvió a realizar la misma pregunta, pero con un tono más alto e imperativo que la primera vez. Sorprendido, repitió la misma respuesta. En ese instante, cerraron la puerta con llave y la bloquearon con una de las sillas de la sala de espera. El compañero más robusto rodeó el mostrador con grandes zancadas y se abalanzó sobre el administrativo que, esta vez sí, mostró terror en los ojos. Lo agarró por el cuello y lo empujó en su silla hasta la pared. Después, sacó una pistola NP-42, de Norinco, con munición de 9 mm, de fabricación China, y la colocó en la sien del funcionario.

Heimdal era un pueblo pequeño, tranquilo, de montaña. Nada ocurría en él, ni en los alrededores, ni en kilómetros a la redonda. Sus ciudadanos vivían sin sobresalto alguno, día tras día, a la espera de que cada estación les cambiase muy poco sus hábitos. Quizás fuera esa la razón por la que aquel empleado público no pudo impedir que sus pantalones estuvieran mojados de repente. El pulso se le disparó hasta casi provocarle el desmayo y los ojos pasaron de mostrar terror a dejar ver el pánico que le atenazaba. El hombre del traje volvió a repetir la pregunta. Esta vez, el aterrado ciudadano de Heimdal contestó lo único que podía decir. Recordaba que los dos habían

dicho que buscarían un automóvil para ir hasta las cercanas montañas. Entonces, el hombre del traje le soltó de una forma brusca, retrocedió y se unió a su compañero hasta desaparecer por la puerta.

Horas antes, Minerva y Stanley habían logrado alquilarle el coche a un vecino de mediana edad después de insistir con algo más que persuasión. Eran las dos de la tarde y durante al menos hora y media habían estado estudiando la posición exacta y la localización de las coordenadas del Diario de la Señora Winter. El punto geográfico estaba a apenas diez kilómetros hacia el interior, escondido entre montañas y precedido de una arboleda de abetos no muy espesa. Para estar seguros, dedicaron media hora a hablar con varios vecinos del pueblo sobre la Segunda Guerra Mundial y los trabajos que se habían llevado a cabo en Heimdal. Aunque no obtuvieron precisiones de lo que allí ocurrió, todos recordaban o habían oído hablar del movimiento y gran actividad llevada a cabo en las montañas, tanto por parte de los alemanes como de los americanos. Pero nadie sabía nada más.

Casi a la vez, un helicóptero aterrizaba a cinco kilómetros del pueblo, en una zona despejada a pie de montaña. Había aprovechado las orientaciones de la torre de control situada en la plataforma petrolífera, a pocos kilómetros de la costa. Las indicaciones permitieron evitar los sobresaltos que en ocasiones se producían cuando el único guía era el GPS militar o el seguimiento por satélite. Sus ocupantes cargaron las mochilas, descendieron a tierra y dispusieron un perímetro de defensa. Al menos cinco soldados rodearon la aeronave camuflados entre la vegetación. Los otros cinco ocupantes del transporte cogieron sus armas y se dirigieron hacia el interior del valle. Este grupo lo formaban tres soldados uniformados y otros dos civiles vestidos con traje y corbata. Todos ellos iniciaron la marcha con un ritmo ligero y sin mediar palabra alguna.

Aunque el camino casi había desaparecido entre la maleza y las hierbas bajas, el coche de Minerva y Stanley podía aún circular. Recorrieron varios kilómetros siguiendo la dirección que el valle iba marcando, toda vez que el paisaje y las montañas que lo flanqueaban se estrechaban. El móvil de la joven aún tenía cobertura de GPS. Antes de partir habían introducido las coordenadas resultantes de su investigación, en base a las dadas por Anni Winter, por si no eran capaces de localizar el punto de destino. Cuando el camino comenzó a complicarse, sólo tuvieron que seguir las órdenes del Navegador y mantenerse atentos a su orientación individual. En la cara de los dos se observaba tensión. Minerva y Stanley tenían prisa por llegar al final del recorrido. No eran conscientes de que les seguían, pero en su interior albergaban esa posibilidad como algo real. Se habían dado cuenta de que en Munich, camino del aeropuerto, les acosaba un coche y, aunque no se habían percatado de que sucediera lo mismo en Trodheim, estaban seguros de que no habrían desistido de sus planes. Por esta razón, el americano llevaba debajo de la camisa su pistola, en las cinchas de seguridad, y munición suficiente para defenderse.

Después de circular al menos cuarenta minutos por aquel camino estrecho y abandonado, seguían sin divisar el punto de destino. Las montañas parecían cada vez más y más altas, a pesar del sentido ascendente del trayecto. De repente, los árboles que les acompañaron durante gran parte del viaje desaparecieron. El coche siguió por una explanada más o menos amplia, despejada, amarillenta por la hierba baja que lo inundaba todo y que, en algunos instantes, borraba el camino. Minerva creyó oír algunas palabras que provenían de la parte más al Este, pero no dio tiempo a nada más. Siguieron las instrucciones del GPS y aceleraron el vehículo aprovechando la anchura de la explanada.

Los dos hombres de traje y corbata salieron de Heimdal en su todoterreno azul oscuro. Sabían que llevaban retraso con respecto a los huidizos

portadores del Diario, así que arrancaron con un sonoro acelerón del motor, lo que provocó que el automóvil derrapase hacia la derecha. El resto del camino se convirtió en un turbulento viaje a través del valle. El general Boxiong había proporcionado todo tipo de tecnología a los agentes para hacer frente a cualquier situación. Estaban utilizando la secuencia de emisión del satélite Apstar-7, lanzado a órbita en 2012, para aumentar su precisión de trayecto. El Centro Espacial de Jiuquan trabajaba en un satélite de comunicaciones y de espionaje desde hacía más de tres años. El resultado fueron distintas secuencias de seguimiento camufladas, con un canal encriptado y cifrado para uso del Ministerio de Interior, que tenía también parte de funcionamiento abierto al uso civil.

Las señales del satélite habían localizado el vehículo de Minerva y Stanley y habían trazado la ruta en el GPS del todoterreno de los agentes. Sólo tenían que acelerar la marcha para capturarlos. Pero, de repente, una llamada detuvo el vehículo. "Limitense a seguir a los sospechosos. Déjeles actuar y elimínenlos una vez concluida la operación. El objetivo principal es recuperar el Diario, encontrar lo que esconde o hallar la aeronave."

El jefe Greg caminaba de forma decidida, ágil. Su respiración empezaba a entrecortarse y su camisa registraba grandes marcas de sudor. Junto a él, el agente Ilian iba dando instrucciones a los otros tres soldados que les acompañaban. Llevaban casi veinte minutos andando. El helicóptero había aterrizado lo más cerca que pudo del punto de encuentro, pero aun así, el camino se hacía largo. Su objetivo era llegar a la gruta sin ser detectados y esperar acontecimientos. El Jefe Greg esperaba ver cómo se desarrollaba la escena para tomar una decisión u otra. Era consciente de que se estaba produciendo una carrera por llegar a la "Morada de Asgard", pero no había más remedio que esperar el resultado de aquella persecución. Mientras andaba, pensaba en la cara de su amigo Stanley, en su reacción, en su familia. Y cuando todo ello le colapsaba, repasaba las posibilidades de los

agentes chinos una vez estuvieran en el interior de la gruta. En las últimas semanas, el agente doble que operaba en Beijing había alertado al centro de operaciones de Langley sobre la misión que había puesto en marcha el general Boxiong en Europa para recuperar la segunda nave de Heimdal. Rastrear con posterioridad los movimientos de los agentes había sido cosa de niños.

2011

4 de noviembre

Fort Detrick era el destino principal de Greg. Apesar de ello, la CIA había decidido mantener su puesto de responsabilidad, incluido despacho, en Langley. Cualquier precaución era poca en lo que a las investigaciones del americano se refería. Sus últimos descubrimientos habían conferido a la guerra biológica de EEUU una nueva dimensión, colocándole en la dirección del equipo que trataba de encontrar aplicaciones y soluciones prácticas para tres virus activos y otros once en estado de hibernación.

Greg supervisaba todo lo que se refería a las aplicaciones biológicas del Gobierno, incluido el Ejército. Por esta razón, cualquier movimiento de un país extranjero, aliado o no de los EEUU, era seguido con lupa por el equipo de Fort Detrick. Esa mañana, al despacho del Director General llegó un agente de la CIA con una carta certificada de tránsito interno. Cuando abandonó el edificio, Greg cerró la puerta y se sentó en su silla para leer, a solas, el contenido. Las noticias eran positivas. Suponían un duro golpe para él, puesto que el enemigo controlaba parte de los objetos que anhelaba. La investigación sobre el principal de los virus activos y su posible solución estaba ahora a expensas de ello.

El general Boxiong tenía en su poder dos de las ocho medallas con la Rosa de Olaf. Dos de ocho. No creía que el máximo responsable del Ejército Chino intuyera lo que esas piezas de metal escondían, aunque no podía descartarlo. El problema radicaba en la virtual imposibilidad de que la CIA se hiciera con ellas. Dos de ocho. Greg disponía de dos, más las copias que le había facilitado Hans de las que correspondían a la Señora Winter y su esposo y a su padre. Cinco en su poder y dos en manos chinas hacían un total de siete. La octava seguía en paradero desconocido. Era importante su

localización, pero primero debía hacerse con una copia de las de Boxiong. Con siete, podía aventurar alguna respuesta, a expensas de descubrir quién o quiénes eran poseedores del octavo de los pétalos de la Rosa de Olaf. Inmediatamente, Greg descolgó el teléfono y ordenó a su enlace en Langley que iniciase con urgencia el protocolo de activación de un operativo especial para obtener las medallas de Boxiong o una reproducción fiel. Con la voz más áspera de lo normal, aseguró a su interlocutor que quería resultados en menos de tres meses y colgó.

Greg se quedó sentado, mirando las fotografías de las cinco medallas que controlaba, intentando globalizar todo lo que su cerebro almacenaba en torno a aquellas piezas de metal. Alguien de su Gobierno había activado en su día una de las razones de Bormann, que seguía operativa y a la que no parecía que pudieran encontrar solución alguna. Mientras miraba una a una las fotos, cogió un lápiz y un papel y repasó, de nuevo, las letras de las medallas. Primero dibujó una Rosa de Olaf de cuatro dobles pétalos. Colocó una letra N en el medio pétalo derecho superior y dos letras R con una O en el medio pétalo derecho inferior. Eran las suyas, las que había heredado de su padre. Después, escribió la letra S en el medio pétalo superior de la izquierda y una R y una I en el medio pétalo central de la izquierda. Eran las medallitas de Anni y de su esposo, que tenían los números 7 y 8. Por último, dibujó las letras DI en el pétalo superior. Era la que pertenecía al Señor Hans, marcada con el número 1. Entonces, se detuvo y su mirada quedó fijada en la Rosa que acababa de dibujar. Las letras no tenían ningún sentido. Las combinaciones posibles que habían sido lanzadas por un ordenador, tampoco habían dado resultado. Necesitaba las medallas de Boxiong para acercarse a la solución final. Debía encontrarlas si quería detener la pandemia en la que se había convertido la "razón 3" de Bormann. Sabía, tras estudiar el Diario de Anni, que en las medallas se escondía el nombre de la verdadera Berneli y que eso podría aportar un gran avance a

la investigación sobre el enigma de ex Jefe de la Cancillería. En más de una ocasión había deseado que el jerarca nazi no hubiera fallecido, pero la situación ya no tenía remedio. Además, ahora le preocupaba también el hecho de que China pudiera llegar a averiguar el poder real que se escondía tras aquellas pequeñas medallitas. Para él, era más importante neutralizar esta posibilidad que detener el acceso de Boxiong a una tecnología que, por otra parte, tarde o temprano, adquirirían.

En cuanto a la Rosa de Olaf de la que todavía desconocía su paradero, le extrañaba que ni siquiera Hans supiera de su propietario. Había leído mil veces el Diario de la Señora Winter y no había encontrado el menor rastro, el menor indicio. Aunque a fuerza de leerlo una y otra vez, y a pesar de que le faltaban algunas hojas, creía haber descubierto quién poseía la dichosa medalla. Era sólo una intuición, una creencia sin pruebas determinantes, pero estaba seguro de que Anni había entregado una medalla a Berneli y lo había preparado para que desapareciera a la vista de todos. Hasta ahí, lo tenía claro. Pero, ¿qué había sido de aquella joven? La última pista sólida era su estancia en Valencia, junto al Señor Hans. Después, el más absoluto abismo. Ningún rastro documental sobre la joven. Ningún registro, ni alemán ni español, tenía constancia de la existencia de Berneli. No se documentó su muerte, pero tampoco volvió a dejar rastro de que estuviera viva después de 1945. Ni boda, ni hijos, ni defunción, ni empadronamientos, ni cruce de fronteras, ni pasaporte, ni documento de identidad. Nada. Si ella tenía la clave para solucionar el enigma de las medallitas y, por extensión, la "razón 3" de Bormann, iba a ser complicado encontrarla. Pero eso no sería impedimento para detenerle. Lo que estaba en juego era mucho más importante que su desfallecimiento. Él había dado con la clave para intentar solucionar los problemas biológicos que estaban produciendo millones de muertes en todo el mundo y no podía permitirse abandonar ahora.

1945

30 de enero

Hitler se encontraba en su habitación del búnker. Cada vez salía menos de él, pero además ese día se lo había prohibido Bormann. Nadie, salvo las secretarías del Canciller y de Eva, se encontraba a esas horas entre aquellas paredes insonorizadas. El Führer estaba agotado, con dolores en brazos y piernas, con terribles jaquecas y pérdida de la estabilidad. El doctor Haase no había suministrado a primera hora, como era costumbre, las dosis de medicina y drogas a Hitler. Fue una orden directa de Bormann.

La enfermera Erna Flegel había sido liberada del servicio durante unas horas y las puertas del búnker, cerradas desde el exterior. Nadie podía entrar ni salir. Nadie podía ver ni ser visto por el Canciller de Alemania. Nadie sabía que él estaba allí, casi enterrado entre muros de hormigón y hierro.

Eva se acomodó en una silla junto a Adolf, que permanecía tumbado en el sofá de la habitación, derrotado por su salud. Para tratar de atemperar los dolores, ella pensó que sería bueno escuchar la radio, la única ventana abierta a un Berlín lleno de escombros. Dio media vuelta al botón de encendido y, de forma automática, rodó el sintonizador, buscando una frecuencia con algo de música. Una, dos, tres, cuatro, seis, ocho. Todas parecían hablar. Todas parecían coincidir en un noticiario vespertino. Al final, decidió dejar una al azar. Volvió a su silla, junto a Adolf, le cogió la mano y permaneció junto a él.

— ¡Trabajadores alemanes, trabajad! ¡Soldados alemanes, combatid!
¡Mujeres alemanas, sed tan fanáticas como siempre! No existe nación que pueda dar más de sí. ...

Al oír esas palabras, ese tono, esa voz, Eva saltó de su silla. El locutor había anunciado un discurso en directo del Führer. Ella se había sonreído mientras miraba la cara decrepita de Adolf tumbado en el sofá. Era irónico que anunciaran algo así cuando ante sus ojos estaba el que un día dobló las rodillas de los franceses frente a la Torre Eiffel. Seguro que Goebels se había encargado de aquello. ¡En directo! Ni siquiera ella recordaba haber visto a Adolf preparar discurso alguno en los últimos días. Pero estaba escuchándolo. Tenía su mismo timbre cansado y su tono enfermo, aunque notaba en él un hilo de intensidad que no se correspondía con el día a día actual del Führer. De repente, Hitler se incorporó. Su débil voz se llenó de ira.

— Ese no es el Canciller. Ese no soy yo. Me han traicionado. Ha sido Bormann. Me quieren matar y aún estoy vivo. Voy a mandar fusilar a Martin. Alguien me suplanta sin mi consentimiento. Hablaré con las SS para que ...

El aumento del ritmo cardíaco, su repentina incorporación, la debilidad de su salud, la falta de medicamento, todo junto actuó en ese preciso instante para que Hitler cayera tendido sobre el sofá, inconsciente.

En la actualidad

5 de junio

Los dos agentes de Boxiong llegaron, por fin, a la puerta de la gruta. Junto a ella estaba el coche alquilado por Minerva y Stanley. Bajaron con gran rapidez del todoterreno, pistolas en mano. Frente a ellos se alzaba imponente una montaña rocosa cortada por la mano del hombre. Era una piedra oscura, maltratada por el tiempo y decorada en su base por una abundante vegetación que, no obstante, había sido incapaz de esconder la entrada al corazón de la tierra. Alrededor, el frío lo manchaba todo, convirtiendo en sombra el color cálido de la luz. En el pequeño espacio abierto que servía de antesala al cortado artificial, el sol no podía abrirse hueco y adelantaba la vida gris que se escondía más adentro.

Los dos mercenarios del SMS buscaron la entrada de aquel gran túnel sin perder ni un segundo. Observaron la existencia de una pequeña puerta oxidada, entreabierta y llena de maleza. Por encima de ella, el gran cerramiento de metal, semi oculto por décadas de abandono. Hasta tal punto olvidado, que podía haber permanecido desaparecido otros tantos años de no ser por la búsqueda que ahora llevaban a cabo. Al cruzar la puerta, uno de ellos tuvo que encender la linterna instalada en su móvil para poder iluminar el interior. Sus dimensiones eran extraordinarias. La entrada se abría en línea recta con una anchura cercana a los 30 metros. El suelo mezclaba asfalto y railes de tren, escondidos sólo al principio por algo de vegetación baja que poco después desaparecía ante la falta de luz solar. No se veía el fondo, quizás por la oscuridad o quizás por la profundidad. A derecha e izquierda aún permanecían en pie las casetas de vigilancia con los símbolos nazis en su base. Dos barreras bajadas debieron impedir en su día el acceso o salida a los vehículos que por allí circulaban, aunque ahora yacían paralizadas por el paso del tiempo. Mientras permanecían casi

petrificados por lo que sus ojos contemplaban, oyeron un fuerte ruido metálico que procedía del interior. Eso les despertó del éxtasis en el que se habían quedado y les hizo ponerse en marcha de nuevo. Se arrimaron a la derecha, junto a la pared de piedra, y comenzaron a andar, casi trotar, pistola en la mano y apuntando hacia delante.

Stanley se encontraba un paso por delante. Minerva iba detrás leyendo las anotaciones que habían realizado antes de salir del pueblo. Llegaron antes que nadie al interior de aquella cavidad y aprovecharon el tiempo de ventaja. Después de avanzar alrededor de 3 kilómetros, hallaron a la derecha la entrada a un túnel de pequeñas dimensiones. La joven leyó sus anotaciones y dio la aprobación. Los dos se introdujeron en él. El portón que daba acceso a ésta pequeña galería estaba cerrado con un simple pasador de hierro, de grandes dimensiones, que tuvieron que abrir empleándose a fondo. Una vez dentro, anduvieron diez metros hasta que Stanley se paró ante lo que parecía una nueva puerta. Enfocó con la linterna y descubrió en la derecha un sofisticado sistema de apertura al estilo de una caja fuerte. Giró su cabeza en busca de Minerva. Ésta se acercó, en silencio, y se quedó mirando. Cogió la linterna que Stanley llevaba en la mano y la enfocó primero hacia la puerta, después a la pared y, por último, a lo que parecía una antigua rueda de caja fuerte.

— Y ahora, qué. No tenemos ni idea de cómo abrir esto y tampoco el material necesario para hacerlo. Quizás deberíamos volver atrás y caminar más hacia el interior. No creo que este túnel lleve a ningún sitio.

— Sí, quizás tengas razón- contestó Minerva, que, no obstante, seguía enfocando la linterna contra la puerta.

Mientras Stanley esperaba un movimiento de ella, los ojos y la linterna de la joven se pararon en la esquina izquierda superior de la puerta. Se acercó

de forma pausada y limpió con sus dedos un pequeño trozo sobre el hierro. Enfocó de nuevo con la linterna y, sin prisa, volvió hacia atrás. Entonces, con una actitud de satisfacción, extendió su mano hasta coger al americano del brazo y acercarlo a ella.

— Mira eso, Stanley. Lee. En la esquina superior, donde alumbra la linterna. Pone “CHMU-567 Hamburgo”. Lo tenemos.

— Será el frío que hace aquí dentro. Por favor, detállame el hallazgo.

— No puede ser. No lo dices en serio. Tu amigo Grant nos indicó que se habían construido siete puertas acorazadas de la serie U-567 en Alemania en 1941. De ellas, seis las habían encontrado los rusos en el interior del búnker de Hitler en Berlín. Esta es la séptima.

— Muy bien, pero seguimos sin saber cómo abrir esto- contestó irónico Stanley.

— A veces pienso si no eres tan listo como parece
-indicó irritada Minerva-. Tu amigo Grant asoció esa puerta con uno de los grupos de números y letras que Anni Winter escribió en su Diario. Si no recuerdo mal, las letras giraban a la derecha y los números a la izquierda.

Mientras Stanley sostenía la linterna, ella buscó entre aquel texto las claves que había dejado escritas el Ama de Llaves de Hitler. Cuando las tuvo delante, se aproximó a la rueda con aspecto de Caja Fuerte y aplicó la clave: 7100HM. Estaba nerviosa, pero también convencida de que el Diario era la entrada a lo que había tras la puerta. Durante un par de segundos, la cabeza de la joven recordó mucho más de lo que hubiera imaginado. Fue un espacio de tiempo eterno, inacabable, en el que la oscuridad del túnel lo ocupó todo. Al final, un pequeño “click” rompió la tensión que anegaba a ambos. Los dos se echaron hacia atrás, expectantes. Tras unos segundos

de espera en los que nada ocurrió, Stanley se acercó hasta la rueda que sellaba la puerta, la agarró con las dos manos e intentó girarla. Con un esfuerzo que, por momentos, parecía iba a hacerle estallar las venas del cuello, el americano logró moverla hasta que hizo tope. Entonces, tiró de ella hacia atrás y la puerta inició su desplazamiento lento pero continuado.

El jefe Greg entró después de que los soldados se aseguraran que la habitación estaba limpia. Unos cristales aislaban el habitáculo del exterior, por lo que no encendieron las luces. Los dos hombres con traje tenían aún la respiración entrecortada. Guardaron las pistolas en el interior de sus chaquetas e inhalaron aire con profundidad. Un par de soldados permanecieron de pie junto a la entrada, con sus fusiles en guardia. El tercero se mantuvo tras los agentes, cubriendo su retaguardia. Ahora sólo había que esperar, controlar bien la zona y desear que los acontecimientos se desarrollaran dentro de los parámetros previstos. No obstante, el jefe Greg ordenó a los soldados que doblasen la vigilancia en previsión de que pudieran aparecer los agentes chinos.

1945

19 de abril

Bormann había preparado todo con un detallismo extremo. Sólo él y dos personas más sabían lo que allí se iba a producir. Para levantar el ánimo del Führer el día antes de su aniversario, el Jefe de la Cancillería había previsto una breve salida del máximo mandatario alemán por el exterior del búnker. Aprovechó el final de las horas de sol para el paseo de Hitler, justo cuando la lluvia de bombas parecía remitir en intensidad. Ordenó que tan sólo le acompañase Eva.

Alas seis de la tarde, ambos subieron por las escaleras hasta la salida a lo que, en un tiempo no tan lejano, fue una zona ajardinada. Los pasos del Führer eran cortos, lentos e iban acompañados siempre por la apoyatura del delicado brazo de ella. Cuando estuvieron fuera, se dirigieron hacia la zona exterior del jardín, a la derecha. Los bombardeos aliados habían cesado y el ruido de fondo correspondía a los ecos del avance ruso, que se encontraba ya en las afueras de la ciudad. Hitler recordaba con tristeza la fuerza de su voz, la energía de sus gestos, la cautividad de su mirada. Hacía menos de cinco años que su sola presencia hipnotizaba a los ciudadanos. Ahora, nada de eso quedaba en el prematuro cuerpo decrepito y envejecido del Canciller. Sin embargo, Eva mantenía la belleza y la dignidad que le habían caracterizado siempre. Era el único aliento que aún conservaba con vida al dirigente alemán.

Ya no le importaba ni el traidor de Himmler, de quien sabía que intentaba negociar con los Aliados por separado, ni el orondo y drogadicto de Goering, quien también ansiaba su puesto en un hipotético Gobierno de transición. Él sabía que ninguno de ellos sería aceptado por Eisenhower. Estaba ya todo preparado y ellos no formaban parte del guión. Por eso

prefería recordar. Recordar el verde que impregnaba las calles de su Berlín, el rojo de las banderas del partido en todos los edificios oficiales, el negro de las botas de los soldados desfilando a cada victoria. Sabía que no iban a ser más que recuerdos a partir de esa mañana. Intuía que no volvería allí nunca más. En realidad, iba a morir. Quizás no de forma física, pero sí su alma.

Al llegar a la esquina del jardín exterior, un coche Mercedes 170, bastante menos llamativo que su habitual 770, abrió la puerta. De su interior salió un hombre vestido de civil que no pronunció ni una sola palabra ni realizó ni un solo gesto. Ni siquiera el habitual saludo que todo el mundo hacía al Führer con el brazo en alto. Se acercó a la puerta derecha trasera, la abrió y permaneció de pie junto a ella. Hitler y Eva esperaron a unos dos metros del coche, expectantes ante lo que iba a ocurrir. De dentro del automóvil salieron dos personas. Primero él, con su uniforme de Canciller, sin cinturón, apoyado sobre un bastón, envejecido, encorvado y mostrando un llamativo y espasmódico movimiento en su mano derecha. Detrás ella, seria, rubia, con una dignidad elegante, pausada, perfecta hasta en el tocado del pelo. Era ellos. Estaban frente a frente, en silencio, mirándose a los ojos. Hitler y Eva se quedaron callados. Era la primera vez que uno de esos dobles que circulaban por Alemania se situaba ante a sus ojos. Se reconocieron en aquella pareja, en sus ropas, en sus caras, en sus gestos, en sus arrugas. Estaban sorprendidos, abrumados. Eran ellos mismos, tan perfectos, tan iguales, tan idénticos. Nadie se movió de su posición. Ninguno de los cuatro parecía respirar. Estaban sobrepasados por la situación, viviendo un momento que nunca creyeron posible. Al final, el verdadero Hitler fue quien dio el primer paso. Se adelantó hacia su propio yo y se quedó mirándolo, fijamente, a los ojos, como si quisiera darle fuerzas para lo que estaba por llegar. Mientras lo miraba, se vio a sí mismo como en un espejo, real, vivo, desdibujado por las derrotas, abatido por las traiciones, envejecido por el

trabajo de luchar contra el mundo. Se dio cuenta de que no sentía pena por aquella persona, por el destino que le esperaba. Sentía lástima por él mismo, por la situación a la que había llegado, por la sombra en la que se había convertido. Ante sí tenía un espejo que le devolvía la imagen real de lo que ahora representaba. En ese preciso instante se sintió derrotado. Una sensación nueva, definitiva, que todavía le deprimió más en sus pensamientos. Quizás no debiera haber hecho caso a Bormann y haber afrontado él su propio final, el de todo cuanto había construido.

— Adolf, debemos marcharnos ya. -Aquella voz dulce de Eva le devolvió de nuevo a la realidad.

Hitler pareció despertar de su ensimismamiento. Volvió a Berlín, a oír el eco del avance ruso, los sonidos de las llamas que consumían edificios, los gritos lejanos de la gente. En un arranque de sinceridad, alargó su mano derecha hacia su otro yo, o hacia él mismo, o hacia alguien cuya vida había dejado también de existir. Hitler estrechó la mano de Hitler mientras miraba a sus ojos, a los de él, a los de nadie.

— Gracias. Alemania estará en deuda eterna con Usted. Siento, desde lo más profundo de mi corazón, que ambos representamos ahora lo mismo. Somos lo mismo, somos una sola persona. Gracias de nuevo y le deseo mucha suerte. - indicó el Canciller, quien había recuperado el tono de dignidad que le había caracterizado hacía años.

— Gracias, mi Führer.

Después de subir al automóvil, el hombre vestido de civil cerró la puerta y volvió al asiento del copiloto. Bajó la ventanilla, habló durante cinco minutos con Martin Bormann, que había acompañado en un discreto segundo plano a la pareja, y ordenó poner el coche en marcha. Le esperaba un largo viaje hasta Heimdal. Antes de arrancar, se incorporó al asiento del copiloto una

cuarta persona. Se trataba de un religioso vestido de civil.

— Adolf, este es mi regalo para los dos. A la salida de Berlín, el coche se detendrá durante 15 minutos. Aprovechad entonces para formalizar ante esta persona vuestra unión. Convierte a Eva, por fin, en tu esposa.

— Gracias Martin. -Hitler apenas pudo susurrar una palabra más entre el aluvión de sentimientos que le invadió. Mientras, Eva cogió la mano de Adolf visiblemente emocionada.

Mientras el coche se alejaba, Martin hizo una señal con su brazo y comenzó a andar con tranquilidad hacia el búnker. Cuando llevaba recorrido medio trayecto, paró, se giró hacia atrás, y observó a los falsos Hitler y Eva saliendo de la esquina y caminando a paso lento, apoyado él en el cuerpo de ella. Esperó a que llegaran a su altura, saludó con el brazo en alto y dejó que pasaran delante. Cuando superaron su posición, el Jefe de la Cancillería bajó el brazo y esbozó una leve sonrisa mientras miraba a aquella pareja cómo se aproximaba a la entrada del búnker. Sin duda, todos coincidirían en que el paseo vespertino había animado de forma notable a Hitler, mejorando su rostro y hasta su salud.

En la actualidad

5 de junio

Los dos corrieron por el pasillo hasta que una intensa luz adelantó el final del túnel. Cuando llegaron, un enorme espacio se abrió ante sus ojos. Estaba iluminado con potentes focos proyectores distribuidos por distintos puntos de la sala excavada en la roca. Aquel lugar era inmenso. Tanto como para albergar en su interior la sorprendente aeronave que tenían ante ellos. Era ovoidea, de grandes dimensiones, brillante. Se hallaba apoyada sobre tres enormes prolongaciones de acero a modo de patas que se unían al suelo a través de ruedas. En la zona exterior había también cuatro pequeñas torres de metal que sostenían la inmensa estructura. En un extremo, junto a una de las torres, estaba colocada otra más ancha con escaleras que permitían llegar al ala única y circular. Las escaleras terminaban en una pasarela de acceso al cuerpo central, de forma semiesférica y acristalada, en donde había un hueco abierto que parecía dibujar la puerta. Sin decirlo, los dos pensaron casi a la vez que se encontraban ante un platillo volante como los que se hicieron famosos en los años cincuenta.

El resto de la sala estaba llena de máquinas y herramientas mecánicas. Pero no había nadie. El único ruido que se podía escuchar era el propio eco de los movimientos que realizaban los dos. Un sonido helado, seco, que golpeaba contra las frías paredes de roca y retornaba acuchillando el aire y penetrando en sus cabezas con una sensación de horror al vacío. Parecía que el tiempo se hubiera detenido y hubiera hecho desaparecer a quienes allí trabajaban.

Estaban paralizados, mudos, asombrados, casi en estado de shock. Minerva hizo el primer amago de avanzar hacia delante, pero fue Stanley quien dio el

paso. En el preciso instante en el que se volvió hacia ella para indicarle lo que iban a hacer, oyeron un fuerte golpe metálico que provenía del túnel por el que habían accedido a la sala. Sorprendidos, se echaron hacia el lado mientras oían una detonación seca, primero, y un silbido sordo, después. Eran disparos. Sin apenas tiempo para pensar, el americano y la joven reconocieron el peligro ante el que se encontraban y la posibilidad de que sus perseguidores les hubieran localizado en el interior de aquella especie de hangar. Stanley cogió del brazo a Minerva para que corriera hacia las escaleras de acceso a la aeronave. Él se colocó detrás de ella mientras sacaba su pistola e intentaba cubrir la retirada.

Cuando, a trompicones, habían recorrido la mitad de la escalera, aparecieron por la pequeña puerta del túnel los dos agentes de Boxiong. Stanley les disparó una, dos, hasta tres veces, forzándoles a ponerse a cubierto entre la maquinaria dispersa por el hangar. Al momento, volvieron los disparos, esta vez del lado de los dos alemanes. El sonido de las detonaciones rebotaba por toda la sala con especial intensidad y algunos disparos comenzaron a acertar en la estructura de hierro. Minerva y Stanley aceleraron el ritmo de subida. En un pequeño descuido, la joven notó cómo se le caía el Diario unos escalones más abajo. Intentó retroceder hasta donde yacía el texto, pero el americano impidió que lo hiciera. Era un suicidio. Debían correr escalera arriba para llegar a la entrada de la aeronave. Ella no hizo caso. Entre una lluvia de balas, retrocedió cuatro escalones, se agachó con rapidez y recogió aquel retazo de la vida de Anni. No podía perder la única clave que quizás le arrojará algo de luz a su propio pasado. Arriesgaba su vida, pero recuperaba la única pista fiable sobre su abuela. Durante la espera, una bala alcanzó el brazo del americano. Ella notó cómo Stanley le soltaba y se giró de inmediato. Vio la sangre en su ropa y pareció recuperar por momentos la cordura. Los disparos continuaban. Le cogió con fuerza del brazo sano y le obligó a correr hacia la nave.

Cuando lograron llegar al final de las escaleras, con la respiración entrecortada y jadeante por la velocidad con la que habían ascendido, se echaron al suelo tratando de protegerse de los proyectiles. El cuerpo del americano se curvó hacia la derecha, lanzó la mano izquierda sobre la herida y el dolor inicial arrugó las facciones de su cara. La bala había desgarrado de forma superficial la piel del antebrazo, sin llegar a dañar músculos ni hueso. Pero la situación se había complicado tanto que parecía que todo iba a acabar allí mismo, alcanzados, esta vez sí, por alguna bala mortal de sus perseguidores. Ya no tenían muchas oportunidades para poder escapar, por lo que ambos asumieron su destino.

Fue el instinto lo que llevó a Minerva a cubrir con su cuerpo el de él e intentar proteger la herida sangrante. Notó entonces cómo sus corazones latían con más intensidad que nunca, con una fuerza que traspasaba la piel de ambos. En ese instante pensó también en Dieter. Había llegado hasta Heimdal impulsada, en gran medida, por un firme deseo de venganza, de poner cara al asesino de su amigo. No era descabellado pensar que alguno de los que ahora disparaba contra ella había acabado con él. Pensó que era irónico que fuese a terminar casi igual. Todo lo que había hecho desde hacía un par de meses no iba a servir para nada. Una bala la mataría a ella sin haber podido vengar a su amigo. Ni siquiera iba a poder insultarle a la cara antes de morir.

En ese preciso momento, cuando peor estaba la situación, un eco ensordecedor, de disparos de armas de repetición, irrumpió en la sala. No veían de dónde provenían, aunque iban dirigidos contra los dos hombres trajeados. Durante algunos minutos, se produjo un intercambio prolongado de disparos hasta que uno de los agentes de Boxiong fue alcanzado por las desconocidas balas. Minerva, aún sobre el cuerpo herido de Stanley, intentó poner orden en su cabeza ante la inesperada situación con la que se habían encontrado. No estaban solos. Alguien los había observado todo el

tiempo y acudió en su ayuda cuando los agentes del general estaban a punto de matarles. Nada le aseguraba que trataran de asesinarlos también a ellos después de liquidar a los agentes de Boxiong. No sabía en quien confiar. No sabía de quién debía protegerse.

1945

22 de abril

Bormann habló a primera hora de la mañana por teléfono. Mientras todos los residentes en el búnker parecían nerviosos, él mostraba una seguridad y aplomo que llamaba poderosamente la atención. Al otro lado del hilo telefónico, el Doctor Stumpfegger, que ya había realizado experimentos científicos de diversa consideración, además de notables estudios genéticos, confirmó la conclusión del proyecto, para mayor satisfacción del Jefe de la Cancillería. Antes de la fecha fijada por el Alto Mando Aliado para el final de Alemania, Bormann debía tenerlo todo atado. Y parecía que iba a ser así.

Durante los últimos meses, desde noviembre del año anterior, el hombre de confianza de Hitler había buscado una mujer sana, de rasgos arios y de entorno a la veintena. Cuando creyó que había encontrado lo que perseguía, le aseguró su supervivencia más allá del final del conflicto a cambio de un tratamiento médico específico que llevaba aparejado su embarazo. Tendría dinero, un hogar y alimento suficiente para garantizar su supervivencia. Del resto se encargó el equipo médico del Doctor Stumpfegger.

Siete años atrás, cuando la limpieza étnica emprendida por Himmler llegó al entorno del Führer, la Señora Winter, que se había encariñado con la pequeña Berneli, de origen judío, convenció a Bormann para que no fuera deportada al Campo de Concentración y se criase cerca de ella. Y así fue durante todos esos años. Martin, que no tenía el delirio racial de Himmler, se encargó de cambiar la partida de nacimiento y toda la documentación relativa a su origen, además de proveerla de unas raíces genuinamente alemanas. Ahora, la joven Berneli, que sentía amor maternal por Anni, debía cambiar de identidad para asegurarse su supervivencia más allá de la

guerra. Y esa era también la obsesión del Ama de Llaves de Hitler, que no estaba dispuesta a ver sufrir a aquella hija adoptiva por ninguno de los conceptos. Bormann le ofrecía la posibilidad de sobrevivir y Anni se agarró a ello como una única tabla de salvación. A cambio debía consentir tan sólo algunas pruebas médicas y un embarazo de la persona que ella misma eligiera.

El Jefe de la Cancillería, junto al Doctor Stumpfegger, se había obsesionado desde 1943 por la genética aplicada a seres humanos. Los avances habían sido considerables, aunque no tanto como él deseaba. La introducción de pocos cambios en el código genético de una persona podía generar secuencias únicas, heredables a partir de la primera concepción, y con la posibilidad de definir la personalidad y el comportamiento de esas personas. Aún no dominaban la posibilidad de dibujar los rasgos físicos de los individuos, pero lo más importante ya estaba conquistado. Aquella joven era su demostración y, a la vez, su secreto. Otras mujeres de su edad habían fallecido con anterioridad en los ensayos del Doctor, pero su muerte no había sido en balde. La programación genética permitiría controlar el proceso de una forma segura durante toda su vida.

El 22 de abril las dos personas que estaban al teléfono sonrieron y se felicitaron por el anuncio del esperado embarazo. Ahora estaba ya todo atado, por varias generaciones. Apartir de ese momento, Bormann se dedicó en cuerpo y alma a los preparativos del viaje. Debía también tutelar el final de Hitler y de Eva, pero eso había entrado ya en una fase automática, controlada por las drogas que suministraba el Dr. Giesing en el búnker. Desde ese día, la desbandada general comenzó a anidar en la cabeza de todos los presentes. Los proyectiles rusos no cesaban de caer en la Cancillería y ya nadie creía en los esfuerzos del IX Ejército para acudir en ayuda de Berlín. La caída era sólo cuestión de horas.

Goering preparaba su huida en camiones, con las posesiones que había podido ir robando durante los últimos meses; Himmler y Speer hacían lo propio una vez comprobada la inutilidad de la resistencia; los generales que solían estar presentes en las audiencias del Führer en el búnker, ya no volverían más. Sólo Bormann y Goebbels se mantuvieron junto a Hitler, aunque cada día sorprendía más la tranquilidad del primero y menos la angustia del segundo.

En la actualidad

5 de junio

Los disparos se habían detenido. De nuevo el silencio cubría aquel inmenso hangar. En una rápida decisión, Minerva y Stanley aprovecharon el momento para arrastrarse por la estructura metálica hasta la entrada a la nave.

Cuando estaban traspasando la puerta, el fuego cruzado se reanudó. El miedo y la precaución los dejó echados en el suelo hasta que, de nuevo, cesó el tiroteo.

La joven no lograba sacudir de su cabeza al asesino de Dieter. Sentía un dolor profundo en el pecho mientras mil recuerdos seguían en su mente. Estaba casi segura de que las personas que habían disparado contra ellos eran las mismas que habían matado a su amigo. Deseaba que el silencio de las balas significara su muerte. Era un sentimiento confuso. Estaba satisfecha de que pudiera haber desaparecido, pero eso no le devolvía el recuerdo alegre de Dieter. Él creía haber descubierto la importancia del Diario y ella estaba a punto de hacerlo. Así que creyó que le debía, en parte, llevar a buen término su misión. Ese pensamiento fue el que recompuso su ímpetu inicial.

Minerva dio el primer paso. Tras ella, Stanley. Se incorporaron con rapidez y se dirigieron hacia el interior, no sin que antes él cerrara la puerta de acceso. Aún oyeron algunas balas volando por el exterior de la nave, aunque el eco metálico de los disparos se apagó en apenas unos minutos. Caminaron alrededor de diez pasos y giraron a la derecha a través de un arco de hierro sin puerta. Entonces, descendieron tres escalones y la luz se encendió. Los ojos de ambos quedaron petrificados. Aquello no era una nave de transporte de pasajeros.

Ante ellos se mostraba en perfectísimo estado de conservación una especie de laboratorio farmacéutico, o médico, o las dos cosas a la vez. Todo brillaba y carecía de suciedad. La intensidad del blanco que la presidía hacía de aquel espacio un entorno frío, metálico, sin alma, sin vida. Parecía no haber estado nunca en desuso, pero no había ni rastro de actividad humana en esos momentos.

— Esto no tiene sentido -indicó Stanley con cara de preocupación-. Esta nave no fue diseñada para el traslado masivo de personas, sino como un laboratorio médico ambulante. Está todo colocado en perfectas condiciones, estructurado, almacenado. Pero no tiene sentido -volvió a repetir algo aturdido-. No tiene sentido que esté tan bien conservado. O mejor, que parezca estar en funcionamiento.

— Tienes razón. Pero aquí nada lo tiene. ¿acaso no te has parado a pensar por qué las luces de esta sala están encendidas?, o ¿por qué nada parece estar sin un orden preciso?, ¿o de dónde han salido los disparos que han acabado con las personas que nos seguían?, ¿o por qué esas mismas balas no se han dirigido contra nosotros? Nada. Si no se podía acceder a esta especie de hangar en el interior de una montaña, si la única forma de llegar hasta aquí era con la clave que venía en el Diario de Winter, ¿por qué me da la sensación de que alguien nos esperaba? -Minerva contestó al americano con un tono de agudeza mayor que el de él.

Los dos comenzaron a moverse por el interior del laboratorio para intentar encontrar alguna respuesta a las preguntas que se les acumulaban en sus cabezas. Comprobaron el instrumental, los aparatos de precisión, las muestras depositadas en algunos recipientes. Todo aquello había sido usado hacía poco tiempo. La luz blanca que presidía el habitáculo iba penetrando en las cabezas de los dos lanzando preguntas y emborronando las pocas certezas con las que habían llegado hasta allí. En el lateral

izquierdo del laboratorio, Stanley encontró una serie de cajones apilados en tres columnas, uno sobre otro, componiendo una pared de blanco nuclear. Abrió uno de ellos, el que tenía a la altura de su mano derecha, y observó infinidad de fichas. Decidió detenerse a rebuscar entre ellas y observó que se habían dividido en dos: las que hacían referencia a las características de una enfermedad y las que trataban de explicar su cura y las fases que la precedían. Cerró el cajón y abrió casi a la vez el otro, éste a la altura de su pecho. Empezó a pasar con cierta premura las fichas almacenadas hasta que, al azar, se detuvo en una de ellas. La extrajo y se puso a leerla por encima. Aquellos apuntes hablaban de genética. No es que fuera experto, ni siquiera tenía conocimientos elevados de este tema, pero por lo que había estudiado, aquellas anotaciones hablaban de códigos genéticos. Entonces recordó que también la medicina alemana durante la Segunda Guerra Mundial trató de profundizar en el tema, aunque no tenía constancia de que se hubieran hecho grandes progresos. En cualquier caso, le llamó la atención hallar este tipo de estudios en una nave de esa época.

Mientras tanto, Minerva se dedicaba a buscar en cajones y recipientes que encontraba por aquí y por allá. Estuvo a punto de llamar a su compañero, pero declinó ese pensamiento ante el alud de posibilidades que se abrían después de comprobar que, junto a instrumental de la época se encontraba también material del presente siglo. Ya no le cabía la menor duda. Aquel lugar era usado de forma habitual por científicos y equipos de investigación de un país occidental actual.

El americano cerró el cajón y dio algunos pasos más hacia la izquierda. Su curiosidad se detuvo ante una doble puerta de cristal translúcido. Observó el cierre y el sellado de goma alrededor de ambas hojas, de lo que dedujo que se trataba de algún aparato de refrigeración. Tras palpar con cuidado el cristal y el aluminio que lo enmarcaba, se decidió a abrirlas. Tal y como había imaginado, el interior se mantenía a muy baja temperatura, con grandes

baldas de lado a lado y de arriba abajo que conformaban una estructura de espacios cuadrangulares no conectados entre sí. Cada uno de ellos estaba cerrado, a su vez, por puertas de cristal con etiquetas y anotaciones entre las que se podía distinguir el interior de aquellos espacios, llenos de botes, probetas y tubos de diverso tamaño. Miró por encima alguno de ellos hasta que se detuvo en el tercer espacio de la derecha, en el cual había una etiqueta amarilla pegada al cristal donde se podía leer la palabra “activo”. La anotación había sido realizada a mano. Debajo de esa palabra se había escrito “1957. Gripe China”. En mayúsculas, en la parte inferior y con letras de color rojo se anotó “controlada”. La lectura de la etiqueta produjo cierta sorpresa en Stanley, pero de forma instintiva y veloz se dirigió hacia los otros dos mini armarios que contenían también etiquetas amarillas. En el que estaba más hacia la izquierda se podía leer de nuevo la palabra “activo”, con un tipo de letra diferente a la anterior pero también efectuada a mano. Bajó de forma acelerada la vista y leyó la frase “1968. Virus A(H3N2)”. Y al igual que las veces anteriores, se había escrito en rojo la palabra “controlado”. Con mayor rapidez, se dirigió a la última de las puertas con etiqueta. Se quedó leyéndola y su rostro fue tornándose blanco mientras las pupilas de los ojos se dilataban más y más.

— Minerva, ven aquí.

Su voz sonó fuerte, seca, retumbando entre las paredes metálicas de la aeronave. El sonido de esas tres palabras provocó una inmediata reacción de la joven, que sintió una punzada de miedo en el cuerpo. Giró su cabeza al instante y, con la veloz reacción que en ella era habitual, se dirigió hacia la posición donde se encontraba Stanley. Al llegar a su altura, él le cogió del brazo, por el codo, y le hizo un leve gesto para que se acercara todavía más hacia aquellos armarios de cristal.

— Mira, lee esto. Las anotaciones en el papelito amarillo.

— “activo”. “1958. VIH. El Congo.” “Sin controlar. Clave: La persona de la Rosa de Olaf.”

Su cara se bloqueó. Sus músculos se tensaron de tal forma que era incapaz de moverse, de articular palabra, de volverse hacia su compañero. La sangre comenzó a circular por sus venas a una velocidad inusual y los niveles de adrenalina subieron hasta extremos poco habituales en ella. Tras unos segundos en los que el silencio lo ocupó todo excepto el pulso de su propio corazón, la mano izquierda rozó levemente la medallita que llevaba colgada al cuello mientras enviaba la derecha en dirección hacia el armario. Quería abrirlo, leer lo que ponía en las etiquetas de los botes y tubos de cristal del interior. Necesitaba tener más datos que pudieran quitarle de la cabeza aquellos pensamientos que aún la bloqueaban. Quería conocer, saber más.

— No abras ese armario, Minerva. -La voz sonó grave, con intensidad, pero sin violencia. Ella desconocía por completo de quien se trataba, pero notó que en su entonación había un acento americano. De forma intuitiva, se detuvo y giró su cuerpo hacia atrás, casi a la vez que Stanley.

— ¿Greg? Pero ¿tú? Cómo ... Qué haces aquí ... ¿Por qué sabes su nombre? -Stanley parecía descompuesto, sorprendido. La sangre se le había helado mientras su compañera se quedó mirándolo desconcertada.

1945

30 de abril

La atmósfera en el búnker era irrespirable. No por la falta de aire fresco, que también, sino por el hundimiento total del personal que durante las últimas semanas había acompañado al Führer. Bormann subía y bajaba por las escaleras de entrada para organizar el cierre de aquella etapa. Se permitió a la mayor parte del servicio que saliera de la zona y huyera de la capital ante el cada vez más cercano y terrorífico ejército de la URSS. Las noticias sobre las atrocidades con las que avanzaban las tropas a su paso por suelo alemán recorrieron Europa entera y crearon un lógico desasosiego en los ciudadanos de la capital del Reich.

Los estrechos pasillos de hormigón eran un continuo trasiego de gente histérica que no atendía a razonamiento alguno ni a órdenes de ningún tipo. Bormann dejaba hacer, más pendiente de su propia fuga que de facilitar la de los demás. Después de dejar a un soldado vigilando las llamas que consumían el cuerpo del Canciller, se dirigió hacia el despacho de Hitler y se dispuso a hacer dos llamadas. En esta ocasión, desestimó la presencia de la secretaria, puesto que de lo que iban a hablar él y su interlocutor era secreto de Estado. En primer lugar, Martin llamó a Stumpffeger.

— Ha muerto ya. En estos momentos, su cuerpo y el de ella son pasto de las llamas en el jardín. Si alcanzan a desenterrar sus restos, no podrán identificarlos bien y confirmarán la muerte, tal y como está planeado. - Bormann se detuvo un instante en este punto. Se sentía satisfecho del resultado de toda la Operación. Él había sido artífice del final del Régimen e iba a ser artífice del Nuevo Estado. Ahora, necesito que te reúnas conmigo para preparar la inmediata salida. Alo más tardar, mañana tenemos que estar camino de Noruega.

— No sé si debíamos haber esperado tanto. Los rusos están cerca del río Spree y en breve cercarán el Reichstag -contestó nervioso el médico.

— Cállate, Ludwig. Tenemos que salir de inmediato de aquí. Él ya estará volando ahora mismo hacia EEUU y nuestra aeronave nos espera preparada y dispuesta para dentro de tres días -respondió enérgico Bormann.

— Espero que así sea, Martin, espero que así sea ...

El Doctor Stumffeger colgó el teléfono y, nervioso, se dirigió con rapidez hacia la puerta de la habitación. Antes, preparó una pequeña maleta de mano donde había introducido lo indispensable para el viaje. Miró un instante hacia atrás, en silencio, apoyado en el marco de la puerta. Su cabeza se evadió durante unos segundos. Pensaba en medicina, pensaba en batas blancas, pensaba en tubos de ensayo. No le venían otros recuerdos a la cabeza. De repente, una nueva explosión lo sacó de su sueño. Los rusos habían acabado ya su descanso y volvían a llenar de obuses las calles del centro de Berlín. Se volvió de forma precipitada y se dirigió escaleras abajo. Antes de subir al sidecar que le esperaba, se aseguró de que los proyectiles no amenazaban su huida. Metió el maletín con cuidado y después se introdujo él mismo en aquel vehículo estrecho y desprotegido que tanto había circulado por Alemania.

Bormann cerró la puerta del despacho. Su rostro reflejaba preocupación, pero era una mirada diferente al resto. Estaba seguro de lo que hacía. Daba instrucciones con tono enérgico. Cuando vio salir a la mayor parte de las secretarías fuera del bunker, decidió que había llegado su momento. Atrás dejaba a algunos miembros del servicio, soldados y mandos aún desorientados, pero no podía hacer más por ellos. Subió las escaleras sin mirar atrás. Recibió algún empujón descontrolado de miembros de las SS que entraban y salían, pero no hizo caso. En el otro lado del ruinoso jardín le

esperaba un pequeño coche, negro, humilde. Avanzó hacia él. Cuando llegó a la altura del foso en el que aún ardían dos cuerpos, se detuvo un instante. Estaba serio. Sus ojos se quedaron fijos a pesar del eco de los proyectiles que estallaban en toda la ciudad. En ese instante tuvo un leve recuerdo. Se apiadó de aquellas dos personas que habían muerto hacía varios años para convertirse en lo que al final todos creyeron que eran. Ahora habían desaparecido del todo. Sus labios, en un insólito gesto de Martin, murmuraron, con un sonido tenue, palabras de gratitud.

Una hora más tarde, los vehículos de Bormann y Stumpfegger habían quedado abandonados en mitad de la ciudad. El doctor se introdujo en la boca del metro y caminó hasta la estación de Friedrichstrasse. Allí le esperaban el jefe de la Cancillería y el chófer de Hitler, Erich Kempka. Los tres se miraron unos segundos y estrecharon de forma fugaz sus manos. La tensión crecía por segundos.

— Tranquilos. Está todo preparado. Una columna de tanques Tiger nos escoltará hasta la avioneta. Después, nos esperan en Noruega los billetes para los EEUU y para la libertad.

— ¿Quién nos garantiza que los americanos cumplirán su palabra? -contestó Stumpfegger con cierta precipitación.

— Parece mentira que pienses que no lo tengo todo atado. Hace meses, incluso años, que sabemos que vamos a perder la guerra. ¿Crees que soy como el tonto de Himmler? Nosotros no viajaremos solos. Tengo suficientes razones, por llamarlo de alguna forma, para vivir el resto de nuestra vida sin preocuparnos de nada. Y sólo yo sé cómo desactivar esas "razones". La genética nos ha dado la posibilidad de programar el futuro. ¿Acaso no lo llevas estudiando hace años? Ese es el verdadero poder, lo que nos hace invencibles. Creemos que todo a nuestro alrededor es casual, fruto de una historia que se construye día tras día. Pero no. No es cierto. Ahora sabemos

que es posible controlar la ideología, las capacidades, las enfermedades, las vinculaciones sexuales, afectivas, emotivas de una persona antes de que nazca. Lo hemos logrado. Bueno, lo podremos comprobar en los próximos años y décadas. Una programación en función de nuestras necesidades. Ese es el camino en el que debemos continuar, porque nos mantendrá en el poder que anhelamos. Tenemos las “razones” y tenemos el medio para desactivarlas. No creo que debas preocuparte por nada en absoluto.

— Lo sé -contestó el doctor con cierto nerviosismo. Espero que las “razones” que yo te he fabricado y que tú debes proteger garanticen nuestro futuro. Ahora mismo sólo espero eso.

— Esas “razones” nos avalan el cumplimiento del pacto al principio. Después, seremos más que necesarios para construir la nueva Alemania, a la sombra de EEUU o de quien sea, pero organizada por nosotros.

Bormann cogió por el antebrazo a Kempka, que había permanecido callado todo el rato, y lo dirigió hacia la salida de la estación del metro. Los tres se pusieron en marcha al instante, en silencio, escuchando sólo el latido de sus corazones mientras alrededor todo era ruido. Ruido de obuses, de vehículos acorazados, de gritos de lamento, de gritos de dolor, de escombros cayendo por las calles, de órdenes en alemán, en ruso, en inglés, de niños llorando, de mujeres gritando, de botas, de cristales, de ametralladoras, de aviones. Todo era un caos. Y en medio del caos, el jefe de la Cancillería lo tenía todo bien ordenado. Cuando salieron por las escaleras del metro, les esperaban tres tanques Tiger en hilera, junto a dos filas de soldados alemanes, más bien niños, que se disponían a defender el convoy. Los tres se pusieron detrás del último de los vehículos. Stumpfegger se subió a grupas sobre el tanque, lo mismo que Bormann, mientras que Kempka prefirió ir a pie al costado del blindado. Entonces, uno de los oficiales dio la orden y la fila emprendió la marcha en dirección al puente Weidendammer, en medio de la

avenida Invalidenstrasse. La salvación estaba a tan sólo veinte minutos de allí. Bormann repasaba en su cabeza cada uno de los detalles de la operación, incluida la aeronave y su contenido.

El fuego de mortero se oía por todas partes. De pronto, empezaron a cruzarse silbidos de balas junto a los tanques, pero éstos no se detuvieron. La columna siguió su marcha. El doctor y el jefe de la Cancillería se agacharon sobre el vehículo, sin bajarse de él, ante el temor al impacto de algún proyectil. Cuando hubieron recorrido apenas cuarenta metros, Kempka giró su cabeza al oír el grito de uno de los soldados. Vio cómo caía al suelo, con lentitud. En el momento justo en el que tocó tierra, una fuerte explosión lo lanzó por los aires. El obús ruso había impactado en la torreta del Tiger donde iban Stumpfegger y Bormann. El estruendo dejó sordo y aturdido a Kempka, en el suelo, al igual que a los soldados más cercanos al carro de combate. No fue suficiente para destrozar el vehículo, pero lo invalidó para continuar la marcha.

Uno de aquellos jovencísimos soldados se acercó al cuerpo del ex conductor de Hitler. Estaba en el suelo, boca arriba. Kempka veía cómo se movían unos labios frente a sus ojos pero no podía oír nada. No escuchaba nada. Era un silencio absoluto. El joven le ayudó a ponerse en pie, con dificultad, mientras veía cómo el resto de soldados huía. El convoy se detuvo al final y los ocupantes de los otros tanques salieron de su interior para intentar alejarse a toda velocidad de aquella nube de pequeños proyectiles. Por fin, Kempka logró ponerse en pie y mantenerse por sí mismo. Recuperaba poco a poco el sentido mientras observaba todo a su alrededor. Por un instante, el mundo se vino abajo ante él. La puerta a la salvación preparada por Bormann, la puerta por la que iba a huir, se había cerrado. Sin más. De golpe. Se quedó de pie durante algunos segundos, hasta que logró sobreponerse del arponazo moral que acababa de recibir. Entonces pensó que aún había alguna posibilidad de llegar al aeródromo

improvisado, aunque sólo Bormann sabía el lugar exacto en el que les esperaba la avioneta. No podía perder tiempo. Aquella aeronave sólo estaría en tierra veinte minutos más antes de despegar para no volver nunca, estuvieran o no sus ocupantes. Esas habían sido las órdenes de Bormann desde el búnker. Bormann. ¿Dónde estaba el jefe de la Cancillería? Kempka miró entonces a todos lados, nervioso, impaciente. No podía haberse ido sin él. Empezó a andar sin rumbo. Aun lado. Al otro. Arrastraba sensiblemente los pies. No lo encontraba. Ni a él ni al doctor. Sintió que se mareaba y se acercó a la acera. Cuando estaba a punto de sentarse, vio, de nuevo, el final de su sueño. Aquello le dolió más que nada en su vida. Ya no importaba el dolor de cabeza, ni la sordera, ni el mareo. Frente a él yacía Bormann, boca arriba, junto a un charco de sangre que parecía manar de su cabeza. Los ojos del jefe de la Cancillería continuaban abiertos, mirando hacia el cielo. Más arriba, a unos pasos, se hallaba el cuerpo de Stumpfegger, boca abajo pero también inmóvil. Ya todo estaba perdido. No sabía dónde se encontraba con exactitud la avioneta y, de encontrarla, no sabía el punto exacto al que se dirigían en Noruega, y tampoco sabía si su piloto aceptaría mantener la misión sin el Jefe de la Cancillería. Y de llegar a Noruega, no sabía si EEUU le aceptaría a él sólo, ni de que "razones" hablaba Bormann. No sabía nada. Entonces se dio cuenta de que su vida ya no estaba bajo su control. El pánico se apoderó de Kempka y comenzó a correr sin rumbo, en dirección hacia las posiciones dominadas por los rusos.

En Trondheim, todo estaba preparado. El barco llevaba anclado en el puerto tres días. Después de la señal telefónica enviada por Bormann desde Berlín, el oficial al mando dio la orden. Del navío descendieron 22 personas escoltadas por soldados americanos y alemanes. Todos vestían de civiles. Todos eran hombres, menos una mujer. Los 20 primeros fueron subiendo de forma sucesiva a los tres Mercedes que se encontraban aparcados en el puerto. No se oía ni una palabra. No se veía ningún gesto. El sonido del mar

y de las aves presidía todo el escenario. Tras los 20 civiles, Eva y el Führer accedieron, solos, al último de los coches. Era especial. Era el suyo. Su Mercedes 770, inconfundible, negro, aunque sin ningún símbolo del partido. Casi arrastrándose y ayudado por su inseparable compañera, accedió a la parte trasera y cerró la puerta. Fue el último sonido que se escuchó en el puerto de Trondheim antes de que todo el convoy se pusiera en marcha. El oficial americano hizo una señal desde el Jeep que se encontraba al principio de la columna y comenzó a rodar rumbo a Heimdal. Todo había acabado. O quizás todo comenzaba de nuevo.

En la actualidad

5 de junio

No se oía nada en la sala blanca de la aeronave, a excepción de los pasos lentos y firmes de Greg. Se dirigía hacia ellos mientras éstos lo miraban desconcertados. Llevaba traje y corbata y se adivinaba en el lado izquierdo de su chaqueta la pistola reglamentaria. No parecía enfadado, ni lleno de rencor, ni dispuesto a matarles. Fuera de la nave yacían los dos únicos cadáveres que iba a permitir anotarse ese día. Los disparos habían evitado que los agentes del SMS siguieran atacando a Minerva y se hicieran con el Diario de Winter. Aunque a decir verdad, ya importaba poco aquel texto. La constatación de que el servicio secreto chino estaba tras la pista había terminado de convencer al Gobierno de Washington de la necesidad de desmantelar el hangar y trasladar la nave hasta suelo americano, donde se podía garantizar su seguridad y ocultamiento. Boxiong sería obligado a desistir de hacerse con la tecnología de aquel ovoide, de momento. Nadie en el Pentágono, en Virginia ni en Washington dudaba de que más pronto o más tarde el ejército del general lograría encontrar la tecnología precisa para poner en vuelo aeronaves circulares sin necesidad de combustible orgánico. Habían conseguido retrasar su puesta en funcionamiento, pero el programa militar chino tenía como meta ese tipo de armamento, sobre todo para alcanzar a los EEUU en la carrera espacial, donde eran conocedores de los avances extraordinarios, no públicos, de los americanos.

Greg se mostraba tranquilo, aunque por dentro la circulación de la sangre se había acelerado como no lo hacía tiempo atrás. Aquella misión aún no generaba los resultados deseados, pero de momento lograban desbaratar los planes de Boxiong. Mientras caminaba hacia ellos, tornaron a su cabeza las imágenes de Angola y, sobre todo, las de su primo Bill.

— Buenas tardes, Stanley. -Greg se dirigió primero a su compañero, tratando de transmitir algo de confianza en las palabras-. Os hemos estado siguiendo desde hace meses. Incluso después de tu partida hacia Europa, preparamos un plan de control de movimientos sobre Minerva. Así que no debes preocuparte, estamos en el mismo bando. Tienes que estar tranquilo. Además, has cumplido con creces el cometido para el que se te requirió, que no era otro que el de proteger el Diario y la vida de ella.

— ¿Eh?, ¿pero qué estás diciendo?, ¿qué es todo esto?, ¿qué tiene que ver Minerva con la CIA? No te acerques más, te lo advierto. Quiero explicaciones ya. Y quiero que sean convincentes. No quiero que ...

— ¿Quién es él, Stanley? ¿Por qué todo el mundo parece conocerme desde hace tiempo? -interrumpió enojada y a la vez llena de sorpresa-. Creo que la primera a quien se le debe una explicación soy yo.

— Tranquilos. Tranquilos. -Greg retrocedió algunos pasos para tratar de calmar la situación. Cuando notó que la joven y su amigo disminuían la tensión de su cara, empezó a moverse por la sala a la vez que retomaba la conversación-. Desde 1946, el Gobierno de los EEUU intenta encontrar una respuesta para esta aeronave. Gracias a la investigación conjunta de la CIA y de la Sociedad Thule hemos podido catalogar y aislar las “razones” de las que informó Martin Bormann al Gobierno americano en las conversaciones de paz mantenidas en secreto a principios de 1945. El Jefe de la Cancillería alemana había sido elegido para reconstruir la organización de Alemania como Estado una vez firmada su rendición. A EEUU le interesaba que los alemanes no cayeran en la órbita de influencia de la URSS, a quien se consideraba ya enemigo y potencia mundial. Para lograr este objetivo, las fuerzas aliadas creyeron necesario la construcción de un Estado similar a los de Occidente, es decir, una democracia participativa, con una economía capitalista que sirviera a los intereses norteamericanos e ingleses. Este

proyecto no podía realizarse, sin embargo, desde cero. Se corría el riesgo de que el pueblo alemán no colaborara y de que al final estallasen revueltas que abonaran la situación para que la URSS instaurase una República Socialista. Por todo ello, se acordó reconstruir lo más rápido posible el Estado alemán sobre la estructura organizativa que ya existía y que controlaban a la perfección los nazis. Y de entre todos los mandatarios alemanes, el que parecía estar en mejor situación para movilizar los resortes de la administración era Bormann. De esta forma, se llegó al acuerdo de perdonar su vida, la del Führer, la de Eva y la de muchos alemanes del segundo escalón de la administración nazi a cambio de encaminar a Alemania hacia el nuevo mapa geopolítico americano. Como contrapartida, todos ellos serían situados en el anonimato, cambiando documentos identificativos, historia vital y, en algunos casos, hasta con cirugía estética que disimulasen los rasgos más llamativos de su personalidad física. El plan fue aprobado meses antes de la rendición de Alemania y preparado con meticulosidad. EEUU logró transferir toda la tecnología que precisaba, junto a los científicos alemanes, a suelo americano, y se dispuso el acuerdo de traslado para Bormann y sus ayudantes. Sin embargo, parece ser que el Jefe de la Cancillería no se fiaba de los pactos que había firmado con los Aliados y preparó su propia garantía de vida. Pidió al Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas que la nave que debía trasladarle a él y a sus dos ayudantes hasta EEUU debía disponer de un laboratorio médico y farmacéutico que él mismo se encargaría de dotar. Cuando concluyó todos los preparativos, cuando llenó cada uno de los cajones y armarios de esta sala, se reunió con el Alto Mando y expuso la situación: la nave contenía al menos 14 virus letales con los que podía crear diferentes pandemias. Bormann no estaba dispuesto a activarlos, y advirtió que sólo quería garantizar el cumplimiento de los acuerdos a los que habían llegado. Además, aseguró que el antídoto o la vacuna para cada uno de ellos ya había sido creada y que sólo él sabía dónde estaba. Incluso se mostró

interesado en facilitárselo para sellar el acuerdo una vez hubiesen cumplido su parte. El Gobierno americano aceptó el chantaje a la espera de desactivar esa bomba de relojería cuando se encontrara la nave en suelo estadounidense. Sin embargo, todo se precipitó en el momento en el que, en la fecha prevista, la nave de Bormann no despegó. Después de varios días de investigaciones, se descubrió que el Jefe de la Cancillería y sus ayudantes habían muerto al tratar de huir de Berlín. Ante la inexistencia de vacunas contra los 14 virus, se prefirió mantener escondido el artefacto en este hangar, lejos de suelo americano, para evitar que un posible brote de las enfermedades afectasen a nuestros compatriotas.

Stanley y Minerva seguían los movimientos de Greg de un lado a otro mientras explicaba con detalle el origen de la aeronave. Por la cabeza de la joven seguían pasando mil preguntas a las que no contestaba el americano. Rompiendo su propia perplejidad ante todo lo que contaba Greg, decidió interrumpir el relato.

— Y, ¿Qué tengo que ver yo en todo este tema?, ¿Qué significa la Rosa de Olaf?

1948

30 de enero

Aquel joven con gafas redondas y pelo rizado, más bien ondulado, dio un golpe sobre la mesa, cogió los papeles, los introdujo de forma resuelta en la carpeta y se dispuso a salir del despacho.

— Tienen Ustedes 24 horas para aceptar la propuesta o, de lo contrario, pasarán a disposición policial por colaboración con el Régimen anterior.

Henry cruzó la puerta con la confianza absoluta de que todos los investigadores involucrados iban a aceptar participar en la segunda fase del Proyecto Paperclip. EEUU quería el segundo escalafón científico de la Alemania Nazi para ponerse por delante en la carrera tecnológica frente a la URSS y parecía que estaba a punto de lograrlo. El oficial de inteligencia Henry Kissinger había sido el elegido para reclutar a cuantos figuraban en la lista preparada por Washington en biología, medicina o genética. Y aunque se le consideraba un hombre de diálogo, pensaba realizar cualquier cosa para ofrecer a los jefes de la CIA los resultados requeridos.

El americano comenzó a caminar por entre las calles de Berlín Occidental. Todas ellas seguían oscuras y con aire fúnebre a pesar de que hacía ya tres años que había acabado la guerra. Las heridas de los bombardeos continuaban vivas en los edificios y aceras de la mayor parte del casco urbano. Esas heridas se unían a los cientos, miles de personas que mendigaban por los rincones algún tipo de alimento que ayudase a completar las raciones oficiales establecidas por las autoridades. Mientras tanto, las tensiones entre los vencedores a cuenta de la administración del territorio alemán habían comenzado a hacerse más que visibles. Junto a los hambrientos y humillados ciudadanos berlineses, sobre todo berlinesas,

circulaban también por la ciudad soldados americanos, rusos, ingleses y, en menor medida, franceses. Los roces entre ellos habían dejado de ser habituales para convertirse en preocupantes. Asu lado, en numerosas ocasiones, llamaba la atención la presencia de algún esporádico automóvil en el que viajaban miembros del Gobierno conjunto Aliado.

Esta vez, Henry decidió andar. Iba con ritmo acelerado hacia una de las pocas viviendas que habían sido restauradas junto a la Postdamer Platz. Allí le esperaba el Doctor Brandt. Fue trasladado desde Nüremberg, donde estaba siendo procesado junto al resto de miembros del derrotado gobierno del Tercer Reich, para esta entrevista. Henry había ordenado su vuelta a Berlín para acabar de doblegar la férrea voluntad que había mostrado hasta el momento y que le impedía colaborar con los americanos. Estaba seguro de que el hecho de volver a ver a su esposa acabaría por convencerle. Era el científico que más le interesaba. Washington había manifestado especial interés en su colaboración, habida cuenta de la herencia Bormann.

El americano entró por la puerta de la vivienda. No había grandes lujos, pero la situación de aquellas personas era bastante mejor que la del resto de ciudadanos berlineses. La mujer le invitó por gestos a sentarse en la mesa del comedor. Pronto llegó el doctor Brandt, saludó al americano y tomó asiento.

— Bien Doctor. Ya sabe para qué estoy aquí. Mi Gobierno considera que Usted puede ser útil en nuestra lucha contra los rusos. Pero debe responder ahora mismo si acepta las condiciones que le hemos planteado.

— Señor Kissinger. Ya conoce mi respuesta. Estoy dispuesto a colaborar con su Gobierno a cambio de la total impunidad para toda mi familia. Además, quiero que el Doctor Morell pase también por la misma humillación que estoy sufriendo yo ahora en Nüremberg. Nunca voy a trabajar en el mismo equipo

que esté esa masa de grasa olorienta. Algunos aún tenemos principios, aunque hayamos sido derrotados.

— Se equivoca, Doctor Brandt. Nosotros podemos ser misericordes, pero los rusos no van a permitir que siga con vida si vuelve a Nuremberg.

— Eso habrá que verlo, señor Kissinger.

— Usted, como Comisionado del Reich para la Salud y Saneamiento, estaba al tanto de algunas de las investigaciones ordenadas por Bormann. Su colaboración sería gratificada de forma conveniente por mi Gobierno. Pero si no colabora, hay otras personas que pueden también realizar su papel. Además, alguno de los nuestros pide su cabeza sólo por el hecho de que casi desbarata el plan para envenenar a Hitler a través del Doctor Morell. Por ello, le ruego, una vez más, que acepte nuestra oferta.

— Mi respuesta es la misma. Mis condiciones no van a cambiar.

— De acuerdo entonces, Doctor Brandt. Buenas tardes.

Henry se levantó de inmediato de su silla, ofreció su mano al anfitrión y se dirigió hacia la puerta de salida. Allí le esperaba, entre sollozos, la misma mujer que le había abierto el domicilio. A los pocos minutos, los soldados americanos entraron en la casa para llevarse de nuevo confinado al Doctor Brandt.

En la actualidad

5 de junio

Greg se paró. Movi6 su cuerpo para mirar de frente a Minerva y se dispuso a contestar a la joven. Pensaba que la presencia de ella en aquella investigaci6n habfa sido fruto de la casualidad, al encargarle M6ximo Hans que enterrase el Diario de la Se1ora Winter. Esta circunstancia hacfa conveniente que su colaboraci6n con los americanos pareciese voluntaria, desde la confianza, haci6ndole creer que cualquier cosa que aportara serfa importante.

El americano se acerc6 un poco m6s a Minerva, en un intento de tranquilizar a la joven. Cuando estuvo a menos de un metro, Greg se detuvo. Las pupilas de sus ojos se dilataron y el resto del cuerpo qued6 rfgido. Durante algunos segundos estuvo paralizado, como sorprendido por algo que vefa. La escena no pas6 desapercibida ni para Stanley ni para Minerva, que cruzaron la mirada de soslayo.

— ¿D6nde has encontrado el colgante que llevas

puesto? -fueron las primeras palabras que salieron de la boca del Alto Mando de la CIA. Estaba confundido, lleno de sorpresa, con un pulso acelerado hasta extremos insospechados-. ¿Qui6n te ha dado esa medalla?

— Es un regalo de familia, no creo que eso sea importante ahora mismo para Usted -contest6 frfa Minerva.

En ese instante, entr6 en la nave el otro agente que habfa acompa1ado durante todo el trayecto al Jefe Greg. Iba con paso acelerado, dejando volar su chaqueta y su corbata hacia atr6s. En la mano llevaba unos papeles desdoblados y manchados de sangre por la esquina. Cuando lleg6 a la

altura de su superior, le cogió del brazo, lo apartó, caminó unos metros y le mostró el documento. La joven y Stanley esperaban acontecimientos sin acabar de entender lo que ocurría.

— Señor. Los soldados han encontrado estos papeles en uno de los hombres abatidos hace unos minutos. Al parecer, tal y como sospechábamos, son agentes al servicio de Boxiong. No estaban registrados como tales, de lo que deducimos que habían sido contratados hacía poco tiempo. Estas fotografías impresas que llevaban encima son lo que buscábamos desde hace meses.

Greg cogió los papeles con su mano derecha, de golpe, con el objetivo de averiguar cuanto antes de qué se trataba. Los acercó a su cara y los alejó de nuevo. Cuando comprobó lo que tenía ante sus ojos, se separó de su compañero y se dirigió hacia uno de los bancos del laboratorio de aquella extraña nave. Sacó su libreta y un lápiz y se puso a dibujar aquello que tantas otras veces había silueteado y que se sabía ya de memoria. Cuatro pétalos divididos a su vez en otros cuatro. Una Rosa de Olaf. Colocó en cada uno de ellos las letras que había estudiado durante años. Los cinco pétalos quedaron marcados. Entonces, estiró con fuerza y con rabia los papeles que habían encontrado en los agentes de Boxiong, los puso al lado de su dibujo y comenzó a hacer cálculos de forma frenética. Cuando acabó, escribió la letra N en el pétalo central derecho y, con rapidez, la letra V en el siguiente. Dejó el bolígrafo. Dio un paso atrás. Distanció el dibujo de sus ojos y permaneció inmóvil durante casi cinco minutos. Todos los presentes estaban en silencio a falta de entender lo que veían pero no queriendo interrumpir. Sin mediar palabra, Greg rodó sobre sí mismo y dirigió sus pasos hacia donde estaba Minerva. Por un momento, ella sintió temor.

— Déjame ver la medalla que llevas colgada en el pecho, por favor -fueron las primeras palabras del americano.

La joven no entendía lo que ocurría, pero tampoco percibió peligro en la actitud de Jefe de Stanley. Sin perder tiempo, se desabrochó el colgante y se lo entregó. Greg parecía nervioso. No dijo ni una sola palabra. Se limitó a coger la medalla y mirarla, una y otra vez, de cerca, de lejos, comprobaba su autenticidad, la volvía a mirar. Tras algunos minutos, se dispuso a anotar algo en su libreta. En ese momento, Minerva reconoció el dibujo de Greg, la Rosa de Olaf que tanto le perseguía. Su pulso se aceleró hasta que decidió acercarse al americano. Éste escribió en el único pétalo que le faltaba por rallar. La de aquella joven incluía el número 6 junto a la letra A. No lo entendía, pero lo anotó. Después, se incorporó y volvió a mirar el dibujo de la Rosa. Todo estaba en silencio. No era consciente de la presencia de las otras tres personas en aquel espacio tan iluminado como frío. La expectación también se había adueñado del otro agente de la CIA y de Stanley, que permanecían algo más separados pero con los ojos clavados en el dibujo de su superior.

— No sé lo que significa. No lo sé, Minerva- por fin Greg se decidió a lanzar algún mensaje. Entonces, dio la vuelta hacia la joven y se dispuso a hablar con ella.- Tú tenías la medalla que nos faltaba, la que he buscado durante lustros. Creía que eso nos daría la solución que perseguimos pero no, no sé lo que significa. ¿Quién te dio esa medallita? ¿Dónde la has conseguido?

— La heredé de mi abuela. Me la dio antes de morir y me pidió que nunca me separase de ella.- Minerva se acercó hacia Greg para recuperar su pequeño recuerdo de metal, momento en el que desvió su vista sobre la libreta del americano, sintiendo curiosidad por la Rosa de Olaf que había dibujado. Es una Rosa de Olaf, ¿No? ¿Puedo verla?

De forma inconsciente, Greg entregó la libreta a la joven. No le importaba que ella la viese. Además, estaba procesando lo que acababa de oír. Si la había heredado de su abuela, quería decir que ésta debió conocer en algún

momento a Berneli. Era la primera vez que lograba encontrar alguna pista sobre la joven alemana después de 1945.

— ¡No puede ser! -interrumpió Minerva con voz vibrante-. No es posible.

— ¿qué ocurre? -respondieron casi a la vez Stanley y Greg.

— Este dibujo. Esta medalla. Es mi abuela.

— ¿qué dices, Minerva? -indicó Stanley acercándose a ella a la vez que Greg.

— Sí, es ella. Las letras que hay anotadas en cada uno de los pétalos es el nombre de mi abuela. Diana Navarro Arias. Mi medalla tiene en el reverso otro número, el 5. Si ponemos la letra A junto a cada una de las consonantes que hay libres en los otros pétalos, en total cinco, el resultado es el nombre de mi abuela.

1948

30 de enero

Henry se dirigió, tras la negativa del Doctor Brandt, a la residencia de Erich Traub, experto en enfermedades víricas a cuyo cargo se había encontrado la Sección de Armamento Biológico del Instituto de Investigación del Reich. Las “14 razones” que Bormann había dejado en herencia a los Aliados eran un tema de prioridad absoluta para Washington. El fallecido Jefe de la Cancillería tenía la llave para desactivarlas. Su desaparición y la de Stumpfegger, que estaba al corriente de las investigaciones, dejaba en una difícil tesitura a los americanos.

El Doctor Brandt había compartido confidencias con Bormann durante sus largos encuentros en la Berghoff. Además, estaba al frente del Departamento de Salud, lo que abría la posibilidad de encontrar una solución al enigma planteado por el Jefe de la Cancillería. Pero se había negado a colaborar. Estaban seguros de que el Doctor podía saber alguna cosa al respecto, poco, pero algo por lo que empezar. Su negativa cerraba cualquier posibilidad de encontrar una solución inmediata y lo fiaba todo a una nueva investigación con resultados, en el mejor de los casos, a medio plazo. Y para no partir de cero, Traub era la mejor baza.

Ya en la vivienda del Doctor, Kissinger se mostró cauto aunque seguro de que aquel advenedizo aceptaría cualquier planteamiento con tal de asegurar la vida. Durante su trayectoria vital dentro del Partido Nazi había puesto de manifiesto sus dotes para la supervivencia y sus anhelos de mejora social y económica. No creía que esa forma de actuar hubiese cambiado con el final del conflicto.

— Bien, Señor Traub. -Henry había llegado a dominar casi a la perfección el

alemán, con lo que no le costaba mantener cualquier tipo de conversación por muy complicada que ésta se pusiera-. Ya conoce las condiciones. El momento de decidirse ha llegado.

— Cuenten Ustedes conmigo. -La satisfacción se le notaba en la cara al alemán. Era el momento para certificar su salvación y la de su familia. Saldrían de Alemania para asegurarse su futuro, el de sus hijos y, quizás, con suerte, algún pariente más. Ya no le importaba nada el Partido Nazi. Él nunca lo había tenido claro. Lo que sí había buscado siempre era medrar, y ahora le ofrecían la posibilidad de continuar haciéndolo. Por supuesto que su decisión, desde la primera vez que se lo propusieron, iba a ser afirmativa.

Henry no esperó ni un día para trasladar a Traub a su nuevo destino. La investigación debía comenzar cuanto antes, tanto para evitar que los virus afectasen a los americanos como para poder disponer de un arma eficaz contra los rusos. Apartir de entonces, Fort Detrick, en Maryland, fue su lugar de trabajo. En 1943, el Gobierno de los Estados Unidos había puesto en marcha este centro para el programa estadounidense de armas biológicas. Washington entendió con rapidez que la biología podía ser tan destructiva como las bombas y mucho menos lesiva para la explotación económica de los países derrotados por parte de las empresas americanas. De este modo, desde el final de la guerra, Fort Detrick se convirtió en el centro principal para albergar los experimentos con las “ 14 razones” de Bormann, convertidas ya en material de guerra.

En la actualidad

5 de junio

Greg procesaba a una velocidad de vértigo todo lo que había ocurrido. Por su cabeza pasaron imágenes de los casi veinte años que llevaba inmerso en aquel enigma que acababan de resolver. Si la Señora Winter había escondido el nombre de Berneli en las medallitas, eso significaba que ella y la abuela de Minerva eran la misma persona. Y la solución que perseguía a las “14 razones” de Bormann estaba ante sus ojos. No lo podía creer. Todo cuanto había hecho el Ama de Llaves de Hitler era cambiar la identidad de la joven y repartir el secreto entre las ocho personas a las que regaló las medallitas con la Rosa de Olaf. En ese instante, por la mente de Greg cruzó un pensamiento. Si Minerva era nieta de Berneli, o de Diana, según se mirase, el Señor Hans le había mentado. O bien, desconocía la existencia de Diana y el hecho de que hubiera contratado a Minerva había sido fruto de la casualidad. Aunque el americano no creía en absoluto en el azar. De todos modos, ahora eso importaba poco.

Con su mirada, Greg buscó a la joven española y se dispuso a aclarar la situación. Debía ser cauto, tratarla con cuidado, comprenderla, arroparla. Ella era lo más importante en esos momentos para EEUU y para miles y miles de personas.

— Tú eres el seguro de vida de Bormann. -Los ojos de Minerva se abrieron todavía más mientras su ritmo cardíaco alcanzaba valores elevados-. Tú llevas en tu ADN la llave para la vacuna contra los virus preparados por el Jefe de la Cancillería alemana. Nunca hasta ahora habíamos podido descubrir cómo desactivar por completo cada una de las bombas que nos dejó en herencia Martin Bormann. Hemos estudiado durante cincuenta años la solución a las enfermedades creadas por el alemán sin más resultados

que un control reducido de las infecciones, pero no su aniquilación. En 1970, Washington decidió no activar ningún virus más y se centró en tratar de encontrar soluciones a los tres que ya habían sido despertados. Los laboratorios americanos lograron controlar las pandemias de 1957 y de 1968, pero no la de 1958. Las dos primeras fueron activadas en Asia, con una diferencia de diez años, coincidiendo con momentos clave de la política internacional. Las consecuencias fueron devastadoras, con millones de muertes. Los científicos lograron estabilizarlas y detener su expansión, aunque no erradicarlas. Pero en 1958 se liberó el segundo de los virus en el Congo. Era un territorio casi desconocido para Occidente, donde podían llevarse a cabo ensayos vigilados de este tipo de infecciones sin que se corriera el peligro de que saltase con rapidez a Europa o EEUU. Como todos sabéis, el virus se descontroló también en esta ocasión y eclosionó en Occidente a finales de los años 70. Las pistas que dejó la Señora Winter nos llevaron a un callejón sin salida al no poder descubrir quiénes eran en realidad los herederos de la joven Berneli y, por tanto, los portadores del ADN modificado que permite combatir los virus creados por Bormann. Las medallas con la Rosa de Olaf fueron repartidas entre ocho personas, escondiendo la identidad de una de ellas, de tu abuela. Sin esa identidad, no nos era posible llegar hasta ti. Ahora lo hemos conseguido y creo que tu decisión va a ser determinante para acabar con las pandemias que asolan o podrían asolar a muchas naciones.

En la actualidad

5 de junio

La noticia del fracaso de los agentes contratados por Boxiong fue un golpe difícil de digerir para el General. Cuando la comunicación mantenida vía satélite se cortó, el máximo responsable del Ejército Chino ya sabía que su operación había fracasado. La realidad le paralizó durante algunos minutos, lo que generó cierto desconcierto entre los soldados que se hallaban a su alrededor. Estaba claro que su proyecto iba a padecer un nuevo retraso, pero lo que más le preocupaba ahora era tratar de frenar el ataque interno que iba a sufrir dentro del Partido.

Boxiong comenzó a moverse de nuevo con rapidez. Daba órdenes constantes en la sala de control y generó una actividad desbordante durante más de media hora. Después, avisó a sus dos personas de confianza y se encerró con ellos en el despacho. Desde allí, realizó una llamada al Jefe de Inteligencia en Beijing. Debía estar al corriente de la situación segundo a segundo. Lo primero era saber si sus enemigos conocían el fracaso de la operación y, en ese caso, si habían comenzado a movilizarse.

El general escuchó con aplomo las palabras que provenían del otro lado del hilo telefónico. Sus peores temores se vieron confirmados. En su círculo cercano tenía un topo y éste había informado ya de la situación. Hacía apenas cinco minutos que algunos miembros del Comité Central del Partido tenían convocada una reunión secreta en el Palacio del Pueblo, desde donde se dirigía la oposición contra el General. La noticia aumentó su stress, aunque aún creía poder mantener a raya aquel incendio.

La segunda llamada la realizó a su hombre fuerte dentro del Partido. El teléfono sonó durante algunos tonos sin obtener respuesta. El General

volvió a realizar la llamada, algo que odiaba y que le hizo sospechar lo peor. Esta vez, una voz femenina respondió a Boxiong indicándole que su interlocutor estaba ocupado y no podía atenderle. La situación comenzó a complicarse por momentos. Los nervios se apoderaron de las dos personas que estaban en la sala, lo que obligó al General a sacar su pistola y depositarla encima de la mesa, en un claro gesto amenazador. Él se había visto en situaciones peores y no iba a ser ésta, cuyo resultado no consideraba definitivo, la que lo tumbase.

La tercera llamada iba destinada a su Jefe de Operaciones en Pekín. Si quería mantener un pulso directo con sus enemigos, a pesar de que éstos le hubiesen adelantado en los movimientos políticos, debía controlar el desarrollo de los acontecimientos con pequeños pero letales golpes del Ejército, aun bajo su control.

— Señor, la situación se ha complicado. Un grupo de policías armados ha irrumpido hace diez minutos en nuestra sede y ha comenzado a detener a los oficiales al mando. Tan sólo unos pocos leales mantenemos las posiciones, aunque con una debilidad extrema. Se han hecho con el control de la red de comunicaciones y nos han impedido movilizar al Cuerpo de Tanques acuartelados en las afueras de Pekín. Intentaremos salir de este cerco, aunque las posibilidades son escasas. Creo que debería ponerse a salvo antes de que la situación sea irreversible.

Boxiong no necesitó oír nada más. Cortó la comunicación, ordenó a sus subordinados que abandonasen el despacho y se dispuso a hacer su última llamada. Lo más razonable era activar el protocolo para proteger a su familia. Si actuaba rápido, aún podría salvar a su mujer y la pequeña fortuna que había preparado durante estos años.

1948

30 de enero

Traub, a partir de entonces, desarrolló sus investigaciones en torno al origen de los virus mutados por los científicos al mando de Stumpfegger. Desde el principio, se sintió atraído por el HIV, denominación alemana del Virus de Inmunodeficiencia Adquirida que contenía la etiqueta del tubo de ensayo de la aeronave de Bormann en Heimdal. Centró su trabajo en tratar de descubrir su origen para, según creía, poder hallar la fórmula que lo desactivara. Traub estuvo cerca de su objetivo, aunque no logró llegar al final. Halló una increíble semejanza entre el VIH y otras dos especies víricas ya conocidas con anterioridad: el visna y el HTLV-I. El primero era una patología cerebral del ganado ovino que no se contagiaba al ser humano. El segundo, una forma de leucemia que atacaba a las células T y que raras veces resultaba fatal. Pero la combinación de ambas era mortal. Después de varios años, había descubierto que el genoma del VIH era idéntico al del visna. Coincidió en un 97%. Muchísimo más parecido a éste que a cualquier otro retrovirus conocido. Y el otro tres por ciento diferente se correspondía con total exactitud a un fragmento del código genético del HTLV-I.

El científico alemán, una vez descubierto que se trataba de un híbrido obtenido en laboratorio mediante ingeniería genética, comenzó a investigar las posibles vacunas para el VIH. El primer paso fue la creación del mismo virus en los laboratorios de Fort Detrick. Y lo logró en un tiempo record. En apenas 13 meses, reprodujo el mismo virus desde cero. Estaba tan seguro de su éxito que adelantó al Gobierno la proximidad de la vacuna, lo que aceleró su activación hacia 1958 en suelo africano. Pero los distintos intentos del equipo de investigación de Traub por desarrollar el antídoto resultaron infructuosos.

Hacia la década de los 70, las investigaciones dieron un vuelco significativo. Se llegó a la conclusión de que, si el origen del virus había sido un centro de investigación genética, la solución debía provenir desde ese mismo campo. Pero los resultados no acababan de llegar, mientras la enfermedad se propagaba, ahora sí, por Occidente. A finales de los 80, la CIA situó al mando de la investigación a un joven agente que había conocido toda la virulencia de la enfermedad cuando estuvo destinado en Angola. Greg Stewart volvió a dar un vuelco completo al caso al compaginar sus trabajos con los datos que aportaba la Sociedad Thule, la cual había estado marginada de los avances y la información generada en Fort Detrick. El nuevo Jefe al mando consideró que había que volver a las raíces del enigma para poder avanzar en la consecución de un antídoto. Inició los primeros contactos con la Sociedad y determinaron un calendario conjunto de trabajo. Era la única institución en activo cuyas raíces arrancaban en el mismo punto que aquellas “ 14 razones” .

En la actualidad

5 de junio

— No acabo de entender cómo una tercera generación se convierte en el seguro de vida de Bormann- interrumpió Stanley a su colega.

— Porque su ADN fue modificado de forma artificial por el equipo del doctor Stumpfegger, ayudante de Bormann -la cara de los dos oyentes volvió a dejar entrever su sorpresa-. Más que tu ADN, el de tu madre, a través de tu abuela. -Greg dejó pasar de forma consciente unos cuantos segundos en silencio-. Desde finales de 1943, los estudios de genética fueron controlados de forma directa por el Jefe de la Cancillería. Para ello, situó a Stumpfegger al frente y le ordenó el inicio de los trabajos prácticos para modificar el ADN de las personas. Los científicos alemanes habían avanzado bastante en este campo desde que en 1926 el biólogo Hermann Müller descubriera que los Rayos X podían causar mutaciones genéticas en las cas. Sus logros serían consolidados por el Doctor Nachtsheim, que desarrolló de forma definitiva la genética humana en Alemania. Para cuando la comunidad internacional, en 1943, descubrió el ADN como molécula genética, el equipo de Stumpfegger trabajaba ya con él como material hereditario. Sin embargo, no hubo tiempo para que las investigaciones avanzaran de forma notable, pero sí lo suficiente como para introducir una serie de alteraciones menores que permitían a las personas ser inmunes a determinados virus de nueva creación. Apartir de ahí, Bormann utilizó a una joven que trabajaba en el servicio doméstico de su residencia en Bertsgaden. Bernelli estaba al cuidado del Ama de Llaves de Hitler, Anni Winter, de lo que deducimos que el Führer no tuvo conocimiento de la operación hasta que la Señora Winter le entregó las medallas con la Rosa de Olaf. Ella y sus descendientes portarían los cambios genéticos necesarios que le inmunizaban contra estos virus.

La cabeza de Minerva, sin desconectar de lo que escuchaba, comenzó a dar vueltas a su propio origen, a los recuerdos de su abuela, de su madre, a su propia vida. La carta que llevaba en el bolsillo y la medalla colgada de su pecho comenzaban a cobrar sentido. Y en la medida que lo iba entendiendo, las dudas sobre sus propias decisiones le alteraban su ritmo sanguíneo.

— No fue difícil descubrir en Fort Detrick que todos estos microorganismos nocivos tienen un patrón común. Cada una de las “14 razones” de Bormann fue creada de forma artificial y por un mismo equipo científico. Ello significa que el modus operandi se replicó en todas las ocasiones. Si partimos de este supuesto, podemos llegar de una manera fácil a la conclusión de que también todos ellos pueden ser neutralizados con una secuencia de desactivación común. Y esa secuencia está en el ADN. Cuando la CIA logró descifrar este enigma y descubrió cual era la garantía de Bormann para controlar las enfermedades, comenzó la investigación que, junto a la Sociedad Thule, ha desarrollado desde hace años. Sin embargo, no dimos con la clave de la vacuna.

El Jefe Greg no había ido desencaminado en el proceso de investigación que inició cuando se hizo cargo del caso. La diferencia con sus predecesores radicó en la importancia que la propia CIA había dado al Diario de Anni. La Agencia había centrado el valor del contenido de ese texto en las claves que indicaban la localización de la aeronave de Bormann. Pero el nuevo responsable del departamento estaba convencido que entre las páginas de aquel Diario podía encontrarse la respuesta al problema que eran incapaces de solucionar en Fort Detrick. Desde que cogiera las riendas de la investigación el amigo de Stanley, se había escrutado una y otra vez el Diario. Pero no sólo la copia incompleta que la Agencia tenía en su poder, sino también el original que obraba en manos de la Sociedad Thule y que se custodiaba en Valencia. La Señora Winter conocía la solución que Bormann había dado a sus “14 razones” pero no

dejó constancia directa de ello en el texto manuscrito. Sin embargo, en algunos párrafos mostró la relación casi maternal que mantenía con la joven sirvienta así como los contactos con el jerarca nazi para lograr su supervivencia. Los comentarios que dejaba escritos sobre aquella muchacha aumentaron cuando ésta y el Señor Hans se conocieron. Después, desaparecía de súbito cualquier referencia en el texto. Apesar de todo, Greg no abandonó su estudio. Creía en firme que en algún rincón, entre aquellas palabras, encontraría lo que buscaba. En parte, su cerrazón era debida a un párrafo escrito por Anni, a mitad del Diario, referido a la conversación mantenida con Bormann de forma casual.

La vida en la Berghof continúa como siempre, salvo por algún que otro comentario que llena las noches de tertulia con mi marido. Hoy, mientras recogía el comedor tras la comida de media tarde de Hitler, le pregunté al Jefe de la Cancillería, que en ese momento terminaba su copa de Brandy, si creía que Alemania y los alemanes lograríamos sobrevivir a toda esta guerra. Martin se levantó sin prisas, esbozó una pequeña sonrisa, casi irónica, y dijo con voz firme y segura que sí. Además, añadió que podíamos estar tranquilos todos, que tanto si ganábamos la guerra como si la perdíamos, habían razones para la supervivencia de la raza aria. Y concluyó diciendo: fijese en la señorita Berneli. Estoy seguro de que sus descendientes estarán contentos de habernos servido. Mi pequeña Berneli se ha convertido en una hermosa joven de la que nadie sospecha su nombre. Cambiamos su identidad para que el loco de Himmler no la descubriera. Y la pusimos a trabajar en el servicio doméstico del Jefe de la Cancillería. Aunque Bormann me había ayudado a salvar a aquella pequeña de las garras de Himmler, yo había sido la única persona que la había querido y la quería como a una hija. Ahora es una joven tímida, que cumple con su cometido laboral de forma eficiente y que pasa del todo desapercibida. Pero Martin dice que ella va a ser más importante que

cualquiera de nosotros. Antes de salir del comedor, Bormann se volvió hacia mí y me dijo: apunte el nombre entero de esa joven en su cabeza y en su diario, señora Winter. Apúntelo.

A principios del nuevo siglo, el Jefe Greg recibió una carta interna de la Sociedad Thule escrita por el Señor Hans. En ella solicitaba una entrevista urgente en Valencia y adelantaba que había descubierto la llave que abría la solución al problema que trataba de resolver la CIA. Apartir de ahí, los acontecimientos se precipitaron y comenzó la investigación del Diario en España.

Stanley y Minerva continuaban en un estado casi de shock después de las palabras de Greg. Todo iba demasiado deprisa como para asimilarlo de una sola vez. De repente, nada de lo que había a su alrededor era importante. Ya nada resultaba tan sorprendente como el hecho mismo de que ella fuera la piedra angular en torno a la cual se había movido durante casi cincuenta años la Inteligencia norteamericana y los servicios de investigación de la Sociedad.

— O sea, que el encargo del señor Hans sobre el Diario de la señora Winter fue sólo un cebo, ¿no?

-interrumpió Minerva con ira en los ojos.

— No. Desconocemos por qué te eligió a ti, aunque ahora creo tenerlo ya claro. Imagino que el Señor Hans decidió dar un paso en solitario. Te encargó la destrucción del Diario para garantizar tu propia seguridad. Cuando tuvimos conocimiento de este hecho, preparamos un plan de seguimiento con el que proteger el Diario original, en el que entró en escena Stanley. La decisión de Hans vino motivada, en parte, por el descubrimiento de los movimientos del gobierno chino para hacerse con el Diario y con la aeronave que aún permanecía aquí, en el segundo hangar. Imagino que

temía que el general Boxiong descubriera la verdadera importancia del Diario y descifrara la clave de Bormann para sus “ 14 razones”. Un hombre sin piedad, como el jerarca chino, podría haber hecho cualquier cosa con tal de controlar un arma tan destructiva como la que creó el Jefe de la Cancillería del Reich. Ante esa perspectiva, prefirió destruir todo rastro y con ello el Diario mismo.

— Yo apenas he hablado unas horas con ese empresario. No puede sentir ningún vínculo conmigo. No puede Usted pretender que me crea que sentía pena por mí y quería protegerme. -Minerva comenzaba a encajar algunas piezas de la historia sin que otras estuvieran todavía claras. Y estaba dispuesta a obtener respuestas a todo. Su falta de miedo se había traducido en temeraria y audaz disposición, algo que fue percibido por Greg. Cuénteme la verdad.

— Es la verdad, Minerva. El padre del Hans que tú conoces coincidió con la joven Berneli, que era tu abuela, en uno de sus viajes a Alemania, mientras estuvo con la Señora Winter. Llegó a tratarla en profundidad, muy por encima de lo que él mismo esperaba. Digamos que compartieron más que una amistad, fruto de lo cual quedó embarazada. O quizás quedó embarazada por el tratamiento al que ya le sometía Bormann. El caso es que la investigación genética del Jefe de la Cancillería ya había comenzado y la joven desapareció de su vida sin dejar rastro. En 1949, terminada la guerra, Hans recibió una visita de tu abuela. Estaba hambrienta, débil de salud e iba acompañada de una niña. Había huido durante tres años de distintos lugares de Europa hasta que decidió volver a España. El dinero que Bormann le había prometido no llegó y se vio obligada a mendigar por distintas ciudades. Su última oportunidad, y la de su hija, era recuperar a aquel hombre que había conocido junto a Anni Winter. Máximo Hans la atendió y le dio cobijo durante al menos un año hasta que, al final, ésta decidió marcharse. Después de aquella visita, no volvió a saber más de ella,

o eso nos han hecho creer su hijo. El viejo Hans tomó el control de la Sociedad Thule a finales de la década de los 50 y se encargó de custodiar el Diario de la señora Winter a partir de ese momento. Hace unos años, cuando su hijo tomó el control de la Sociedad, releyó el texto que con tanto cuidado había guardado el padre y cayó en la cuenta sobre un pequeño e inofensivo comentario de la Señora Winter acerca de Bormann y de su joven sirvienta. Entonces, enlazó la historia de su padre y la que contaba el Diario y entendió la desaparición de la joven en los últimos años de la Guerra. Fue en ese momento cuando puso en conocimiento del Gobierno Norteamericano sus propias conclusiones. Con ello activó de nuevo los trabajos sobre las "14 razones" de Bormann. La clave que ocultó el jerarca nazi había estado siempre a la vista de todos, tan evidente que nadie cayó en ella. Martin le dio la solución a Anni y ésta se encargó de esconderla para que ninguno de nosotros pudiéramos recogerla si su protagonista no lo deseaba. Aquella joven era la solución y lo paseaba por delante de todo el mundo sin ni siquiera saber que lo hacía. Diana Navarro Arias. El acróstico de DNA, es decir, ADN en alemán. ¿Cómo no haberlo pensado antes? El resto, lo sabes o lo imaginas, Minerva. Creo, con sinceridad, que el Señor Hans siente un aprecio familiar sobre ti, aunque a mí me lo haya ocultado, intentó protegerte.

Minerva no articuló ninguna palabra. Permaneció de pie, en silencio, con la mente absorta en sus propios pensamientos. En su cabeza bullían, mil respuestas y otras nuevas mil preguntas surgidas de entre toda la información que había recibido sobre su propia vida. Su vida. Ahora comenzaba a entender muchos de los comportamientos de su madre, de su abuela, de las tres juntas. Tres generaciones que habían sido una sola. Un solo guardián para el secreto de aquellos que durante unos pocos años se consideraron a sí mismos dioses. La soledad de su abuela. La de su madre. Incluso la suya misma. Pero, ¿Por qué nadie las ayudó?, ¿Por qué nadie las

buscó?, ¿Por qué nadie entendió que eran ellas las guardianas? Mientras su cabeza aceleraba la formación de preguntas y trataba de construir respuestas, las órdenes se sucedían en el hangar. No se percató de la entrada de soldados a la nave, ni del estrechamiento de manos de Stanley y Greg. Asu alrededor todo seguía su propio ritmo.

El americano fue atendido por el equipo médico que entró en la sala mientras el resto de personal preparaba la nave para su traslado. En ese momento, el hangar comenzó a iluminarse con la apertura de la entrada principal, por la cual debía salir aquel inmenso ovoide.

De repente, la consciencia volvió a los ojos de Minerva. Observó perpleja cómo varios vehículos circulaban de un lado a otro del tinglado. Todos parecían querer dirigirse hacia la puerta de entrada, grande, luminosa, que dejaba entrever el entorno montañoso y casi virgen de Heimdal. Quizás la puerta no sólo liberaba la nave. La puerta le abría a ella una nueva realidad de la que iba a ser protagonista. Una nueva realidad en la que investigar las mil preguntas que acaban de activarse en su cerebro y que nadie quería o sabía responder. Ella sentía ahora que había sido, junto a su madre y su abuela, como Heimdal. Había sido la guardiana del secreto que iba a eternizar Bormann. Una pregunta, sin embargo, flotaba sobre las demás en su cabeza. La duda sembraba ahora de sombras toda su vida, de golpe. Quería saber cuáles de las cosas llevadas a cabo todos estos años habían respondido a su libre elección o formaban parte de la supuesta programación del ADN a la que fue sometida su madre a través de su abuela. Ese pensamiento no paraba de golpearle. Le aterraba la idea de control vital que eso significaba, pero a la vez, estaba convencida de la capacidad del ser humano para establecer sus propios caminos.

Recordó a su amigo Dieter. Le atormentaba la cruel muerte que había tenido. Su trabajo, su traducción, su amistad, su ayuda le permitió a ella abrir las puertas a su propia identidad. Era un sacrificio que jamás iba a olvidar. Había

sido su amigo, más que amigo, su hermano. Siempre llevaría su recuerdo consigo.

Minerva miró hacia el exterior. Entonces, llevó la mano derecha al bolsillo de su pantalón. Rozó con los dedos la medalla, la Rosa de Olaf. Sintió que había liberado por fin el Diario de la Señora Winter. Sus secretos, sus pensamientos, sus deseos, su vida. Todo formaba ya parte del recuerdo del Ama de Llaves de Hitler. Ella podía, por fin, descansar tranquila. Había devuelto la paz a la Señora Winter, aunque eso supuso poner patas arriba sus propios orígenes.

SEXTA PARTE RETIRO 1945

24 de mayo

A principios de mayo, Heinrich se vino abajo. Ya no existía esperanza alguna. Se había entrevistado con el Almirante Dönitz, sucesor testamentario de Hitler y encargado de negociar con los Aliados los términos de la rendición, ofreciéndose como segundo al frente de la Nueva Alemania. La respuesta fue tan rotunda como negativa. Apartir de ahí, comenzó una carrera contrarreloj para huir de Alemania. Se abría la veda contra la presa. Todos querían lograr su captura. Cambió la apariencia física afeitándose su característico bigote, se rasuró la cabeza, se puso un parche negro en un ojo e intentó hacerse pasar por un gendarme de la policía militar. Se movió tan rápido como pudo. Hasta que la inteligencia danesa informó a los aliados que Himmler estaba en Flensburg. Pero no fue suficiente para detenerle. Él y sus últimos fieles lograron atravesar Alemania en vehículo privado hasta Bremervörde. Su detención se hacía imposible por momentos.

Aquel día, una unidad británica estacionada en Brandeburgo, cerca del puerto de Bremen, realizaba el habitual control rutinario a los ciudadanos alemanes que se desplazaban de una ciudad a otra. El ex Jefe de las SS y sus compañeros no temieron en ningún momento a los soldados ingleses. Era el momento de activar lo que Himmler había preparado dos semanas antes de la muerte del Führer. Sacó sus papeles, bien ordenados y cumplimentados, haciéndose pasar por Heinrich Hitzinger, un sargento de la Geheime Feldpolizei ejecutado tiempo atrás por derrotismo. Todo estaba en regla, todo estaba bien. Pero a aquel pequeño destacamento inglés le llamó la atención precisamente eso, el orden, la limpieza y la perfección de la documentación mostrada por Himmler. Sin que los soldados británicos supieran aún quién era, lo trasladaron a un cuartel cerca de Lüneburgo para ser interrogado. Y Heinrich, a quién hacía sólo unos años le hubiera

bastado pestañear para matar a esos militares que revoloteaban ahora a su alrededor, pudo mantener el engaño hasta el último minuto, hasta que su vanidad no aguantó más, hasta que el Reichsfürher de las SS reivindicó su orgullo, el mismo que no había permitido a los internos de los campos de concentración. Ahí acabó todo para él. Habían estado a punto de terminar con éxito su huida pero todo se desbarató.

Desnudo, humillado, maltratado, interrogado, palpado todo su cuerpo en busca de veneno, soportando insultos verbales, empujones, golpes. El jerarca nazi comprendió que había llegado su hora. Convencido del final, se decidió a llevar a cabo la solución última. Con una fuerza llena de rabia y de odio, Himmler mordió la mano del doctor que le exploraba. Éste la retiró de forma rápida y con leves rastros de sangre. Casi sin tiempo para reaccionar, el dueño de las SS movió su lengua hacia la izquierda hasta que dio con el molar adecuado. Presionó en su base, con intensidad, lo levantó hacia arriba y, casi al mismo tiempo, cerró la boca oprimiendo la pieza dental con la parte superior de su dentadura. Oyó un pequeño "click" retumbando en su cabeza y, con posterioridad, notó cómo el líquido atravesaba su garganta hasta el estómago. Era el sabor de la muerte. Aella se había abrazado antes de verse vejado ni un minuto más por el enemigo.

En apenas veinte segundos, empezó a perder los sentidos, uno a uno. Comenzó por no oír nada. Sólo veía a los soldados correr de un lado a otro, moviendo sus bocas, abriendo puertas, llamando por teléfono. Fue entonces cuando Himmler decidió olvidarse de todo lo que le rodeaba. Sólo quería volver a sus recuerdos de Berlín, del Berlín glorioso e impetuoso de 1939. Su cabeza comenzó a rememorar esos años, a sabiendas de que iban a ser sus últimas imágenes antes de morir. Él se había vengado del mundo, de los niños que se reían cuando lo veían en clase, de los jóvenes que le aislaban por su delicada salud, de las mujeres que lo despreciaban por su timidez, de los compañeros de trabajo que le daban la espalda en sus reuniones de

ocio. En 1939 era el Reichsführer de las SS. Era un semidiós. Todos lo adoraban, o lo temían, o lo seguían, o lo contemplaban. En ese momento se llegó a ver sucesor de Hitler y se lanzó a la búsqueda de las reliquias más poderosas, aquellas que habían hecho resucitar a Cristo, que habían hecho a Moisés dominar al pueblo judío, a Longinos matar a Jesús, a Noé superar un diluvio e incluso volar a los indígenas sudamericanos. Ahora, su mente le llevaba por última vez a 1939.

Al mismo tiempo que recordaba su grandioso pasado, olvidaba la ofensa a la que era sometido. Aquel no era el trato que se le debía a un ex Ministro del Reich. Pero no podía hacer nada. Quizás debía haber tratado mejor al pueblo judío. Quizás también podía haber perdonado la vida de cientos de alemanes a los que había señalado como traidores. Quizás debería haber tenido piedad de las decenas de compañeros de las SS que no habían logrado sus objetivos. Pero él no sentía el peso de sus asesinatos. No habían sido obra suya. Había sido el destino caprichoso que había puesto en sus manos la oportunidad de vengarse del mundo. Había sido el destino que le había ungido para alzar a Alemania y a su raza aria a la cima del mundo. Su crueldad sería borrada por el tiempo y, estaba seguro, todos recordarían sus buenas acciones de gobierno.

Tras el oído, notó que la lengua se le acartonaba. Fue entonces cuando empezó a nublársele también la vista. Sólo veía sombras por la habitación que se le acercaban y empujaban.

Al percibir que llegaba la hora final, decidió cerrar los ojos y recordar una vez más los desfiles en Berlín. Quería despedirse del mundo con esa imagen en la cabeza. Su boca aún pudo esbozar una leve sonrisa. Volvía a sentirse bien. En ese momento dejó de tener conexión con el resto de su cuerpo, que se precipitó con brusquedad contra el suelo.

Las imágenes se detuvieron cuando Hitler pasó junto a él en el desfile anual de Múnich. Después, todo quedó fundido en negro.

1948

26 de mayo

Estaba solo. Solo en aquella prisión. Rodeado de promesas de libertad y dinero, pero solo. Primero fue la pérdida de equilibrio. Aunque estaba tan gordo que no le extrañó en absoluto. Se sentó en una silla de madera de aquel barracón y trató de descansar. Se secaba el abundante sudor de forma casi convulsiva. Tampoco olía nada, aunque su falta de higiene parecía no haberle importado nunca. Después, notó que la fuerza de un lado del cuerpo menguaba, hasta el punto de tener que coger con la otra mano el pañuelo con el que se limpiaba la frente. Cuando empezó a ver doble, intentó pronunciar a propósito algunas palabras sin sentido. No podía tampoco hablar. No podía expresarse. Entonces, lo comprendió. Al fin y al cabo, era médico. Lo habían cuestionado en Alemania, pero él era médico. Y sabía que era el final. Con todo lo que él había dado y arriesgado con los americanos y ahora no iba a poder disfrutar el premio. Su vida se le escapaba de las manos, con rapidez, solo, entre las paredes de madera del barracón del campo de concentración de Buchenwald. Había accedido a fingir el actual arresto en la prisión improvisada sobre la que antaño mandara Hitler. Creía innecesario todo el paripé inventado por los americanos para camuflar su posterior traslado a Ohio, su libertad, su ciudadanía estadounidense y su compensación económica. Pero lo había aceptado. Y ahora, no iba a poder disfrutarlo.

De repente, su cabeza se quedó encasquillada repitiendo una y otra vez la misma frase. *Roma traditoribus non praemiat.* Roma no pagaba a traidores, pero él no lo era. Al menos no lo era a los americanos, a quienes había servido de forma fiel mientras estaba al lado de Hitler. Por ellos se había jugado la vida para acabar con aquel dictador insaciable, embaucador, asesino. Nunca había desobedecido una orden y lo único que había pedido

a cambio era un poco de dinero para seguir viviendo. Él pensaba que su trabajo había sido excelente. Maravilloso incluso. Las drogas habían servido para mantener en pie a aquel hombre decrepito e incapaz, sumido en su propio final gracias al veneno. Al veneno natural que le había ido suministrando poco a poco. Inocuo con un régimen alimenticio normal. Pero mortal si se privaba a la víctima de naranjas, de vitamina C. Y nadie lo había descubierto. Creyó, incluso, que ni siquiera el doctor Brandt, aunque a punto estuvo de lograrlo. Entonces, con la mitad de la boca que aún podía mover, el doctor Morell exhibió una leve sonrisa. Aquel asesino al que envenenó no se fiaba de nadie más. ¡Qué irónico era el destino! Irónico incluso con él mismo, que había salvado al mundo entero del dominio del Führer y que, sin embargo, iba a morir olvidado y encerrado como un proscrito.

Su mente recordaba a un Hitler tonto y decrepito, casi con lágrimas en los ojos, al permitirle abandonar el búnker de Berlín el 22 de abril de 1945 ante la inminente derrota de Alemania. La decisión del Führer, cosas del destino, se adelantó en 24 horas a la huida que él mismo había preparado. Como lo tenía todo dispuesto y atado con los americanos, la salida de la ciudad fue coser y cantar. Cogió un vuelo que había programado el ejército de EEUU y salió de la lluvia de bombas. Dentro del avión, sin embargo, le informaron de la necesidad de hacer creer a todos que iba a ser arrestado durante algunos días, antes de que fuera llevado a suelo americano. Era el teatro que ahora estaba viviendo, o muriendo, en Buchenwald.

Mientras perdía la vida pensó que, al menos, su memoria no se vería manchada por la historia. Una de las pocas promesas que sí habían cumplido los Aliados fue no tener que pasar por la humillación del juicio de Núremberg. Nunca se le acusó de ningún crimen, ni de ningún hecho ilegal, ni de colaboración alguna con el Gobierno Nazi. Nada. Limpio. Quizás si no estuviera muriéndose ahora, los americanos sí que hubieran cumplido su palabra. Igual sí. No, no lo creía. No le hubieran dejado allí así, tirado

durante casi un año, abandonado, solo.

Él era médico. Un buen médico. Tan bueno como para ser capaz de diagnosticarse su propia muerte. La veía venir, la sentía, la olía. De repente, su corazón se paró. Por unos segundos, aún pudo observar la madera de la pared que rodeaba aquella ventana. Tras ella, el sol iluminaba el día. Hasta que oscureció.

1948

2 de junio

Todo oscuridad. Un silencio ruidoso y con eco sonaba de fondo en aquella prisión de Landsberg. Estaba preparado. O quizás no lo estaba, aunque ahora ya daba igual. El mundo no había sido justo con él. Condenado por aprobar experimentos con presos cuyos resultados, estaba seguro, permitirían a la humanidad progresar en el apartado científico. Era el momento de arrepentirse. Y lo hacía. De corazón. Pedía perdón interior por las personas a las que, de forma indirecta, había llevado a la tumba. Pero la justicia de Nüremberg no había sido ecuánime con él. Ya daba igual. Sus últimos recuerdos pensaba dedicárselos a su esposa, a la única que le había acompañado en los momentos más difíciles, en los momentos en los que dijo la verdad a Hitler cuando residía en la Berghof. Quizás, si el Führer le hubiera hecho caso cuando acusó a Morell de estar envenenándole, el curso de la guerra podría haber cambiado. ¡Ya daba igual! Quería acabar cuanto antes. El Doctor Brandt, médico de traumatología, Comisionado del Reich para la Salud y Saneamiento y miembro del círculo íntimo de Adolf y Eva en sus estancias en la Berghof, iba a morir en la horca, condenado por el tribunal de los Aliados. Pero su recuerdo no se lo iban a robar. Su recuerdo era para ella, para su esposa, para la entrañable Anne.

1956

20 de mayo

Ella miraba fijamente la puesta de sol desde el porche de la casa, rodeada de montañas, frente al lago Green Lake. Lejos quedaba el escaso barullo de la pequeña Berlín. Con poco más de cinco mil habitantes, aquella población del Estado de Wisconsin había sido el lugar perfecto durante los últimos diez años para aislarse del mundo. Nadie los había molestado y a ningún vecino de la ciudad llamó la atención su presencia. Sólo tenían la compañía del casero, su mujer y el pequeño Greg. Los tres acabaron convirtiéndose en la única familia de la pareja.

Hacía tres que su marido había dejado de atender el día a día de los negocios. Sus problemas de salud volvieron a tenderle sobre la cama una temporada y decidió que era el momento de pasar el testigo a otro. Ahora, las reuniones con la Sociedad Thule eran más esporádicas y todo el peso de su gestión recaía en el nuevo presidente y sus gestores.

El matrimonio llevaba once años casado, aunque su relación llegaba casi a la veintena. Pero fue justo durante la última década cuando ambos compartieron en realidad su vida. Ninguno de los dos concebía ya la existencia sin el otro. Estaban seguros, sobre todo él, de que no había nadie más en quien confiar, que no había nadie más a quien entregarse. Y cuando su cabeza fue capaz de superar sus propias decepciones anteriores, sus propios fracasos, sus propios miedos, ahogados todos en trabajo, vio una ventana de tranquilidad junto a su inseparable Eva. Ella siempre sería Eva a pesar del cambio de identidad que le había impuesto el Gobierno americano. Eva había muerto para el resto del mundo, pero no para él.

La depresión por la derrota y los efectos de las drogas suministradas por el

Doctor Morell tardaron en desaparecer al menos cuatro años. Con ayuda médica y con su trabajo en la reorganización de la nueva República Federal de Alemania desde Thule, logró superarlas. Su cuerpo recuperó peso, atemperó los problemas intestinales, estabilizó la vista, mejoró sus problemas cardíacos y quedó, como vestigio del pasado, el párkinson. Había sido feliz, sí. Feliz dentro de su fracaso. Pero la paz de su propia desaparición le había permitido disfrutar del amor incondicional de Eva. Un lustro largo de solitario amor y dependencia que parecía tocar a su fin.

Como pudo, Adolf salió también al porche de la casa. Arrastraba su pierna izquierda de forma visible. Apoyado en el bastón y con una chaqueta sobre los hombros, se acercó hasta ella.

— ¿Qué haces aquí fuera con la humedad que hace a estas horas de la tarde, Adolf? -Para ella, tampoco existía más identidad que esa. Lo otro había sido una formalidad que asumieron sin ningún tipo de ilusión.

— Quiero ver la puesta de sol. Me recuerdan las que solíamos observar en Baviera. Y quiero verla contigo.

— La podemos ver mañana, o pasado, o al otro. Hoy pareces algo cansado y no te has recuperado aún del todo.

— ¿Te arrepientes de haberme conocido, Eva? -Su tono sonó decaído, como hacía tiempo que no se producía.

— Por qué me preguntas eso ahora. No creo que...

-En ese preciso momento, Adolf interrumpió de nuevo a Eva, como indicándole que lo que le decía era importante.

— Creo que esta vez Adolf debe morir, pero solo, sin Eva.

La cara de ella palideció. Durante la última década, nunca le había oído

decir nada parecido. Habían tenido que soportar la derrota, la humillación de los Aliados, en secreto, pendientes siempre de la decisión última de sus enemigos. Habían tenido que sufrir interrogatorios, traslados, aislamientos, el trabajo intenso de la reorganización de Alemania, sucesivos cambios de identidad y, sólo en los últimos años, la paz del retiro. Pero nunca le había oído rendirse. Sin embargo, justo en esa tarde que adelantaba el temprano verano, Adolf se despedía.

Estaba enfermo de nuevo. Lo estaba hacía días. Pero ella no quería que se fuera. Se había hecho a él como una segunda piel. No tenía a nadie más. Le quería. Lo seguía queriendo. Y dudaba mucho que pudiera soportar su pérdida. El Gobierno americano había garantizado su seguridad siempre, aunque vivían en una prisión de aislamiento social en vida. Ella se encargaría de que la salud de Adolf volviera a recuperarse, una vez más. Lo iba a conseguir.

— No sé si alguna vez podrán entenderme o entendernos o perdonarnos. Creo que no. Creo que ya me apago y tras de mí no quedará más que oscuridad sobre nuestra obra. -Adolf volvió a hablar mientras miraba cómo la luz del sol se escondía-. Creo que mi cuerpo ha decidido marcharse con ese sol, con esa luz que recuerda a nuestra Berghof. Y no me importa. Ahora sí que estoy cansado. -Su respiración se hizo más intensa. Le faltaba el aire que, a duras penas, podía respirar. Esperó unos segundos, giró su cabeza y fijó sus ojos, sus antaño hipnotizadores ojos, sobre ella-. Gracias Eva.

En la actualidad

2 de agosto

Aquella mañana, la radio y la televisión estatal informaron de la orden de detención del general Boxiong por delitos de soborno, corrupción y traición al Régimen. El Diario del Pueblo aseguraba que el general estaba implicado en el asesinato del empresario británico Sean Applewood, por el que fue también acusada su esposa. Los hechos se habían producido dos semanas antes y no habían saltado a la opinión pública hasta que el Partido no lo consideró oportuno. Durante ese tiempo, la mujer de Boxiong pudo escapar a Taiwán, primero, y a Australia más tarde, tal y como había dispuesto el general varios meses antes. El Régimen, pues, cumplió su palabra y respetó la vida de Liin-Ji.

La justicia debía encargarse ahora de los cargos contra el hasta entonces máximo responsable del ejército chino, aunque todo el mundo sabía que la ley en este país estaba al servicio de los intereses políticos y, éstos, variaban en función de la toma de poder por una u otra facción. Boxiong había perdido y ahora debía responder, no sólo por su enfrentamiento con el ala aperturista del Régimen, sino por todos y cada uno de los cadáveres que había dejado durante su mandato y que ahora habían encontrado el momento para levantarse de golpe.

La noticia de la muerte de los agentes occidentales contratados por el SMS para recuperar la nave de Heimdal precipitó los acontecimientos. Los reformadores del Partido dieron un golpe de fuerza dentro del Gobierno y negociaron la caída del general. Con una rapidez inusitada, los agentes de Policía de Pekín se presentaron en el despacho de Boxiong, le esposaron y lo llevaron a las celdas ocultas bajo el edificio del Partido Comunista. Ya nada podía hacer. Lo sabía. Esos días estaba callado, esperaba su destino.

Una vez caído en desgracia, sólo la muerte lo sacaría de ella. Pero el destino no quería que Boxiong se despidiera de forma inmediata del mundo que le había encumbrado.

Antes del anochecer, dos individuos lograron infiltrarse en las celdas del edificio y llegar hasta él. El recinto y, aún más, el edificio, eran impenetrables. Solo con ayuda desde el interior se podía haber llegado hasta donde ellos lo habían hecho. La traición siempre se pagaba en China con la muerte, fuese en el lado que fuese. Pero esta vez, no parecía que nadie hubiese desobedecido ninguna orden.

Los dos jóvenes abrieron la puerta de la celda, despacio, sin grandes estridencias. Pese a todo, la cara del general exhibió una sorpresa en él desacostumbrada. Tanto uno como otro cruzaron el umbral de la entrada, cerraron la puerta, se quitaron las telas que cubrían sus cabezas y pronunciaron sus nombres completos. Esperaron unos segundos y, sin tiempo a que Boxiong hablara, dijeron en voz alta otros dos nombres, uno cada uno de ellos. Él pronunció el nombre del científico asesinado por el general. Ella, con lágrimas en los ojos, sólo dijo el nombre de su prima: Xiaomei. Boxiong sabía quiénes eran. Su cabeza nunca olvidaba nada, ni siquiera a quienes asesinaba. Pero el de aquella bella joven se le había quedado grabado en el recuerdo. No fue el proceso de tortura, ni lo que logró obtener de su interrogatorio, ni su perfecto cuerpo desnudo. En su cabeza había permanecido inalterable la extraña cara relajada, sonriente, feliz después de que su disparo al corazón acabase con la vida de aquella espía. No reflejaba tormento, ni miedo, ni rabia. Solo felicidad. Ignoraba por qué, pero Xiaomei había dejado este mundo creyendo alcanzar por fin lo que tanto ansiaba. No la olvidaba. Y a la vez, sentía envidia de ella. Anhelaba despedirse de todo y de todos con esa paz interior, pero no lograba encontrar el camino. Su interior seguía lleno de rabia. Rabia por no lograr su meta, por no haber vencido a sus enemigos, por no tener un final

honroso, por tantas cosas como su cabeza podía albergar. Sentía envidia por aquella joven y, a la vez, la odiaba. Odiaba su final lleno de felicidad porque lo veía como una nueva derrota para él. Odiaba al mundo. Lo odiaba todo. Se sintió completamente derrotado. Era una situación que hasta ese instante no había percibido nunca. Ni siquiera las horas previas, mientras se hallaba solo en prisión, apreció la derrota. Su mente se conmocionó como nunca antes lo había hecho.

El general parpadeó con cansancio, agachó la cabeza e hizo un último esfuerzo para ponerse en pie. Su destrozado orgullo aun le obligaba a no situarse a un nivel visual inferior. Jamás. Entonces, notó un golpe fuerte y seco en la parte exterior de su rodilla izquierda. Fue contundente, realizado con alguna cosa lo bastante dura como para destrozarle. No sintió dolor, pero percibió que su pierna ya no le sostenía. Antes de caer al suelo, un nuevo golpe acabó por destrozar su articulación derecha. Ahora estaba de rodillas, por debajo del campo visual de los dos jóvenes y sin posibilidad de poner remedio a esa humillación moral. Por delante, quedaban aún tres horas interminables, eternas, sin compasión. Hubiera deseado en ese momento ser Xiaomei.

A la mañana siguiente, el Diario del Pueblo abrió un faldón en la página 23, justo antes de la información deportiva, con la noticia del suicidio del general Boxiong. El Partido hablaba de muerte por honor y relataba los logros del ya ex máximo responsable del Ejército chino.

En la actualidad

21 de diciembre

La Terminal 3 de Barajas estaba abarrotada ese sábado. La Navidad corría de un lado a otro a la vez que inundaba todos los rincones con la melodía de los villancicos de la megafonía general. Los paquetes de regalos superaban con creces a las maletas de los viajeros que, o bien llegaban, o bien partían hacia sus lugares de destino. La Nochebuena figuraba en la agenda de cada uno de ellos.

Tras andar cientos de metros por aquellas inacabables cintas transportadoras, por fin llegó a la zona de recepción. Minerva identificó con facilidad a Hans. Agarró con fuerza su maleta y caminó hacia él. Cuando estuvieron frente a frente, se saludaron con cierto grado de cercanía. Los dos conocían lo que había ocurrido. Los dos sabían cómo había ocurrido. Y los dos sabían por qué había ocurrido.

Tras la repatriación de la nave a EEUU, Minerva fue trasladada a un hospital de Virginia, donde se le realizaron diversas pruebas médicas. Durante su estancia, los facultativos de la CIA extrajeron muestras de sangre, diferentes fluidos, partículas óseas, cartilagosas, epidérmicas y otras tantas que fueron analizadas y almacenadas bajo cero. Hasta ese momento, los antirretrovirales eran la única forma de paliar los efectos del VIH. La posibilidad de obtener una vacuna que reforzase las células cd4 como prevención frente al Sida no parecía el camino más eficaz para terminar con la pandemia. Sin embargo, la variación genética de aquella joven permitía reprogramar el ADN de los individuos para hacerlos inmunes al virus. Ello abría las puertas de su erradicación en una o dos generaciones y ofrecía nuevas vías de investigación para el tratamiento de enfermedades virales como las que ya se habían activado en los años 50 y 60.

Para Minerva, las pruebas a las que fue sometida no se diferenciaron en exceso de las que pudiera haber tenido en un hospital público antes de una operación. Después de varias semanas de trabajo, después de aislar y descifrar su código genético, recogió sus pertenencias y abandonó el centro hospitalario. La Agencia la mantenía en vigilancia, pero su grado de libertad se le había devuelto, al menos en apariencia. Ahora estaba obligada a continuar en Estados Unidos, pero podía, por fin, pasear por sus calles y respirar su aire.

Langley era una ciudad fría, y no sólo por la temperatura. Poco a poco fue sintiendo la soledad en aquel extraño confinamiento. El viento de noviembre comenzaba a azotar su cara y a resultar incómodo para la joven mediterránea. Se le helaba la piel, pero también se le iba enfriando el ánimo. Lo que más echaba en falta era la presencia de sus amigos, del calor de aquellos a quienes consideraba cercanos.

Stanley había regresado a la CIA y ejercía dentro del primer grado al que por fin le ascendió Greg hacía sólo unos meses. No había tenido ninguna misión nueva y la burocracia anegaba el día a día del flamante agente. Esta circunstancia le permitió permanecer en la ciudad, cerca de la joven española. Sin embargo, hasta que Minerva no abandonó el hospital, no pudo contactar con ella. Después, la vio casi todos los días. Y el volver a tenerla cerca revitalizó tanto a Stanley como a Minerva.

Ella mejoró de forma notable su ánimo, aunque no lograba acostumbrarse a una vida sedentaria y en solitario. Aquella estancia se había convertido en una rutina. Sin trabajo, sin objetivos y a expensas de las decisiones de la Agencia. Notaba que se apagaba a la vez que el calor disminuía en aquella época del año. Todo seguía el mismo ritmo cansino hasta que, a finales de noviembre, una llamada la sacó de su letargo. Era Hans. Le ofrecía un contrato, bastante bien pagado, para trabajar en la Sociedad como

investigadora principal. Se le pondría a su disposición todo el material y la financiación posible, aunque se le advertía de que sus objetivos estaban repartidos por diversos países del mundo. Minerva no lo dudó. Desarrollar ese tipo de empleo le apasionaba.

Pero había algo más. Durante su estancia en Langley, la joven española pudo meditar sobre lo que había vivido en los últimos meses. Después de leer mil veces más la carta que llevaba consigo a todas partes, había odiado, ignorado, perdonado y vuelto a querer a su abuela. Por fin conocía sus raíces, sus orígenes, su vida. Sabía casi a ciencia cierta quién era su abuelo y ello permitió que comprendiera gran parte de lo que le había pasado con el Diario de la Señora Winter. Ahora, todo formaba parte ya del pasado. Sin embargo, el dilema del destino, de su propio destino, le perseguía a cada instante. Comprendía que era algo con lo que tendría que convivir toda la vida, pero no acababa de saber si aquella Rosa de Olaf había marcado realmente su vida antes de nacer siquiera o, por el contrario, el mero hecho de existir significaba una adaptación constante al entorno, a la realidad, a la vida. En el fondo, pensaba como su abuela. Nada puede ser programado en un ser vivo, salvo que se transforme en una máquina.

Aquella misma tarde de noviembre, tras oír la voz de Hans, decidió leer por última vez la carta. Después, la doblaría en dos mitades y la guardaría para siempre en su memoria.

Querida Minerva:

Conocer las raíces familiares forma parte imborrable de la vida de una persona. Se pueden ignorar, desconocer, odiar o enaltecer, pero no podemos borrarlas de nuestra identidad. Te he querido mucho, tanto o más que a tu madre. Las dos sois fruto de mi propia vida.

Debes perdonar a tu madre. Conocer su identidad la sumió en un letargo

profundo del que tendrás que ayudarla tú a salir. No deseo que eso te ocurra, aunque intuyo o, mejor, sé que eres diferente a ella. Cuidala mucho.

La vida, a veces, nos lleva por caminos que no entendemos, de los que intentamos escapar, pero a los que acabamos por volver siempre. ¿Es eso el destino? No lo creo.

Anni fue mi destino. La realidad que nos rodea, la que cada uno de nosotros hemos querido elegir, es la que nos acompaña y nos va indicando el camino. Y en cada elección, en cada decisión que tomamos, cambiamos de nuevo el rumbo que estaba previsto. Nos adaptamos al entorno, no evolucionamos. Y eso nos permite sobrevivir. La evolución significa programación, determinación de nuestro propio destino. Pero no es así, Minerva, no es así. Nuestro ser no es capaz de evolucionar, sino que cambia en función del entorno que nos rodea. Tu vida y la de tu madre no son iguales. Nadie las ha podido escribir de antemano, aunque lo hayan intentado. Forja tu propio destino, elige tus propios errores y tus propios aciertos. Y en cada una de esas elecciones, una nueva Minerva nacerá diferente a la anterior.

Hija mía, ten mucho cuidado con lo que buscas. Sé que te cruzarás en algún momento con mi pasado. Te aturdirá, la perseguirás y, al final, te sorprenderá. Pero no es más que eso: el pasado. Supéralo. Él te ayudará a encontrar tus raíces, tus respuestas. Pero se precavida. No te fíes de nadie.

Minerva no quiso leer más. Se sabía el final de memoria. Lo había leído más de cien veces e intuía que acabaría llorando. Su abuela tenía razón. Ella no tenía la debilidad de carácter de su madre y estaba dispuesta a luchar por su propia vida. Ese pasado ya no podía determinar su futuro. Al menos eso creía ella.

Hans y Greg debatieron durante semanas la propuesta presentada por la

Sociedad a la Casa Blanca. El éxito obtenido en el trabajo conjunto sobre el Proyecto Thule había animado a ambas Instituciones a plantear la necesidad de poner en marcha una labor vinculada a través de enlaces entre la CIA y la Sociedad. Ésta última tenía pendientes diferentes temas a los que no se les había encontrado una solución definitiva. Los mismos interrogantes que no había sabido responder la Agencia y que podían ser tratados en común. Cuando todas las partes decidieron a dar el paso, se designó al jefe Greg como coordinador de los trabajos con la Sociedad, lo que permitió, sin opción de renuncia, que Stanley fuese nombrado agente de enlace para tal cometido. Como cabría esperar, el nombre de Minerva se puso sobre la mesa. Se trataba de mantener el mismo equipo que había funcionado tan bien hacía sólo unos meses. Y Hans no dudó ni un momento en confiar también en su sobrina. La CIA creía con ello tener controlados los movimientos de Minerva mientras auditaba todas las investigaciones que llevaba a cabo la Sociedad. Y lo mismo pensaba ésta sobre la Agencia.

En el aeropuerto de Madrid, la actividad seguía frenética. A pesar de ello, Hans y Minerva se quedaron callados, uno frente otro. Fue ella la que rompió el hielo. No sentía rencor, ni odio, ni lástima, ni sensación de cercanía. De forma impetuosa, decidida, con la necesidad de exigir respuestas, se dirigió a él.

— Usted sabía quién era yo. Lo supo siempre, pero no sé por qué ni para qué me encargó a mi deshacerme del Diario. ¿Qué ha ganado con todo esto?

-La voz desafiante de Minerva no pilló por sorpresa a Máximo-. He tenido mucho tiempo en Langley para pensar, para recapacitar, para repasar minuto a minuto todo cuanto me ha ocurrido en los últimos meses. La fotografía con personas de rasgos orientales en su despacho no es casual, ¿verdad? ¿Por qué me expuso al peligro chino si trabajaba con ellos en secreto? Usted sabía lo que escondía de verdad el Diario, conocía las 14 razones de

Bormann. Y buscaba lo mismo que los americanos, pero ¿Para vendérselo a los chinos?

— Todo es mucho más complicado de lo que crees contestó Máximo en un intento por frenar la ansiedad de la joven.

— No tenga miedo de contármelo, supongo que podré entenderlo. -La ironía de Minerva pareció molestar al Señor Hans.

— En efecto, la Sociedad Thule ha estado en contacto con el Gobierno Chino. Conocíamos desde hacía meses el intento del General Boxiong por comprar voluntades de nuestros miembros y hacerse con el Diario de la Señora Winter. No sabemos bien por qué razón, pero el máximo responsable del ejército chino conocía la tecnología que el manuscrito y Heimdal escondían. Nuestro principal temor era que también pudiera descubrir que existían “ 14 razones”, 14 virus que en manos inadecuadas se convirtieran en armas bacteriológicas. Por ello, contactamos con el ala progresista del Partido Comunista Chino a fin de desactivar a Boxiong, de acabar con él.

— Y ¿Qué papel juego yo en esa historia? Usted sabe quién soy. Sabe que soy su sobrina. ¿No es cierto?

— Sí. Lo es. -Durante algunos segundos, los dos permanecieron callados-. Sabía que eras mi sobrina. Lo descubrí después de perseguir durante años la identidad de la mujer que había vivido con mi padre en Valencia tras la Guerra. Cuando di con ella, comencé a enlazar el texto de Winter y la historia de mi padre y mi familia. El detalle que unió ambas cosas fue la Rosa de Olaf de la que tanto hablaba tu abuela. Ese dibujo, esa medalla, os unía a Anni. En la Sociedad sabíamos que los americanos tenían alguna medalla. Tú poseías otra. El que estuviera en posesión del resto, acudiría a vosotros para tratar de juntarlas. Y estábamos seguros de que sería Boxiong. Te encargamos a ti que te deshicieras del texto de Winter a sabiendas de que

llevarías contigo la medalla. Activamos al Jefe Greg y a la CIA para que se sumaran con sus “rosas de Olaf” a la operación. Y pusimos en marcha el plan con la oposición china para derribar a Boxiong. Si todo salía bien, el resto de las medallas aparecerían y podríamos, por fin, descubrir el antídoto que durante tanto tiempo buscamos. Los chinos no sabían nada de las 14 razones, por lo que era necesario que los americanos tuviesen todo dispuesto para hacerse con el secreto real del Ama de Llaves antes que nadie. Fuimos nosotros quienes avisamos en cada momento de vuestra posición al Jefe Greg y fuimos nosotros quienes preparamos su ocultamiento en Heimdal. Lo que no sabíamos era que el secreto de las ocho rosas de Anni eras tú.

— ¿Sólo he sido un juguete en sus manos?

— No. La única vida que quería proteger era la tuya. Pero has formado parte de toda la operación, como lo han hecho los americanos, la Sociedad o, en parte, la oposición china.

— ¿Por qué no me dijo nada al principio? ¿Por qué no me pidió mi medalla y activó el resto de la operación sin mí?

— Vamos, Minerva, tu eres más inteligente que esas preguntas. No necesitas que te conteste. Has tenido mucho tiempo en EEUU para saber que no he hecho nada contra ti. Todo lo contrario. Pusimos a la CIA, a través de Stanley, a protegerte. Y pusimos a la CIA, a través del Jefe Greg, a salvaguardar tu vida en Heimdal. ¿De verdad crees que no me importabas? ¿Qué no me importas?

Durante los siguientes cinco minutos, el silencio unió a ambos. Caminaron juntos hasta la salida de la Terminal 4. Cuando llegaron a la entrada del aeropuerto, junto a la parada de taxis, Máximo se paró, se puso frente a Minerva y, sin apartar la vista de sus ojos, sacó de su bolsillo unas llaves.

— Tómalas. Abren tu nuevo hogar. Es un antiguo palacete en Loeches, en los alrededores de Madrid. Lo hemos rehabilitado y dotado con la última tecnología informática. Si vas a trabajar para nosotros, debes disponer de todas las comodidades y herramientas posibles. Cuando descanses y te hayas asentado en tu nueva casa, abre el sobre que tienes encima de la mesa de madera lacada en blanco, junto a la chimenea. Allí están las instrucciones de tu nuevo destino: la Lanza de Longinos.

Este libro fue impreso el 10 de diciembre de 2015